

EDICIONES MESA DIRECTIVA

CÁMARA DE DIPUTADOS

# Ballet de Sangre

## La caída de Francia



Tercera edición  
Primera reimpresión

LUIS I. RODRÍGUEZ



CÁMARA DE DIPUTADOS  
LXII LEGISLATURA

EDICIONES MESA DIRECTIVA

# Ballet de Sangre

## La Caída de Francia

Tercera edición  
Primera reimpresión

LUIS I. RODRÍGUEZ



CÁMARA DE DIPUTADOS  
LXII LEGISLATURA

# Ballet de Sangre

## La Caída de Francia

Tercera edición  
Primera reimpresión

LUIS I. RODRÍGUEZ

Ballet de Sangre. La Caída de Francia

*Luis I. Rodríguez*

Tercera edición

Primera reimpresión

**Presentación:**

Francisco Arroyo Vieyra

**Ilustración de portada:**

Germán Horacio

**Ilustraciones de páginas interiores:**

Carlos González

**Diseño de portada:**

Diseño3/Yvette Bautista Olivares

**Formación de interiores:**

Diseño3/Yvette Bautista Olivares

**Corrección de estilo:**

Diseño3/León García Dávila

**Cuidado de la Edición:**

Leonardo Bolaños Cárdenas

Ana Celeste Cabrera Arango

Roberto Carlos Montero Rojas

Tercera edición. Primera reimpresión

© Luis I. Rodríguez

© Cámara de Diputados, Mesa Directiva

LXII Legislatura

Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las Leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos de reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante cualquier alquiler o préstamos públicos.

Impreso en México/ *Printed in Mexico*

## ■ Índice

<b>PRESENTACIÓN</b> Francisco Arroyo Vieyra	<b>7</b>
<hr/>	
<b>CARTA DEL JEFE DE ESTADO DE FRANCIA A LUIS I. RODRIGUEZ</b>	<b>13</b>
<hr/>	
<b>CAPITULAR DE PABLO NERUDA</b>	<b>15</b>
<hr/>	
<b>GUION DE JUSTO ROCHA</b>	<b>17</b>

## ■ Presentación

**Dip. Francisco Arroyo Vieyra**

Vicepresidente de la Cámara de Diputados  
LXII Legislatura

**E**n 1942, año de publicación de esta obra, sale también a la luz el poema en prosa “Guerra y paz” del exiliado escritor español Luis Cernuda: “Atrás quedaba tu tierra sangrante y en ruinas. La última estación, la estación al otro lado de la frontera, donde te separaste de ella, era sólo un esqueleto de metal retorcido, sin cristales, sin muros -un esqueleto desenterrado al que la luz postrera del día abandonaba”.

Este fragmento bien podría condensar la realidad de miles de personas que al final de la Guerra Civil Española y durante la Segunda Guerra Mundial, se identificaron por sus ideas democráticas y su resistencia a los gobiernos totalitarios que avanzaban sobre Europa, cancelando todo tipo de libertades individuales.

Luis I. Rodríguez en su calidad de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Francia, documenta puntualmente el periodo crucial de la caída de este país, en cuyo pensamiento y obra encuentran fundamento los precursores de las repúblicas democráticas en todo el orbe. Es a través de su pluma que retiene los acontecimientos ocurridos del 1 de junio al 10 de julio de 1940,

y cumple con ello, aunado a las difíciles misiones que el entonces Presidente General Lázaro Cárdenas le había encomendado, la extraordinaria tarea de preservar para conocimiento de aquellos que vivían en un mundo en guerra y para el de las posteriores generaciones, el complejo entramado político que ocasionó la devastación ideológica, cultural y social ocurrida durante esos días.

El autor fue uno de los diplomáticos mexicanos que, en palabras del reconocido escritor Tomás Segovia, se consagraron, de manera muchas veces heroica, a ayudar a los perseguidos de esas guerras y a abrirles las puertas de su país. Fueron, relata, primero los refugiados españoles de los innobles campos de concentración franceses, pero también más tarde los judíos y otras víctimas del nazismo y sus colaboradores. En ese grupo debe nombrarse a los destacados políticos Isidro Fabela Alfaro, Narciso Bassols García, Gilberto Bosques Saldívar y Luis Ignacio Rodríguez Taboada, hombres de amplia cultura y altos valores éticos, quienes con talento reflejaron en sus actos el ideario de la Revolución Mexicana y refrendaron la amistad entre los pueblos.

“¿Qué puede el hombre contra la locura de todos?”, interpela Cernuda en su prosa poética. A manera de respuesta, se puede decir que fue justamente en la primavera de 1940 que aquí se relata, cuando a causa de la intervención nazi, se pone en peligro la labor diplomática mexicana. Sin embargo, y pese al cruento escenario, Luis I. Rodríguez logra cumplir una misión urgente en aquella Francia humillada y de gobiernos divididos, consistente en lograr la salida de miles de refugiados para ser acogidos sin condición por el gobierno de México. Es también justamente en ese año que en una de las embarcaciones en las que se trasladaron obreros, campesinos, técnicos, artesanos, profesores, médicos, juristas, periodistas, bibliotecarios, escritores, artistas, comerciantes, entre tantos otros, llegó a México el propio Tomás Segovia, quien durante su vida se refirió a ese acontecimiento como un mestizaje de sueños.

Era la vida de nuevo, en palabras de Luis Cernuda: “Sentado en medio de aquella paz y aquel silencio recuperados, existir era para ti como quien vive un milagro. Sí, todo resultaba otra vez posible. Un escalofrío, como cuando nos recuperamos pasado un peligro que no reconocimos por tal al afrontarlo, sacudió tu cuerpo”.

A través de la lectura de este *Ballet de Sangre*, es posible entender cómo se gestó el éxodo solidario que salvó a miles de vidas,

enriqueció la cultura de nuestro país, y contribuyó a la preservación de los ideales democráticos en el mundo.

El recuerdo que guardo de Don Luis es el de un hombre muy afable, propietario de la bella casona del Conde Rul, ubicada en plena Plaza de la Paz, que me dispensó su amistad y su orientación. Durante los últimos años de su vida viajaba a Guanajuato y mientras bebía a sorbos medio vaso de cerveza, me obsequiaba su consejo respecto de la técnica oratoria. Era un orador excepcional, lo que le valió el mote de “Pico de oro”, así como un prolífico escritor, entre cuyas obras destacan sus *Veinte discursos* y *Lumbre brava de mi pueblo*. Su hijo Dantón Rodríguez, gran parlamentario mexicano, heredó su sapiencia y convicción.

Luis I. Rodríguez fue de esos grandes hombres que saben serlo en lo público y en lo privado. Prueba de ello es que la presente reimpresión de su obra fue posible gracias al interés del señor Antonio López Ortega, quien labora en la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión desde 1973, y cuya madre se desempeñó como cocinera oficial del insigne académico y político guanajuatense, desde que fuera gobernador del estado de Guanajuato, por lo que nació en su casa y creció bajo su protección.

Son abundantes las razones por las que la difusión de este magnífico trabajo se traduce en un aporte fundamental a la vida democrática de nuestro país y en una obligación para las instituciones que la salvaguardan, sirva como corolario la propia lectura de la obra.



DIARIO DE UNA GESTION DIPLOMATICA  
AL SERVICIO DE LA LIBERTAD

Vichy, le 29 décembre 1940

LE MARECHAL PETAIN  
CHEF DE L'ETAT



Monsieur le Ministre,

Au moment où se termine la mission que le Gouvernement des Etats-Unis du Mexique vous avait chargé de remplir auprès de moi et dont vous vous êtes acquitté avec tant de distinction, je ne veux pas que vous quittiez le territoire français sans recevoir un message personnel du Chef de l'Etat français.

Je tiens à vous remercier des sentiments que vous avez bien voulu exprimer à mon égard dans la belle et saine lettre que vous m'avez adressée le 28 décembre. Je regrette de ne pas pouvoir vous dire, de vive voix, combien j'ai apprécié votre sympathie pour la France et la délicatesse avec laquelle vous avez exprimé ce sentiment pendant les heures tragiques que vous avez vécues avec nous. Je vous suis très reconnaissant pour tout ce que vous avez fait pour faciliter et renforcer les relations cordiales qui existent entre nos deux pays et vous prie de bien vouloir, lorsque vous serez de retour à Mexico, transmettre à M. le Président des Etats-Unis du Mexique, mes sentiments les plus cordiaux.

Veillez agréer, Monsieur le Ministre, l'assurance de ma haute considération.

Monsieur Luis I. RODRIGUEZ,  
Ministre des Etats-Unis du  
Mexique.

Vichy, 29 de diciembre de 1940.

EL MARISCAL PETAIN  
JEFE DEL ESTADO

Señor Ministro:

En el momento en que termina la misión que el Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos le había encomendado cerca de mí y que usted ha cumplido con tanta distinción, no quiero que abandone el territorio de Francia sin recibir un mensaje personal del Jefe del Estado francés.

Me complace agradecerle los sentimientos que usted - ha tenido a bien expresar respecto a mí en la bella y amable - carta que me ha dirigido el 28 de diciembre. Siento no poder - decirle, de viva voz, cuánto he apreciado su simpatía por Fran - cia y la delicadeza con la que usted ha expresado ese senti - miento durante las horas trágicas que ha vivido con nosotros. Le quedo muy agradecido por todo cuanto ha hecho para facili - tar y reforzar las relaciones cordiales que existen entre nues - tros dos países y le ruego tenga la bondad, cuando esté de re - greso en su patria, de transmitir al Sr. Presidente de los Es - tados Unidos Mexicanos mis más cordiales sentimientos.

Reciba, señor Ministro, las seguridades de mi alta con - sideración.

Ph. Pétain.

Señor Luis I. RODRIGUEZ  
Ministro de los Estados Unidos  
Mexicanos.

## CAPITULAR DE PABLO NERUDA

**H**ay dos geografías, dos mapas de Europa: uno resplandeciente a la luz de la nieve del Norte, a la luz del sol del Sur; una carta en que el esplendor se despliega sobre techos de ciudades dulcísimas y ríos capitales, bosques y caminos, tabernas colmadas de viejo vino, librerías donde cae sobre la sabiduría amontonada una sola línea de luz diagonal. Y otra Europa, viviente y sangrienta, bajo esa superficie, una malvada selva oscura, una población de asesinos y de espías; una tela de venenosas arañas que desde Berlín a Roma, a París, a Vichy, a Madrid, extiende hilos cargados de traiciones y muertes.

Me tocó vivir antes que a Luis I. Rodríguez la preparación de la danza sangrienta que aquí nos describe. He visto detrás de la gran escena agitarse el poderío de los murmullos y de las voces, la precipitación de los personajes, las máscaras recién pegadas a los rostros terribles. Luis I. Rodríguez, desde su alta estatura americana, las ha visto caer; ya innecesarias, en el crepúsculo tenebroso; y este libro es la radiografía patética del mundo, cuando las llamas sobrepasan al árbol y a la nieve, rodeando a los protagonistas con su fuego mortal.

El fuego da entonces sobre los rostros en este libro palpitante, del cual queda en la boca un regusto a cenizas amargas.

Luis I. Rodríguez es una extraña aparición, una presencia extraña entre los personajes: junto al Judas senil, entre los racimos traidores, pasa, mira a los ojos, con algo de domador popular y

algo de gran señor de la conciencia, tocando, rozándose con el miserable, logrando el testimonio del traidor, ayudando al fugitivo, apoyando al agonizante. Es, a veces, el mensajero americano, el que con su sola presencia trae un nuevo elemento a la crisis crepuscular de una época, una base hecha de albedrío y examen, sobre la que debemos construir otro mundo.

Luis I. Rodríguez actúa cuando ya la araña feroz está engullendo y digiriendo la catástrofe. Ya ha terminado la comedia angustiosa de España. Franco está sentado sobre un millón de cadáveres; las cárceles están apretadas de seres humanos; el destierro divide a España con una cicatriz inolvidable, entre un pueblo famélico y martirizado que quiere salir y un río de desterrados que esperan el regreso. Nadie habla ya de civilización occidental defendida: España es la primera víctima de una conspiración criminal y Franco un pequeño lacayo, barrigudo y sangriento, poseído también de un odio recalcitrante por la cultura y la libertad.

A la historia diplomática y pública de México, pertenece desde hoy este noble y elevado libro, atravesado por todas las corrientes superiores del pensamiento en la angustia: la acción y la impotencia, la pérdida absoluta y el nacimiento de la esperanza desde el hueco de las ruinas; cuanto nos preocupa y nos deprime con el crecimiento de una Europa maldita; cuanto nos espera si no anticipamos el panorama y no miramos en torno nuestro, en torno a nuestra América amenazada.

El patético relato de Luis I. Rodríguez, enseñará al que lea, lo que mañana harán en nuestra América el aislacionista, el franquista, el simple simpatizante del fascismo, ante una pequeña coyuntura, debilidad o derrota. Saldrán de sus cuevas, vendrán al aire libre con garrote y horca, y con ellos el espíritu de la fuerza violenta entrará en nuestras patrias a desarrollar el mismo “Ballet de Sangre” aquí descrito con pasión y dolor.

Este libro es una nueva enseñanza, agregada a las de cada día. Enseñanza más digna de ser tomada en cuenta que la noticia de una batalla perdida, porque esta sumersión en el torbellino, en el corazón traicionado de Francia, en la danza de la sangre, está hecha con la ternura, con la nobleza y la misericordia de un hombre que, como Luis I. Rodríguez, llevó a ese pueblo y a ese drama, con la representación de México, las manos acogedoras de América y las llaves de la Libertad.

PABLO NERUDA

## GUIÓN DE JUSTO ROCHA

Conocí al licenciado Luis I. Rodríguez, en Montauban, en septiembre de 1940. Su viaje fué motivado por un intento de secuestro, en la persona del ex-Presidente de la República Española, don Manuel Azaña.

La presencia del entonces Ministro de México en Francia, disipó la nube, con sesgos de gadaña prematura, cerniéndose sobre la ya quebrantada cabeza de don Manuel, como recuerdo que le querían deparar los suplantadores de la muerte.

El señor Azaña fué trasladado del domicilio de don Ricardo Gasset, al *Hotel du Midi*, residencia transitoria del Representante de México, en donde —a falta de bandera que hiciese inviolable la morada, señalando el hogar de un país extranjero— quedarían guardando la persona del ilustre pensador español, el capitán señor Antonio Haro Oliva, digno oficial del Ejército Mexicano; el licenciado don Ernesto Arnoux y el replegado Cónsul del Havre, señor Eduardo Prado.

Esta circunstancia nos permitió a los españoles residentes en Montauban, establecer relación personal con el licenciado Luis I. Rodríguez, quien aprovechó el viaje para abrir un turno de visitas, sin distinción de jerarquías ni de representaciones, entre los refugiados españoles.

Yo había recibido en Marsella el encargo de obtener la mejor información posible, relativa al Acuerdo Franco-Mexicano, y a los proyectos y orientaciones del Ministro de México. Me pareció

lo más acertado exponérselo así al que le acompañaba, a la sazón, como secretario, señor Alfonso Castro, e inmediatamente fui recibido por el licenciado Luis I. Rodríguez, en sus habitaciones del hotel.

Nuestra conversación, extensa y pausada, duró tres cuartos de hora. En el curso de ella, en un plano emocional sincero, recorrimos los impersonales aspectos del magno problema que había echado sobre sus hombros.

Ni él ni yo hablamos para nada de nosotros. El —más calificado para haberlo hecho, por el cargo que desempeñaba, y por la labor que estaba realizando— diluía su fuerte personalidad de luchador, en la calurosa ofrenda dedicada a los desheredados de todo amparo, y ajustaba sus palabras vibrantes y conmovidas, como aureola de consuelo, a la frente de mujeres y niños españoles; a las cabezas, prematuramente encanecidas, de los hombres —guiñapos de parias—, clavados en cruz, como sobre su propia tumba innominada, en los campos de concentración franceses: a la silueta deforme de los mutilados de guerra, quijotes de ahora, en el trueque de la adarga y la lanza por sus metálicos miembros artificiales, humillando sus muñones, después de la desigual contienda, en que las aspas de los molinos, y los molinos mismos, habían sido sustituidos por tanques pesados y por aviones de combate.

Yo le escuchaba con creciente interés, observando su figura, sus gestos, sus movimientos, y fijando en la retina los más minuciosos detalles visuales, a cada momento fragmentados por el corte agudo de su mirada.

Una recóndita asociación de sentimientos retrospectivos —que en mí tienen un entronque directo con las emociones del presente— me hizo recordar a Panait Istrati, el luminoso escritor rumano —no quiero decir que malogrado—, y, más concretamente, su obra “Kyra Kyralina”, engarzada, como un maravilloso rubí, entre las “Narraciones de Adrian Zograffi”.

¿Por qué?

Nada más fiel que la emoción, en la cita inexcusable de aquellos momentos que nos han producido determinados estados anímicos. Así como la conciencia comparece en presencia del ser o del objeto que la reclaman, el sentimiento se enlaza en nosotros, por el hilo invisible de la imaginación, a las épocas de nuestra vida en que una sensación gemela nos hizo vibrar.

Y yo recordaba aquel espléndido prólogo de Romain Rolland, que inicia las páginas de “Kyra Kyralina”, dibujando, con trazo certero, la atormentada y dramática figura de Panait Istrati.

El magistral creador de “Juan Cristóbal”, nos cuenta cómo conoció al autor de “El pescador de esponjas”. Y en la prosa cálida y flexible que le es peculiar —a través de cuyas líneas van inflamándose las luces de la inspiración, en llamas que rodean la mente del lector, convirtiendo en cenizas la materia inerte del papel, y transfigurando el frío perfil de las letras de molde, en una candente ondulación, grácil en su gálibo, mística y sensual, de carne y espíritu, Romain Rolland, el genial biógrafo de Miguel Angel, de Beethoven y de Tolstoi, de Haendel y de François Millet, descubre el temperamento literario de Istrati, tan formidable, y absorbiendo de tal manera su personalidad subyugada por el color y por el estilo, que al hallarse sobre la cama de un hospital, después de haber intentado quitarse la vida, dándose un tajo en la yugular, interrumpe la descripción de su tragedia —en una carta que dirige al que después sería prologuista de su obra—, para dar paso, avasallándolo todo, a las más bellas narraciones, fecundadas en su mente de creador literario, por su vigoroso aliento de orfebre. Así olvida su propio drama, y canta, en la noche de su soledad dolorida, canciones de luz, de amor y de esperanza, en un jardín de ensueño, con delicados perfumes orientales y tenues quejidos en la voz de cristal de los surtidores, quebrada por el viento desolador de la fatalidad.

De la misma manera los refugiados españoles —y con ellos todos los que habían quedado a merced de la voluntad del invasor, cuando el repliegue de los Ejércitos aliados, desde París hacia el mediodía de Francia, desbordó, por las carreteras, imponentes ríos humanos— habían olvidado su profunda tragedia, al escuchar la voz del licenciado Luis I. Rodríguez, mensajero de Cárdenas y del pueblo mexicano, que enarbolaban su bandera de protección sobre las víctimas vivientes del fascismo, restituyéndoles la dignidad de seres humanos.

Coincidiendo con esta exaltada vibración colectiva, el Ministro de México dejaba atrás su nombre político, apartaba modestamente su título de diplomático, para fundirse, hablando de hombre a hombre, y de corazón a corazón, con la masa anónima —carne de pueblos libres—, que latía bajo las míseras vestiduras del abandono.

La palabra, el acento y la sinceridad del licenciado, tenían el más auténtico sello de México, de este bello país, racimo de múltiples tonalidades, del que se desprenden las luces de la vida, rompiéndose en mil canciones, y estallando —como flores de sangre y como soles de pólvora— en su firmamento revolucionario.

Esta fué la primera impresión directa que recibí del autor de “Ballet de Sangre”. Tan sugestiva, tan cargada de humanismo, tan acusadora de un recio temperamento literario, que al descender al vestíbulo del hotel —donde esperaban numerosas personas para ser recibidas por el Ministro de México—, me creí transportado, como en una mágica mutación del escenario, al patio de la venta cervantina, donde el ingenioso hidalgo manchego veló sus armas.

Allí, los trajinantes del exilio, los desahuciados de las profesiones liberales, los artífices de su cansancio, los menesterosos de todas las condiciones sociales, nivelados, en la desgracia, por el rasero común del infortunio; el bachiller y el licenciado; el viejo militar jacarandoso; el ex diputado y el ex ministro; el escultor, el periodista, el pintor y el poeta; el médico y el músico; el peón desalojado de las más insignificantes faenas del suelo francés; el cura locuaz y republicano; todos, enfilaban la vista hacia la escalera del hotel —por donde esperaban ver bajar al Mensajero de México—, escoltados, en su ferviente anhelo, por las pálidas figuras de los inválidos, como escapados de un viejo retablo de Castilla.

Llevaban estampado sobre sus vestidos polvo de todas las carreteras; clavadas en sus carnes, espinas de todos los descampados; grabada en sus pupilas la visión estremecedora de los camposantos rurales, y la fría silueta de las iglesias aldeanas, en el campanario de cuyas torres, las blancas cigüeñas, empavorecidas, doblaron sus cuellos de armiño, para ocultarse en el hueco de las mudas campanas, como un ovillo de plumas, en torno a la mazorca de su pico.

Y conservaban la sucia huella del maltrato en sus almas identificadas por el sufrimiento, sobre las cuales habían restallado el látigo de su brutalidad la policía y la gendarmería francesas, trasunto fiel de la guardia civil española, al hacer cuyo retrato firmó su sentencia de muerte Federico García Lorca, el crucificado poeta de Granada, en la cruz de sándalo y rubíes de sus versos:

“Con el alma de charol,  
vienen por la carretera.  
Tienen —por eso no lloran—  
de plomo la calavera”.

Y, arriba, protegiendo con el airón romántico de su entusiasmo, a la primera figura simbólica de la España apaleada —¡pobre piel de toro, tundida por las pezuñas de los bárbaros!—, quedaba el visionario de México —caballero andante de la nueva aventura—, velando las armas de su inteligencia, para abrir los senderos de la liberación y los surcos de la nueva vida, sembrando horizontes en el alma trémula de los refugiados.

Sancho había quedado en medio del suelo francés, derribado por los obuses sin entrar en la contienda, exánime, junto al asno perplejo, y “apretando, con los dedos crispados por la muerte, su torta de pan contra el pecho”.

Un casco de metralla hizo abortar la sonrisa socarrona en su faz rubicunda, trocándola en una áspera mueca de espanto, “como si la angustia hubiese exprimido la esponja de vino que llevaba dentro, desde hacía medio siglo”.

\* \* \*

Meses después —en diciembre— volvimos a encontrarnos en Marsella.

El “hall” del Hotel “Astoria”, tristón y desabrigado, reflejaba la deprimente situación de Francia.

El racionamiento de víveres y combustibles se hacía cada vez más severo, en aras de la buena alimentación de los invasores.

Sentíase frío en aquel salón, y un impalpable velo desalentado temblaba en su ambiente.

Los franceses taciturnos del armisticio devanaban su tedio, hundidos en los divanes que —como los de otros hoteles de Marsella— conocían ya la inquietud cosmopolita de los “apatridas” de todas las nacionalidades, buscadores de visados de entrada, en algún país de América. Entre estos “apatridas”, legítimos antifascistas, se mezclaban, también, los más dudosos poseedores del vellocino de oro, intentando deslumbrar con la oferta de sus cantidades fabulosas para lograr algo, y constituyendo, por lo turbio de su conducta y por lo complejo de sus métodos, una especie de hampa dorada, surgida, como un cenegal, de entre la pobre tierra —húmeda de sangre y de lágrimas—, que pisaban los auténticos refugiados políticos.

Al atardecer, aquel “hall” se iba animando, y remozaba su monótona fisonomía. Comenzaban a llegar modestos personajes, que se introducían suavemente, con la silenciosa humildad que prestan a los pasos las sandalias “standard”.

Un rumor de colmena humana bordoneaba en torno a los empleados del hotel, aturdiéndolos e irritándolos. Y cuando el conserje —el viejo Georges— hacía lucir las arañas eléctricas, sus ojos cerraban con un relámpago de asombro —cremallera de luz— el pertinaz bostezo que nunca le abandonaba.

Era otra vez la España de Cervantes, que se daba cita allí, al conjuro de un nombre: el del licenciado Luis I. Rodríguez.

Cuando éste llegaba, su simpático magnetismo personal quedaba polarizado por la onda de respeto, irradiada de su figura representativa.

En una agradable atmósfera de cordialidad comenzaban las visitas, “sin protocolo”. El recorría los grupos, hacía “apartes” con los visitantes, y los encomendaba, después de haberlos escuchado, a sus secretarios, para que las solicitudes quedasen reseñadas en las notas, auxiliares de la memoria.

Varias de aquellas tardes hablé con él, relacionados, ahora, en una espontánea amistad que me brindó generosamente.

El germen de “Ballet de Sangre” había fecundado ya en su pensamiento. Las escenas y los hechos que presencié durante el período más dramático y brutal de la Historia de Francia, en su intensidad vertiginosa por el corto espacio de unos meses, saturaron su imaginación, a través de sus facultades literarias, azotadas por el vendaval de las complejas pasiones; de las horribles escenas vividas; de los estruendosos crujidos con que se desplomaba la patria de Emilio Zola.

Aquellas escenas —para vivir alguna de las cuales tuvo que hundir los pies en el lodo, y meterse hasta los codos en el fango de la ignominia—, vistas con serena objetividad, y asimiladas de manera subconsciente en su fuerza ambiental, sacudieron el frondoso arbusto de su inspiración, en cuyas ramas entonaban los rui-señores de Cremona el himno de la muerte, llevando en sus picos el velo nupcial de una virgen truncada, que ya, en mucho tiempo, no podría desposarse con nadie: la vida.

El recogimiento de unos meses, y la pausa abierta en sus actividades diplomáticas ahora reanudadas, le han deparado el fruto de su obra, que arrancó, clavando las uñas en la tierra, a la entraña del suelo francés.

Concebir un propósito así, y llegar a plasmarlo en palabras que se funden, en su contenido caliente de realidad, con el plomo líquido que ha de darle vida a las letras, lo merece todo: peligro, ansiedad, angustia, odio y muerte.

El puede decir ahora, con Rubén Darío, esgrimiendo, como un trofeo, su libro, salvado de la catástrofe: “Y la primera teoría, creador, crear. ¡Bufe el eunuco! ¡Que cuando una musa te dé un hijo, queden las otras ocho encintas!”.

En “Ballet de Sangre”, un vuelo estremecido de tragedia roza con sus alas los bucles infantiles; las cabezas nevadas de los ancianos; las carnes hinchidas de las vírgenes calenturientas, en cuyos senos temblorosos de deseo, ávidos de la sensual caricia del hombre, puso la barbarie su estigma de yerma negación.

Y en el bosque de la afrenta, donde el macho cabrío de la invasión, convoca con su flauta letal a las ninfas del exterminio, el hombre, vacío de todo atributo, se abraza a su sombra, frenéticamente, y se hunde en un templo sin cruces, sin dioses ni testigos, perdido en una noche de crueldad y de infamia.

Por el arco tenso de nuestra atención, y en nuestro recuerdo, al leer este diario de la guerra actual, pasan figuras egregias de la Literatura Universal, sintonizando con el tono emocional de cada uno de sus momentos:

Huysmans, el morboso naturalista de “Allá lejos”, converso después, Leonidas Andreiev, en “La oscura lejanía”, y Máximo Gorki, con su “Albergue de noche”, uno de cuyos personajes hace aquella sencilla y cálida definición de lo que es un hombre.

En este mes y medio de hecatombe que describe “Ballet de Sangre”, el viento colérico del huracán sopla las hojas del calendario francés, y de una a otra, los hechos, descritos con la más rigurosa exactitud, se aprietan en compactos grupos asfixiantes, como temerosos de escapar a las veinticuatro horas de cada día, en que el insomnio ha despabilado brutalmente los pétalos exangües de la vigilia.

De vez en cuando un hálito suave, confortador, limpia las espigas y besa los trigales:

Es que pasa por las páginas del libro el pensamiento idealista del autor. Escapado al horror de tanta desdicha en un anhelo de aire puro de humanidad.

Cuando he llegado a México, “Ballet de Sangre” se hallaba ya en la imprenta, próximo a ver la luz pública.

A la amable atención de su autor debo la lectura de las cuartillas originales, al tiempo que las monotipias realizan el sortilegio de perpetuarlas en una cuidada edición.

Yo no he pensado jamás —como pensara Panait Istrati una vez— arrancarme la vida, porque en mí, las palabras de Ibsen en

“Casa de Muñecas”: —“el dolor es la escuela de los fuertes”—, tienen una firme y real encarnación.

Salvo esto, entre Romain Rolland y Panait Istrati existe la misma relación anímica de circunstancias que entre el licenciado Luis I. Rodríguez y yo.

Sin él, interpretando con generosidad democrática la noble misión que le fué encomendada durante el ejercicio de su representación diplomática, yo estaría todavía en Montauban, o confinado en sus alrededores, a merced del Comisario general de policía, Monsieur Martrou, el masón renegado, al servicio de los ejecutores de Francia, que trocó sus pasadas complacencias en favor de los refugiados, cuando no podía hacer otra cosa, por la execrable túnica del perjurio, vestida con admirable exactitud de medida, en contra de sus propios amigos y protectores.

Yo estaría de cualquier manera, menos habiendo recobrado mi libertad de persona.

Dice la filosofía oriental, que todos los caminos se cruzan.

La feliz coincidencia de encontrarme con “Ballet de Sangre”, a mi arribo a México, me permite —en el nuevo cruce de nuestros caminos— rendirle público homenaje de gratitud al licenciado Luis I. Rodríguez —sin lisonjas interlineadas—, haciéndole justicia por el logro sazonado de su interesante obra.

Pero quiero añadir algo más:

Romain Rolland dedicó su “Juan Cristóbal” —la obra que le dió la celebridad— “a las almas libres de todas las naciones, que sufren, que luchan y que vencerán”.

Y después, en “Clerambault”, decía:

“Yo no pertenezco a una raza. Yo pertenezco a la vida, a la vida por entero. Nuestro empeño consiste en destruir las naciones caóticas, y formar, en lugar de ellas, grupos armoniosos. Nada lo impedirá. Incluso las persecuciones cimentarán, sobre el infinito dolor común, el afecto recíproco de los pueblos torturados”.

Así en “Ballet de Sangre”.

Aunque el autor ha tenido que atravesar la tierra de Francia, con el rayo candente de sus observaciones, para ceñirse a la realidad de los hechos, en un sincero tributo a la verdad —“la áspera verdad” de Danton, izada como una bandera de saludable depuración, a la cabeza del “Rojo y Negro”, de Sthéndal—, él también descubre que, por bajo de la tierra humillada, acribillada de cruces y de grietas, y deshonorada, corre un hilo de optimista fervor, abriendo cauce a la esperanza, como una escondida vena de amor genérico.

Este bello libro lo reúne todo: exactitud en el dato; amenidad en el desarrollo; gradación cromática en el dramatismo, desde el suave matiz, hasta el “crujido de huesos”, como dijera un día Julio Romero de Torres, el célebre pintor cordobés, autor de “La consagración de la copla”.

Y en cuanto a su vuelo universal y generoso, bien pudiera ser dedicado, también, a las almas libres de todos los pueblos, que sufren, que luchan y que vencerán, entonando entonces, como un canto a la naturaleza, el himno de la vida, bajo un deslumbramiento de soles, en una humanidad más humana y más buena, preñada de todos los atributos de la libertad.

JUSTO ROCHA





EL LICENCIADO LUIS I. RODRIGUEZ, EN EL ARCO DEL TRIUNFO,  
DEPOSITA EN NOMBRE DE MEXICO UNA CONMOVIDA  
OFRENDA AL SOLDADO DESCONOCIDO

# Ballet de Sangre

“LOS QUE MUEREN CON  
HONRA, SIEMPRE VIVEN.  
LOS QUE VIVEN SIN  
HONRA, SON LOS MUERTOS”



ARIS, SABADO 1° DE JUNIO DE 1940.— “¡Alerta! Alerta, señores! Corran al refugio. ¡Apresúrense! Ha comenzado el bombardeo...”

—Con esa súbita advertencia, acompañada de estrepitosos e insistentes golpes a la puerta de nuestra habitación, vino a despertarnos el viejo portero de la casa de México. Estaba despavorido, como si acabara de salir de una siniestra pesadilla. El alba

rojiza acampaba en sus ojos desmesurados.

Salimos trastabillando a las calles de Longchamps, alumbradas apenas por la luz desfalleciente de una lámpara de mano que nos precisó la lejanía del sótano en donde habríamos de refugiarnos.

Escuché, por primera vez en mi vida, el alarido tremendo, espeluznante, de la “sirena de alarma”, cuyo taladro se hundía en nuestro espíritu con su lacerante queja en aumento, con su infernal chillido de misterioso aquelarre. Clavé mis ojos en la altura violada y vi cómo los Stukas del Fuehrer, certeros puñales, rasgaban el paño del cielo, mientras las nubes, corderos asustados,

sobre un pasto de estrellas, hacían rodar sus balidos de niebla. Alas y hélices segaban la mies de oro de la luz primera, arrojando sus gavillas en los surcos del aire.

Los fanales del ejército, con una potencia de ochenta millo- nes de bujías, escrutaban el infinito. Montados en carros ligeros, movidos por tracción eléctrica, se desplazaban incansablemente, apareciendo en un lugar y en otro con el desesperado celo de una leona que defiende a sus cachorros; y surtidores de lumbre impal- pable, elevándose hasta el firmamento, retorcían en las sombras sus agudos tirabuzones de fuego.

Los cañones de 4.2 pulgadas, con emplazamiento fijo en derre- dor de las fábricas, almacenes de municiones, campos de aterri- zaje, nudos ferroviarios, estaciones inalámbricas y otros objetivos militares, crispaban los nervios y sacudían la tierra, disparando granadas de treinta y tres libras, a una altura de treinta mil pies y a razón de veinticinco por minuto. Las baterías movibles, pro- vistas de tubos de tres pulgadas y capaces de desarrollar con sus camiones velocidad de cincuenta millas por hora, mantenían una cortina de fuego efectivo a veinte mil pies de altura, con granadas de dieciocho libras.

Los cañones chicos, de pulgada y media, vomitando ciento veinte proyectiles por minuto, y las ametralladoras anti-aéreas, con sus constantes tiros de ráfaga, completaban el macabro con- cierto, dirigido por una ansiosa batuta.

Difícilmente pudimos llegar al 164, rue Kléber, señalada con anticipación por la defensa pasiva para que diera cobijo a noventa y dos vecinos, entre quienes fuimos incluídos los moradores de la Legación de México.

El patio central de aquella residencia ofrecía un aspecto ver- daderamente pintoresco. Mujeres en pijama, tocadas con gorras vascas y llevando pieles sobre sus hombros; otras, con uniones de mezclilla, calzando botas mineras y arropándose entre armiños; las de mas allá, nerviosas, amamantando a sus hijos o despabilán- doles el sueño con sonajas improvisadas. Los viejos también con un absurdo abigarramiento de vestidos; con sueters y sombreros de bola; con prendas militares y en pantuflas; con gorros de dor- mir y en traje de etiqueta.

Eso sí: nadie había olvidado, en primer término, sus máscaras contra los gases, y después sus joyas, títulos, dinero y papeles de identificación, que guardaban cuidadosamente en cofrecillos es-

peciales, temerosos de que sus viviendas quedaran reducidas a escombros.

Se notaba la ausencia de hombres jóvenes y maduros. Los pocos que allí habíamos éramos extranjeros y buen cuidado tuvimos de manifestarlo, pronunciando en alta voz nuestro idioma nativo, para evitar así lamentables y molestas equivocaciones al sospecharnos desertores del ejército o individuos pusilánimes que, amparados por cualquier subterfugio, habían eludido criminalmente el cumplimiento del mayor y más noble de los deberes para con la patria.

Cuando urgidos por el “jefe del islote” —encargado responsable del refugio—, tuvimos que soterrarnos en las bodegas de la mansión, apretujándonos durante varias horas en aquellos pasillos descalichados, oscuros, cargados de humedad y asfixiantes por su hediondez, recordé, con invencible pena, a mi malogrado amigo y colaborador, Enrique Romero Courtade, muerto apenas hacía diez días a consecuencia de la pulmonía fulminante que alevosamente lo hirió en esos mismos subterráneos.

Un incómodo, inagotable y sordo murmullo se percibía en aquel confinamiento, producido por las frenadas lamentaciones de las mujeres, las blasfemias incontinentes de los viejos y el lúgubre crujir de las techumbres, cuyo eco lamía con rabia la áspera piel de los sótanos. Comandaba ese concurso de ruidos y sobresaltos el furioso martilleo de los cañones. Empotrados en una obscuridad espesa, aumentaba nuestro fastidio vernos como topos totalmente ciegos, oprimidos por paredes pringosas. A veces lloraba un pequeño, como si hubiese perdido su estrella en las tinieblas... Podíamos contarnos los latidos del corazón contra el silencio obligado.

“¡Miserables!” —gruñó un anciano inválido—. “¡Cobardes!” —contestaron todos—.

El estruendo nos pareció una gigantesca carcajada. Por fin pasó el peligro. Una voz nos lo dijo, y las “sirenas de alarma” acabaron de confirmarlo.

Todavía los cañones babeaban su ira, como monstruos jadeantes.

Y el mandatario de la defensa pasiva nos libertó de aquellos tortuosos escondrijos.

París, momentos después, recobró su vida habitual, al amparo de una escuadrilla de cazas ingleses, que limpió el cielo francés de aviones piratas.

\* \* \*

Acompañado por el primer secretario de nuestra Legación, señor Bernardo Reyes, me presenté, muy cerca de las diez horas, en el Ministerio de Negocios Extranjeros, de acuerdo con una cita que había concertado con el Sr. M. Labaume, jefe del Departamento de Asuntos Americanos y antiguo Comendador del Aguila Azteca, para tratar asuntos relacionados con el petróleo de México.

Las oficinas de esta dependencia no ofrecían el aspecto que les era habitual. Todos los empleados habían recibido instrucciones de suspender sus labores ordinarias, para dedicarse a seleccionar documentos importantes que, reunidos en pesados fardos, se transportaban después hasta las fronteras de España o de Suiza.

Igualmente tuvimos ocasión de presenciar cómo se desmantelaban los salones del Quai d'Orsay y cómo sus históricos archivos servían de pasto a las lumbraradas que se habían improvisado en los propios corredores de la Jefatura del Gobierno.

Con el humo de la quema llegaba también a las conciencias el sabor de la derrota. Aquello significaba el comienzo de la fuga, la impotencia de resistir, el descalabro anticipado, la tumba del honor francés.

Inútil resultaba la excitativa presidencial recomendando al pueblo: "la evacuación de la capital no debe ser intentada, ni siquiera en caso de bombardeo".

¿Había nuevas circunstancias ignoradas por nosotros, que justificaran esta medida precursora del desastre?

El señor M. Labaume se encargaría de informarnos. El ujier de su despacho, sereno como en los mejores días, con la arrogancia de sus eslabones de plata suspendidos sobre el pecho y con la reverencia cortesana de siempre, antifaz para sus íntimos gestos, vino a indicarnos que el astuto diplomático nos esperaba.

Cuando estuvimos frente a él, a mitad de un instante que se hacía eterno y pesaba como plomo, lo notamos positivamente confuso. A veces, como queriendo plantarse en la realidad ambiente, dibujaba en su rostro, en plena tensión muscular, una sonrisa que lo traicionaba por una rara mueca. Sin éxito, exageraba su cortesía; en verdad miraba hacia su interior detrás de la mampara de sus ojos. Hizo un esfuerzo por darnos su atención, visiblemente dispersa.

Por fin precisamos ideas, convinimos planes y en el momento de despedirnos no pude contener por más tiempo mi curiosidad y le interrogué:

—¿Hay motivos que alarmen?

—No lo creo; simplemente cumplimos nuestro destino. Aún existen esperanzas de salvarnos.

—¿Y los preparativos que se advierten hoy?

—Son precauciones tan sólo. Falta tanto por hacer, que por algo hemos de principiar.

—Me alegro enterarme... Creí verlo triste.

—¿Triste? —objetó amargamente.— Yo diría desolado. Es que acabo de saber que mi único hijo murió el miércoles en la defensa de Dunkerque.

Dos lágrimas gruesas y viriles rodaron por sus mejillas, con la majestad que exalta el lento martirio de un hombre. Respetando su dolor desbordado, lo contemplé durante algunos segundos, y comprobé cómo su angustia infinita reflejaba la honda tragedia de Francia.

\* \* \*

—¡Animo!— quería gritar a las gentes que, cabizbajas y anoadadas por su infortunio, tropezaban conmigo en las aceras de Palacio.

—¡Confianza!— intenté decir a quienes rasgaban con rencor la propaganda mural, defraudados por la consigna que lucía jactanciosa sobre las trincheras de los aliados—. “Venceremos porque somos los más fuertes”.

Pero me abstuve de hacerlo, más que por mi condición de extranjero, por la noticia que circulaba ya en todos los labios, referente a que el general Weygand, Comandante Supremo de los Ejércitos de Francia, se había dirigido al Premier del Consejo, informándole de la angustiada y precaria situación que guardaban sus tropas al sentirse arrolladas a cada momento por la pujanza insuperable de los soldados del Reich.

Semejante especie vine a comprobarla al pardear la tarde, con motivo de la visita que se sirvió hacerme el Excelentísimo señor Behic-Erkin, Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Turquía, a quien acompañaba el señor Comandante Enver Aka, Attaché Militar, Naval y del Aire, de la misma República.

—Desgraciadamente es cierto—me dijo al preguntárselo—. La carta del general Weygand está fechada hace tres días, y expresa que el desarrollo de las operaciones militares es a tal extremo grave para los ejércitos de Francia, que puede conducir, en un plazo muy breve, a la imposibilidad de continuar las hostilidades.

—¿Pero usted ha podido enterarse de esa nota?

—Como que ayer la transmití cifrada a mi Gobierno.

—No comprendo...

—Es que el propio general Weygand, al finalizar su escrito, que consta de cinco pliegos, sugiere también que se advierta de esta situación al Gobierno Británico, para que norme la conducta que le convenga y adopte, desde ahora, las medidas que juzgue necesarias.

—¿Y usted cree que...?

—¡Vamos, colega! Yo sólo creo en la victoria final; la que signifique el aniquilamiento de los nazis; la que salve al mundo de esa amenaza; la que devuelva a los pueblos caídos y a los abyectos la libertad y la paz, el honor y el sentido de dignidad que han pisoteado y prostituido, en nombre de una “nueva civilización”, las hordas barbaras de Prusia o sus cómplices inmundos.

—¿Pero piensa usted que Francia...?

—No quiero pensar de ella. Mejor dicho, no puedo resignarme a contemplarla con los puños inermes, con las pupilas apagadas, doblando las rodillas frente al adversario, hundiéndose al peso de sus calamidades o de su traición.

—¡Qué amargo es decirlo!

—Sí; pero qué dulce y bello es también el rebelarse y rasgar ese cuadro de sombras. La causa de la libertad no está en bancarrota. Si la antorcha de Francia se extinguiera, la humanidad no quedaría a oscuras. Nuevas lumbres servirían de guión al baluarte incommovible de Londres, al bastión de lealtad en Ankara, a la muralla de firmeza y arrojo de la vieja China, al monumento de valor, decisión y fuerza, de las pujantes muchedumbres de América.

El glorioso mutilado de la Media Luna pronunció estas últimas palabras estando ya de pie, con la mirada perdida en los rumbos amados. En ese instante acariciaba, quizás, las ondas azules de su legendario Maritza, o suspendía su postrer esperanza en el Cuerno de Oro de su inefable Estambul.

\* \* \*

La epopeya de Dunkerque (Norte) comienza a plasmarse en la Historia del Mundo. La orden dictada por el Generalísimo de Francia: “Salvad todo lo que pueda ser salvado; principalmente el honor de nuestras banderas”, se ha cumplido con estoicismo, durante cinco días, por los heroicos defensores del puerto, quienes organizados en cuadro, resisten, en proporción de uno contra cinco, las furiosas embestidas de los ejércitos de la swástica, que a toda costa pretenden estrangular el único cuello abierto a las naves y capaz de salvar a medio millón de hombres que luchan por la libertad.

Todavía hoy, el 137 Regimiento de Infantería combate desesperadamente por mantenerse sobre el canal de Glaises; el comandante Martin realiza proezas inconcebibles en la defensa de Bergues, (Nord), y los destacamentos del coronel Mariot, con indómita bizarría, rechazan a su adversario en la bolsa de penetración que lograron abrir en el sector de Brentie-Meuler. Duff Cooper, Ministro de Información del Gabinete Inglés, perfonea esta noche: “El enemigo se ha abierto paso entre las líneas aliadas y está a punto de alcanzar el mar. Quizás esta circunstancia nos obligue a retirar nuestros contingentes de las posiciones que ocupan en territorio francés. Entiéndase bien desde ahora que esta maniobra habrá de significar no a un ejército VENCIDO, sino a un ejército REPLEGADO”.

La advertencia del general Weygand, trasladada al conocimiento de Churchill, comenzaba a surtir sus efectos. El Embajador Erkin lo había confiado a mi discreción horas antes.

Por su parte, Goebbels anunciaba la caída de París para quince días después.

Las aficiones “carnívoras” de Hitler quedaban satisfechas con creces.





DOMINGO 2 DE JUNIO.—  
¡Mírenlos! ¡Allí vienen! ¡Son  
más refugiados! —gritaba  
la chiquillería con ingenuo  
alborozo, arrastrando de la  
mano a las viejas porteras que  
después se santiguaban en la  
penumbra de los zaguanes,  
frente a la caravana hambrien-  
ta y desvalida que transitaba  
por las calles de Saint-Lazare,  
como si fuera la última esta-  
ción de su vía-crucis.

—Son traidores de Bélgi-  
ca— dijo cualquier necio refiriéndose a las tropas de Leopoldo II,  
rendidas en pleno campo raso hace apenas cien horas.

—Son mártires de la Libertad —replicó una bella mujer que  
llevaba el color del fuego en su cabeza desmelenada.

—¡Muera el Rey bellaco! —rezongaron los estudiantes.

—¡Viva Alberto I, el campeón de Francia! —clamó unánime la  
multitud, descubriéndose respetuosa ante el recuerdo del egregio  
defensor de Lieja.

Los recién llegados caminaban sin escuchar, sin fuerza siquiera  
para levantar los hombros, doblados bajo el agobio de sus ense-

res, última resaca de su miseria; indiferentes ante las charolas de viandas que solícitos les ofrecían los boy-scouts de París, marchaban taciturnos, recelosos, barriando con la mirada perdida el adoquín de las calles.

Muchedumbres compactas, desesperación en marcha, habían cubierto a pie el recorrido; por eso llevaban la marca de las vigilias y el hastío de su desolado peregrinar. ¡Cuántas veces, sin duda, buscaron la placidez de una aldea para su reposo, y cuántas también los estragos de un bombardeo hurtaron su sueño y su cansancio, empujándolas de nuevo a la carretera polvorienta de su martirio!

Otras realizaron el viaje en bicicleta. Se les vió llegar en desbandadas dolientes, con los rostros ennegrecidos, jadeantes, arrastrando en cunas de niño sus trebejos, o haciendo rodar sus cobertores sobre patines herrumbrosos.

Pocas gentes, por cierto, pudieron aprovecharse de trenes y camiones. Aquellos quedaron, en su mayor parte, al servicio de los invasores, y éstos llenaban las cunetas de todos los caminos, con las gomas rasgadas y los tanques vacíos.

—¡Alabado sea Dios, que salimos de aquel infierno! —nos dijo una anciana que refrescaba su fiebre en el regazo de una sandía—. Hemos padecido mucho durante el viaje. No todas las gentes son buenas: nos negaron su pan, nos echaron de los graneros, nos llamaron advenedizos, nos arrojaron sus perros gruñones y, más que piedad, susto sentían ante nuestra desgracia. Egoístas, ignoran, en lo torpe de su crueldad, que bien pronto podrán ser ellos mismos rebaños perseguidos, con el acoso del hambre metido en el cuerpo y en el alma. Sólo los soldados, seguramente porque están más pegados a la miseria, compartieron su rancho con nosotros, allá, en los campamentos del Norte.

Regresé a mi despacho con el espíritu enfermo. Me dolía repetir las palabras de la abuela desterrada: “¡No todas las gentes son buenas!”

\* \* \*

La batalla de Dunkerque (Norte) se desarrolla con un encarnizamiento sin igual. Su portentosa defensa sólo pudo entrar en agonía por la falta de reservas; pero a pesar de esto, los soldados hacen honor a la consigna recibida de su Jefe, el general Fagalde: “¡Manténganse en sus puestos, cueste lo que cueste!”

Las masas germanas de choque, rechazadas al Norte de Bourg-bourg, rebasan al fin las trincheras de Spyker, que sirven de fosa al glorioso comandante Marcel Dunard, mientras que en Teteghem cargan con furia, a bayoneta calada, sobre los despojos del 137 Regimiento que, en torno a su coronel Menou, siguen fuertes en el último punto de la ciudad, cubriendo la retirada de los ejércitos de Churchill.

Hasta este día han logrado embarcarse, bajo una lluvia de metralla, doscientos sesenta mil hombres con destino a las Islas Británicas.

¡La Historia de la Humanidad no registra una acción semejante!

El general Weygand, hondamente preocupado por la suerte de sus tropas en Dunkerque (Norte), se dirige al Almirantazgo inglés, exigiéndole “en nombre de la solidaridad de sus dos ejércitos” que las retaguardias francesas no vayan a ser sacrificadas, privándolas de los necesarios medios de transporte, después de que, gracias a su tenacidad y arrojo, han permitido la evacuación de los contingentes aliados. Todo el pueblo de Francia, con el aliento en suspenso, queda pendiente de la respuesta de Londres.





UNES 3 DE JUNIO.— Camino del Ministerio de Finanzas, instalado en el Palais du Louvre, por la rue de Rivoli y Pavillon de Flore, nos sorprendió un espectáculo inusitado: los grandes bulevares, las entradas de los caminos y las calles más transitadas de la ciudad, amanecieron obstruidas por orden de la Comandancia Militar. Todos los autobuses y los carros de alquiler requeri-

dos para el efecto, fueron atravesados sobre las vías, y gruesas cadenas, sostenidas por pivotes de concreto, vinieron a asegurar definitivamente la medida, dándole un aspecto de sitio a la capital.

En los bellos paseos “La Mouette” “Champs Elysées” y “Avenue Foch”, instalaron, además de los obstáculos mencionados, trincheras formadas por millares de sacos de arena y alambradas de púas, para proteger las plazas y rotondas contra la que juzgaban cercana invasión.

Mayor fué nuestra sorpresa cuando, en los bosques de Boulogne y de Vincennes, vimos cómo los picos abrían hondas grie-

tas en el pavimento y se improvisaban barricadas de considerable longitud.

Y en apoyo de tan elocuentes preparativos, la policía urbana acudió a su servicio portando fusil a la bandolera, casco de acero y máscara contra gases.

¿Principiaba a organizarse la defensa militar de París?

Indudablemente; pero, por ahora —según informes de la Prefectura—, esas medidas sólo tienden a proteger la ciudad contra posibles aterrizajes de los aviones alemanes en las grandes arterias y a dificultar el descenso de los paracaidistas enemigos.

\* \* \*

Por rutas diferentes arribaron hoy en automóvil los miembros de la Legación de México acreditada ante el Gobierno de Bélgica, y los de nuestra Oficina Fiscal de Hacienda que funcionaba en Bruselas.

Oportunamente la superioridad dispuso que se replegaran a París en espera de nuevas instrucciones.

Nuestro Encargado de Negocios en aquel Reino, señor Jaime Torres Bodet y el jefe de la Fiscalmex, señor Agustín Alva Cejudo, me informaron detalladamente de su gestión y de las enormes dificultades con que tropezaron en su viaje. Ambos funcionarios, con sus respectivos colaboradores, quedaron instalados en nuestras oficinas.

\* \* \*

A las 14:45 —hora local—, París recibió por primera vez su bautismo de sangre. Desde la altura, los aviones de la barbarie dejaron caer sus cautines ardiendo, para marcar con cruces de infamia la frente de la Ciudad Luz. Cuando el sol iba a perder su vieja cureña al asaltar el horizonte, cuatrocientos aparatos de destrucción prendieron en el regazo del cielo sus abanicos de sombra. Las ocho flotillas nazis lanzaron más de mil bombas, dando muerte a cuarenta y cinco personas e hiriendo de bastante gravedad a ciento cincuenta y cinco.

¡Ah, el cielo de París parece que ha perdido todos sus sonoros andamios! Es un plafón que rasgan las hélices zumbantes, como si una inmensa sierra mecánica derribara de un solo corte una selva de claridad. Y mientras se arrojan puñados de serpentina de

humo, creemos ver de pronto el descendimiento de las sombrillas de seda de los paracaidistas, grandes hongos venenosos que bajan a interrumpir la paz de las cigüeñas. Pero no, el espacio resuena como motor apuñalado de palancas: los soldados del Reich no abandonan los flancos de sus bestias terribles.

Una noche artificial se ciñe a la cintura sus bengalas. Como una gran pieza de pirotecnia que se quemara cada cinco minutos, no deja de arder la tarde. Un surtidor de lumbre planta en la tierra sus espigadas columnas, en torno a las cuales danzan las llamas retorciendo sus brazos como culebras.

¡Ved!: centenares de jinetes de pólvora rayan sus pegasos en adoquines de sombra. ¡Oíd, canallas que surcásteis de arrugas la serena frente del mundo y tirásteis sobre su dolor vuestros aros de fuego como quien ensarta juguetes en la feria: París os maldice: “Que jamás a vuestro paso se abran los capullos del algodón celeste; que donde pise vuestra bota no nazca el trébol de cinco pétalos de las estrellas! ¡Hunos del aire: que vuestro incendio os acabe de secar el jugo de las entrañas!”

¿Quién desciende por la escala de Jacob? Es Ariel herido por el plomo de Calibán.

Las baterías antiaéreas logran asir de las crines a los corceles de aluminio. Las sirenas de alarma chillan como canguros a los cuales se ha lastimado la cola. ¡Marsupial París: sigue guardando a tus hijos en el gran portamonedas del pecho; que nadie salga de tu caliente bolsa de felpa!

¿Quién desvistió de su señorial ropaje a ese histórico castillo? ¿Quién lo desnudó con la rapidez con que una bailarina cambia de trusa y de medias? ¿Quién descubre el esqueleto de los edificios el tiempo que se emplea para subir o bajar un telón de teatro?... Es Calibán que siembra su trigo; es Calibán que ara la tierra; es Calibán que dicta su código: “Hombres todos del mundo, odiaos los unos a los otros”.

Han pasado varias horas. El enemigo se marchó hace tiempo. Ya no chillan las sirenas de alarma. Sólo la luna se pasea entre los escambros humeantes con su gran casco de bombero.

No pudo el moderno Nerón contemplar el incendio de París.  
¡Que no olvide Alemania la suerte de Agripina!

\* \* \*

Hasta estos momentos el Gobierno británico no ha enviado ninguna respuesta al urgente reclamo del general Weygand, que tiende a salvar las retaguardias francesas, en la guerra del Norte.

A pesar de éso, el Comandante en Jefe de todas las operaciones, sin perder la confianza en la solidaridad que se deben los gobiernos aliados, ha hecho suya la petición formulada a Londres, el día de hoy, por el general Wuillemín, para que envíe, sin pérdida de tiempo, la mitad, cuando menos, de los aviones que permanecen inactivos en los campos ingleses y que se supone alcancen el número de mil.

“Tal es la gravedad de la situación —dice el general Weygand, en este segundo mensaje dirigido a Churchill— que me parece inútil insistir en ella. Si no tenemos inmediatamente y con toda amplitud la ayuda que solicitamos, es seguro que nuestras fuerzas serán vencidas y con ello la guerra estará perdida lo mismo para Francia que para Inglaterra”.

Se pregunta: ¿Esta segunda instancia correrá la misma suerte que la primera?

\* \* \*

Sin embargo, en Dunkerque (Norte) arrecia la pelea y se levantan verdaderas montañas de cadáveres; la lucha se vuelve sin cuartel y es el exterminio del adversario y no la conquista de la tierra lo que incendia la acometividad.

El regimiento mecanizado 143, es despedazado por el fuego de los obuses, en tanto que la 32 división, que soporta las más sangrientas ofensivas sobre Teteghem, queda convertida en minúsculos retazos. En Bray Dumes las tropas que componen la 12 división, defienden sus trincheras cuerpo a cuerpo y no flaquean ni siquiera cuando ven caer a su jefe, el general Janssen, ametrallado desde el aire. La legitimidad de su causa conserva la bravura y el arrojo en dichos efectivos.

“Es preciso sostenerse diez horas más” —exige el general Fagalde, quien asegura la defensa de Dunkerque—; y el ejército de Francia le responde ventajosamente, excediéndose en su sacrificio, comprando al precio de su vida el honor indiscutible de servir de puente a quienes más tarde habrán de mantener vivo el fuego de la libertad.

Cuando a lo largo del canal de Dunkerque a Furnes, en torno a Rosendael, se apagó el último fuego de los defensores, por la falta

de municiones, el Almirantazgo inglés informaba: “Se ha escrito la página más brillante en la Historia militar del Mundo. Doscientos noventa mil soldados británicos han logrado evacuar Dunkerque y regresar a nuestras playas, acompañados de sesenta y cinco mil patriotas franceses que, unidos, seguirán luchando por el imperio de las democracias”.

En verdad esta vez Francia se mantuvo a la altura de su heroico pasado.

\* \* \*

El Gobierno Norteamericano acordó sugerir a los ciudadanos de su país que, dadas las circunstancias que prevalecen en Francia, convendría regresaran a los Estados Unidos utilizando la salida del vapor “Manhattan” puesto a su disposición en Burdeos, para esos fines. Como una señalada gentileza para México, el señor Embajador Bullitt se sirvió comunicármelo, muy cerca de la medianoche, por conducto de su secretario el señor Fullerton, ofreciéndome, con exquisita cortesía, algunos camarotes para las personas que señalara nuestra Legación.

Inmediatamente hice del conocimiento de mi Gobierno la oportunidad que se nos ofreció gentilmente, y que al ayudarnos a reducir nuestro personal, nos pondría en condiciones de efectuar, con mayor libertad, cualquier movimiento obligado.





ARTES 4 DE JUNIO.— Desde temprana hora, el Departamento de Ceremonial, correspondiente al Quai d'Orsay, me anunció la visita del Excelentísimo Señor Rafael Guariglia, Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Italia, quien, cubriendo fórmulas protocolarias, expresaba así su complacencia a un jefe de misión recientemente acreditado. Asistido por su secretario, el señor

conde Giorgio del Bono, tuve la ocasión de conversar con él durante más de una hora, sobre el tema apasionante de Europa.

Al hablar del concepto que me había formado de su país, con motivo de mi reciente estancia en Roma, en donde tuve la oportunidad de conocer personalmente a Mussolini y de escucharle una de sus arengas, pronunciada desde los balcones del Palacio Venezia, el inquieto diplomático, que además es líder prominente de su partido, irguió el pecho para recalcar con énfasis esta expresión: "La Italia fascista es una fuerza que, bajo el símbolo del Lictorio, se abre paso en la Historia del Mundo. Nadie podrá detener

esta fuerza homogénea y gigante que se encauza hacia una lucha inevitable y lógica...”

—Puede ser cierto, repliqué; pero en América mantenemos la más firme convicción de que el pueblo italiano sabrá defender su neutralidad por encima de todas las circunstancias.

—¡Qué espantoso error! —interrumpió en forma dramática—: los neutrales han sido siempre víctimas de los acontecimientos. Han tenido que sufrir las consecuencias de su indecisión y de su cálculo; y es preferible —como dijera nuestro Duce— (lo dijo alargando el brazo a la manera fascista) vivir un día de león que cien años de cordero.

—¿Y qué razón moral podría invocar Italia para adoptar esa conducta?—Cuando menos —explicó, imponiéndose un aire de vana modestia— la de que un pueblo que surge con la potencia del nuestro, tiene derechos que reclamar frente a un pueblo que declina como el de Francia.

—Eso no correspondería nunca al pasado de ustedes.

—Pero si nuestra vida no se sustenta del pasado —exclamó en franca carcajada—, para nosotros el pasado es sólo un pretexto o una pausa, desde la cual es más fácil lanzarse al porvenir magnífico, con acopio de mejores bríos. Contemple usted la selva que forman los ocho millones de bayonetas italianas y entonces encontrará la mejor justificación de nuestros designios.

—El tiempo lo dirá, señor Embajador.

—El tiempo es nuestro mejor aliado —contestó con jactanciosa sonrisa—. Y su brazo se levantó en gallarda actitud romana para despedirse con el ritual fascista: “Saludo al Duce”.

\* \* \*

La batalla de Francia comienza.

Bajo el Alto Mando del Generalísimo Von Brautschitch, tres cuerpos del Ejército Alemán, a las órdenes directas de los generales Von Bock, Von Runsted y Ritter Von Loeb, desencadenan su acción con miras a romper el frente francés del Norte y replegar más tarde las alas separadas de las fuerzas de Weygand.

Sólo una esperanza inflama el corazón del pueblo: mantenerse con espíritu de sacrificio sobre las riberas del Aisne y del Somme, robustecidas cada día más por los nuevos contingentes que se han organizado con toda rapidez en los Alpes, en Lorena y en el Africa del Norte.

Las órdenes dictadas por el general Weygand hace unas cuantas horas, acusan su angustia; “La batalla de la cual depende la suerte del país, será librada sin volver la espalda. Todos los jefes, oficiales y soldados de nuestro glorioso Ejército, deben estar animados del deseo indómito de batirse, conservando hasta la muerte el lugar que la patria les confíe”.

Veintisiete divisiones francesas, extendidas desde el mar a Longuyon (Meurthe-et-Moselle), en una línea de trescientos cincuenta kilómetros, que carece de profundidad, que no cuenta con reservas y que ni siquiera tiene asegurado su avituallamiento, están prestas a cumplir con la consigna recibida de su Comandante en Jefe.

Las otras cuarenta divisiones que significaban el orgullo de Francia no podrán recoger ya las palabras del caudillo, porque en veintidós días de rudos combates sin descanso, primero en Bélgica y ahora en su país de origen, se han perdido para siempre en las tumbas ignoradas, en los hospitales de sangre, en las carnicerías infecundas, en el dédalo de los caminos surcados por los dispersos, en la lobreguez de las cárceles henchidas de renegados, o detrás de las alambradas de púas y en las barracas establecidas para tormento y humillación de quienes se entregaron prisioneros.

\* \* \*

Interpretando la gravedad del momento, nuestra Secretaría de Relaciones Exteriores me transmite hoy las siguientes instrucciones: “1161108.—Encarézcole estar pendiente situación Burdeos, Havre, Marsella, para ordenar traslado elementos consulares a lugar estime usted conveniente stop Igualmente puede trasladar Consulado General momento júzguelo oportuno”.

\* \* \*

A la hora del almuerzo, los acordes de la Marsellesa anunciaron la presencia de M. Paul Reynaud frente a los micrófonos. La nación entera escucha con fervor al Jefe del Gobierno, creyendo encontrar en sus palabras el aliento que necesita; mas pronto queda defraudada esta esperanza. Su verbo, antes vibrante y entusiasta, aparece hoy opaco, medroso, deslucido. No es el líder parlamentario acostumbrado a dominar las broncas tempestades

de la política; es ahora el roble añoso que se desgaja al golpe implacable del rayo. Quiere aparentar confianza: “Nuestro Ejército demuestra que sabe adaptarse a la nueva forma de la guerra”; pero no hace sino sembrar el desconsuelo: “Sobre el terreno mismo donde libramos la pelea, nos hemos visto obligados a **improvisar** la resistencia”. Quiere rebelarse frente al infortunio que presiente: “¡Nuestra patria no puede morir!”... Y, sin embargo, lo traicionan sus propios argumentos: “Si algún día vinieran a decirme que sólo un milagro salvaría a Francia, yo diría: creo en la aparición del milagro, antes que en la desaparición de Francia”.

Al silenciarse la voz de Reynaud, sentimos que lo único que podía quedar grabado en la conciencia de su pueblo, era la encogida expresión del milagro.





IERCOLES 5 DE JUNIO. — Apenas aclaraba el día cuando la oficina del Cable me transmitió la siguiente orden de la Cancillería Mexicana: “1609. Conforme sugestión hace, disponga salida Nueva York en barco refiérese, Alicia Merino, Iñigo Noriega, Fernando Garibay, Rafael García Travesí, empleados Consulado General”.

Sin pérdida de tiempo me puse en contacto con el señor Robert B. Murphy, Consejero de la Embajada de los Estados Unidos de América y a quien supliqué su intervención para que, si fuera necesario, demorara la salida del vapor “Manhattan”, en espera de nuestros compatriotas quienes, con la rapidez que el caso requería, organizaron su viaje y salieron en el primer expreso con destino a Burdeos (Gironde).

Entretanto el ataque alemán, iniciado ayer, cobra gigantescas proporciones. Es en el canal de la Ailette, que dibuja una estrecha platea salpicada de bosques y con escarpas hasta de cien metros, donde con más furia se registra el choque. Los invasores

avanzan implacablemente, ganando el terreno palmo a palmo, ora en las barrancas que precisan violentos declives, reptando después sobre la hojarasca de las selvas hasta llegar a la indómita meseta, flordelisada con la púrpura de sus defensores.

Las divisiones acorazadas de los nazis, con sus enormes petos de acero y su lanza común que fulgura y arde en ese amanecer de Apocalipsis, arremeten contra todo obstáculo, salvando los del terreno y destruyendo con su matemático martillo el puente de Peronne, en la región de Chaulnes (Somme), sin que por eso dejen de resistir los baluartes franceses que, a pesar de sentirse acosados por las retaguardias prusianas, como sucede en las llanuras de Picardía, en Proyarta y Derbonnières, en Pertain y Marcheipot, aún mantienen su anhelo de victoria.

Fue un día de intensa y furiosa lucha. Ha sido muy corto el camino para enfrentar a las masas que tratan de resolver su vieja pugna en el menor tiempo posible. Cada golpe es decisivo. Cuando el sol declinaba con las arterias rotas, mezclando sus lumbres con el incendio de la tierra conmovida, las banderas de Francia se hundieron entre los espectros del Somme. Sus riberas de Blangy a Morcourt, todavía sentirán esta noche la recia pisada de los hombres que jugaron su honra en un duelo desigual...; y las de río abajo, con las azules entrañas de fuera, contendrán el heroico repliegue de sus hijos que, maltrechos pero indomables, aguardarán el reto postrero sobre el picacho de sus montañas, allá en la nueva defensa de Ailly a Hautebout.

\* \* \*

Otra crisis política, en instantes tan graves y decisivos, sacude al Gobierno de Francia. Mas, por fortuna, es para un bien inmediato. Eduardo Daladier, el hombre funesto del 6 de febrero, el falso demócrata y amigo incondicional de las clases patronales, se ve obligado a renunciar al Ministerio de la Defensa Nacional, que toma a su cargo, junto con el de Negocios Extranjeros, el Premier del Consejo, M. Paul Reynaud.

¿Acaso la medida obedece a razones de orden público, o debe explicarse por la creciente enemistad política entre los dos líderes?

¿La marquesa de Crussols, favorita del antiguo jefe radical y conectada íntimamente con los centros diplomáticos de París, puede ser ajena a este conflicto, o se trata de intrigas fraguadas por la condesa de Portes, a quien la opinión general señala como auto-

ra del distanciamiento?... Pocos lo saben; pero realmente la caída de Daladier despierta entusiasmo en el pueblo de Francia, sobre todo entre las organizaciones obreras que no han querido olvidar los ultrajes que recibieron durante el Gobierno del diputado de Orange, a quien siguen llamando “el taciturno”.

Además —y ésto viene a amplificar la renaciente confianza—, el movimiento de funcionarios aporta al Gabinete dos valores nuevos que, a pesar de ser jóvenes, han madurado su prestigio en la conciencia nacional: Charles De Gaulle y Paul Baudouin. El primero, ameritado y estudioso militar, ascendido a general recientemente, deja la Jefatura del Estado Mayor de Weygand en los ejércitos de Siria, para tomar a su cargo la Subsecretaría de la Defensa; y el otro, hábil y reputado hombre público, que se separa de la dirección del Banco de Indochina, para desempeñar la Subsecretaría de Negocios Extranjeros.

Ambos elementos disfrutan de toda la confianza del actual Comandante en Jefe de las operaciones militares de Francia.

\* \* \*

El servicio de transmisiones anunció, en forma velada, la posibilidad de que el Alto Mando Militar llegue a proclamar “ciudad abierta” a París, para librarlo así de las funestas contingencias de la guerra.

La noticia, lejos de calmar inquietudes, desata hondas preocupaciones, debido a que los habitantes de la urbe, llevados por su tradicional patriotismo, no se resuelven a entregar la ciudad, sin antes haber salido a su defensa, luchando por la integridad de sus hogares, sin que el volumen del peligro quebrante su firme decisión y su acostumbrada capacidad combativa. En esta hora de prueba, a la que todavía no asoma la amargura del desaliento, pretenden respaldar con su sacrificio las optimistas palabras del general Hering, Gobernador de la capital, quien afirma en enérgica proclama: “Nuestro Ejército se repliega en buen orden hacia París, donde cada manzana de casas la convertiremos en ciudadela para detener al invasor”.

\* \* \*

El comunicado oficial que primero aparece con motivo de la “batalla de Francia” y cuya fulminante iniciación ha sido contraria a los efectivos galos, informa lo siguiente:

“En su conjunto, los ataques alemanes han sido rechazados. Nuestras tropas, aun cuando hayan sido sobrepasadas por los carros, resisten enérgicamente en los puntos de apoyo que ocupan y mantienen hasta ahora sus antiguas posiciones”.

La acometida nazi empieza a señalar las primeras brechas por donde intenta dirigir su empuje motorizado. La perforación de un solo frente bastaría a los germanos para colocarse en situación de extrema ventaja, fortaleciendo su ofensiva contra los desajustes de un fragmentado repliegue. Alemania, al dar el primer golpe, en realidad estaba dando el segundo, precisamente en los sitios más vulnerables. Su propósito estaba recompensado con largueza: la sacudida inicial, de intensidad insospechada, había logrado conmocionar, desarticulando en casi toda su extensión, la columna vertebral del Ejército francés, exigiéndole la creación de una nueva táctica defensiva, improvisada frente al enemigo.





UEVES 6 DE JUNIO.— El sol parece un tambor guerrero. Por fin la muerte coloca su atril en este preciso ballet de sangre. Cien, doscientos... ¡quinientos! son los aviones que roban sus nidos a los pájaros y se enredan en los suaves columpios del aire.

El bombardeo dice su trágico prólogo con palabra cortada, y la tierra es una brava res abierta en canal al mandato del plomo encendido.

Los cañones se adornan con flores de fuego; y en las claraboyas de sus bocazas impasibles asoma un fragmento de cielo artificial, tembloroso de nubes y estrellas de humo.

Ha dado principio el gran combate de hoy, con el rezongo de los motores que jadean en la altura al peso de su maldita carga. Los tanques del Reich, en incontable número, y formando tres macizos escalones, reanudan la marcha suspendida apenas ayer. Rápidas orugas, de cuadrado galope, devoran la tierra de Francia; detrás de ellas, en contenido tropel, los tanques semi-pesados, pardos búfalos, avanzan con sus metálicos cuernos en la cabeza

bestial y deforme; es un estruendo que rueda aplastando árboles de cuarenta años, destruyendo muros de impresionante solidez, riendo en la inacabable cinta de sus ametralladoras, cuyos dientes completos se hunden en carnes fatigadas; a lo último, solemnes y rotundos, con grave lentitud de absurdos mastodontes, sobre la tierna hierba mancillada, caminan los grandes tanques pesados, seguros de su brutal tonelaje de músculos endurecidos, de sucias vísceras ulceradas por el odio.

Apoyándose en esa “fábrica guerrera” que se desplaza, fatalmente, hacia adelante, manteniendo intactos sus engranes, sus palancas y sus poleas, la infantería consolida sus posiciones y asegura el terreno ganado, protegida por columnas motorizadas y por “orugas” que regresan a defender los flancos.

Las trincheras francesas son desalojadas con bajas enormes. El certero puntapié de la bota prusiana obliga a numerosos repliegues. Sin puntos de apoyo, los perseguidos fabrican muros con su carne palpitante, y azuzan a los monstruos de acero con granadas de mano. Una fuerza escondida estrangula las voces de mando; pero ahora son las banderas las que hablan, las que exigen, las que imprecan.

Se prepara un calculado movimiento de pinzas, cuyo proceso dirige el Alto Mando Alemán, con su única consigna por ahora: ¡Llegar lo más pronto a París!

Una irresistible catapulta es lanzada desde Peronne hacia Roye, repitiéndose después desde Amiens hasta Moreuil (Somme).

Veloces en su plan de exterminio, los carros de asalto doblan el santo signo de las espigas y enturbian con sus alaridos de pólvora el agua de los ríos mártires.

Pero el francés, estoicamente, obligado a una movible defensa, antes de morir dicta su testamento de honor a la bayoneta.

Las trincheras del nuevo “poilu” se desangran con la yugular partida. ¡La pugna es de exterminio, y lo importante es morir dignamente!

El Ejército profesional de los nazis impone su técnica ensayada en la España de García Lorca, con inmisericorde justeza; azota los débiles flancos, desquebraja obstáculos, vence accidentes naturales, salva fosos, salta ríos, taladra fortalezas y macula el perfume de silencio de los bosques. No importa para él la muerte de sus mejores rebaños, ni su balido juvenil de azoro, ni la canción ametrallada en rostros imberbes, ni el dolor convertido en droga. Todo es válido, el código de la fuerza no admite piedad; la victoria

a cualquier precio. Su más alta moral es destruir, matar, robar, vencer a su único enemigo: la justicia.

Muy cerca del campo de batalla, en el mismo París, las multitudes que contemplamos imploran a Saint-Cyr, recuerdan a Vauban, imprecan al “romántico” Maginot, propugnadores de una vigorosa política de fortificación militar.

Pero mientras, en pleno corazón de la hornaza humana, entre el Aisne y el Oise, sobre la Ailette defendida por el XVII Cuerpo, el enemigo ataca con nuevos efectivos, apoyado por su potente aviación.

En la selva de Pinon (Aisne), perdida ayer, los soldados franceses emprenden un desesperado contra-ataque, y logran un momentáneo triunfo. Se tiene un breve respiro de alivio que se proyecta en el sector más castigado. Y cuando se cree en una necesaria recuperación, las tropas alemanas, conectadas a sus ejes vitales, avanzan hacia la Malmaison por una parte, y por la otra hacia Terry.

La estratégica línea de Ailette es perforada y comienza a desintegrarse con la acometida de las juventudes hitlerianas, que se desbordan cantando, confiadas en su mística guerrera, con aire deportivo que por un instante transforma sus armas en clavos inofensivos. Aligerados de equipo, ceñido a la cabeza el casco amplio, cuya sombra alcanza a degollarlos, con la recia garra en tensión atlética, con las piernas elásticas de tigres en celo, parecen, cuando corren, jugadores de un “rugby” diabólico, en el que se substituyera la pelota elíptica por bombas explosivas.

Después de haber logrado su objetivo contra las líneas de Ailette, estos ingenuos asesinos de veinte y hasta de dieciocho años, se hacen sentir también un poco más hacia el Este, con rumbo a Brave-en-Laonnois.

Sin embargo, a pesar de la retirada del X ejército a la izquierda, sobre el Bresle, y a la derecha, sobre el Aisne, se juzga que la jornada de este día, con todo y los reveses recibidos, no debe considerarse como muy desfavorable.

Pero se han dado varios pasos hacia atrás, y los barruntos de desconfianza que asoman en el horizonte francés, producto de los primeros destanteos, pueden favorecer la penetración enemiga hasta convulsionar los sistemas de defensa, arrebatando al desnudo de los soldados su sello de coraje, de pasión y de noble intransigencia.

La situación geográfica de Francia, en la zona comprendida entre su frontera con Alemania y su capital, al Nordeste, ofrece fácil

acceso a núcleos guerreros numerosos que, como los germanos, poseen los más valiosos y decisivos elementos ofensivos, y la indomable voluntad de vencer, que revela su resuelto espíritu de conquista. En esas condiciones desfavorables, el menor titubeo, el error de apariencia más insignificante, la imprevisión ante la sorpresa, la más pequeña brecha en el frente, pueden ser factores de derrota irremediable y de integral derrumbamiento. Esta es la razón que demanda un constante estado de vigilia y de alerta en el que convergen las miradas de un pueblo amenazado de muerte. Se mide la consecuencia de cada metro de terreno perdido, se pesa la importancia de cada trinchera “sumergida”, se calcula el peligro de cada repliegue. París está muy cerca del prusiano. El invasor está ya en casa. ¡Una sola distracción y estará consumado el despojo!

El Generalísimo Weygand, en quien todos confían y de quien todos esperan hasta lo inalcanzable, se dirige al comandante de las operaciones militares dictándole las siguientes instrucciones: “Los ejércitos VI, VII y X, han librado admirablemente la batalla de hoy. Después de la maniobra, que está en vías de realizarse con miras a colocar de nuevo nuestras fuerzas frente al enemigo, éstas procederán sin pérdida de tiempo a preparar la misma cuadratura del terreno, la misma disposición de los fuegos y la misma defensa empleada contra los tanques para esperar nuevos éxitos”.

Y el comunicado oficial, correspondiente a este día, circulaba con la siguiente redacción: “El enemigo ha lanzado a la pelea nuevas masas de carros en grupos de doscientos a trescientos, sobre numerosos puntos del campo de batalla. Se puede calcular en más de dos mil el número de tanques comprendidos en la acción. Ante este alud, sin precedente, de masas enemigas, algunas de nuestras unidades han sido “sumergidas” y dispersadas, particularmente en la región del Somme inferior, donde el enemigo ha logrado infiltrarse hasta Bresle. En la región de Ailette, igualmente, las fuerzas invasoras han logrado tocar hasta las alturas que bordean la ribera norte del Aisne”. No podía escamotearse la realidad del momento. Bastaba ver un mapa con el exágono de Francia, para darse perfecta cuenta de las flexiones extremas de sus líneas defensivas, próximas a romperse ante el ataque prusiano combinado. Empezaba a hundirse el lanzón nazi en el costado más débil; ¿llegaría al corazón la punta de la flecha?





VIERNES 7 DE JUNIO.— Estaba comprobada otra vez la eficacia del nuevo orden militar. Un ejército de hombres que se enfrenta a un ejército de máquinas está condenado a perder. Quien pretenda repeler la agresión sin oponer a la embestida mecánica una mayor y más violenta, quedará aplastado bajo la cadena sin fin de los tanques. Todavía más: quien espere al enemigo, en vez de lanzarse contra él,

y coloque frente a la decisión, la confianza y la experiencia, sólo su valor, su optimismo y su temeridad, se expone a un descabro. No basta con tener rabia: es indispensable protegerla con una coraza; no basta con tener buen pulso: es necesario poseer un arma eficaz. Hitler, que todo lo espera de la espada, sólo en ella confía. Por éso envaina y da tajos alternativamente.

Este día también fué funesto para las tropas galas.

A primera hora, el enemigo avanzó desde Hornoy, meseta capturada ayer y en la que hizo una breve pausa. Un incendio retorcién-

do sus mil brazos contra las sombras, al este de Bresle, marcó el inicio de las hostilidades.

La campaña, sin embargo, era un mandil aldeado ajeno a toda desventura. Imperturbables, con los ojos inocentes, mugían las vacas, con sus repletos odres de leche goteando sobre la paja rubia; balaban los corderos, envueltos en sus inútiles ponchos de lana, que no trasquilaría el pastor de siempre. Los gallos ponían de acuerdo sus clarines con el repique de sangre de sus crestas. Francia vivía a pesar de todo en esa insultante paz bucólica.

Y en vez de campanas gritaron, como viejos borrachos, los cañones. Se oía, desde muy lejos, su disputa: “din — don — din — don...”

Se ofrecía otra oportunidad a los carros blindados para hollar el suelo de Napoleón, para triturar los huesos de soldados caídos, para arar la tierra en donde los cadáveres serían como semillas en surcos de infamia. Fueron ellos los que ejercieron una poderosa presión sobre las líneas francesas, llegando rápidamente al Suroeste de Formerie (Oise), y a la aldea de Gaudechart. Este ataque demoledor fué llevado a cabo por las Panzer-Divisionen 5a. y 7a., con Forges-les-Eaux (Seine Inférieure), como objetivo, donde se encuentra el Cuartel General del X Ejército.

La ruptura de la bolsa de Hornoy es el acontecimiento principal de la jornada.

Una tentativa enemiga de pasar al Sur del Aisne —nos informan oficialmente— entre Bourg-et-Comin y Rilly, fue rechazada; no así la que emprendieron por segunda vez cerca de Missy, y que les permitió fincarse en la orilla izquierda.

En el bosque de Compiègne, el enlace entre los VI y VII ejércitos, que se había perdido, quedó restablecido y fijado sólidamente por la XI división, “La División de Hierro” de la guerra pasada.

La aviación alemana vigila, guía y protege los movimientos de grandes masas acorazadas que, con matemático desarrollo, embisten a las posiciones francesas. Los carros de asalto, embozados en amplias capas de polvo, persiguen furiosamente sus objetivos inmediatos. De pronto, la metralla segmenta a ese gusano de fuego que se arrastra hacia su presa; despedaza a las falanges punitivas y abre boquetes en sus núcleos compactos; el cañón anti-tanque pone a raya a los vándalos y dispersa a la manada de acero.

Pero nuevas fuerzas son esgrimidas, en un interminable y agotante reemplazo. Los flancos de las bestias motorizadas se mojan en sangre propia, y saltan sobre taludes de cadáveres. Una sola

trinchera cuesta millares de vidas. El bárbaro no quiere ceder; hace aullar el silbato de sus motocicletas, y desgrana sus ametralladoras antes de morir.

Y cuando se cree que la victoria asoma y los clarines preparan sus gargantas, se escucha un coro de combatientes teutones que cambia el responso por el aleluya, y con siniestro júbilo reanuda el combate. Es un desbordamiento humano inagotable, que sigue su curso, aunque para ello sea preciso estrellarse contra rocas.

En una hora se anda y se desanda el camino; se marcha de frente o se tiene que dar la espalda.

Es un largo zig-zag de ímpetus. Mas la ofensiva triunfa por la razón de su fuerza.

Resultan inútiles las arengas, opacas las lamentaciones, ante la imposibilidad material de vencer y ante lo infecundo de toda resistencia. Ganará el más poderoso; no el que tenga más fe. Se ha quedado atrás la era de los milagros.

Las victorias no se improvisan, a lo menos las victorias decisivas; su preparación viene de muy lejos, de los tiempos de paz que otros desperdiciaron. Los tanques nazis de hoy son los “barcos de tierra” que soñara Churchill, maravillosamente perfeccionados. El plan de guerra que sigue Hitler está calcado en los estudios militares de Charles de Gaulle.

\* \* \*

El VII ejército conserva aún sus tres divisiones de la derecha, entre el Somme y el Oise, sobre el canal Crozat, aunque desbordado por ambos lados; por la izquierda, con las tropas que habían alcanzado Roye, partiendo de Peronne (Somme), y avanzando en la llanura de Santerre; por la derecha, con aquellas que, pasando por la Ailette, habían penetrado en el bosque de Saint-Gobin. El enemigo trata de interceptar la retirada de estos efectivos; para ello, detrás del ala derecha de los franceses, los germanos movilizan su “fábrica de destrucción”, apoyándose en su veloz jauría motorizada, y en la enérgica acción de sus aviones satánicos. Atraviesan el Oise en Noyon, atacando en dirección Norte; pero no llegan más allá de Genvy.

Antes de la media noche, las Panzer-Divisionen se detienen. Los franceses logran retirarse, salvando sus unidades perseguidas, para refugiarse detrás de la montaña de Lassigny, protegidas por la VII división de la infantería colonial.

El comunicado oficial informa: “Entre el mar y le Chemin des Dames la batalla continuó durante toda la jornada con igual violencia. Nuestras tropas resisten con intrepidez a un enemigo que, sin considerar sus pérdidas, lanza todavía nuevas masas de refresco”.

“Sobre el conjunto de este frente nuestros elementos de vanguardia, después de haber cumplido su misión contra los carros y la infantería enemigos, se han retirado con orden”.

“En el Oeste, hacia el Alto Bresle, los elementos blindados alemanes se han infiltrado en nuestras líneas, pero sin haber destruido nuestros puntos de apoyo que existen”.

\* \* \*

En carta de esta fecha al Premier del Consejo, M. Reynaud, el general Weygand insiste de manera precisa respecto a que el Gobierno solicite el armisticio. El Comandante en Jefe de las operaciones militares en Francia pretende, con esto, poner a París fuera de todo riesgo, evitar la salida de los poderes y eludir también la intervención del Imperio Italiano en el conflicto que cada día parece complicarse más.

\* \* \*

En esta noche, anticipo dramático para un pueblo que empieza a sentir el rigor del infortunio, tuve la oportunidad de conocer a un hombre de ciencia español, famoso aviador de la república azañista, general Emilio Herrera, quien con su visita a un representante de México, deseaba tributar a nuestro país un homenaje de simpatía.

Afectuoso, con rara sencillez, erguido en su dignidad, y sereno en la desgracia de su solar nativo, se expresó en estos términos:

—Me conmueve estrechar la mano del representante de una república que ha sabido dar al mundo cátedra de solidaridad humana, de democracia auténtica, de...

—En nombre de mi pueblo y de su gobernante, agradezco a usted sus bondadosas palabras.

—Diga usted, justas y leales —repuso—. Enorme es la deuda moral y sentimental que contrajimos con su patria, refugio de libertadores.

—Y limpio hogar para la gente que lucha por ideales —agregué conmovido.

Como me causara extrañeza su presencia en París, toda vez que corría peligro evidente de ser enviado a España por las autoridades francesas, ya que había ocupado puestos responsables y de suma importancia en su Gobierno, durante la lucha contra Franco, le interrogué:

—¿No teme, señor General, que algún renegado español en nombre...

No me dejó concluir. Mientras sacaba de su porta-folio una carta, adivinó hasta el final mi pregunta:

—Debe usted saber, amigo Ministro, que esta carta me permite vivir aquí sin la menor preocupación. Es de Franco. La recibí como respuesta a una mía que le envié, pidiéndole me dijera a cuál de sus tribunales debería comparecer para que me juzgara.

—Pues qué ¿no salió usted de su patria cuando el colapso de la República?

—Desgraciadamente no; salí mucho antes, designado por mi Gobierno como Agregado Militar a la misión Extraordinaria que presidió el señor don Indalecio Prieto, para asistir a la toma de posesión del señor Presidente Aguirre Cerda, en la República de Chile.

—¿Y entonces?

—Esa circunstancia me impidió, contra toda mi voluntad, responder con mi vida de la lealtad que debo a la causa de la Revolución a la hora en que se consumaba el asesinato de nuestro régimen. Por éso, al regresar a Europa, quise ocupar el lugar que me correspondía en el cementerio de mis compañeros de armas; pero el “Caudillo” se opuso a mis deseos. Vea usted su carta y juzgará mejor los hechos.

Y efectivamente; por ella pude enterarme de que el general Franco aplaudía sin reservas su gesto de dignidad y entereza, su viril demanda de sacrificio solidario, llamándole “vivo ejemplo de pundonor militar” y expresándole que su Gobierno no tenía contra él nada que perseguir.

Y aventuré, como tributo al símbolo de la Aviación Republicana durante la guerra civil española, este juicio:

—General: una existencia como la suya está en concordancia con la vida de un pueblo heroico, al que se le impide respirar ahora; pero que conserva intactos sus pulmones con el mejor oxígeno: la fe en su destino.

En La noche de Francia, mis palabras multiplicaron sus ecos.



ABADO 8 DE JUNIO.— ¡Qué lejos se hallan de nosotros los combates románticos, con sus vibrantes cargas de caballería, con su gloriosa vanidad de cascos y blasones, con el blanco penacho del Rey guerrero por encima de todo, con inflamadas arengas de capitanes valientes, con relámpagos de espadas en duelos hidalgos!

¡Qué distantes, amortajados ya por la mano de la His-

toria, esos soldados poetas, que llevaban sobre el hombro altivo el simbólico halcón, restregando los encajes del pecho contra corazas cinceladas por orfebres; que paraban los golpes con sus sonoras rodelas y que luchaban por su Dios, su Rey y su dama. También ¡qué borrosa la silueta de los soldados de Napoleón y de Bismarck! alegres dragones pendencieros, don juanes de la guerra, tocados con pieles entre la selva, auténticos mosqueteros del valor con guante blanco, dueños del tiempo para oír un vals, beber un buen vino y soñar con Clemencias e Isoldas!

Mas ahora se combate con trágico automatismo. La máquina ha desplazado al hombre cuya sangre sirve de combustible. El enemigo no asoma por ningún lado, sin antes haber cedido su puesto a los engranes, a las poleas, a las bielas, a los rodajes, a las cadenas sin fin, a los costillares de acero. El hombre camina detrás, horriblemente disfrazado de fantasma, con máscaras de dolorosa comicidad, con el agobio de la ametralladora, hundido en la carne humillada, con mudas banderas en serie, con los goznes del alma movidos por turbinas de bilis. Soldados del nuevo orden, son los palafreneros de la muerte, los esclavos de la máquina, los segundos personajes del drama bélico. Sobre ellos mandan antenas y motores; marchan como pesados “robots” atacados de sonambulismo. Van a la muerte como si fueran al taller; disparan sobre el enemigo sin verlo, sin desear herirlo en el fondo, como quien aprieta un botón eléctrico o ajusta una tuerca.

Las máquinas avanzan con su intolerable orgullo, mostrando sus recios biceps y sus anchos pechos cuadrados, en una cabalgata que sacude la tierra y conmueve sus íntimos riñones; no faltan ni los airones de humo de las chimeneas ambulantes.

Todo se desplaza: los hornos de fundición, las montañas de carbón de piedra, los palpitantes dínamos. La guerra de hoy se hace con fábricas locas, lanzadas al tiempo y al espacio, que huyen con su estridente alarido de sirenas de alarma, arrancando bosques de cuajo, desbaratando el curso de los ríos, derribando de un empujón la soberbia de ciudades ilustres y llevando en sus manos los incendios como pequeñas antorchas.

Quien tenga más máquinas de destrucción y más abundante sangre de sacrificio, ganará la guerra.

\* \* \*

Es ya la totalidad o casi la totalidad de las fuerzas francesas la que está en la batalla. Para prevenirse de nuevos peligros, el mando francés no dispone ya de casi nada. Anteayer, al tener que lanzar al combate al grupo “Petiet” a la derecha del X ejército, intentó reemplazarlo retirando de Forges-les-Eaux (Sena Inferior), a la XVII división en reserva. Ayer, para hacer frente a la amenaza sobre Senlis (Oise), sacó de la región fortificada a la 57 división del VII ejército, y la llevó hacia la posición de París.

Corresponsales de guerra extranjeros nos informan de que una división que ha llegado de Africa, la 84, ha sido entregada al

Gobernador Militar de esta ciudad, general Hering, para defender la junción del Sena y del Oise, de Meulan hasta Pontoise.

Mientras tanto, los nazis continúan su avance devastador en el frente perforado de Formerie (Oise), asestando fuertes golpes al adversario. Los repliegues franceses, muchos de ellos en completo desorden dejan sobre el campo despojos implorantes. Desde la altura, la aviación del Reich consume sistemática y diabólicamente sus implacables atentados.

El Attaché Militar de nuestra Legación nos comunica que las tropas de Hitler, con renovado furor, se dirigen hacia Rouen (Sena inferior), una vez atravesado el bosque de Bray; y que, además, habiendo logrado pasar por Pomeriers, consiguen, ya en la tarde, fusionar en una sola las dos cabezas de puente. Se ha luchado encarnizadamente todo el día; los teutones despilfarran la vida de sus más bravos soldados; los franceses castigan con dureza a los invasores, haciéndoles que mueran en proporción geométrica con relación a ellos. Abundan los asaltos cuerpo a cuerpo. Los galos sobresalen en sus desesperadas cargas a la bayoneta. Chanteclair no quiere morir sin haberle arrebatado la cresta al enemigo; por eso confía en sus certeros espolones.

Pero, a pesar del heroísmo francés, las columnas motorizadas ganan terreno, plantando en él sus vigorosos sostenes. Por ahora no hay tiempo de sepultar a los muertos; en vano la luna ofrece su curva pala de plata.

Se aproxima la noche; también ella con su ejército de sombras, donde el sol se extingue como una rodela de oro que se funde. Los perros ladran a los cañones; sus magros escorzos parecen almas de campesinos sacrificados que vuelven a la aldea.

El campo de batalla es un inmenso museo de figuras de cera: niños seráficos, como ángeles con las alas dispersas y la plegaria colgando de los labios apagados; mujeres ventrudas, como rotas alcancías; ancianos secos, como ramas de árbol adulto, con la barba dulcemente peinada por la muerte; hombres pintados de congo, apretando entre las tenazas de sus brazos rígidos a los hijos sin vida, a quienes una bala les vació su dorado serrín. Gansos fríos surgiendo del lodo, entre caballos destazados y bueyes estáticos, con suave y olorosa grana en el hocico burlón.

\* \* \*

Estamos ya en los senderos de la noche. Los alemanes son dueños de todo el Aisne a ambos lados de Soissons, entre Vic,

al Oeste y Bailly, al Este, en una extensión de treinta kilómetros ejercen fuerte presión sobre Braine, teniendo como objetivo a Fismes (Marne). Este doble avance nazi con dirección a Rouen (Sena Inferior), y Soissons (Aisne), obliga a prever la retirada general de todo el tercer grupo de ejércitos franceses. Se preguntan todos: ¿Hacia qué posición se realizará esta retirada?

La instrucción general y secreta número 113, precisa que tras de haberse apoyado primero sobre el corte de Hetune-Andelle por la derecha y sobre la posición Beauvais-Clermont-Bosque de Compiègne, por la izquierda, se detendrá por fin en la línea Bajo Sena, posición de París-Ourq.

Los técnicos militares de este país designan con el nombre de “posición de París-Ourq” a esa cintura de ríos, colinas y fortines, que cubre a la capital al Noroeste por el Oise, al Norte por el Nonette y el bosque de Senlis.

Se nota claramente que la intención del mando —nos ilustra un viejo veterano de la guerra del catorce— no es otra sino detener el avance alemán en Normandía, en el gran corte del Bajo Sena, de Rovena a Vernon. “En la isla de Francia se resistirá en el Oise, luego por el tirante de la Nonette se llegará hasta el Ourq, especialmente en su parte superior, que se extiende de Oeste a Este y sobre el cual se detendrá a los invasores llegados más allá de Soissons”.

Y para librar ese supremo combate: “La Batalla de París”, que equivale a decir “La Batalla de Francia”, el mando reúne todo lo que encuentra aún en disponibilidad: para apoyar al X ejército en el Bajo Sena y el frente de Oise, tres divisiones de infantería, 84, 236 y 237, y una división de caballería, la 8. Para reforzar la posición de París, la 57 y la 239, y para proteger al VI ejército sobre el Ourq, la 41 y la 238.

Sabemos que el general Weygand, tras de haber retrasado en lo posible y por motivos de orden moral el repliegue del Gran Cuartel del general Georges, le ordena la evacuación de la Ferté-sous-Jouarre (Sena y Marne), situada a 30 kilómetros del enemigo, que es la distancia que corresponde a los puestos de mando de un ejército. Su salida en dirección a Briarc se efectúa a altas horas de la noche.

El comunicado oficial dice: “Los elementos blindados enemigos, situados ayer en el alto vallado de la Bresle, han acentuado su progreso. Los destacamentos avanzados han logrado tocar en punta la región de Forges-les-Eaux”.

\* \* \*

Y mientras se efectúa el Consejo de Ministros en el Palacio del Elíseo, en el que se tratan asuntos de mero trámite, vemos llegar a París —entenebrecido ante el temor de un raid nocturno nazi— a los primeros soldados franceses que, dispersos, refluyen de los frentes. Parecen dolientes espectros a quienes tortura un innerecido estigma; sus rostros, espejos de cansancio y pesadumbre, exhiben la mueca de su desesperación y su ira impotente. El pueblo no se atreve a mirarlos, la vergüenza ciega a todos. Adivina en ellos a los heraldos de la derrota, a los voceros del infortunio patrio. Silenciosos, víctimas de su propia ponzoña, con sus máscaras horribles a la espalda, parece como si acabaran de salir del coro de una tragedia griega.

\* \* \*

Acatando órdenes de nuestro Gobierno, llegan hoy a incorporarse a esta ciudad mis leales amigos los señores Juan Manuel Alvarez del Castillo, Ministro Plenipotenciario de México en Noruega, y José Aurelio Zepeda, Cónsul General de nuestro país en Oslo. Los acompañan sus respectivas esposas.

Por ellos, supe que salieron de esa capital el quince de mayo y que recorrieron, en odisea indescriptible, los territorios de Suecia, Dinamarca, Alemania, Suiza, Italia y Francia. Entre los muchos accidentes de su viaje, me refirieron haberse visto obligados a caminar a pie grandes trayectos, pues fueron despojados de su automóvil; y haber atravesado el mar de Skagerratt en un barco alemán, desde Copenhague hasta Wandemunde.

Al igual que nuestros otros compatriotas replegados, se les instaló debidamente en las oficinas de la Legación.





OMINGO 9 DE JUNIO.— Las cartas estaban jugadas. Era indispensable agotar en la lucha todos los recursos, hacer esfuerzos sobrehumanos para impedir el avance enemigo. Se hizo acopio de todos los elementos de guerra, se pusieron en juego todas las maquinarias bélicas, se dispararon todos los resortes, menos uno, tal vez para Francia el más importante: la fe en el triunfo final. Combatir en esas

condiciones, con el desaliento y la desilusión anticipados, era ir derecho al desastre. Y así, las tropas galas esperaron el choque de un alud en aumento, de una fuerza compacta de hombres y acero.

Por muy pocas esperanzas que tuviera en la batalla, el Mando dispuso que se librara con la mayor energía.

El general Weygand dicta las siguientes órdenes que pasarán al dominio de la Historia: “La ofensiva alemana está desencadenada desde el mar hasta Montmédy (Meuse). Mañana se extenderá hasta Suiza. La orden sigue siendo la misma para todos: luchar sin pensar en la retirada, amarrándose al terreno, mirando de-

recho ante sí, allí donde el Mando les haya colocado”. El Comandante Supremo no ignora nada de los esfuerzos y de la valentía de los ejércitos que toman parte en la batalla, ni del ejército del aire, los cuales dan un ejemplo magnífico sin vacilar. Les agradece todo ello. Francia les pide más todavía. “Oficiales, Suboficiales y Soldados: la salud de la patria reclama de vosotros no sólo valor, sino también toda la obstinación, toda la iniciativa, todo el espíritu combativo de que os considera capaces. **¡Estamos en el último cuarto de hora! ¡Manténganse lo que puedan!**”.

En esta misma fecha, el general Weygand recuerda al Gobierno lo que le había dicho el 29 de mayo: que después de una ruptura profunda en la línea del Somme y del Aisne, el Ejército francés no podría librar otra batalla coordinada.

Las tropas rápidas alemanas, comandadas por el general Hoth, tocan Rouen (Sena Inferior), y comienzan a sitiar a importantes contingentes galos, en toda la extensión de la costa, cerca de Dieppe y de Saint-Valery-En-Caux.

Llega a nuestro conocimiento que el enemigo, después de haber tomado contacto con los medios locales de la tercera región, la de Rauen, que constituyen las barreras de defensa en el Bajo Sena, continúa su movimiento envolvente.

“Hasta ayer —comenta un estudioso de problemas militares, quien cuidadosamente ha seguido el curso de las operaciones—, la batalla se había desarrollado más bien hacia el Oeste y no había pasado, al Este, la meseta de Craonne; pero se espera de un momento a otro que el enemigo desencadene su ataque en las llanuras de Champagne, tan propicias, por su condición natural, al empleo de los tanques”.

Se realiza lo previsto:

A partir de las cuatro y media de la mañana, comenzó una violenta preparación de artillería y de aviación, y a las cinco, el ataque se pronunció con su máxima intensidad por ambos lados de Rethel (Ardennes). Es cierto que a la derecha el enemigo no llega más allá del Aisne; pero a la izquierda, hacia Chateau Porcien, establece una nueva cabeza de puente, al sur del río, en las alturas de Taxmon.

El comunicado francés deja entrever las peores catástrofes, cuando afirma: “Al Oeste del Oise, el enemigo, disminuyendo su presión sobre la Bresle inferior, ha concentrado su esfuerzo sobre el vasto frente comprendido entre Aumale y Noyon. Sus divisiones de infantería, demoradas hasta entonces en la retaguardia,

han entrado en línea, reforzadas por una artillería pesada; ellas han agregado su fuego al de las divisiones blindadas, conforme a todos los días precedentes. Más de veinte divisiones frescas han entrado a la lucha a los lados de siete divisiones blindadas, comprometidas desde la víspera. Nuestras divisiones no han podido limitar el progreso de este esfuerzo desproporcionado con sus progresos efectivos, sino maniobrando en retirada sobre las direcciones prescritas”.

Pero a pesar de que todos los informes concuerdan en que han hecho sufrir al enemigo pérdidas considerables, la presión nazi se ha acentuado al Oeste del Oise. Ahí también ha lanzado a la batalla nuevas divisiones y ha hecho intervenir numerosas máquinas blindadas. Estas nuevas fuerzas han permitido a las tropas del Reich posesionarse de las estratégicas alturas del sur del Aisne, desde las cuales París se halla a tiro de cañón.

Dando muestras de una miopía absoluta y de un cándido optimismo, o tal vez ocultando con torpes consideraciones la pavorosa realidad, un crítico militar de “Le Temps”, afirma desde su periódico:

“¿Qué es lo que ha pasado?... ¿Cómo nuestros Ejércitos desconcertados por el primer choque han podido recobrase tan pronto?... Simplemente ha sucedido que el nuevo Comandante en Jefe, abarcando de una mirada rápida y segura las condiciones de la guerra buscada y preparada por el agresor, ha sabido penetrar los mecanismos de la ofensiva enemiga, organizar la respuesta y capacitarse para poder emplear en tiempo oportuno los métodos apropiados y los dispositivos necesarios. Se trata, pues, de un gran jefe, apto para comprender y para concebir, y dotado, al mismo tiempo, de un temperamento realizador, a quien le asiste el mérito de haber modificado en el buen sentido el espíritu de nuestros ejércitos, la eficacia de su táctica defensiva y su capacidad de resistencia frente al enemigo. Como siempre, la inteligencia y la imaginación han jugado aquí su papel primordial y la prodigiosa facultad de adaptación de nuestra raza ha hecho el resto”.

\* \* \*

París tiene toda la apariencia de una gran ciudad en estado de sitio. Febrilmente se acondicionan los refugios subterráneos. Los silbatos ensayan agudos alertas. Si se pudiera extender un inmenso “camouflage” que protegiera la vida y los intereses de millones

de gentes, arraigadas a la urbe, como el novillo a los dulces pezones de una vaca asustada, todos darían lo mejor de su hacienda, sus valores más preciados. He dicho todos, debiendo corregir: casi todos. Porque hay traidores que desean que se rompa el Arco del Triunfo con la zancadilla prusiana.

Y como es imposible ocultar la Metrópoli bajo cualquier disfraz, se abren trincheras en sus contornos, se improvisan murallas en sus calles, se organizan rápidamente grupos de franco-tiradores, y el cañón asoma por su largo capote de plombagina su enorme trompa de metálico proboscidio, en la que, por ahora, confiadamente, se posan los pájaros.

Oleadas de soldados refluyen hasta su plaza central. El gran candado del miedo cierra casi todas las casas. Los restaurantes y cafés cantantes, los teatros y lo cines vacíos, bostezan de aburrimiento como grandes bocas desdentadas.

Y, sin embargo, nunca como hoy el sol del domingo se empeña en abrir las puertas de su catedral de luz, para un pueblo que anhela un milagro y teje oraciones. Por momentos, se debe pensar que el peligro fue sólo una pesadilla de mal tono; tal es la suavidad del aire tempranero, tal la fina cantinela de las fuentes, tal el abandono y la paz de los jardines.

Mas la realidad, como un vino a punto de ser vinagre, moja la garganta de angustia. La ópera, subvencionada por el Gobierno, anuncia todavía para hoy el drama de Fausto. Para nosotros, las carteleras gritan el Drama de Francia.

Los rumores y las noticias son todos malos. Escasa muchedumbre resbala por las avenidas, sin ruido, sin alegría; el tumulto lo lleva dentro.

El Consejo de Ministros convoca para las quince horas a una sesión extraordinaria, que tiene que aplazarse para esta noche, a fin de tomar decisiones ante los últimos informes que se reciban del frente. En el momento mismo en que se acentúa la presión alemana sobre las bamboleantes defensas ¿podrán los miembros del Gabinete obtener nuevos datos precisos, respecto a la situación que ya conocen en su extrema gravedad?

Apenas llegado Paul Reynaud al Consejo, hace una exposición larga y detallada de la situación diplomática.

La actitud de Italia plantea un problema inquietante. Esta amenaza, hace tiempo diferida, llega a ser intolerable en la condición actual. Reynaud, con voz llana y clara, relata al detalle las conversaciones tenidas desde hace más de un mes con Roma:

“Todo ha sido intentado —concluye—. Se han abierto todas las puertas, incluso para la negociación. En cada entrevista, y a cada proposición, nuestros interlocutores nos han repetido: ¡Ya hemos tomado nuestro camino! Por fin, en el transcurso de la última entrevista con Francois Poncet, Embajador de Francia ante el Reino de Italia, el conde Ciano ha puesto de relieve sus baterías: “Aun en el caso de que me ofrezcáis de repente Túnez —dijo— esto ya no servirá para nada. Los dados han sido echados. Italia entra en guerra”.

Cada quien siente que lo inevitable se producirá.

Después de estas últimas declaraciones, Reynaud da a entender, al acabarse la sesión, que el Gobierno debe prepararse inmediatamente para abandonar París. No da informes sobre la batalla que se libra, sólo se sabe de la misma los efectos que produce.

Se establece un plan de evacuación: la salida se hará en dos etapas. Los Ministros, cuya presencia no es indispensable en París, saldrán en primer término. Los que están encargados de dirigir la guerra, no abandonarán París, colaborando con Paul Reynaud hasta el último momento. Sobre este respecto, hay discusión en el Consejo. Delbos, que tendrá que formar parte del primer convoy, declara enérgicamente que es imposible establecer en esa forma dos categorías de ministros; los más valientes, que resistirán hasta el fin, y los menos valientes, que se apresurarían a marchar. “El Gobierno —dijo— debe formar un solo bloque; ya sea para partir, ya para quedarse.”

La discusión es larga y confusa. Por último, el Consejo se disuelve, sin haber tomado una decisión.

\* \* \*

Y mientras ésto acontecía en el corazón de Francia, muy lejos, en la Capital de la República Mexicana, el Presidente Cárdenas, con motivo de la feria mundial de Nueva York, decía para los pueblos de América: “México, con fe en el porvenir de las instituciones democráticas, participa del afán de trabajo, tranquilidad y bienestar que impulsa a los habitantes de este Continente; y ante los grandes problemas que conmueven al Globo con motivo de la tragedia europea, pienso que los pueblos de nuestra América tienen el ineludible deber de mantenerse en estrecho entendimiento, constituyendo un solo frente defensivo que los ponga a salvo de toda intervención violenta y arbitraria de fuerzas extrañas, que

en cualquier momento pretendieran atropellar los derechos soberanos de estos pueblos, que están unidos por el vínculo profundo de su propia libertad”.

\* \* \*

El Quai d'Orsay, ya entrada la noche, me envió el siguiente documento, cuyo comentario huelga:

“Ministro de Negocios Extranjeros. República Francesa. Servicio de Protocolo. París, 9 de junio de 1940. Señor Lic. Luis I. Rodríguez, Ministro de México en Francia. Querido Ministro: Como resultado de la consulta habida por su Excelencia el Nuncio Apostólico al señor Subsecretario de Estado y de Negocios Extranjeros, tengo el honor de hacer de su conocimiento que el Gobierno de la República no tiene ninguna objeción que hacer al hecho de que los jefes de las Misiones Diplomáticas, y las personas que deben acompañarlos, salgan de París para establecerse en provincia. Ha sido previsto para su Legación el Chateau de la Carte, en Ballar Miré, Departamento de Indre y Loire. Quiero agregar, señor Ministro, las seguridades de mi alta consideración. Por el Ministro, Maurice Lazé, Jefe del Servicio de Protocolo”.

\* \* \*

“Estimamos que la situación ha llegado a su punto culminante de gravedad” —vinieron a decirnos, horas más tarde, nuestros colaboradores y amigos Jaime Torres Bodet, Encargado de Negocios en Bélgica; Gilberto Bosques, Cónsul General de México; Coronel Luis Alamillo Flores, Attaché Militar; y Lic. Bernardo Reyes, Primer Secretario de nuestra Legación.

“El Gobierno ha decidido evacuar París —agregaron—. Muchas Embajadas están saliendo; el pueblo, desesperado, repleta las carreteras del Sur”.

Llegábamos a lo irremediable: emprender la caravana del éxodo. No habrá tiempo que perder. Convinimos en que primero saldrían las familias mexicanas; después el personal subalterno, y nosotros al final, cuando lo autorizara nuestra Cancillería, llevándonos archivos y valores pertenecientes a nuestro país. Además, me siento obligado a permanecer en París uno o dos días cuando menos, merced a las pláticas que de tiempo atrás he venido sosteniendo con la Embajada de la Gran Bretaña, por mediación

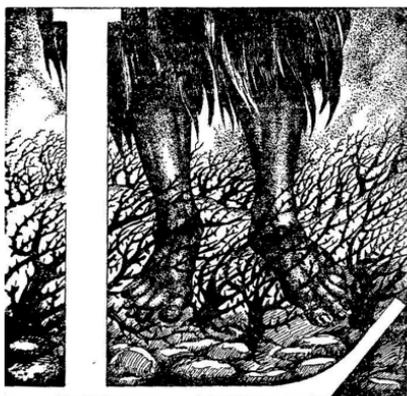
del Presidente Reynaud, a quien representaba en este importante asunto el señor Embajador F. Charles Roux, Secretario General del Quai d'Orsay, tendientes a la reanudación de las relaciones entre México y Londres. De común acuerdo las partes, habíamos señalado el día de mañana para la reunión final, y de este modo, dejar perfeccionado el convenio relativo, al regreso del Embajador inglés Sir Ronald Hub Campbell, que había salido ayer en viaje de consulta a su Gobierno.

De todos modos, los presentes en nuestra Legación nos dimos a la tarea de organizar la salida inmediata de más de cincuenta compatriotas, en los carros de que disponíamos. Nuestras reservas de combustible nos capacitaban para hacerlos llegar hasta el mediodía de Francia. Marcamos itinerario y establecimos puntos de referencia. Quedó resuelto que el primer convoy había de partir a la madrugada; el segundo, después del almuerzo, y el último, con nosotros, en el momento que estimáramos oportuno.

Todavía reunidos, el señor Roland de Marguerit, Secretario particular del Premier del Consejo, me telefoneó, informándome que el Ministro de Negocios Extranjeros había dispuesto un servicio especial de seguridad para los Jefes de Misión que, en grupo, quisieran abandonar la ciudad. Decliné su gentileza por el plan que nos habíamos trazado y envié a la Cancillería de México el siguiente mensaje: "140. Ministerio Relaciones acaba sugerir cuerpo diplomático su salida inmediata esta capital, agradeciéndonos de antemano permanezcamos territorio francés stop Ruégole informárselo señor Presidente República, transmitiéndonos sus instrucciones".

A esa hora, como en un concurso macabro, los cañones arrojaban con mayor furia su trueno envuelto en llamas. Gigantescos "serenos" velaban el sueño forzado de París.





UNES 10 DE JUNIO.—Inmediatamente después de que partió el primer grupo de funcionarios mexicanos y sus familiares, acudí a las oficinas del Cable para informar a mi Gobierno con los siguientes mensajes:

“137. Condiciones actuales obligáronme ordenar empleados Legación, Consulado, Fiscalmex, salieran para distintas provincias stop Permanecerán conmigo esta capital secretarios Reyes, Lucio, Consejero Vaca, Agregado Militar Alamillo, Ayudante Ruiz, Agregado Fiscal Alva Cejudo, quienes atendemos servicios ordinarios”.

“189. Señalé Bayona como sede oficinas Consulado, de acuerdo Profesor Bosques, quien salió hoy ese lugar”.

Y, por último:

“135. En tanto esa Secretaría resuelve actitud deberá seguirse respecto Gobierno belga instalado Poitiers, dispuse Torres Bodet y personal sus órdenes, trasladáranse esperar instrucciones Bayona, pues su evacuación última hora dificultaríase vista carecer estatuto diplomático definido ante autoridades París”.

\* \* \*

La Ciudad-Luz se persigna con los resplandores de una cruz de fuego. El dolor, para no hacer ruido, unta sus pesados chanclos de goma contra el pavimento, limpio a pesar de todo, a cubetazos de un sol puntual. Como pequeños circos en quiebra, se desmontan oficinas y hogares. Empieza la dura balada del camino, la melancólica canción de las ruedas, el trote opaco de las almas, hacia una inmisericorde negación. Inmenso bazar del pueblo que abarrota las calles. Refugiados belgas, holandeses, polacos, españoles, desprendidos de su remota torre de Babel, hablan el idioma común de la miseria. Los árboles alargan sus brazos pidiendo un lugar en la caravana; laten los nidos en sus axilas florales; abajo, sus raíces despiertan del encantamiento de un viejo fakir a quien la pesadumbre de la tierra le hurtó la miel de su flautín de magia.

Mañana de París en agonía, cencerro de brutal sonido que preside el éxodo.

\* \* \*

A las nueve horas, hice un llamado telefónico al Quai d'Orsay, en busca de su secretario general.

—“¿Está el señor Embajador Roux?”

—“No, señor —afirmó una voz comprimida y descortés—; se encuentra ausente de París”.

—“Localícelo donde sea y dígame, por favor, de parte del Ministro de México, que celoso de cumplir la cita en que hemos convenido, no abandonaré la capital, cualquiera que sea la suerte que el destino me depare, hasta conocer el resultado de su mediación en las conferencias que hemos venido celebrando con Londres”.

—“Pero, Ministro, me es imposible complimentar su encargo”.

—“No me es a mí esperarlo indefinidamente”.

A los veinte minutos, repiqueteaba el teléfono de mi oficina:

—“Habla el Embajador Roux. Excuse usted la confusión de mi secretario. Estoy en París, pero la cita acordada la llevaremos a cabo en Tours, adonde nos empujan los acontecimientos. Ha regresado el Embajador Campbell. Su Gobierno está conforme. Los detalles los arreglaremos después. ¡Buena suerte, Ministro!”

—“¡Buena suerte, Embajador!” —le dije con lentitud afectuosa, como queriendo expresarle la sincera pena que me causaban

los estertores de un pueblo, al cual había conocido en plena voluntad de lucha y de vida.

\* \* \*

La ofensiva alemana se desenvuelve con la desconcertante precisión de una partida de ajedrez. La muerte pone fuera del tablero peones y alfiles. Los caballos rojos derriban las torres negras con su casco de cruces gamadas. La mano y el desorbitado ojo de Hitler, calculan y realizan las jugadas. Por fin, cerca de un alfil pundonoroso que se desangra, muere la reina latina, después de un impetuoso jaque teutón. Frente a las torres vencidas asoma la bizarra silueta de Juana de Arco. Sobre el vino del Rhin flota una gruesa capa de espuma de cerveza. ¡Cuidado; el maltrecho rey, viudo de su pueblo, quedó sólo con un puñado de valientes peones sin armas; pero todavía relinchan los caballos!

\* \* \*

En El Boeuf, en los Andelys y en Louvier, atravesando el Bajo Sena, tres cuerpos de los ejércitos franceses han sido destrozados. Cinco divisiones de tanques, vehículos blindados y tropas selectas, huyen a la desbandada: el IV de “hombres de acero” que defendió el Aisne en Rethel, retrocede tambaleante hasta las alturas de Reims; el VI queda maltrecho y rechazado hacia Chateau-Tierry, sobre el Marne; y el VII logra establecerse al fin en las riberas del Oise, después de soportar las cargas de sus adversarios.

El desastre está en vísperas de su consumación total.

El pueblo que había perdido la fe, no tenía derecho a esperar un milagro.

El agresor golpeaba con su manopla de hierro las resonantes puertas de París, que muy pronto tendrían que abrirse como quien rasga una inmensa cicatriz con la punta de una espada.

\* \* \*

Una cortina espesa de humo negro, se despliega en las calles de la ciudad que muchos abandonan. Un aire ligero, con cansino desmayo, hace danzar sus figuras chinescas en perímetro de varios kilómetros. Llega a nuestro recuerdo el vidrio con tizne que improvisó nuestra infancia para ver los eclipses de sol. Porque

verdaderamente es un espectáculo que infunde pavora cósmica, mirar cómo esas enormes bocanadas de humo atropellan un cielo inefable, igual que si una pringosa parvada de cuervos se desplomara sobre el cándido vitral de una capilla provinciana.

Pero ni el brumoso antifaz habrá de escamotearnos peligros y tristezas; sabemos que el embalaje con que se quiere proteger la histórica riqueza artística de Francia, no impedirá al invasor el ejercicio de su rapiña victoriosa.

“Es la bruma especial que emplean los alemanes en el momento del ataque” —dicen los choferes al encender, en pleno día, los faros de sus automóviles, para rasgar esa tiniebla de artificio—.

“No —replican los que se llaman mejor informados—: es que el Gobierno ha hecho explotar los tanques de gasolina y alcohol que constituían nuestras reservas”.

Horas más tarde, el olor penetrante de la quema vino a explicarnos la causa: los alrededores de París ardían para proteger la huida de diez millones de gentes; la hora de la moderna inquisición está próxima; morirá desnudado por las llamas quien no crea que Dios y Hitler son de la misma arcilla...

\* \* \*

Los periódicos del día —quizás el último de su precaria independencia— llegaron a mis manos proclamando el instante supremo de la desolación y el infortunio:

El editorial de “Le Temps” grita desesperadamente: “¡Socorro!... Las circunstancias hacen que sea el ejército francés quien soporte casi la totalidad del choque enemigo. Independientemente de la inferioridad numérica de nuestra población, este ejército es numéricamente inferior al de nuestro adversario. Es imposible que la Francia mártir quede sola todavía, largo tiempo expuesta a soportar este espantoso colapso”.

Las principales rotativas devoraban sus tambores de papel para expresar la angustia colectiva, el sismo moral de un pueblo en fuga, la bancarrota de sus más altos valores. La tinta hacía rodar sus gruesas lágrimas sobre las bobinas compactas.

M. Carvin, en las columnas de “L’Observer”, reclama desesperadamente: “Francia debe recibir hasta el último átomo que le sea útil, tan rápidamente como pueda enviársele”. Lord Milne en el “Sunday”, dirigiéndose al Almirantazgo inglés, le exige el cumplimiento de sus deberes: “El principio fundamental de la guerra,

consiste en la concentración de todas las fuerzas disponibles en el punto decisivo, y en el presente caso, ese punto es Francia. ¡Ayúdenle! ¡Mañana será tarde!”.

Henri de Kerillis, desde su “Tribune”, flagela implacablemente a los responsables del desastre: “La Francia paga hoy sus imprevisiones, sus ligerezas, sus olvidos, sus errores, sus faltas. Paga, también, la mediocridad de los hombres que la han dirigido y la han engañado”.

Ibarnegaray, el líder vasco, solloza de rabia, después de informar al pueblo en “Le Petit Parisien”: “Están luchando nuestros infantes, nuestros artilleros, nuestros dragones, uno contra tres; los de nuestros tanques, uno contra diez; nuestros aviadores, uno contra veinte”.

Y Mme. Genevieve Tabouis pretende despertar una esperanza, ratificando con aplomo: “No hay que darles una extrema importancia a los triunfos territoriales alcanzados por nuestros enemigos. Próximo está el día en que Stalin, saliendo por los fueros de la justicia, pueda vengarnos haciendo la guerra a Hitler”.

Y así, mientras las muchedumbres se dispersan buscando su salvación en los caminos, la voz de la prensa se empeña en consideraciones tardías y en desahogos infecundos.

Como se ha perdido la guerra en el terreno militar, los políticos la sitúan en el plano de sus escaramuzas verbalistas. Y puesto que fallaron las acciones, recurren a su inagotable torrentera de palabras. Entre su ineficaz letanía de reproches, buscan la víctima propiciatoria sobre la cual arrojarán la culpa y la irresolución de todos. Cada cual a su manera pretende lavarse las manos. La oratoria parlamentaria tiene ya levantadas sus trincheras.

El Presidente Reynaud convocó urgentemente al Comité de Guerra para tomar las últimas resoluciones. Son las once horas, y asisten: el Mariscal Pétain; Camille Chautemps; Vice-Presidente del Consejo; Baudouin, Ministro de Negocios Extranjeros; Monnet, del Bloqueo; Mandel, del Interior, y los Jefes de las tres armas. Sin que comiencen a deliberar, esperan inquietos la llegada de otras dos personalidades: Weygand, que se ha demorado en su Cuartel General, y Charles de Gaulle, que regresa de Londres. El primero en llegar es el Comandante Supremo de los Ejércitos de Francia. Se le ve descender de su coche, con visible preocupación que delata la fusta que sacude insistentemente. Le siguen jefes y ayudantes militares. Y como los fotógrafos de prensa y los corresponsales extranjeros intentan detenerle con el fin de ob-

tener material gráfico para sus informaciones, se excusa visiblemente contrariado: “No es oportuno hacerlo” —les dice, mientras gana la escalinata con paso firme—.

Media hora más tarde aparece en escena el general Charles de Gaulle, Subsecretario de la Defensa Nacional, procedente de un campo de aterrizaje. Departe un momento con amigos que, afectuosos, le estrechan la mano. Viste el sobrio uniforme de campaña; su elevada estatura destaca en medio del corro de sus simpatizadores.

—“¿Puede informar algo para mi periódico?” —le interpela el reportero de “Paris-Midi”.

—“Nada; si acaso, que la bruma de la capital me molesta desde hace una hora”.

—“¿Es todo lo que podemos decir?”.

A lo que contesta el General dándole una palmada sobre el hombro:

—“No sea adelantado. Deje que el horizonte se despeje y entonces ya podremos hablar ampliamente”.

“Inglaterra —informa después ante el Comité de Guerra—no quiere arriesgar en nuestro provecho su aviación. El Gobierno de Churchill ofrece seguridades, por mi conducto, de que enviará sus ejércitos cuando sienta que nuestra artillería sea capaz de protegerlos”.

Cunde la desesperación en el ánimo de todos los presentes, intensificándose un instante más tarde, cuando el general Weygand declara con toda franqueza:

“Los alemanes han dispuesto desde el comienzo de la batalla, de ochenta divisiones de reserva; nosotros apenas si contamos con sesenta y cinco para todos nuestros servicios. Ante la determinación de la Gran Bretaña, sólo nos queda un camino por seguir: batirnos en retirada”.

Reynaud recuerda la nota confidencial que recibiera del Supremo Comandante de las fuerzas de Francia. Mentalmente, repasa el contenido de esa oportuna advertencia: “Los acontecimientos de estos dos últimos días de batalla, me imponen el deber de informar a usted que la ruptura definitiva de nuestras líneas de defensa puede producirse de un momento a otro. En caso de que ocurra esta eventualidad, nuestros ejércitos continuarán la lucha, hasta el agotamiento de sus fuerzas; pero su desconexión, intérpretese bien, sólo vendría a significar el anticipo de nuestro desastre”.

Es cortada la pausa de grávido silencio, donde se identifican todas las expresiones anonadadas, cuando el Premier del Consejo da lectura al mensaje de referencia, con acento solemne y conmovido. Todos los asistentes, perplejos, descubren su ansiedad ante ese puñado de palabras, cuya impía revelación los ha sacudido bruscamente.

Se invita al antiguo Jefe de los Ejércitos de Siria a fundamentar su opinión. Weygand, imperturbable, con serenidad equilibrada, detalla las condiciones actuales, y al hacer su inexorable análisis, relata los diversos incidentes de la lucha, catalogando por su gravedad los reveses recibidos. El Mariscal Pétain, cuyos ojos parecen velarse, profundamente emocionado por el relato, pero sin perder su aplomo interior, comenta en voz alta: “Todo lo que ha dicho el general Weygand es cierto. Yo quisiera haberlo dicho, y haberlo hecho también”.

Es absurdo rebelarse frente a la evidencia. Se aflojan los puños. Son minutos de histórica liquidación. Francia yace en el palenque, rastreando la rigidez de sus alas. El Quai d’Orsay asiste a la consumación del sacrificio cruento. Sirve de tramoya al último Gabinete de la Tercera República que, a las diecisiete horas de hoy, se congrega exclusivamente para ratificar los acuerdos tomados por el Comité de Guerra, que se reducen a una sola consigna: la desocupación de París, que significa el éxodo, la miseria y la deshonra.

\* \* \*

El Servicio de Información boletínaba después: “El Gobierno se ve obligado a abandonar la capital por motivos militares imperiosos. El Presidente Reynaud ha salido a incorporarse con nuestros soldados del frente”.

Recibí una hora más tarde el siguiente aviso oficial: “M. C. 0076844. París, 10 de junio de 1940. El Ministro de Negocios Extranjeros al Ministro de México, Luis I. Rodríguez. Tengo el honor de comunicarle que el Ministro de Negocios Extranjeros saldrá de París el día de hoy para instalarse en un lugar cercano a la residencia señalada para su Legación. M. C.”.

Impuesto de su contenido, dirigí a mi Gobierno el siguiente mensaje: “140. Ministro Negocios Extranjeros participame estos momentos trasládase provincia stop Sigo pendiente recibir instrucciones nuestro Gobierno este respecto”.

\* \* \*

Nuevas alarmas, estiletos que desgarran el oído y rompen los nervios, nos obligan a buscar los improvisados refugios subterráneos. Descendemos acompañados, esta vez, por la viuda de Marcelino Domingo el vibrante orador catalán; los esposos Torres Bodet y Alvarez del Castillo. Renato Leduc, paradoja en su tinta, alumbrado por su propia llama, minia en la húmeda obscuridad del sótano su más reciente producción literaria, en perpetuo amasiato con la ironía y la metáfora imponderables. En esta forma gasta su morralla de hastío.

Los aviones del Reich cruzan el cielo de París, como si se tratara de una conmemorativa parada militar, dejando caer desde la altura sus explosivos, igual que si repartieran tarjetas de visita. Encaraman sus símbolos, queriéndolos dejar para siempre entre los harapos de una noche bastarda. Mas los cañones de largo alcance los obligan a violentar el vuelo. Y antes que cese la burla germana, en medio del estruendo que se apodera de todo, al amparo de una vieja capa de sombras, por la puerta de Châtillon, comienzan a partir desde las veinte horas y con las luces apagadas, los carros que conducen a los dirigentes de Francia a sus nuevos reductos.

En el segundo grupo de funcionarios mexicanos que con sus familiares dejan París, sale, en el coche de la Legación de Bélgica, mi esposa, confiada a los solícitos cuidados del matrimonio Torres Bodet y de los secretarios Mendoza y Arnoux.

\* \* \*

Y como remate doloroso de la infausta jornada de hoy, la radio anuncia que Italia, dando pruebas de una cobarde previsión y de una avilantez inaudita, ha entrado a la guerra al lado de Alemania. Precisamente, a las veinte horas, la engolada voz de Mussolini lanza a su pueblo a una ambiciosa aventura, proclamando el “derecho” que asiste a un pueblo poderoso para atacar a otro que se bate en retirada, y reclamar participación en el botín que se avecina. Las águilas romanas descenderán hasta el campo de matanza, para ensartar en la hoz de exterminio de sus picos, las entrañas de una muchedumbre traicionada.

Francia recibe la noticia sin inmutarse. Ya lo presentía. ¡Ya no tiene tiempo para quejas! Cuando se han agotado las reservas mo-

rales y la capacidad de sacrificio, el puñal del hermano cainita no agrega un nuevo dolor en la carne; cuando el martirio llega a su vértice no importa otra dentellada más. ¿Quién va a detener el chorro de vida que se escapa, cuando alma y cuerpo están cribados?... Una vasija más que robe la sangre, no cuenta para nada.

El teatro de la guerra pide otras bambalinas; los Alpes de Saboya, del Delfinado y de Provenza; los misericordiosos pastos de Viso, los azules montes de Soopel, tendrán que acomodarse como lo disponga el director de escena en los términos de mayor espectacularidad.

¡Los Alpes serán inmensos refrigeradores de cadáveres!...





ARTES 11 DE JUNIO.—Ya para clausurarse la oficina del Cable, recibí de México dos comunicados que me fueron dirigidos con el carácter de extra-urgentes. El primero de ellos, firmado por el Jefe de la Nación, dice: “590. Sírvase transmitir Presidente Francia siguiente mensaje: Hago presente a Vuestra Excelencia penosa impresión ha causado mi Gobierno, la declaración guerra de Italia

contra ese gran pueblo francés que legendariamente ha sido portavoz de las libertades humanas y de los derechos del hombre, así como de la moralidad internacional. Renuevo mis votos por la felicidad pueblo francés y por bienestar personal Vuestra Excelencia. Lázaro Cárdenas. Presidente Estados Unidos Mexicanos”.

El segundo condensaba las instrucciones que esperábamos de nuestra Cancillería: “Sírvase trasladar Misión a lugar donde trasladese Gobierno. En vista circunstancias, autorízole tomar disposiciones estime convenientes respecto personal diplomático y cónsules, informando. Suyos. 140-141”.

\* \* \*

Nuestro último grupo logró salir en cuatro carros. Lo formaban conmigo el Consejero Vaca, los Secretarios Reyes y Lucio, el Attaché Militar Cor. Alamillo, el Ayudante Mayor Ruiz, el Canciller Castro Valle, un hijo del Cónsul Alatorre y el chofer de nuestra Legación.

Sonaban en un cercano reloj las diez horas. París, resignadamente, soportaba su mortal hemorragia. Más tarde llegarían las despiadadas mutilaciones, el caos, la vergüenza. Hitler vendría a violar la tumba del Soldado Desconocido y a turbar su inmortal descanso con su chillón acento de melodrama. Hipócritamente, fingiendo pavor y asombro, lamentaría la “terquedad” de Francia.

Las 10 horas: el alma de la libertad subía al cadalso. Alemania haría rodar su cabeza al tajo de la cruz gamada.

\* \* \*

Las palabras, de Paul Reynaud ante el micrófono: “París, corazón de Francia...” han dejado atrás toda esperanza de resistencia en la ciudad, cuando ésta fué declarada abierta.

Nos impresiona, hasta obsesionarnos, el espectáculo de un pueblo ausente ahora de la lucha; que prepara febrilmente sus maletas, en vez de levantar trincheras. Pueblo ya sin fe, sin entusiasmo y sin valor patriótico; derrotado de antemano, víctima de su ingenuidad o de su concupiscencia. Muchedumbres desalentadas, atentas a salvar sus intereses materiales, ante el galope de acero de las “Panzer-Divisionen”.

Casi nos petrifica la angustia de ver cómo la rodilla de la **prudencia** rompe las más gloriosas espadas. En unos cuantos días se ha desplomado la admirable arquitectura de una historia de heroísmo. Los ojos no quieren ver el incendio; los labios se cierran con un puño de palabras inútiles que luego rumiará el corazón; los brazos y las manos se rinden de laxitud ante la urgencia de los rifles... ¡Huir! ¡Huir! primero, después llorar si quedan lágrimas.

No se razona; no hay tiempo para meditaciones; el pánico impone su flujo y reflujo. Se habla únicamente del peligro que avanza, pero no de la patria que agoniza. Niños, mujeres y hombres galvanizados, con el desaliento en banderola, con la impotencia de su sangre en corajes pasivos, en fuga de todos los valores humanos, se desatan de la Ciudad Luz, rompiendo el cordón umbilical

que dulcemente los unía a la madre Francia. El rumor de los que huyen, sus pisadas inseguras, sus lamentos, su vergüenza de perseguidos nos inocular su honda pesadumbre.

Sí; todos son culpables. El castigo es para todos. Nadie escapa a la sanción del destino puntual a su cita histórica. Ninguno es libre de culpa. Grandes y pequeños políticos; grandes y pequeños soldados; grandes y pequeños intelectuales; grandes y pequeños mercaderes; hombres grandes y pequeños, son los responsables del desastre. Unos cuantos años de falsa prosperidad, de suicida abundancia, de egoísmo nacional, de indiferencia ante el dolor extraño, de soberbia y de libertinaje; unos cuantos años de vida regalada y superficial; durmiendo confiadamente sobre la almohada de la línea Maginot; de fingida paz bucólica; de vacuo turismo sobre la piel del alma; de avaricia colectiva; de sustantiva miopía frente al peligro lógico, inminente, inaplazable; unos cuantos años de aparente orden, pero de profundo desorden, hasta en los estratos de la conciencia popular, bastaron para perder siglos de victoria, de austeridad, de limpio orgullo y de admiración universal.

“París, corazón de Francia...” agonizan tus sístoles y tus diástoles. Pareces un herido motor que trabaja lentamente, penosamente, el nazi ha abierto las compuertas de los diques que te nutrían de fuerza, y hoy tu sangre, atropellada y sin rumbo, se escurre de las manos del tiempo a través de sus dedos deformes.

El enemigo pisa tus talones desgarrados y hace florecer tu carne con sus gritos de pólvora. Pero tu más cruel enemigo lo llevas dentro, pueblo francés: él te enseñó a perdonar con el olvido, disparó tus energías y te hizo dulce y blando; te aconsejó mansedumbre ante las fauces del lobo; te arrancó la fe en la victoria, aquella que fué luz en la melena de tus “tigres”.

No ha quedado otra cosa más que entregar las llaves de la ciudad a los bárbaros.

Dramático saqueo de París, violación de templos y robo de vasos sagrados.

¡Y hay franceses que se disputan el “honor” de escoltar a los incómodos visitantes!

Sí, hay que huir para no ver las profanaciones; para no sentir el asco de los festines de Wotan, para no darse cuenta del hartazgo y de la ebriedad de los vencedores; para no contemplar la tragedia de los vencidos.

Las gentes no pueden mirar atrás; en estatuas de sal podrían convertirse, como la bíblica mujer de Lot.

Pero, en vigoroso contraste, cruza por nuestra mente, como un relámpago prolongado por chispazos sucesivos, la defensa de Madrid —aguafuerte y epopeya— con sus milicianos pegados al terreno defendiéndolo palmo a palmo; muchos de ellos, inermes, esperando con una mezcla alucinante de angustia y de ansiedad, ver caer al hermano de lucha, para abalanzarse sobre el fusil humeante y tomar parte activa en una batalla sin cuartel. Madrid, con sus calles en ruinas; con sus casas demolidas por las bombas que lanzaron olas constantes de aviones; con sus mujeres bravías, que desafiaban, desde las aceras, a los sembradores de la muerte, metódicos en el ronroneo de sus motores y en el tableteo de sus ametralladoras. Madrid, solo, único, enhiesto sobre la árida estepa castellana; cercado por varios cuerpos de ejército; calcinado a diario por el fuego de los obuses; con una nutrida lista de víctimas y de mártires en cada hoja de su calendario trágico, lanzada al viento cada día, con olor de pólvora y resplandor de llamas. Madrid, con sus niños arrancados del árbol de la vida, en una floración sangrienta del crimen y de la barbarie. ¡Madrid!: la eternidad de un nombre y de una época.

Aquí es otro el ritmo. París sucumbe sin lanzar una queja. Un solo bombardeo nubló sus calles, que han vuelto a lucir bajo la sonrisa irónica de Emilio Zolá, rememoración tardía e inútil del “j'accuse”, pretérito e inaplazable.

El tiempo apremia y hay que correr mucho si pretende uno salvarse del invasor. Las pesadas ruedas de los carros de asalto huellan ya los surcos de las tierras cercanas, y el terrible dilema —resistir o correr— que impide salir de sus estrechos límites, ha hecho ya imposible la opción por las palabras monocordes y graves del Jefe del Gobierno, ante el micrófono, resonantes aún en el recuerdo con una obstinación de pesadilla: “París, corazón de Francia ...”

Poco a poco, la ola de pánico se ensancha, crece, se multiplica llevando en sus movimientos a miles y miles de seres humanos hacia las principales arterias de salida. La gente enloquecida afluye a la estación de Austerlitz. Una muchedumbre abigarrada y anhelante se agolpa en los andenes, en el vestíbulo, en los alrededores, esperando el momento de poder llegar al tren, que la mayoría de los viajeros ha de tomar metiéndose por las ventanillas. Las bocas del “metro” lanzan densos bostezos de carne humana, apiñada y convulsa. Los más diversos medios de locomoción —bicicletas, carros, cochecitos infantiles— son empleados para conducir los

equipajes y los enseres más preciosos, a las proximidades de la estación. Los trenes retrasan su salida y, por momentos, la esperanza de alcanzar alguno se hace más incierta. La búsqueda de coches, camiones y carros que permitan desplazarse de París, resulta indispensable y apremiante.

Y, por las carreteras, largas caravanas de vehículos diversos, desde el magnífico “turismo” al miserable carricoche, empiezan a formar el desordenado y trágico desfile de los que, huyendo, vuelven la espalda a su propio destino, para encontrarse, al detenerse, ante el destino mismo, hecho jirones de vergüenza y de rabia... Y con ellos —resaca de la libertad— los Gobiernos amputados, los luchadores desterrados por su propia voluntad, los retazos de pueblo de otros pueblos, que fueron replegándose ante la invasión, para confluír con el corazón deshecho de amargura a la vieja Francia; los soldados autolicenciados; los oficiales meditabundos; los tráfugas de todas las batallas y de todas las adversidades; el cuerpo diplomático, como representación viva de países más o menos lejanos, mezclado con la baraúnda de los sin patria, o de los que van a perderla. Y todo ello, revuelto en su marcha lúgubre, con tanques desvencijados, camionetas llenas de chatarra, coches acribillados o polvorientos: saldo de la derrota, que se pone a salvo.

¡Extensa noche! ¡Terrible jornada! Y, tras ellas, otras noches más largas y otras jornadas más terribles. Los coches, en su huída, pidiéndole a la carretera una elasticidad imposible. El sinsabor de cada uno; la pesadumbre de todos; la desesperanza infinita de los que han dejado tras de sí seres queridos, de los que estarán separados por mucho tiempo, detenidos por las nuevas fronteras del odio y del imposible, en cuyas murallas se estrellan y se embotan las más intensas voces del sentimiento; todo éso que es la guerra, con su bárbara tenaza de opresión y martirio, flota en el ambiente de la carretera, en una onda colectiva de dolor frenético, entre el trepidar de los motores, el clamor de los claxons, el chirriar de los frenos, como un quejido ingente de una vieja civilización que se desploma en el abismo, porque no supo conservar los cimientos de su obra.

De pronto, la guardia negra, vigilante y tenaz en su alerta diario, en busca de su “diversión” predilecta: el bombardeo de retaguardias apacibles y la matanza de retiradas angustiosas. Los pájaros siniestros se enfilan en el horizonte, como signos de un nuevo Apocalipsis; toman la horizontal de la carretera para lanzar sus bombas; descienden, vertiginosos, en “picadas” y en diversas

“pasadas”, ametrallan con saña implacable a la claudicante caravana. En unos segundos de inmensidad, la vida de muchos años, desfilando en la imaginación de todos, como una viviente película de inverosímil metraje y de absurdo sincronismo con la rueda del tiempo. Y en la realidad, cuando los pájaros se alejan, satisfechos de su negra hazaña, el balance escueto, la valorización exacta que la guerra moderna hace del hombre y de las cosas: la vieja maleta reventada por la explosión, acribillada de metralla, que dispersó las prendas de uso diario —bancarrota vulgar de un ajuar modesto—y, mezclados con ellas, los restos humanos, también dispersos, despedazados y sangrantes, de algunos viajeros —bancarrota macabra de lo que fuera un hombre, una mujer o un niño— que cosas y hombres son lo mismo en esta siniestra significación de la guerra científica. ¡Nada! Sangre, dolor y muerte. Tierra en los ojos y plomo en el corazón. El vacío a los pies. Sangre en el surco y muerte en el alma.

Mientras tanto, la cabalgata del éxodo sigue su marcha, dejando atrás sus rastros de miseria. Los viajeros que han perdido sus vehículos por avería de los motores, o por falta de gasolina, son ya innumerables; se dispersan por los campos, y siguen kilómetro tras kilómetro, aguijoneados por el afán de huir del infierno de la invasión, cayendo aquí, levantándose allá; durmiendo en chozas o en pajares, o a la intemperie; con la voluntad en tensión y los nervios en acecho, febriles, anhelantes, llevando en su cerebro, con perfiles indelebles, el cuadro del desastre.

Y, en el silencio de la senda estéril; en la plenitud del sol estival; en los novilunios de las campiñas serenas, ahogadamente, inexorablemente, la caravana del éxodo continúa su camino, sin pan y sin hogar; sin Dios, sin patria y sin bandera; retazo de una democracia que quedó en los libros, amarillentos y olvidados, del siglo anterior, con la libertad de pensamiento, con los derechos del hombre, con el concepto de patria universal, y como signo vivo e hiriente de una época que será, bajo el resplandor del futuro y la luz del presente, vergüenza y dolor de los hombres, fracaso y humillación de la vida, por el feo pecado de no haber sabido idealizarla.





OURS, MIERCOLES 12 DE JUNIO.— Cerca de las nueve horas logramos llegar a Tours, antigua capital de Touraine, fundada por los romanos, y que sirvió de cuna a Gabrielle d'Estrées y Honoré de Balzac. Casi a vuelta de rueda, con penosa lentitud, habíamos cubierto 217 kilómetros desde París, en más de veinte horas. Las enormes dificultades que logramos vencer, justificaban el exceso de

horas perdidas en el viaje. Como si se proyectara en el horizonte una película tomada con cámara ultra-rápida, el río de gente se movía con paso tardo de carreta, con su infortunio al hombro y su angustia a la espalda.

Nos dirigimos a la Prefectura con el propósito de informarnos respecto a la ubicación del Chateau de la Carte, señalado para nuestra residencia. Un movimiento inusitado se advertía en las oficinas de la más alta autoridad de la Ciudad, en cuyos amplios salones se había instalado, horas antes, el Ministerio del Interior. El secretario particular del señor Mandel, a quien interrogamos,

se excusó de no poder complacernos por ignorar los datos que le solicitábamos; pero, en cambio, nos proporcionó otros que resultaron para nosotros de inestimable valor: las direcciones de las principales dependencias del Gobierno. Fué así como supimos que el señor Presidente de la República se encontraba despachando en Cangey; el señor Reynaud en el Chateau de Chissay; la Cámara de Senadores, en el Hotel de Ville; el Estado Mayor del Ejército, en Montrichard (Loir-et-Chert), y los cuarteles Generales de Weygand y de Georges, en Briare (Loiret). Los demás ministros, embajadas y legaciones, quedaron repartidos en la ciudad y en algunos puntos cercanos, como Langeais (Indre-et-Loire), Asaya-le-Rideau, Ligueil, etc., sin que se pudiera mantener contacto con ellos, por la falta de comunicaciones telefónicas.

Después de varias horas de búsqueda, localizamos por fin nuestro famoso castillo, oculto entre espléndidos bosques y a una distancia de once kilómetros, del corazón de Tours.

Su propietario, el anciano Marqués de Montfort, instruido previamente por las autoridades, nos dispensó la mejor acogida, informándome con marcada satisfacción que ayer, en la noche, había llegado a su residencia, y sin ningún contratiempo, mi madre, acompañada de varias personas, quienes me aguardaban con visible ansiedad.

“Efectivamente, salió antes que nosotros”—me limité a comentar, seguro de que sería alguien que reclamaba, con urgencia, el amparo de nuestra Legación—. Transcurridos breves instantes, tuve la satisfacción de saber de quién se trataba.

“Soy la madre del doctor Negrín —afirmó una dama de noble aspecto—. Excuse usted mi visita; mi condición de española y el temor de ser importunada, me orillaron a no revelar mi propia identidad. Conozco los lazos de amistad que existen entre usted y mi hijo. Además, él me indicó que lo esperara aquí. No tardará en llegar”.

Emocionado, rendí homenaje a tan respetable matrona, asegurándole en seguida: “Señora, está usted en su casa y para nosotros es un honor el poderla servir”.

De este modo, con la mayor complacencia, tuve la oportunidad de comenzar a cumplir el fraterno pacto que hicieramos, días antes, el Jefe del Gobierno Republicano Español y yo, cuando rubricamos nuestro abrazo de despedida con este cordial anhelo: “Amigos, para toda la vida”.

\* \* \*

Más tarde, deseoso de transmitirle al Premier del Consejo, señor Reynaud, el mensaje enviado por el señor Presidente Cárdenas al Jefe de la Nación francesa, nos dirigimos al Castillo de Chissay, en donde el secretario Marguerit se sirvió informarnos que el señor Reynaud se encontraba, en esos momentos, en el Consejo de Ministros, reunido en el Chateau de Cangey.

Allá fuimos sin pérdida de tiempo, animados por la esperanza de conocer el proceso de la más dramática deliberación de cuantas se registran en los anales de la Tercera República. El Capitán Dognion, uno de los ayudantes del señor Presidente Lebrun, tuvo la amabilidad de introducirnos hasta la sala central del histórico castillo, contigua a la estancia donde se habría de resolver el inmediato porvenir de la nación francesa. Saludé, entre los diplomáticos presentes, a los señores: Walter Stuki, Ministro de Suiza; H. A. Bernhft, Ministro de Dinamarca; Cristóbal del Castillo y Campos, Consejero de la Embajada de España; François Nothung, Secretario de la Legación de Luxemburgo; Paulo Méndez Osorio, Attaché de Prensa de Portugal; Coronel Mon Sindvongs Seni, Agregado Militar de Tailandia, y Alexis Krapivintsen, Jefe adjunto de la Representación Comercial de la Misión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Completaban la reunión más de cien funcionarios franceses, entre los que figuraban prominentes políticos, universitarios de renombre, consejeros, secretarios y ayudantes de los altos jefes que asistían al consejo colectivo.

En todos los corrillos se comentaban los últimos informes militares: los germanos habían logrado ocupar las poblaciones de Rouen (Sena Inferior), Compiègne (Oise), Chalons y Reims (Marne). Por tercera vez, en veinticinco años, los bárbaros franqueaban el Marne. En la memoria de todos reverdecían los laureles de Joffre. Fué allí donde supimos que, en Saint-Valery-en-Caux, habían caído prisioneros, el día de hoy, ochenta y seis mil soldados franceses con cinco generales, y que las Panzer-Divisionen avanzaban en dirección a Suiza.

Alguien nos recordó la patética expresión del General Weygand, cuyo significado es como un óleo que se unta a la frente de un moribundo: “Yo no conocía, hasta ahora, lo que contiene la palabra de Jesucristo: ¡Señor, Señor, cúmplase tu voluntad!”.

El coronel Martonne me mostró la más reciente proclama del Comandante Supremo; tal vez la última que escuche Francia en

esta guerra relámpago: “Es indispensable que todos se manifiesten conscientes de que, a pesar de la mala fortuna que nos golpea, la Dirección General de los Ejércitos estará asegurada hasta el fin. Las futuras maniobras deberán significarse por su orden y cohesión, obligándose nuestros jefes y oficiales a mantenerse al lado de sus tropas para estimularlas así con el ejemplo patriótico de su lealtad”.

\* \* \*

Terminado el Consejo tuvimos ocasión de estrechar la mano a los señores Baudouin, Mandel y Chautemps. Por elemental prudencia, no nos atrevimos a interrogarlos. Bastaba con mirar sus semblantes descompuestos, para interpretar el dramático episodio que vivían. Sin embargo, la punzante curiosidad de todos y la inevitable indiscreción de alguno, hizo que, como en veloz carrera de estafetas, pasaran de mano en mano, con increíble abundancia de detalles y con enérgica precisión, todos los incidentes registrados en el seno del Consejo y los trascendentales acuerdos a que se llegó en él. Reproducimos en estas páginas una de las más fieles versiones, convencidos de su veracidad, ya que pudimos confirmarla, entrada la noche, de labios de recias personalidades políticas que intervinieron en esa memorable sesión, y cuya honestidad y decoro merecen todo nuestro respeto y nuestra confianza.

He aquí una síntesis. Su validez histórica queda de relieve:

El salón donde se verifica la deliberación del Consejo de Francia, impresiona por su austera sencillez. Casi prevalece una nota de lógico desorden que abarca todo. Son las diecinueve horas treinta y cinco minutos. Los responsables del destino del pueblo galo están presentes. Llega el Presidente Lebrun, seguido del Mariscal Pétain, del Comandante Supremo Weygand y de Paul Reynaud. Los Ministros, inmediatamente después, entran, con marcada precipitación, a ocupar un sitio en la memorable asamblea. La colocación se hace al azar. Se nota la improvisación, el forzado descuido con que se tuvo que preparar la escena. Frente a una larga mesa toman asiento Lebrun, Reynaud y el Mariscal Pétain. Los demás cierran un círculo en torno a ellos.

Una misma mano mueve los hilos de estos personajes de Guignol. No falta ni el traidor, ni el valiente, ni el payaso. Los rostros de todos coinciden en la obscuridad del gesto. El silencio cae como una cinta de colores, que se enreda a los pies de cada actor.

Como una esponja que desea beber de un golpe toda la verdad, se dilata el espíritu. La noche está en un rincón de la sala. Sus “niños de sombra” muy pronto ocuparán las primeras butacas. La ansiedad ha vaciado su taquilla y recuenta sus francos. Pronto empezará el espectáculo... Bien... ¿Y esa extraña voz que se escucha? Es del apuntador que llega, para esconderse bajo la concha del corazón de Francia. Sí; todos lo conocen y lo respetan: es el dolor de la derrota.

Reynaud, “el ratón Miguelito”, anuncia el número más importante: la confesión de Weygand, quien levanta el telón con estas palabras: “Cuando tomé el Mando Supremo, encontré el frente del Meuse roto, y a nuestros ejércitos refluendo en desorden. Todos los esfuerzos deberían perseguir un común objetivo: volver a soldar el centro y el ala izquierda del ejército francés. Intenté lograr que los dos fragmentos de Arras (Pas-de-Calais) a Amiens (Somme), por Bapaume (Pas-de-Calais), quedaran ligados. Como saldo del desastre de Dunkerque (Nord), sólo podía contar con cincuenta y cinco divisiones francesas y con dos divisiones de Inglaterra. Sin embargo, un general y un país jamás deben confesarse vencidos. Juzgué, pues, que era preciso librar la última batalla”.

La narración del Comandante Supremo glosa después, en la forma más minuciosa, todos los tiempos y modos del combate. Perfecto conocedor de la topografía de su país, enumera los accidentes geográficos comprendidos en la contienda; no olvida ni los nombres de un riachuelo, de una pequeña aldea, o de un crestón. Se le escucha con un religioso silencio que limpia el oído. Cada palabra modela a su antojo la arcilla de las caras, las endurece de líneas, las ablanda, las comprime o estira, al imperio de su emoción.

Weygand concluye: “...la segunda batalla fué igualmente perdida. Por lo tanto, las tres divisiones que habían sido rechazadas hacia la Mancha, se encontraban en una situación crítica. Las dos divisiones inglesas tuvieron que embarcarse. No podía hacer otra cosa la división que quedaba, sino capitular. A estas horas, París no está tan sólo amenazado; me es imposible asegurar su defensa. Los alemanes han pasado el Sena, en Andelys. El Ejército francés queda seccionado en débiles fragmentos”.

Una pausa obliga a rumiar la derrota. Ya se conoce la ansiada verdad, expuesta con sinceridad terrible, con bestial crudeza. Sólo resta sacar las consecuencias inocultables.

El Guignol precipita su desenlace. Las esperanzas, como un polichinela verde, se han ido de un golpe al escotillón.

El Comandante Supremo, herido por nuevo y súbito escrúpulo de conciencia, como queriendo salvar su responsabilidad histórica, añade:

“Pero continuaré la resistencia, si el Consejo de Ministros me lo ordena. Sabré cumplir con mi deber de soldado. Pero es prudente hacer notar que, de hoy en adelante, no nos queda más recurso que el armisticio. No se combatirá sino por el honor de las armas y de la bandera. La guerra está definitivamente perdida. Por otra parte, como General en Jefe y como francés, me preocupo de asegurar el orden en el país. No quiero que Francia corra el riesgo de conocer la anarquía que suele seguir a una derrota militar. He aquí el motivo porque hablo así, aunque sufra mi corazón de soldado. Lo repito: el armisticio se impone”.

La frase postrera rebota contra un coro de estatuas. Sin excepción, todas las miradas, absolutamente todas, se dirigen a Pétain, quien, con reiterados movimientos de cabeza y apoyado en su autoridad moral, ha estado aprobando la exposición de Weygand. Desean una pequeña rendija, un insignificante resquicio, por donde pase la luz. Pero el Mariscal de Francia ya sepultó sus sonrisas en el ataúd de piedra de su rostro. Les contesta con las puntas del blanco mostacho caídas, como dos centinelas muertos, junto a la boca apretada.

El Comandante Supremo interroga: “Y de esta derrota, señores, ¿cuáles son las causas?... El mismo se responde: “Detrás de la atalaya de la línea Maginot, en la que se confió demasiado, el país se durmió. El Ejército se ha batido bien, y ciertas unidades han atestiguado un heroísmo admirable; pero nos ha faltado el material. Al principio de la guerra no hemos podido poner nunca en línea más de ochocientos aviones de combate, bombardeo, reconocimiento, estafeta y caza. Hoy, frente a varios millares de aviones del Reich, no nos quedan más de trescientos cincuenta o cuatrocientos aparatos. Nunca hemos tenido aviación. Los que os afirman lo contrario, mienten por su boca”.

El primer acto ha terminado. El alma baja a su camerino para cambiarse de traje. El entreacto impide que estallen los nervios. Por el túnel de las arterias, la pesadumbre disloca sus carros.

Pétain no tiene nada que agregar a esta ratificación: “Doy mi asentimiento absoluto a lo dicho por Weygand; es exacta su exposición y demasiado lógicas sus conclusiones”.

Pero bien pronto se deslindan los campos. La verdad de la impotencia no se admite en sus extremos. Se piensa en una fórmula

de salvación. Hecho el diagnóstico, algunos pretenden encontrar el remedio. No se resignan a cruzarse de brazos. “Hay que darle la cara a la desgracia, para sesgar el golpe definitivo” —afirman unos—. Otros se entregan, desarmados, a la fatalidad.

Campinchi y Delbos sostienen, casi a gritos: “Es preciso continuar la lucha en el Loire, en el Garona, fortificar una línea transversal que permita preparar el “reducto” bretón, y si fuera necesario, llevar la resistencia al Imperio. La flota está intacta —declaran, con un fervor que a muy pocos convence—. Si se pierde el suelo francés, debemos ir a las colonias, o instalarnos en Inglaterra. Pero a ningún precio deben deponerse las armas. Es indispensable agotar el último recurso; mantener vivo el espíritu de defensa y de revancha”.

Monnet y Dautrix, están de acuerdo con esta tendencia. Insisten en que no se debe abandonar la lucha. Su actitud tiene mayor moderación, pero coinciden en lo mismo: morir en la pelea.

Pero Février impugna esa tesis, basándose en lo que llama “una realidad sin salida”. Pone de manifiesto lo estéril y perjudicial de una débil vigencia bélica.

Se pregunta al Ministro de Armamento si es factible constituir un embrión de industria de guerra en el África del Norte.

—“No —contesta con franqueza Dautrix—. Sería preciso importar el material. La fabricación de guerra no se puede improvisar. Depende de la industrialización del país, cosa que exige varios años de preparación”.

Alguien aventura, optimista: “¡Podríanse transportar jóvenes obreros calificados. Mano de obra abundante y eficaz!”.

Responde el silencio. Pero Chichery habla como técnico, haciendo ver que ese, precisamente, es el problema. La condición previa para toda posible resistencia. Tiene la seguridad de que nada será realizable sin el concurso de la fuerza industrial.

Queuille, que ha estado atento a esta disputa, con ofensiva solemnidad, declara: “Es muy difícil encontrar la mejor solución a ese problema; el armisticio, sin embargo, representa el menor riesgo”.

Jules Julien está ausente de la reunión. Su pensamiento vaga por los caminos donde ambulan sus empleados de Correos, enfermos de incertidumbre y de congoja.

La noche irrumpe en el salón, y toma a los oradores por la solapa, mientras les dice: “Es la hora de mentir; las tinieblas no delatarán jamás al cobarde”.

Un bedel la arroja de un puntapié a la calle. Ahora, cuelga del techo una araña de luz, que empieza a tejer su tela luminosa.

Cada quien se acomoda en su retazo de penumbra. Se ha roto el crucero que movía los hilos del payaso.

Prouvost, uno de los nuevos ministros, emocionado, sale al tercio: “Prefiero un armisticio cuyas cláusulas podemos discutir, a la continuación de la lucha sin esperanza, y a la capitulación del ejército. No creo que haya una conclusión más decente. ¿Qué situación nos propone M. Campinchi? El Gobierno se retira, primero, al “reducto” bretón. Dentro de breve tiempo, la resistencia será imposible allí también. Debemos pensar, pues, inmediatamente, en otra evacuación, ya hacia una colonia, ya hacia el extranjero. Os digo muy claramente que no quiero convertirme en un emigrado. Examinemos con cordura cuál sería el problema político y constitucional que plantearía nuestra partida. ¿No os parece que Francia se cansaría rápidamente de verse gobernada desde afuera? ¿No os preocupa que el país constituya, tras una consulta popular, otro Gobierno nuevo, perfectamente legal, el cual se enfrentaría ventajosamente al vuestro? ¿No constituiría todo ello una catástrofe aún mayor para el país, después de los horrores de la guerra, la invasión y la derrota, contemplar una guerra civil?”

“Hemos vivido demasiado tiempo bajo la influencia extranjera. No le pidamos asilo ahora. Busquemos una solución exclusivamente nacional”.

Delbos, que ha recogido todas esas argumentaciones derrotistas, con rabia, y hasta con profundo desprecio, remacha su viejo clavo de esta manera: “Lo que propone el Ministro de la Información no debe tomarse en cuenta. Es necesario continuar la lucha. Es preciso que el Gobierno se retire, si así lo exigen las circunstancias, hasta Argel u otra parte. Francia está ligada a Inglaterra y debe cumplir con sus tratados”.

Es la primera vez, durante el debate, que se hace mención a la alianza con un Gobierno, del cual se puede esperar ayuda todavía. Se medita la forma conveniente de interpellarlo.

Reynaud, hombre de síntesis, resume la controversia y entrega su opinión: “Debemos proseguir la lucha a todo precio. ¿Dónde? ¿En Argelia? ¿En el “reducto” bretón?”. Y aun cuando se inclina a esta tendencia, afirma: “De todos modos, creo, señores, que antes de tomar una decisión, es menester celebrar una entrevista con Mr. Churchill”.

Chautemps conviene en que no puede ser más razonable esa proposición que aprueba con un gesto que suaviza sus facciones.

Sigue hablando el Presidente del Consejo de Ministros: “Pediríamos al señor Churchill que viniera entre nosotros, para que pudiéramos ponerlo al tanto de la trágica situación del país y de los ejércitos”.

Ahora, la aceptación es unánime. Es evidente: dicha consulta se impone. Se decide que Reynaud telefonee a Churchill para solicitarle que venga lo antes posible a Tours, para asistir a la próxima reunión del Gobierno. De esta manera, el Premier inglés conocerá la gravedad de la situación; y, una vez informado, podrá dar su opinión sobre la continuación de las hostilidades y la eventual demanda de armisticio.

Ha terminado la sesión, de la que el mundo está pendiente. El destino le da a Pétain un papel de máximo relieve. El Presidente Lebrun muy pronto será un simple comparsa.

Tal vez otro director de escena, fiel a su libreto, le obligue a hacer mutis.

Todos han dejado ya sus irreales vestidos de actor, en la guardarropía, para perderse, únicamente como hombres, en el Guignol real de Francia.

Fuera de programa, dueño de su mundo interior, Reynaud, que tiene fe en la democracia de América, se dirige al Presidente Roosevelt, “el gigante inválido”, con el S.O.S. más angustioso de todos los tiempos:

“Señor Presidente: quiero expresarle de antemano toda mi gratitud por la ayuda generosa que ha decidido usted acordarnos en materia de aviación y armamento. Desde hace seis días y seis noches nuestras divisiones se baten, sin una hora de reposo, contra un ejército que dispone de una superioridad aplastante en efectivos y en material. El enemigo está hoy casi a las puertas de París. Lucharemos en retirada, nos encerraremos en una de nuestras provincias y si somos arrojados de allí, iremos al Africa del Norte y, si fuere preciso, a nuestras posesiones de América. Una parte del Gobierno ha abandonado ya París. Yo mismo me dispongo a incorporarme a los ejércitos. Esto será para intensificar la lucha con todas las fuerzas que nos quedan y no para abandonarla. ¿Puedo pedirle, señor Presidente, que usted mismo explique todo esto a su pueblo, a todos los ciudadanos de los Estados Unidos, diciéndoles que estamos resueltos a sacrificarnos en la lucha que llevamos a cabo por todos los hombres libres? A la hora en que le

hablo, otra dictadura acaba de herir a Francia en la espalda. Una nueva frontera está amenazada; una guerra naval se abrirá. Usted ha respondido generosamente al llamado que le lancé, hace algunos días, a través del Atlántico. Hoy, 11 de junio de 1940, tengo el deber de pedirle un nuevo concurso, más amplio aún. Al mismo tiempo que usted exponga esta situación a los hombres y a las mujeres de América, le conjuro a declarar públicamente que los Estados Unidos nos otorgan su apoyo moral y material por todos los medios, salvo el envío de un cuerpo expedicionario. Le conjuro a hacerlo antes de que sea demasiado tarde. Conozco la gravedad de un gesto tal. Esta misma gravedad hace que no se deba intervenir demasiado tarde. Usted mismo nos ha dicho el 5 de octubre de 1937: “Estoy obligado y estamos obligados a mirar las cosas cara a cara. La Paz, la Libertad y la Seguridad del noventa por ciento del mundo, están en peligro a causa del diez restante que amenaza quebrar todo el orden y todas las leyes internacionales. El noventa por ciento que desea vivir en paz bajo el reinado de la ley y en conformidad con los siglos, puede y debe encontrar un medio de hacer prevalecer su voluntad”. Ha llegado la hora de que ese noventa por ciento de ciudadanos del mundo, se una contra el peligro mortal que nos amenaza a todos. Tengo confianza en la solidaridad del pueblo americano en esta lucha vital que los aliados llevan a cabo para su propia salvación, pero también para salvación de la democracia americana”.

\* \* \*

Es profunda esta noche de Tours. Parece un pozo en cuyo brocal buches de paloma llenos de estrellas ponen su nota de nieve. La multitud detiene su desboque, parecida al mar que topa con un acantilado y recoge su camisón de espuma con sus transparentes dedos azules. Como cilindro dentado de duelo camina la caravana: su música semeja un roce de cadenas, en la que cada nota es un distinto eslabón de hierro. Ya nadie podrá jamás detener la manivela: la música seguirá por mucho tiempo ¿quién lo sabe? sobre el yunque de Francia, cayendo como un terco mazo que educa el metal de las rejas y castiga la “inutilidad” sonora de las campanas.

Noche como una vitrina cubierta de espejos negros, en la que duermen mutilados guerreros de plomo, soldados sin goznes, aldeanas con los zuecos cubiertos de musgo, campesinos liados con alambre de púas.

La luna ha perdido su melancólico cuerno de caza en un bosque de Tours. Oíd ahora sus pisadas de plata, en los corredores del castillo Montfort. El anciano marqués, entre sueños, recuerda los dulces ojos de las gacelas y la florida frente de un venado herido por la posta .

Estos árboles que, por haber vivido tanto, lo saben todo, ponen en la oreja del viento sus protestas de resina.

Yo, en una de las muchas alcobas del Chateau de la Carte, bajo el artesonado de un techo que parece la casaca de un viejo rey de utilería, me empeño en recordar pasajes de la dulce Francia.

De pronto, un disco de luz rueda por mi aposento, y escucho voces en el jardín, que parecen familiares. Me incorporé al instante para recibir a los que llegaban. (Los fanales de su carro, con el párpado caído de fatiga, antes de dormir, alumbraron suavemente la escalinata de piedra).

Abracé con viva satisfacción a los nocturnos viajeros: eran mi esposa; el doctor Juan Negrín, Presidente del Consejo Republicano Español; D. Francisco Méndez Aspe, Ministro de Hacienda del propio régimen; Capitán Antonio Haro Oliva, Ayudante del Attaché Militar de México; señora N. de Haro Oliva y el Lic. Ernesto Arnoux, Secretario de nuestra Legación.

Si habían salido de diferentes sitios, tomado diversos rumbos y abordado distintos automóviles, ¿cómo fué posible que en medio de esta tempestad humana que cerraba los caminos, pudieran haberse encontrado y llegar juntos a Tours? Me lo dijeron después: todos habían padecido lo indecible. El coche de Torres Bodet fué abandonado en una cuneta y sus ocupantes se vieron obligados a aceptar la invitación de unos incidentales amigos que se dirigían a Biarritz; el Secretario Mendoza se había perdido entre la multitud. Mi esposa se vió en condiciones penosísimas: escapándose, sin saber cómo, de tenaces bombardeos; cubriendo a pie largos recorridos, sintiéndose amenazada constantemente por los aviones del Reich que, con sus ametralladoras y en vuelo picado, materialmente segaban como campo de trigo los caminos.

En un alto de la carretera —según me contó ella, tratando de vencer la fatiga que la dominaba—, había reconocido a uno de los carros de la Legación de México, que pugnaba por abrirse paso, haciendo oír inútilmente la súplica de su bocina. Dió entonces órdenes a su chofer de que no perdiera de vista a ese vehículo, para seguirlo adonde quiera que fuese. Un obstáculo imprevisto concedió mucha ventaja al primer automóvil; pero al cabo de una

hora de seguir sus huellas, pudo alcanzarlo. En él se encontraban el doctor Negrín y el ex-Ministro Méndez Aspe, con quienes hizo el viaje hasta Tours, en compañía de las personas que mencioné al principio del relato.





UEVES 13 DE JUNIO.—  
Mañana de Francia, como  
Pascua Florida. Mañana de  
Tours, sonriente y magnífica.  
Semejante a una gran piscina  
de luz, donde el alma al nadar  
impone el ritmo de su “crawl”  
pausado. Hay una ternura lu-  
ciendo en la Naturaleza como  
un vibrante anhelo de paz. El  
horizonte tiene bellas reso-  
nancias de órgano que afinó  
la primavera. Al despertar  
nos encontramos con un sol

que ha perdido la memoria de lo que pasó ayer; un sol renovado, que como pegaso de oro galopa en el cielo orgulloso de sus pezuñas musicales; un sol que abre su enorme pajarera de trinos y coloca sus alegres ajorcas en la muñeca de los árboles.

En la umbría del bosque retoza Pan, suavizando su aspereza de macho-cabrío, con su melosa siringa de carrizos dorados. Junto a él, las caderas de las fuentes se ameritan con hojas de laurel y plumas de tórtolas. Nada se subtrae al influjo de una sinfonía que escapa del arcón mitológico, al paso inefable de sus sandalias.

Nos invade un floral aturdimiento con su pregón de aromas. Y recordamos la eterna corriente mudable de Heráclito. Nos mime-tiza el paisaje a su capricho. Somos ahora menuda arenilla en su clepsidra sabia. ¡Guerra!, reclaman los cañones después de cada ocio. ¡Paz!, exige el campo para iniciar su faena.

\* \* \*

Vuelvo a la dura realidad de Francia. El Lic. Reyes, el coronel Alamillo, el profesor Lucio y yo, nos dirigimos desde temprana hora al teatro de las batallas políticas, de las cuales depende el porvenir de este país, en el reducido campo de acción que le restará después del armisticio. Vamos en busca de noticias sobre el proceso de la pugna que ha dividido en dos bandos a los dirigentes del Gobierno. Las calles dan la impresión de pulsos agitados, cada gente es un incurable que no quiere morir y se consuela hablando de una medicina que no llegará nunca. Se adoptan ademanes violentos para apoyar las palabras. Se gesticula con los diversos matices que dan la pasión y el arrebato. Unos escupen maldiciones; otros hablan de culpas ajenas para olvidar las propias. Todos creen conocer la verdad; todos creen tener razón; pero muchos de ellos están equivocados. Vieron cómo cayó el alud, pero ignoran el día que se desprendió de la cumbre; contemplaron el incendio en su culminación, pero no podrían precisar el nacimiento de la primera chispa; advirtieron la tempestad en todo su apogeo, pero desconocen cuándo apareció el relámpago inicial.

No hay sitio para la prudencia; el peligro sacude a esa heterogénea muchedumbre que sube y baja las calles de Tours, con el olfato escrutador en guardia constante. Preguntas, respuestas, monólogos, juramentos y lamentaciones, se entretajan para formar una espesa malla de la que es muy difícil poder escapar.

Recorremos las calles de León Gambetta, Marignan, Blaise Pascal, Blancheran, sin saber más de lo que ya sabemos: que Francia, en el terreno militar, está liquidada; que el armisticio se pedirá hoy, mañana o dentro de tres días a lo sumo; que a cada momento pierde fuerza la tendencia a resistir, haciendo que su contraria inocule su derrotismo a los líderes que todavía hablan de luchar, pero sin la menor vehemencia.

Más que la sede provisional del Gobierno, la ciudad parece un inmenso manicomio, con su vasto muestrario de anormales: desde

el que ríe y llora histéricamente, hasta el que amenaza con agresividad epiléptica.

\* \* \*

—¡Al fin llegó Winston Churchill! —grita la multitud poseída de súbito entusiasmo.

—¡Aún podemos salvarnos! —exclaman los ilusos, haciendo repicar su optimismo.

—Los ingleses vienen abatidos —expresan, con incertidumbre contagiosa, quienes llegan del campo de aterrizaje.

De pronto, el torbellino humano se desplaza hacia la Prefectura y se desborda, en inocente y confiado jubilo popular, cuando ve llegar a Churchill, acompañado de Lord Halifax, Lord Beavebrook y del general Spears. El Premier inglés contesta a los numerosos aplausos que se le tributan, con una sonrisa que desfrunce su clásico ceño; sus otros tres colaboradores se limitan a una imperceptible inclinación de cabeza.

El Presidente Reynaud los recibe en el vestíbulo con respetuosa cordialidad. Ahora Churchill se descubre para agradecer el saludo de las multitudes esperanzadas.

De una elocuente brevedad fué la Junta del Consejo Supremo de los Aliados. Duró diez minutos aproximadamente; tiempo de sobra para firmar la sentencia capital de Francia. Su violento desarrollo equivalía a una certera puntilla que ahorra el dolor a un agonizante.

He aquí los trazos más enérgicos de tan importante avatar histórico:

Los tres ministros ingleses penetran al salón del Consejo e inmediatamente comienza la deliberación. El primero en hablar es Reynaud. Con amistosa franqueza exhibe ante los representantes de la Gran Bretaña la deplorable situación en que se halla el ejército francés, víctima de la fulminante ofensiva alemana. Refiere los sobresalientes detalles de la tragedia, sin disimular sus orígenes, sin paliar sus inmediatas consecuencias. Se expresa con un velado tono de amargura, a medida que sus palabras se hunden en lodoso y sangrante recuerdo. Teme ser prolijo, y haciendo un desesperado esfuerzo, logra abreviar su narración conmovedora, preparando el terreno para una pregunta que intencionadamente retarda, barrantando en el frío rostro de Churchill la respuesta.

De pronto, a quemarropa, como quien asesta un hondazo en el punto mas vulnerable, dirigiéndose al Premier británico, le lanza esta categórica interrogación:

—“¿Cuáles serían las intenciones de Inglaterra, si Francia se viera obligada a firmar una paz separada?”

El tiro ha dado en el blanco. El “bulldog”, que entornaba los ojos y parecía no escuchar, sintiéndose repentinamente atacado, desajusta sus trabados colmillos, y detrás de una pausa que se antoja un titubeo, decididamente contesta:

—“Podéis estar seguros de que la Gran Bretaña no perderá el tiempo en vanas recriminaciones. No agobiaremos más a un socio desdichado. Y si quedamos victoriosos, nos comprometemos incondicionalmente a relevar a Francia de sus ruinas”.

El irrefrenable impulsivismo de Churchill despejó el horizonte en un momento. A continuación todo es fácil. Ya se conoce el terreno que se debe pisar.

Pero el Premier inglés, quien ha meditado el alcance de su promesa, y con el objeto de escuchar la opinión de Lord Halifax y de Lord Beavebrook, solicita que el Consejo se suspenda mientras platica con ellos. Seguramente piensa que ha ido demasiado lejos.

Reynaud aprovecha el corto entreacto y recibe a Jeanneney y Herriot, presidentes del Senado y de la Cámara, quienes, al oír la palabra “armisticio”, estallan indignados: —“No llego a comprender —reprocha Jeanneney— cómo el Gobierno francés haya podido sonar, un solo instante, con esta hipótesis”.

Una llamada telefónica evita que la censura continúe. Reynaud palidece; en su mano tiembla el auricular. El Prefecto de Policía le informa desde París: —“Los alemanes que se acercan a esta capital, por el Sudoeste, harán su entrada a ella seguramente mañana”.

La noticia se extiende por la sala. Los presidentes del Parlamento francés se retiran abrumados.

Afuera se empieza a oír:

—¡Hijos míos! ¡Pobres hijos míos! ¡Qué día de pena! ¡París! ¡París!

Es Herriot, que con los ojos bañados en lágrimas, trata de responder a los periodistas que lo han ceñido a su curiosidad.

Churchill, de acuerdo ya con sus ministros, se reúne con Reynaud, cuya cara es un “flash” de angustia.

Mandel, a quien la opinión pública señala como un vasallo de Inglaterra, interviene dirigiéndose a los interpelados:

—“¿Cuál sería la inmediata ayuda que podríamos obtener de ustedes, para?...”

Reynaud quiso concluir la frase del sardónico Mandel, para mejorar su contenido...

Pero Churchill lo detiene, respondiendo con brusquedad:

—“Estamos dispuestos a prestar a Francia el máximo de nuestra colaboración moral y material, compatible con nuestras realidades defensivas. Mas en caso de que soliciten ustedes el armisticio con Hitler, no seríamos nosotros un obstáculo que fuera a crearles dificultades ni a impedir lo que juzgan única solución posible... Por lo pronto, ofrecemos enviarles tres divisiones y setenta y dos cañones”.

Weygand pone de manifiesto la pequeñez de la ayuda que se promete, y sin poder encubrir una sonrisa irónica, con los ojos dice al general Georges que es inútil insistir.

El Premier inglés, que ha advertido el desagrado que produjo su oferta, añade:

—“Dentro de tres meses y medio, para octubre, estaríamos en condiciones de enviar veinticinco divisiones más”.

Reynaud comenta la inoportunidad de esa colaboración. Refiriéndose a lo inútil de ella, afirma:

—“Es tanto como si se hablara de lluvia a un viajero perdido en el desierto”.

La revancha a esa dolorosa sutileza se impone. Churchill se sitúa en términos ventajosos, cuando dice: “Inglaterra está imposibilitada para hacer mayores esfuerzos; pero tened confianza de que cualesquiera que sean las condiciones en que la guerra os coloque, terminada ésta pugnaremos por la restauración de Francia. Jamás olvidaremos nuestros deberes de amistad”.

Han pasado diez minutos. Churchill, Lord Halifax y Lord Beavbrook abandonan el salón del Consejo Supremo. Por deberes urgentes que atender en Inglaterra, se excusan con Paul Reynaud de no poder asistir al Consejo de Ministros que no tardará en reunirse en Cangey.

Un automóvil parte con los ministros ingleses, mientras el pueblo, que ignora el resultado de la junta, aplaude, como queriendo gritar a todos los rumbos: ¡Creemos que todavía puede salvarse Francia!

\* \* \*

Son las 17 horas, y no da principio todavía la segunda sesión del Consejo de Ministros. Se espera al Premier inglés desde hace dos horas. La paciencia tiene su límite, y éste está agotado. Pocos son los que abrigan esperanzas de recibir la visita de Churchill. Mientras tanto, se ha barajado, informalmente, el tema de ayer. Los que se inclinaban por la continuación de la pugna armada hasta llegar al sacrificio, dan señales de haber perdido gran parte de sus arrestos. Se ha tenido tiempo para reflexionar y poner en balanza de fiel equilibrado la confesión de Weygand y las íntimas convicciones de Reynaud. Además, las declaraciones de Churchill despejarían el camino hacia un objetivo inmediato. Cada minuto es la vuelta de un taladro que se hunde en la carne, con su cortante espiral. Pasada una hora, había posibilidades para la disculpa. La indulgencia es producto de la prudencia. Nadie pretende desviar el curso de una conversación obsesionante que se procura todos los ángulos de análisis y, con obcecada fatalidad, regresa a su punto de partida: Francia —la derrota— el armisticio— el agotamiento hasta el exterminio— Francia— resistir— replegarse a las colonias— el armisticio— Francia. Inevitablemente se retorna a la realidad, comprendiendo lo estéril del rodeo.

Todos se retuercen en sus asientos, como si estuvieran condenados a uno de esos suplicios que revelan la imaginación peligrosa de los asiáticos. El malestar hace crisis.

Ahora son ya las 17 h. 45. Por fin llega Reynaud; Mandel, con lealtad de sombra, viene detrás.

Chautemps va al encuentro del Premier y lo aborda:

—¿Churchill vendrá?

La respuesta la exigen los nervios encogidos.

—"No vendrá —contesta Reynaud.— Ha tenido que salir para Londres, con Lord Halifax y Lord Beavebrook".

—"¿Cómo? —exclama, en el paroxismo de la indignación, Chautemps—. Le estamos esperando desde hace más de una hora y él no se digna molestarse en venir, cuando Francia se debate en crisis contra un destino trágico. ¡Qué incompreensión ante los dramáticos acontecimientos! ¡Qué falta de deferencia frente a un país aliado y su Gobierno!"

Reynaud declara, queriendo atenuar la pésima impresión que ha causado en todos los asistentes al Consejo, lo que interpretan en verdad como una descortesía:

—"He dado a conocer a los ingleses nuestra decisión de no solicitar el armisticio, y de continuar la guerra. Este propósito se

desprende de los criterios expuestos por la mayoría de los ministros, en el transcurso de la última deliberación”.

Bouthillier, que siente falseada la realidad, sugiere que se estudie profundamente la exposición del general Weygand:

—“El problema del armisticio —dice— no ha sido discutido a fondo. El Consejo no ha tomado una determinación concreta. Solicito que cada cual dé a conocer hoy su opinión con toda claridad, y que se tome una decisión firme. En cuanto a mí, estimo que es imposible continuar la lucha, y es igualmente imposible que el Gobierno se marche. Marchándose, uno no puede llevar consigo a su país; no se lleva uno consigo sus cunas y sus tumbas. Yo estoy con el general Weygand y el Mariscal Pétain. ¡Yo me quedo!”

Estas palabras tienen la virtud de emocionar a todos los asistentes. Comprenden que son gruesas y plurales las raíces que los atan a su suelo. Están de cara a una tremenda disyuntiva.

Pero todavía se registran varias escaramuzas. Louis Marin; Río y Serol, desafiantes en su anhelo de combate, frente a Ibarnegaray, Pomaret y Pernot, que se encuentran en el plano inclinado del armisticio. No hay duda de que cada uno de ellos lleva a la zaga sus distintos escrúpulos de conciencia. Unos anteponen al concepto de patria el de hogar, paz, necesidad de orden. Defienden sus intereses personales. Otros lo supeditan todo al honor nacional, al veredicto de la Historia, al espíritu de Francia. Como debe suponerse, esas directrices se reducen a dos líneas divergentes. De un lado se habla en nombre de la experiencia, del miedo al caos, de la anarquía de la post-guerra, de la seguridad pública. En el opuesto, se esgrimen argumentos que se tildan de románticos y de irrealizables, pero que tienen un santo origen libertario, una fuente común de vergüenza heroica que desea salvar los auténticos valores del pueblo. La quinta columna es fiel a sus consignas. Y los auténticos franceses también saben obedecer las suyas.

La autoridad del Mariscal Pétain va en aumento. El armisticio ya tiene muy pocos opositores.

Se pregunta a Reynaud:

—“¿Habéis consultado con Churchill cuál sería la reacción de Inglaterra, si Francia se viera obligada a pedir el armisticio?”

El Premier repite la respuesta del Jefe del Gobierno inglés, dando ventaja a Weygand .

Queda aún el problema de la flota y de la aviación.

Se interroga: “¿Alemania exigiría que la marina francesa, intacta se le entregue y luche contra la “Home Fleet” inglesa? ¿Los

pocos aviones que nos quedan se verán obligados a tomar el aire para combatir a los aliados?”

Sobre este respecto se unifica el criterio: “Sería una infamia sin precedente hacer tal cosa”.

Reynaud no puede capitular. Un nuevo argumento se le presenta: “Propongo que se haga un último ensayo cerca del Presidente Roosevelt, para obtener que los Estados Unidos se declaren, en términos claros y categóricos, dispuestos moral y materialmente a tomar parte, con nosotros, en la lucha”.

Aunque no se tiene gran confianza en los resultados, se aprueba por unanimidad dicha iniciativa.

Weygand ha comprendido, desde un principio, que ganará la partida. La última palabra quedará en poder del Mariscal. Y, sin embargo, el Consejo todavía titubea. Se teme la reacción de la opinión pública cuando conozca la realidad: ¿se podría prever hasta dónde llegaría la respuesta de la muchedumbre traicionada?

\* \* \*

En esa misma noche, angosto sendero que acercaba a Francia a su calvario, Paul Reynaud, precedido por las vibrantes notas de la Marsellesa, se pone en contacto con su pueblo. Mientras tanto, las fuerzas alemanas ocupan, a esa misma hora, el puerto del Havre (Sena Inférieure), y se empeñan por romper las últimas líneas defensivas en el sector de París, hacia Senlis (Oise) y Betz y en dirección a Montmirail.

El Premier galo lanza al aire su mensaje:—“Continuaremos la guerra en nuestras posesiones americanas. He dirigido esta tarde un nuevo y postrer llamado al Presidente Roosevelt. Francia mantendrá su lucha hasta el final. Confiemos en que algún día llegará la hora bendita de su resurrección”.

Y la radio oficial, instalada en la torre Eiffel, haciéndose eco de las palabras de Reynaud, esparcía por el mundo este clamor:

—“París no es Francia. ¡Nuestra antorcha de libertad seguirá ardiendo aún cuando tengamos que alimentarla con nuestra propia carne! ¡Amarrémonos al suelo de nuestros mayores! ¡Viva Francia!”

La jornada del día se cerró con un dramático episodio que nos fué dado a conocer por la prensa, muy entrada ya la noche. Las estaciones de Munich y Berlín lo confirmaron con mayores detalles. Los sucesos se desarrollaron a las 19 horas: el general Von

Küchler, Comandante en Jefe de los ejércitos de Hitler, estando muy cerca de París, envió al Gobierno de la capital este radiograma: “Los parlamentarios alemanes se presentarán entre las 18 y 20 horas al norte de Saint-Denis, en la bifurcación de las rutas nacionales París-Dunkerque y París-Calais. Envíen sus delegados. Cuartel General Alemán”.

El Comandante Rittel Von Schramm, dos oficiales prusianos y un trompeta, comisionados para el efecto, asistieron a la cita puntualmente. El clarín nazi anunció: “Cese el fuego”, en el lugar señalado, mientras los parlamentarios teutones desplegaron al viento sus banderas blancas.

Patriotas soldados franceses, que no habían sido advertidos de esta misión de paz, quisieron castigar la audacia de quienes fueron tomados por “patrulla de reconocimiento”, y abrieron el fuego en contra de los nazis, los cuales rodaron por el suelo. La rabia de Von Küchler llegó a su paroxismo cuando se sintió impotente para ejercer represalias. París había sido declarada “ciudad abierta”, y ofrecía su capitulación.

\* \* \*

El general Weygand a las 23:48, recibió en su Cuartel General el último parte de la defensa de París. Una intensa amargura se apoderó de él, fundiéndole el corazón de plomo con su voraz soquete. Al terminar la lectura del luctuoso informe, sobre un pliego de papel que aguardaba sus órdenes, escribió dos palabras, puestas en cinta por el destino:

**“Retirada General”.**





VIERNES 14 DE JUNIO.— Estamos a un mes solamente de la gran fiesta nacional de Francia. ¡Cómo duele recordar el fervor heroico del populacho que tomó la Bastilla, en esta hora en que las campanas de la Libertad doblan a muerto con su són elegíaco y grave, anunciando la presencia de las huestes germanas en los aledaños de París! ¡Cómo hace daño pensar en la bizarría bélica de un pue-

blo, a quien hoy entregan los embaucadores y los pusilánimes, como se ofrece un cordero niño a una deidad proterva! El “Atila motorizado”, muy pronto levantará su campamento para pasear su arrogancia de viejo caníbal por las calles de la ciudad, entre el espanto de las gentes que amparan sus puertas con el amuleto del Domingo de Ramos.

Los diarios de la mañana publican los mensajes que, de los cinco rincones del mundo, ha recibido el señor Presidente Reynaud, respaldando su política de resistencia. Destacan preferentemente los de los primeros ministros de los Dominios, quienes lo commi-

nan a continuar la lucha; Canadá, Africa del Sur y Nueva Zelanda, hablan de que Francia es un bastión de libertad y que no debe transigir con los enemigos de toda civilización.

La British Broadcasting Corporation, informa que el Gobierno de Churchill, convencido cada vez más de la justicia que le asiste y seguro del acrecentamiento de su poderío militar, mantiene en forma inquebrantable su decisión de continuar la lucha hasta el final, confiado en que el Imperio Francés, fiel a sus gloriosas tradiciones y a su espíritu combativo, sabrá responder con honor a los compromisos que ha contraído como aliado.

El Comandante Supremo Weygand, entrevistado en su Cuartel de Briarc por la comisión militar del Senado, presidida por el antiguo ministro Charles Ribel, se limita a comentar: “A quienes hablan de interpretar la opinión anglo-americana, yo les digo: Para mí sólo existe Francia. A quienes vienen con bellos discursos patrióticos, les respondo: pienso que hay dos clases de valores: el de las palabras y el de los hechos. Debemos persuadirnos de que nuestros ejércitos han sido irremediabilmente vencidos”.

Quien así hablaba era el único que podría sacar a Francia de una grave crisis, según el testamento del Mariscal Foch. En consecuencia, todo estaba perdido.

El general Besson, al escuchar a su Jefe, no pudo contener un raudal de lágrimas, explicando su turbación por el hecho de que sus magníficas tropas se batían aún heroicamente y que era inhumano dejarlas exterminar sin la más remota esperanza de victoria.

El Comandante en Jefe de las operaciones del Nordeste, general Georges, que lleva en su pecho gloriosas cicatrices de heridas recibidas en el 14, y las huellas de la agresión de que fué víctima en Marsella, cuando acompañaba a Alejandro I de Yugoslavia, agregó dirigiéndose a los senadores allí presentes:— “Acaban ustedes de escuchar la opinión del general Besson. Yo conozco también la del general Huntzinger, por lo que no acierto a comprender la obstinación de quienes pugnan por la resistencia. El general Pretelat me ha telefoneado hace algunos minutos acusándome de inercia. Lo primero les demuestra a ustedes, con evidencia absoluta, que los tres comandantes de los grupos del ejército están totalmente de acuerdo con la idea del armisticio, sostenida por el general Weygand y por mí. Aunque sea muy amargo el decirlo, ésto no puede diferirse más”.

Los comisionados de la Alta Cámara regresaron al Hotel de Ville arrastrando su desolación .

Acosados por sus compañeros, quienes ansiosamente esperaban los informes de su gestión, declararon con voz apagada lo que habían escuchado de los altos jefes militares. Quedaron positivamente deshechos los representantes del pueblo. Su tribulación brotó como un río que se sale de cauce. Muchos de ellos no podían comprender la actitud entreguista de los caudillos; otros orientaban su desconsuelo por rutas de fatigosa meditación; algunos creían ver en todo aquello la bancarrota del honor guerrero de Francia, generatriz poderosa del desastre.

Sin embargo, una sencilla reflexión ponía en concordancia sus espíritus: “Siempre se ha observado que los gobernantes civiles, ante la imposibilidad de continuar una guerra, imponían a los generales la afrenta de rendirse. Esta vez eran los jefes militares quienes, reconociendo el sacrificio estéril de proseguir la lucha, obligaban a los ciudadanos a solicitar el armisticio”.

\* \* \*

Por pudor patriótico, el comunicado oficial informó después: “Ante la ausencia de un interés estratégico para defender nuestra capital, el repliegue de los ejércitos de París se ha llevado a cabo conforme a las prescripciones del mando. Nuestras tropas siguen combatiendo”.

\* \* \*

Almorzamos en l’Auberge de l’Alovette, situado sobre la carretera nacional. Al salir, vimos entre la muchedumbre en fuga a un grupo de más de cien religiosas portando el hábito de su orden, las cuales acababan de abandonar el convento en busca de paz en cualquier rincón del Sur. Habían dejado en el camino, víctimas de los bombardeos, a varias de sus hermanas, con las tocas bordadas en sangre, con el ábaco de su rosario entre los dedos inmóviles, con la cuenta de madera detenida como un coágulo; con los ojos extáticos apuntando hacia la altura. Las restantes marchaban frente a nosotros, en vísperas de quedar descalzas, con los hábitos mordidos por el sol y empobrecidos por el polvo, cargando su larga y pesada cruz en una procesión cruenta. El azoro, el miedo y la zozobra se apoderaban de las monjas jóvenes; detrás, como apoyadas en bordones de fuego, iban las ancianas, en actitud de opulentas gallinas que espían el cobarde vuelo del milano.

\* \* \*

El dueño del restaurante nos había contado ya lo que, para él, sólo era un dato curioso, y en verdad tenía aliento de soplo trágico de una novela rusa, argumento ideal para un Gorki o un Dos-  
toiewski: cuando el pánico azuzó a París y a las ciudades cercanas, dispersando a la multitud en una caudalosa torrentera; cuando el cañón prusiano rectificó su puntería tomando como blanco al “cerebro del mundo”; mezclados con enfermeras, médicos y guardi-  
anes, huyeron los locos de Orleáns. Veinte de ellos, los más en-  
fermos tal vez, iluminada su razón por el incendio de la guerra, tomados fuertemente de las manos, dando tumbos, cayéndose y levantándose, con los pies desnudos desgarrándose en la senda, después de deletrear el camino varias horas, triunfando su ins-  
tinto de conservación a latigazos de espanto, llegaron a Tours, e inmediatamente, se dirigieron a una casa de orates, a cuya puerta llamaron, con lacerante imploración: **Abran pronto; somos los locos furiosos de Orleáns.** En efecto, eran los dementes de Francia, que “conscientemente” pedían amparo y protección, sabiéndose en peligro; mientras los “alienados” de la victoria, los dementes pequeños dioses de la destrucción, los “insanos” teutones, cambiando las “camisas de fuerza” por sus uniformes de opereta, golpeaban las entradas de París gritando: **Abran, somos los únicos cuerdos que existen en la tierra.**

\* \* \*

Encontrándonos ya en el Chateau de la Carte, sufrimos un intenso bombardeo, que sin duda alguna estuvo enderezado contra el castillo de Cande, donde efectuó su matrimonio el duque de Windsor, residencia ahora convertida en Embajada Americana, siendo, en realidad, un polvorín de reservas militares—. Más de media hora duró la acometida de los nazis. Durante todo ese tiempo conversamos el doctor Negrín y yo, arrellanados en sendos sillones del despacho residencial. Por él supe, en tan delicados momentos, que el Gobierno de Daladier era el inmediato responsable del colapso sucedido por la falta de sinceridad en sus relaciones con la U.R.S.S., con la que Francia debió haberse mantenido siempre en términos de ponderada amistad, en gracia al conocimiento de que Rusia significaba el equilibrio militar de Europa. Para ilus-

trar su argumento, me refirió esta anécdota que dijo haber recogido de fuentes confidenciales del Kremlin:

—“El 28 de agosto de 1939, fecha en que Molotov suscribía el pacto de no-agresión con Alemania —figurando como representante de este país Ribbentrop—, los delegados franceses, que habían permanecido en Moscú más de dos meses buscando, fuera de tiempo, una alianza militar con el Gobierno de los Soviets, solicitaron audiencia del Comisario de Relaciones Exteriores de Rusia, sin duda para consultarle los motivos que le habían inducido a desairar, en forma tan visible, los propósitos del Estado francés. El astuto diplomático, afable como de costumbre, limitó su respuesta, invitándolos a que escucharan el toca-discos instalado en su oficina privada, para no agriar el momento con explicaciones enfadosas. Atentos los visitantes, recogieron del aparato la reproducción fiel de la conferencia celebrada en Munich, el año 38, en donde se decidió la suerte de Checoeslovaquia. En el desarrollo de las negociaciones, escucharon los delegados franceses, con marcado asombro, la voz de Daladier, que afirmaba con énfasis: “Estoy de acuerdo en considerar que Rusia significa un peligro común. Debemos aprovechar las circunstancias para aniquilarla cuanto antes. Así libraremos al mundo de la amenaza que representan sus hordas bolcheviques”. Molotov —siguió relatándole el doctor Negrín—, frotándose las manos de satisfacción, suspendió la audiencia, con estas elocuentes palabras:—“El señor Daladier, su ex-Primer Ministro, nos ha hecho el servicio de justificar, ante ustedes, la actitud de la U.R.S.S. Gracias a estos discos, que nos fueron proporcionados ayer por el canciller Ribbentrop, tuvimos la fortuna de conocer los “amables” conceptos con que tanto nos honra el antiguo Presidente del Gobierno de Francia. Excusen ustedes que, hasta ahora, no hayamos podido corresponder a tan singular gentileza”.

\* \* \*

El secretario de nuestra Legación, el profesor Lucio y el canciller Castro Valle, regresaban del centro de Tours, adonde fueron a cumplir una comisión, cuando los sorprendió el segundo bombardeo del día. Su automóvil, envuelto por las sombras, fué detenido intempestivamente por un piquete de granaderos galos, que a gritos les ordenó descender:

—“Tenemos pasaportes diplomáticos”.

—“¡No importa! ¡Párense frente al muro!”

—“Pero observen que somos extranjeros y...”

—“Después se harán las averiguaciones... ¡Por lo pronto, al muro!”

“¿Acaso van a ser fusilados?” —preguntó algún impertinente.

—“¡Oh, mon Dieu! Es para que se protejan de la metralla”.

\* \* \*

Por la noche, el Jefe del Protocolo nos informó, en el castillo de Chaissy, de que el señor Presidente Lebrun, los ministros del Gabinete y los funcionarios de los poderes Legislativo y Judicial, habían abandonado la ciudad de Tours, después de las 14 horas, para instalar el Gobierno en el puerto de Burdeos. Nos sugirió, al mismo tiempo, en nombre del Premier del Consejo, que procuraríamos salir cuanto antes de la ciudad, en vista de la proximidad de las Panzer-Divisionen.

\* \* \*

¡París había caído en poder de los alemanes! Lo supimos de labios del señor Lozé, quien se sirvió enterarnos de todos los pormenores del dramático suceso.

Imborrable crepúsculo militar de Francia. Como un sol degollado en la más alta cumbre del dolor nacional, cierra un ciclo de cultura, de dignidad y de creación humanas, para abrir otro, que apunta como una retorcida interrogación.

Son las primeras horas del 14 de junio de 1940. La madrugada, en el palenque del día, acaricia sus gallos de pelea; las sombras venden sus grises frazadas en las hoscas barracas del frío. El alba regresa de la ordeña con su gran cántaro de leche azul. El viento ha rasgado sus redes con su pesca de azogue y escamas de silencio, y la noche se despidió de nosotros, desde su viejo vagón lleno de herrumbre.

Estamos en Ecoen, pequeña aldea de Francia, bello mosaico de jardines, junto a los que duerme el campanero de Francis Jammes, con la blanca barba tejida de geranios. Los zapatones ferrados rompen las cuentas del rocío y estorban el blando sueño de las rosas, ¡pobres rosas de Francia, condenadas a extinguirse en el humeante florero de los cañones!

¿Quién trajo el bosque hasta las calles de Ecoeu? ¿Qué hacha gigantesca derribó el cónclave de árboles abuelos, y qué Hércules leñador cargó sobre sus espaldas tanto tronco herido y tanta rama convulsa?

Han sido los teutones, zapadores de la muerte, rubios sepultureros de la alegría campesina, gigantones egoístas que dan grano de plomo encendido a los ruseñores de Flandes.

Los carros del “grupo de reconocimiento” de la Prusla oriental, cierran las estrechas calles de Ecoeu. El **camouflage** es perfecto; sólo falta el festivo mandil del río para que el truco resulte completo.

Estamos en la más dulce casa de la “calle de París”. Su amplio portal tiene actitud de regazo materno. Los trinos del amanecer la hacen una tierna sonaja. Las flores aún viven bajo un oscuro invernadero de pena.

En una gran pieza del piso bajo, los plenipotenciarios alemanes esperan a los delegados del Gobernador Militar de París. Las tinieblas dan a la estancia apariencia de túnel forrado de humedad que muerde los huesos. Todavía no vence la luz. El sol no ha sacado del pajar su rastrillo de oro.

Por fin llegan los parlamentarios franceses. Son dos: un oficial del Estado Mayor y un teniente que le sirve de intérprete.

Los personajes históricos se alumbran con velones, cuya llama pone en la soledad del salón puñados de pequeñas estrellas que agonizan. En un ángulo de la estancia sonrío el teclado de un piano abierto. La noche quita sus murciélagos de todos los rincones.

No se dialoga. Frente a frente, en actitud de reto que parece desconcertante cortesía, tres germanos y dos galos, cinco hombres que no se conocen, que no se odian, que son movidos por fuerzas extrañas, se empeñan en romper un silencio de criptas absurdas.

Por fin ruedan al suelo las palabras del comandante alemán. Sus punzantes rebabas de acero insultan la carne. Las condiciones son precisas. El Mando Supremo del Ejército del Reich está dispuesto a no considerar a la capital como zona de combate. Los soldados franceses, inconformes, hacen surgir su protesta:

—“En efecto. ¿Qué debe entenderse por París?”

—“La ciudad y sus alrededores” —afirman los tres oficiales de Hitler.

“Únicamente la ciudad —responden los dos franceses—. Nuestros poderes se concretan exclusivamente a éso”.

El comandante alemán exagera su disgusto. Arroja a los pies de una mesa de cubierta de mármol su cigarrillo que acaba de encender. Su compañero golpea una silla, rítmicamente, con la punta de su bota izquierda. De pronto los tres se levantan: imposible continuar la conferencia en estas condiciones. A las 9 horas, los bombarderos alemanes tendrán que oscurecer el cielo de París, mientras comienza el ataque concentrado de los ejércitos nazis, protegidos por su artillería.

El oficial del Estado Mayor francés se muestra inflexible. Acostumbrado a tratar “lobos”, conoce la forma de colocar mejor la trampa. Habla con buscada lentitud, recalcando cada palabra con gesto de extemporánea ironía. Explica la jurisdicción del Gobierno Militar de París al cual representa. La misión que ha recibido le confiere facultades para tratar exclusivamente lo referente a la ciudad. “Hablar de sus alrededores sería extralimitarse en sus facultades. Sus interlocutores son soldados como él, y por lo mismo deberán comprenderlo. Ordenes son órdenes”.

El comandante del Reich medita, mordiéndose los labios. Sus ojos, desafiantes, se clavan en el adversario vencido a medias. Al fin acepta dirigirse al puesto telefónico más cercano para consultar a sus jefes.

Afirma: “Si no regreso dentro de una hora, las pláticas deberán considerarse como rotas”.

Son las 6.30; el ignorante cucú del reloj asoma seis veces con una rama de olivo en el pico...

El comandante teutón se retira a grandes trancos. Quedan solos los dos oficiales de Francia y los dos germanos. Un metro de penumbra los separa. Permanecen rumiando sus pensamientos. Oyen, amplificadas, los pasos del centinela que deja su respunte de estoperoles en la banquetta. Apenas cambian algunas palabras, cuya frialdad no puede ocultarse. El silencio duele al oído, como una descarga cerrada de fusilería. Los cuatro miran al reloj. Esta vez, el pájaro travieso aparece siete veces. Ya no tiene en el pico el pequeño ramo de olivo.

Los minutos baldados apoyan su marcha en sucia muleta.

De improviso se escucha en la calle el ruido de un carro que se enfrena .

Son las 7.30. Cinco minutos antes de la hora fijada retorna el comandante.

¡Las firmas se estampan en el convenio!

Fué el 14 de junio de 1940.

Un resorte, como un corazón que estalla, se ha disparado en el reloj. Las manecillas se detienen en el cuadrante de Francia. La “golondrina” de Oscar Wilde, ha muerto de frío, a los pies de la estatua del Príncipe Feliz.

\* \* \*

La prensa se encarga de concluir el relato:

“Cuando los parlamentarios franceses aparecen en la calle, los alemanes les rinden honores militares. El auto, con su bandera blanca, retorna a París”.

“Poco después de media hora, dos columnas de tanques ligeros del Reich entran en París, simultáneamente: una llega del Norte, por la puerta de la Chapelle; otra, del Oeste, a lo largo del Sena, por la puerta de Saint-Cloud. Pero las avanzadas importantes estaban ya en la capital. Un poco después del alba, el primer parisiense que recorrió la Plaza de la Concordia, desierta y bajo un cielo puro, vió detenerse en un rincón de los Campos Elíseos y de la Plaza, bajo los caballos de mar, a un automóvil descubierto, gris-acero, en el cual dos gigantes rubios, vestidos de verde pálido, sonrientes y burlones, engullían un enorme sandwich”.

Por cuarta vez, en 125 años, París, cruceo y eje del pensamiento mundial; París, manecilla de oro en la carátula de los siglos; París: Arco del Triunfo, Torre de Babel, Campos Elíseos, Bosque de Bolonia, Río Sena, Montmartre; París; cayó, en poder de sus seculares enemigos. Los caballos motorizados relinchan ya, frente al Palacio de Versalles. El fallido pintor austríaco, frente al Trianón, ensaya una nueva acuarela: “Dadme más rojo; más... mucho más; quiero que hablen todas las heridas. ¿No lo habéis oído? ¡Pintad con sangre, y aprenderéis que la sangre es espíritu! Qué ¿no estáis de acuerdo?... ¡Matad a esos que ríen, pero antes, registrad sus nombres!”

¡Señor, son los veinte locos furiosos que escaparon de Orleáns!

\* \* \*

Cuando llegamos al castillo de la Carte, muy cerca de la media noche, encontramos a los condes de Montfort sollozando en su alcoba. A sus pies, un decrépito mastín lamía su dolor. Habían escuchado, por la radio de Berna, la entrada de las fuerzas nazis en el corazón de su patria.

La noble anciana, apacible antes como antiguo terciopelo, pero ahora áspera como un sayal de penitencia, y conmovida como una tela de muaré, me dijo mientras ensartaba sus lágrimas en un hilillo de plata: “Sí; hoy justifico más que nunca la palpitante expresión de Chateaubriand, cuando presencié la invasión de los “aliados”, en 1814: “Yo los vi desfilar, estupefacto y anonadado, por los bulevares, como si me arrancaran mi nombre de francés, para substituirlo por el número con que, más tarde, habrían de conocerme en las minas de Siberia”.

Pero más pesadumbre que la experimentada por la venerable condesa de Montfort; más amargura que la del insigne Chateaubriand, debió sentir el doctor Thierry de Martel, quien se arrancó la vida en su laboratorio de París, aplicándose una inyección de cianuro de mercurio, impotente para soportar el ultraje de la derrota y antes que ver el resplandor de su cielo francés reflejarse en el charol insolente de las botas prusianas.

\* \* \*

A esa hora, en Italia, recordando sus perversos instintos de la niñez, Mussolini volvía, de nueva cuenta, a robar sus nidos a los pájaros...





ABADO 15 DE JUNIO.— Desde las cuatro de la mañana, hora en que se llevó a cabo el tercer bombardeo sobre Tours y sus aledaños, estábamos dispuestos a emprender nuestro viaje con destino a Burdeos; pero tuvimos que demorarlo, en atención a que el conde de Montfort, en cuyo castillo vivimos breves días, me suplicó esperáramos a la apertura de los bancos, para que, en su compañía, re-

tirara los valores que habría de entregar a mi custodia para serle devueltos cuando las condiciones de Francia ahuyentaran la posibilidad de perderlos.

Y no obstante las responsabilidades que había contraído de proteger, por todos los medios a mi alcance, al doctor Negrín y a las personas que le acompañaban, así como a los archivos y valores pertenecientes al Gobierno Republicano Español, los cuales eran transportados en dos enormes “trailers” conducidos por nuestros carros, acepté de buen grado la comisión que me demandaba el señor Montfort, queriendo corresponder así a las innúmeras aten-

ciones que nos había dispensado durante nuestra permanencia en su hidalga heredad.

A las 10 horas, más o menos, y después de recibir confidencialmente las joyas, acciones y dinero, que constituían el depósito puesto a mi cuidado, iniciamos la marcha, cubriendo un recorrido de 107 kilómetros hasta Poitiers (Vienne), gestionando en la Prefectura de esta ciudad los bonos de gasolina indispensables para continuar nuestro viaje.

Fué allí donde funcionarios amigos nos informaron de los acontecimientos del día: las tropas nazis, a las órdenes del general Dolman, habían logrado romper, cerca de Colmar, el obstáculo formidable de las fortificaciones del Alto Rhin, penetrando después en los Vosgos; la línea Maginot, considerada como invulnerable y en la que descansaba la confianza del pueblo galo, había sido perforada en el sur de Sarrebruck y más tarde delante de Mulhouse; las columnas francesas replegadas de París hacia el Sudoeste, no pudieron organizarse sobre el Loire, por la constante persecución de sus adversarios; Verdún, que fuera el símbolo de la resistencia patriótica en la guerra pasada, soportaba ahora la dura prueba del conquistador; y las Panzer-Divisionen, en su carrera vertiginosa, amenazaban las ciudades del Mediodía.

Si angustiosos eran los acontecimientos de carácter militar, no menos podrían considerarse los de orden político registrados en la nueva sede del Gobierno.

Un importante grupo de senadores interpelaba por escrito al Presidente Reynaud “sobre las razones por las cuales creía conveniente prolongar la lucha cuando la opinión unánime de los elementos militares postulaba la idea del armisticio”.

El Presidente Roosevelt aún no daba respuesta al apremiante llamado del Presidente del Consejo; la pugna existente entre los miembros del Gabinete había trascendido a la Cámara de Diputados, dividiéndola a su vez en dos facciones: “la Comuna de Burdeos”, que funcionaba ahora en la Alcaldía, en un despacho contiguo al del señor Marquet, manteniendo la consigna de “amarrarse al suelo de Francia” cualquiera que fuese su destino; y “el bloque de los africanistas”, que sesionaba en la Escuela Primaria “Anatole France”, empeñado en no rendir las banderas de la República, sin antes haberlas paseado por el Continente Negro, y hacerlas ondear en los históricos fuertes de Argelia, Orán y Marrakech.

\* \* \*

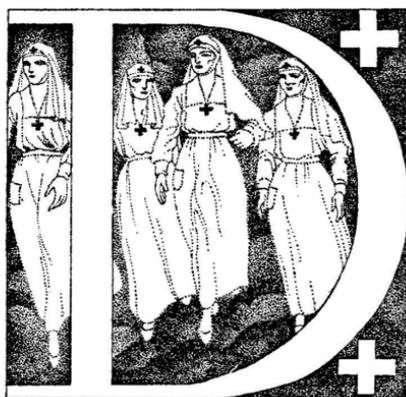
Cerca de las 20 horas llegamos a Angouleme (Charente), la ilustre cuna de Margueritte de Valois, a 216 kilómetros de Tours.

La ciudad parecía un sanatorio. Sobre los numerosos heridos nevaba el algodón, y en la cinta de los vendajes el dolor puntualizaba las cotizaciones de la guerra. A cada momento se reducía el precio de la sangre. El arsenal quirúrgico ponía sus fríos reflejos acerados en la carne martirizada; el acre olor de los desinfectantes tenía ascensiones de lamento y el solícito ajeteo de las enfermeras descubría una suave intención de plegaria. Los cirujanos de emergencia, embotados por tanta congoja, con automatismo de cortadoras de papel, amputaban miembros, cercenaban la flor morada de las heridas, tratando de imponer un límite al avance de la gangrena. Niños, ciegos por la metralla que echó a rodar por el suelo las ágatas de sus ojos; madres, desangrándose horribilmente, mientras el pezón erecto llamaba al hijo con hambre; mujeres, con el vientre como un nido deshecho; jóvenes soldados con sueños y esperanzas bajo la bóveda de sus cabezas trepanadas... La ciudad era una inmensa sala de operaciones.

Era inútil buscar alojamiento en los hoteles inundados de viandantes. Acudimos a un policía, quien después de identificarnos como diplomáticos, requisó para nuestro servicio dos habitaciones en la casa de la señora Moizan, Saint-Roch, 37. Apenas llevábamos media hora de profundo descanso, cuando el alarido estridente de las sirenas de alarma vino a sobresaltar de nuevo nuestros nervios. Oímos la descompuesta voz de la hostelera, quien en crisis de espanto nos gritó: “Estamos perdidos—; esta casa no tiene sótanos”.

—“Señora, por favor, no nos diga más —contestamos, en un coro de sonámbulos que viven su propia pesadilla, deshechos por la fatiga—, ¡qué nos importan las bombas y los refugios!; lo único que deseamos es dormir. Sin defensa posible, sólo el destino tiene la palabra.”





DOMINGO 16 DE JUNIO.—

Este domingo resuena como armadura golpeada por melódica lanza. El día da sus primeros pasos, como un ángel al que todavía no le nacen alas; pero que ya tiene en orden sus rizos de luz cayendo sobre la limpia frente. Las esquilas de los templos lanzan al aire su canción de júbilo, anunciando la fiesta de Metodio, el Patriarca de Constantinopla. Y a ese llamado

tempranero, las gentes se congregan, tejiendo coronas de amor para la patria mancillada, a la que sienten latir en su propias venas o en la obscura bohardilla del corazón lacerado.

Del gigantesco hospital entran y salen bandadas de palomas misericordiosas. Son las enfermeras, impolutas figuras de yeso, que reparten migas de arrullos, más que de pie, volando entre las camas de fiebre, para posarse en las manos abiertas de los heridos que imploran. Son las enfermeras anónimas, junto al dolor anónimo de los soldados desconocidos; son los únicos rostros de piedad

que ven los ojos que se cierran; que acarician los dedos amputados; que contemplan esos sangrientos saldos de miseria física.

En los jardines también punzan las espinas. El sol cura a las flores con su algodón de lumbre. ¡Por piedad, la gasa del viento, para las rosas recién operadas!

\* \* \*

Por dificultades de tránsito, empleamos siete horas en recorrer 116 kilómetros, de Burdeos (Gironde), hasta Angouleme. Aquella ciudad, la cuarta de Francia en importancia, cuenta normalmente con 262,000 habitantes, mas ahora había aumentado su población con tres millones de replegados. Sus lujosos quartiers de Chapeau, Chartorns y l'Intendance, daban la impresión de bullentes hormigueros. En las terrazas del Hotel du Faisan, esperamos al coronel Alamillo, quien fué a la Prefectura a recabar informes respecto a nuestros alojamientos. Abriéndose paso entre la multitud, y salvando las vallas de soldados, al identificarse como nuestro Attaché Militar, pudo llegar al edificio en donde por fortuna encontró al general Georges, de quien había sido discípulo en la Academia de Estudios Militares.

—“En estos momentos nos preparamos a asistir al último acto de la tragedia —le dijo—; el Consejo de Ministros ha sido convocado para solicitar el armisticio”.

Tan pronto como recibimos la noticia, fuimos al Palacio del Gobierno, en donde tuvimos la oportunidad de seguir muy de cerca el desarrollo final de uno de los más singulares dramas de la Europa contemporánea.

\* \* \*

El Presidente de los Estados Unidos de América había contestado ya al señor Reynaud, quien reunió a los Ministros del Consejo para comunicarles la trascendental respuesta. Pero antes de comenzar el debate, precisamente a las 15.25 horas, el Mariscal de Francia, Pétain, intensamente pálido, se puso de pie para dar lectura a un pliego que temblaba en su diestra: era la dimisión de su cargo. Para fundarla, expresó que la inevitable solución del armisticio había venido siendo retardada sin ningún provecho; que él no quería asociarse a esta demora, cuyas consecuencias pagaría muy caras la patria. Agregó, al final, que estaba plenamente

convencido de que el resurgimiento del país sólo podría alcanzarse con el propio esfuerzo de Francia y siempre que el Gobierno permaneciera en su territorio, participando de los sufrimientos comunes. El anciano caudillo habló con la misma calma que ha podido mantener desde el principio de la tragedia.

El Presidente Reynaud, después de escucharlo, informó, con voz ahogada, del mensaje de Wáshington: “Los Estados Unidos están dispuestos a conceder a Francia toda la ayuda material que sea precisa, pero no pueden intervenir en la conflagración, porque es facultad exclusiva de las Cámaras proclamar el estado de guerra”.

Concluída la lectura del importante documento, el Premier del Consejo abre una pausa. El infortunio no se cansa de azotar al pueblo galo: “Tengo que informarles también respecto a otro grave asunto. El señor Embajador británico, Sir Ronald H. Campbell, me ha comunicado esta mañana que el Gabinete inglés no aprobó la promesa que nos fuera hecha por Mr. Churchill, en el Consejo Supremo de Tours”.

Estas dos noticias anonadaron a los concurrentes. Se sentían en medio de un fatal círculo que a cada instante se estrechaba más. Un garfio de asfixia se hundía en todas las gargantas. Pero al mismo tiempo, en el ánimo de casi todos, el remedio propuesto por el octogenario Mariscal, iba ganando confianza. Era para ellos la única forma de poder salir de un callejón de enrarecida atmósfera.

Paul Baudouin, en el paroxismo de la desesperación, secamente, interrumpe con atropellado acento:

—“Parece mentira que Londres trate de rectificar ahora el compromiso solemne que Mr. Churchill contrajo con nosotros apenas el jueves, y que le obliga a no atormentar más nuestra desgracia y ayudarnos al resurgimiento de Francia”.

Reynaud replicó, con frialdad nunca vista en él: “Los tres ministros ingleses se comprometieron por sí, pero no en nombre de su Gobierno. ¡Tenemos que conformarnos!”

(No es que tratara de justificarlos; simplemente, hacía constar el hecho).

Sin embargo, el Presidente del Consejo no se bate en retirada. Conoce el valor de los minutos supremos. No quiere abandonar el señuelo de una postrer esperanza:

—“Me propongo celebrar una última entrevista con el Premier británico. Por éso le ruego al señor Mariscal, con el mayor encarecimiento, que reserve, hasta entonces, su renuncia”.

Pétain acepta, a condición de que no se vuelva a hablar de un nuevo plazo que, incuestionablemente —afirma él— redundaría en perjuicio de los destinos de Francia.

En medio de un conmovedor silencio concluye el debate de hoy. Los Ministros salen del Consejo, vacilantes, atormentados. No hay uno solo que ofrezca un resquicio de claridad; dolientes, abatidos, cabizbajos, desarman a una multitud que, erguida, esperaba vientos mejores.

Fué un remolino que, abriendo su espiral con chasquido de látigo, aproximó al abismo al pueblo francés, dejando en la superficie del día el negro cedazo por donde se colaban los elementos esenciales de una potente nacionalidad, hacia una larga noche de integral ostracismo.

\* \* \*

Una hora más tarde, en el café du Nouveau Louvre, tuvimos conocimiento, por conducto del senador Signoret, de que el Presidente Reynaud, su “grande y leal amigo”, después del agitado Consejo, había conferenciado con Mr. Churchill, quien deseoso de mantener su arraigo a toda costa, entre las muchedumbres galas, lo había autorizado para proponer al Gobierno francés que proclamara la constitución de una liga franco-británica, con nacionalidad común, por medio de la cual los ciudadanos de ambos países disfrutarían de iguales derechos; se integraría un Gobierno mixto y los danos ocasionados por la guerra vendrían a repararse por mitad entre los respectivos erarios”.

\* \* \*

El Consejo volvió a reunirse a las 17.30 horas para estudiar esta nueva y singular proposición. La mayor parte de los ministros consideró que tal fórmula no respondía eficazmente a los problemas inmediatos y que, además, significaba un serio peligro: el de que Francia fuera absorbida por el Imperio Británico, y los franceses quedaran convertidos en súbditos de John Bull. Georges Mandel, por vez primera, solicitó hacer uso de la palabra:

—“Considero inútiles todas estas discusiones —afirmó con inoportuno desparpajo—; no parece sino que en el seno del Consejo existen dos grupos: los ministros partidarios de la guerra y los ministros partidarios de la paz”.

Chautemps, furioso hasta la comicidad, con los puños en ristre, mojando con espumosa rabia cada palabra, replica, clavando la vista en quien se dió el lujo de ironizar en esos instantes:

—“Señor Mandel: yo no permito a usted insinuar la posibilidad de que aquí haya valientes y cobardes. No hay sino hombres sinceros que viven intensamente la tragedia de su pueblo. En Blois, mi ciudad natal, acaba de ser asesinado el diputado de Loir-et-Cher, con más de doscientas personas, por los aviones de nuestros enemigos. Los franceses hemos sido atrapados, como conejos, en todas partes. Millones de nuestros compatriotas sufren bombardeos inimaginables en las carreteras de nuestro país. Se trata de una matanza sin nombre, sin ejemplo, sin utilidad”.

Muchos de los Ministros aprueban. Mandel, el sardónico, el maquiavélico, se limita a contestar con una significativa mueca de indiferencia y rencoroso desprecio. (Quien habló de una “matanza sin utilidad”, una vez más exhibió sus aficiones al comercio).

El Presidente Reynaud transforma su vehemencia en arrebatos de ira. No puede resistir más. Teme llegar al descontrol. Erguido frente a la gran mesa, ante el asombro de algunos y la satisfacción de otros, produce esta solemne declaración, con el ademán de quien deja el estoque mellado en la impotente panoplia:

—“Estoy convencido de que sólo una minoría del Consejo respalda mi actitud. Creo que no soy el hombre indicado para seguir interviniendo en Londres, a fin de que releve a nuestra patria de sus compromisos. Menos, mucho menos todavía, puedo sentirme capaz de solicitar el armisticio que ustedes reclaman. Sólo por esas circunstancias, les pido que acepten mi renuncia. La presento con el carácter de irrevocable”.

El señor Presidente Lebrun y algunos de sus Ministros protestaron, levantándose de sus asientos. Pero la mayoría permaneció sentada. Fué entonces cuando Ibarnegaray, rompiendo el silencio que se había formado, exclamó, notoriamente complacido:

—“Señor Mariscal, estamos a sus órdenes” —lo dijo, recorriendo con su mirada a los once ministros que antes pugnaban por el armisticio—.

Eyrac y Queville, del bando opuesto, inclinaron también la cabeza en señal de asentimiento.

Pétain escalaba la Jefatura del Gobierno, a los ochenta y cuatro años, cargados de experiencia; pero también de prejuicios, con la aprobación del Presidente Lebrun, resignado al imperativo de sus colaboradores.

\* \* \*

Involuntariamente recuerdo, por sutil asociación de ideas, la narración pintoresca que, hace cinco días, me hiciera un glorioso mutilado francés, asegurándome su absoluta veracidad. Lo cierto es que goza de la más franca popularidad, pues a quienes interrogué sobre ella me dijeron que no hay aldea, pueblo, villa o ciudad de Francia, en donde no se esgrima con un sentido sugerente y demasiado simbólico.

Así, pues, debo afirmar: “Como me la contaron la contaré”:

En una feroz región de Africa, el jefe de una valiente tribu de guerreros, famosos por sus hazañas, cuyo número podía calcularse por la cantidad de cráneos humanos que, mondados, eran amuletos en millares de cabañas; el negro amo de vidas y haciendas que había vencido a todos sus rivales, no consiguió derrotar al más terco y paciente de ellos: el tiempo. Envejecido, con los músculos flojos y la garra cansada, inútilmente exhibía sus trofeos antiguos, ante la desconfianza de su gente, temerosa de no tener ya como adalid sino a un pobre guñapo humano. Mas no queriendo ofender al decrepito campeón —ayer vencedor de leones y terribles reyes de otras comarcas—, ansiosos, con resignación a medias, aguardaban la hora de su muerte, sin reclamar antes, de él, el pintado fémur gigantesco con que imponía su soberana voluntad en la tribu.

De este modo pasaban los años y el anciano caudillo no moría. Se aferraba a la vida, como la ostra a los cantiles del mar. Daba tristeza ver su figura de momia asomarse a la jaula real, donde dormían sus sueños de ébano dos panteras enormes.

Pero un día el pueblo encontró la solución. Fué un hechicero quien la urdió, escarbando el húmedo recinto de la tierra.

Una compacta multitud de salvajes, haciendo sonar sus bélicos y monótonos tamborcillos, con las lanzas fieramente enarboladas, se dirigió a la morada de su jefe, quien a esta hora entretenía sus ocios limpiando las plumas desteñidas de su escudo. Se le hizo saber el consejo del sacerdote caníbal, genio del bien para la tribu.

Inmediatamente, satisfecho de la sabiduría del augur, dió su asentimiento. Aceptaba medir sus fuerzas con los más jóvenes guerreros, cediendo su poder al que pudiera vencerlo en la primera acometida.

Ya muy entrada la noche, cuando la luna era un tamborcillo de guerra más, tirado en los arenales azules del cielo, se improvisó una gran fogata, en derredor de la cual se dió cita toda la tribu.

El viejo jefe, a pesar del reumatismo que había oxidado sus músculos, trepó hasta el penacho de un cocotero, con rapidez digna de un mono. Y en lo alto, dejó caer su risa como si fuera un coco. Una vez más, había demostrado su agilidad, ante el asombro de mil negros que limpiaban sus dientes con la ceniza de la noche.

—“¡Uiiij-uiij-uiij!” —gritaron, queriéndole decir: “Todavía puedes salir victorioso”.

De pronto, un fornido mozalbete se desprendió del círculo humano que rodeaba la hoguera, y en un segundo, ya tenía el tronco del cocotero entre sus recias manazas.

Volvió los ojos a su gente, la que después de consultar al hechicero fantasma, aprobó su osadía y su temeridad.

Un solo tirón a la palma bastó para hacer descender estrepitosamente al arruinado jefe, cuya dolorosa caída fué tan celebrada como el triunfo del nuevo amo de la tribu.

El negro joven, por lógica inflexible, había substituido, en una comarca donde se rinde culto a la fuerza física, al negro desgajado por el tiempo.

Aquí termina la narración.

En Francia aconteció lo contrario. El achacoso caudillo tuvo fuerzas para derribar, de una sacudida, al maduro político en la plenitud de su vida. El hechicero, en esta ocasión, no interrogó a la tierra; le bastó con hurgar un poco en la sangre coagulada. Sobre el arrojado triunfó la prudencia.

¿Hasta dónde logrará ir la **prudencia** de Francia?

\* \* \*

La muchedumbre, agrupada frente al Palacio de Burdeos, vió salir, con respeto, al primer Magistrado de Francia, quien al ser interpelado por el corresponsal de la agencia Havas, pronunció estas históricas palabras:

—“¿Me da usted un día más amargo que éste, en el que nuestros jefes militares se niegan a batirse?”

Los ministros dimitentes, uno por uno, cabalgando su derrota, se perdieron entre la muchedumbre. Sólo Paul Reynaud permaneció todavía cerca de media hora en el Salón de Acuerdos, conferenciando con el Mariscal Pétain. Este diálogo no pertenece aún al dominio de la Historia.

Apenas se dibujó en el pórtico la figura del antiguo Presidente del Consejo, la multitud, intuitiva, hizo estallar un aplauso unánime. El, con gesto resignado y bondadoso, se limitó a estrechar las manos de los más próximos. Del pequeño grupo que formábamos, tuvieron la oportunidad de hacerlo, el coronel Alamillo y el mayor Ruiz.

Y cuando Reynaud abordó su carro, millares de personas, movidas por un santo fervor patriótico, entonaron espontáneamente la Marsellesa, que más que clarinada de combate, semejó el canto de los bateleros del Volga, arrastrando sus pesadas barcasas de dolor y de miseria.

Minutos más tarde, alguien dijo haber escuchado estas últimas palabras, de quien, fiel al honor de Francia, se negó a firmar el armisticio: “El Mariscal constituye ahora su ministerio. Yo me vuelvo a mi casa, con la conciencia tranquila. Para gemir, da lo mismo cualquier sitio. Voy a Barcelonnette, allá, en los Bajos Alpes”.

\* \* \*

A las 23.15 horas, las extras de los diarios pregonaban la caída de Reynaud, informando al pueblo de los funcionarios que habían sido designados para integrar el nuevo Gobierno:

Mariscal Pétain, Presidente del Consejo.

Camille Chautemps, Senador, Ministro de Estado, Vice-Presidente.

General Weygand, encargado de la Defensa Nacional.

General Colson, Ministro de la Guerra.

General Pujo, Ministro de Aviación.

General Darlan, Ministro de Marina.

Fremicourt, Primer Presidente de la Corte de Casación, Ministro de Justicia.

Pomaret, Diputado, Ministro del Interior.

Baudouin, Ministro de Negocios Extranjeros.

Boutnillier, Ministro de Finanzas y Comercio.

Riviere, Diputado, Ministro de Colonias.

Rivaud, Profesor de la Sorbonne, Ministro de Educación Nacional.

Frossard, Diputado, Ministro de Trabajos Públicos y Transmisiones.  
 Chichéry, Diputado, Ministro de Agricultura y de Abastecimientos.  
 Fevrier, Diputado, Ministro del Trabajo.

Ibarnegaray, Ministro de Antiguos Combatientes y de la familia francesa.

\* \* \*

Diez horas transcurrieron, presenciando nosotros el desarrollo de los acontecimientos que consignamos. El mayor tiempo se pasó en la Prefectura, y el resto en las afueras del Palacio.

Poseedores de valiosos datos históricos, regresamos a nuestro refugio, instalado en una casa particular de una población cercana. Era la finca de la encantadora viuda de Auvergne, situada a 15 kilómetros de Burdeos, en la ciudad de los viñedos, a la que Saint-Emilion le había hecho el regalo de su nombre. Tres mujeres solas la habitaban en tiempos de paz, como testimonio de generaciones subsecuentes. La abuela nos bendijo al llegar, sintiéndonos peregrinos; la hija nos tendió los brazos, al reconocernos amigos de su patria; y la nieta nos sonrió, con el candor de su inocencia, al presentirnos cordiales.

La verdad es que las tres nos dispensaron tan singular acogida, que de las cuatro personas que se habían obligado a recibir en el seno de su hogar, se extendieron hasta veinte, explicando que lo hacían “porque servir a Francia era servirse a sí mismas”.

Después de una reconfortante cena, teniendo un bello marco de natural cortesía, sintonizamos la radio en busca de las más recientes novedades. La estación de Moscú vino a revelarnos un secreto: el Mariscal Pétain, apenas investido de su alto cargo, había conferenciado telefónicamente con el Generalísimo Franco, quien se hallaba en Madrid, y más tarde con el Embajador nazi Eberhard von Stohrer, representante personal de Hitler.

¿Qué trataron en esas, de seguro, trascendentales pláticas?

El mismo Presidente del Consejo, recién nombrado, lo expresó en tono casi lastimero, cuando se dirigió por vez primera a la opinión de su patria, con este significativo mensaje, radiodifundido a las 24 horas:

“Franceses: llamado por el Señor Presidente de la República, asumo desde hoy la dirección del Gobierno de Francia, seguro de la afeción de nuestro admirable ejército que lucha con un heroísmo digno de sus largas tradiciones militares, contra un enemigo

superior en número y en armas; seguro de que, por su magnífica resistencia, ha cumplido sus deberes para con nuestros aliados; seguro del apoyo de los antiguos combatientes que he tenido el orgullo de mandar, y seguro también de la confianza del pueblo entero, hago a Francia el donativo de mi persona, si ello sirve para atenuar su desgracia. En estas horas dolorosas, pienso en los infelices refugiados que, con extrema miseria, están surcando nuestras carreteras. Les expreso mi compasión y mi solicitud. A todos les digo hoy, y al hacerlo se me quiebra el corazón, que es preciso intentar que el combate se suspenda. Me he dirigido esta noche al adversario, para preguntarle si está dispuesto a buscar con nosotros, entre soldados, después de la lucha y en el campo del honor, los medios para poner término a las hostilidades. ¡Que todos los franceses se agrupen en torno al Gobierno que presido, durante estas pruebas; que hagan callar su angustia, y no escuchen más que a su fe en los destinos de la patria!”

Cuando terminó de hablar, sentimos el vacío en que cayó ese himno a la conformidad y a la mansedumbre.

—“Lamento que sea el Mariscal el autor de esa consigna” —comenté, sinceramente, mortificado en el espíritu—.

—“Es un apóstata” —afirmó la anciana, conteniendo el latido de sus nevadas sienes—.

—“Le creo, porque tiene los años de mi padre” —agregó la hija, a punto de sollozar—.

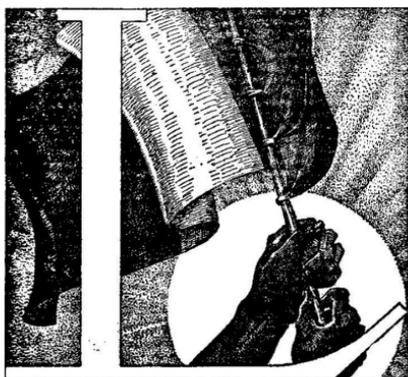
—“¡Qué dulce cansancio tiene su voz!” —expresó la nietecita...

Y resumiendo el dolor de Francia, me dije, rectificando a la pequeña: “¡Qué amargo cansancio tiene esa voz de hombre envejecido, que empieza tarde la siembra!”

Como una llama que se apaga, cada quien tomó su porción de silencio.

Y otra vez oímos la canción de los nuevos bateleros del Volga francés: “Allons enfants de la Patrie...”, mientras nuestra imaginación veía una caravana de hambrientos y fatigados pescadores, arrastrando las pesadas barcazas repletas del trigo de los vencidos, con el que harían su pan los vencedores...

“¡Sí; qué amargo cansancio el de ese coro, y qué espeso el barro en que se hunden sus pies!”



UNES 17 DE JUNIO.—El primer acto de Baudouin, como Jefe de la Cancillería francesa, consistió en invitar, después del discurso del Mariscal Pétain, para conferenciar con ellos en su despacho provisional, instalado en el Hotel Royal Gascogne, a los Excelentísimos Señores: Valerio Valeri, Arzobispo de Ephese y Nuncio Apostólico en París; José Félix de Lequerica y

Urquicia, Embajador de España; Ronald H. Campbell, Embajador de la Gran Bretaña y Hugh Biddle, Encargado de Negocios de los Estados Unidos de América, en ausencia del señor Embajador William C. Bullit.

El primero en acudir es el señor Lequerica y Urquicia, quien a guisa de saludo le dijo al señor Baudouin: “Estoy asombrado de lo que pasa. Nunca creí que ustedes tomaran esta decisión”.

El nuevo Canciller, desentendiéndose del reproche, le entrega una nota manuscrita, por medio de la cual le rogaba al Gobierno Español que sirviera de intermediario cerca de Hitler, a efecto de obtener las condiciones necesarias para formular un armisticio.

“Inmediatamente transmitiré sus deseos al Generalísimo — contestó el diplomático hispano—. Voy a telefonar al señor Marroquín y Pérez Aloe, Agregado Especial que se encuentra en San Juan de Luz, para que se comunique desde Irún, por hilo especial directo, con Madrid. En la madrugada daré mi respuesta”.

Diez minutos después llegó el señor Campbell.

—“Os ruego que no consideréis este asunto bajo el mero aspecto jurídico —le explicó, titubeando, Baudouin—. Miradlo con el sentimiento de un amigo que ve a otro amigo cruelmente herido. Además, podéis estar convencido de que, suceda lo que suceda, Francia no entregará su flota”.

El Embajador británico lo miró fríamente. Mordió sus labios con disgusto, y arrojando una bocanada de humo hizo una pausa para aderezar mejor la respuesta. En seguida, expresó despectivamente: “Está bien. De cualquier suerte debo hacer constar, sin calificarlo por supuesto, que la actitud de vuestro Gobierno me parece en extremo ruin”.

Un tanto despreocupado, y fingiendo ignorar la gravedad del instante, se presentó al fin el señor Biddle, cuando el alba apuntaba.

Una vez informado de las gestiones que se estaban haciendo para obtener el armisticio, comentó con hiriente candor:

—“El pueblo americano celebrará con mucha satisfacción que la paz haya podido realizarse en Francia”.

—“Bien está —interrumpió Baudouin, captando el sentido oculto de esas palabras—. ¿Pero usted cree que el Presidente Roosevelt...?”

—“Vive tan ajeno a estas cosas —completó el astuto diplomático entre mohino y burlón—, que no me atrevería a importunarle con vuestras decisiones”.

—“Creíamos que le interesaría conocer nuestros designios”.

—“Como a todos los espectadores del mundo. Para quien sigue una línea recta, sólo despierta afición distinguir a los que la quiebran”.

—“¿Entonces juzgáis a Francia?”

—“Como no os juzgamos a vosotros. Ella es muy respetable”.

Así concluyó este torneo diplomático. Cada nuevo visitante volvía a desarmar al Canciller galo. Los golpes no iban a la cabeza, sino al pecho de un Gobierno entreguista, y todos daban en él.

Monseñor Valerio Valeri no acudió a la cita. El Vaticano le había advertido oportunamente que su intervención le sería molesta

a Mussolini. El dictador de Italia, no se atrevía a confiar en la dulzura apostólica de Pío XII, quien disfrazaba los impulsos democráticos de Pacelli, el diplomático más inteligente y más agresivo de la Iglesia Católica, y uno de los más altos exponentes de su generación.

\* \* \*

A las 10 horas se reunió en los salones de la Prefectura de esta ciudad el primer Consejo de Ministros del Gobierno nacido ayer. Baudouin informa con el resultado de sus entrevistas diplomáticas, y anuncia que la Cancillería de Madrid ya está interviniendo cerca de las de Berlín y Roma para conocer las condiciones en que pueda concertarse el armisticio requerido por Francia.

Coincidiendo con esa inicial sesión del Gabinete presidido por Pétain, la agencia oficial alemana D. N. B., comunicó que el Canciller Hitler había salido a entrevistarse con Mussolini “en cualquier lugar de Europa”, a fin de examinar juntos la actitud de Alemania e Italia respecto a Francia vencida. Las estaciones de Roma confirmaron la noticia, relatando, a la manera fascista, el viaje del Duce “hacia un sitio desconocido”.

\* \* \*

En la Comuna de Burdeos se afirma, con marcada complacencia, que el Mariscal de Francia les ofreció importantes Ministerios a los diputados Laval y Marquet, quienes declinaron la invitación para mantener “independiente” su criterio, en contra de la política de Londres.

\* \* \*

Al mediodía, el tartufo Mandel se dispone a almorzar en los salones del Chapon Fin, acompañado de dos oficiales amigos y una actriz de la Comedia Francesa. Transpira despecho por todos los poros. Medita su venganza política, con un alarde de crítica acerba. Se da tiempo, mientras come y bebe, para censurar a todos; de su lengua nadie se libra; su baba empaña hasta a sus propios amigos. Parece una salamandra que vive en el fuego sin quemarse; su compañera de mesa escucha, con rubor, los estudiados parla-

mentos de Mandel, mientras en sus manos de escalpelo las sortijas encienden sus estrellas.

Apenas han transcurrido quince minutos, desde que se instaló en su mesa el Ministro ya sin cartera, cuando un teniente de la guardia móvil, seguido de algunos soldados, lo interrumpe con estas palabras: “Tengo el penoso deber de arrestarlo”.

El hecho causa el consabido escándalo. Los comentarios invaden pronto todos los centros de Burdeos. Horas más tarde, Mandel abandona la prisión, advertido severamente de que no debe comentar, en ningún tono, los acuerdos del Gobierno.

\* \* \*

En las provincias de Francia surge un nuevo problema: las autoridades civiles en pugna con las militares. Mientras aquéllas declaran ciudades abiertas a las poblaciones que administran, éstas se oponen a retirar las tropas que las guarnecen. El adversario encuentra, en esta confusión de mando, la oportunidad de repetir sendos bombardeos en Tours, Nantes, Rennes y Saint—Joan.

En otros lugares sucede lo contrario: los estados mayores ordenan silenciar los fuegos, en tanto funcionarios municipales organizan a los civiles para reemplazar en las trincheras a los batallones que se retiran. En Tours, por ejemplo, después de que el ejército ha evacuado la plaza, el pueblo la defiende, alentado desde las barricadas por el propio Arzobispo de la región.

Entretanto las tropas alemanas continúan su avance, dominando intentos de resistencia. Se aproximan como en una parada militar, mostrando su potencia mecanizada. Orleáns, Basançon, Metz, Dijon, Belfort y Le Creuzot se agregan en este día a la interminable lista de ciudades ocupadas.

\* \* \*

Inglaterra, imperturbable, firme en su capacidad productora, segura en su heroica decisión de vencer, atenta a la realidad que observa, sin hacer caso de vanos espejismos, contempla el devenir de los acontecimientos. Su única preocupación, con respecto a la actitud de Francia, consiste en que el Gobierno de Pétain puede, de un día para otro, entregar la flota y la aviación a sus seculares enemigos.

Churchill, sin anteojos contra el sol, unifica a su pueblo ante el peligro. Sabe que el porvenir viene cargado de tempestades y alista su embarcación con botes salvavidas. Trabaja, lucha y espera. Detrás de él, millones de soldados acarician las culatas de sus rifles, pendientes del gatillo.

Pétain, el fénix militar de la Francia oprimida, pretende remover los escombros y la ceniza, a golpes de ala recortada. Sabe que el porvenir viene cargado de tempestades y por salvar un ancla vieja pierde sus mejores navíos. No se lía a puñetazos con el mar, lo deja que venga a robarle los ríos entre sus brazos exterminadores. Trabaja, espera; pero no lucha. Detrás de él millones de soldados entierran sus armas. ¡Desean paz para las cunas de sus hijos! Paz, orden, seguridad, ¿pero a qué precio?

Churchill-Pétain: dos símbolos. Un pueblo que vive para poder morir con gloria; un pueblo que ha muerto, para poder vivir sin honor.

¡Pero tenemos fe en que otro brazo levantará las banderas de Francia!





ARTES 18 DE JUNIO.— La ciudad es un inmenso tonel de vino a punto de ser vaciado. El vino de Francia saldrá a chorros del gigantesco vientre de maderas con historia, haciendo de cada herida la boca de un surtidor. Durará esta hemorragia tanto tiempo como tarde el festín de Baltasar, minutos antes de que asomen, pintadas por el dedo de Dios, las palabras finiqui-

tadoras. Pero mientras llega el anuncio de la suprema liquidación, vino francés correrá por venas teutonas y asomará a los ojos de los bárbaros, como detrás de una copa empañada. El corazón de Francia, grueso racimo de uvas rojas, fué cortado de la mejor cepa del mundo; lo arrancó una mano enguantada de odio; lo mordió una boca con piorrea de injurias; refrescó una garganta reseca por el miedo cainita, e hizo repicar las campanas del incendio; en las viejas catedrales de las sombras.

¡Que se cuiden los invasores!; ¡cada gota de vino robado dejará su señal! ¡Felices los hombres que puedan deletrear en las

entrañas del asesino las huellas del lagar hurtado; que recojan la revancha de la libertad, bajo aquella cirrosis del crimen!

¡Burdeos! He visto tus viñedos con una rara sed cabalgando en mis labios; he contemplado cómo un ejército de orugas invade las bíblicas hojas y macula de baba los pámpanos de oro, que laten como sienes cargadas de fiebre; he visto gotear la dulce sangre de tu tierra, en el trigal humano de tus campesinos, antes de que la hoz de la muerte haya doblado la mejor de las espigas. Burdeos: deseamos que algún día para ti, para Francia, para el mundo sacrificado, se repitan las bodas de Canaan y que el Señor de la Justicia ponga sus manos taumaturgas sobre la sed común y la transforme en vino, y el vino quede convertido en sangre. Sería como si volvieran a ligarse las arterias de la tierra con las del hombre, en una reparadora trasfusión de jugos esenciales, vencedora sobre el ocre de todas las anemias.

Mas ahora son días de luto para las vides. El sol ha dejado ciegas a todas sus cigarras.

Los racimos se cuelgan como senos atormentados; cada uva duele como un pezón de parturienta joven; el vino se agazapa en los cántaros, tratando de ocultarse del peligro que imagina; y miles y miles de sombras triangulares se estremecen al presentir el paso de las botas prusianas.

Ahora mismo, que estamos almorzando bajo un toldo de parras, vemos el azoro del vino en nuestras copas de mosto dorado, ¡como si quisiera confiarle al cristal sus íntimos temores! ¡Es en vano que ocultes las llaves de tus bodegas temblorosas, ventero Saint-Emilion! El nazi dará con ellas, y se hartará de tu vino hasta caer al pie de tus barricas, como el sacrílego fulminado rueda por las gradas del altar. Y sin saber el secreto de poder embriagarse, los bastardos novios de Alemania pretenderán lavar con vino sus gruesas culpas. ¡Pero ni todo el jugo fermentado de la tierra que hace soñar, crear y amar a los hombres libres; ni todo el vino que Jesús pudiera sacar de todos nuestros mares, bastarían para hacer olvidar a Hitler uno solo de sus crímenes! Caín no pierde su sombra ni en la noche; va detrás de él como un perro hambriento; de día, el asesino se adelanta a su sombra; mas luego, la sombra se adelanta a Caín.

Hermano pan: ¿qué harás con la deshonra del vino francés? ¿Qué sentirá tu inocente alma de miga, cuando dedos impuros la tengan a su alcance? ¿Qué dirá el molinero y el molino, cuando vean los viñedos con los senos amputados? ¿Qué dirá el fabricante

de pan, cuando en vez de vino le hagan beber limonada con sangre?, y ¿qué cantará el fuego en el lecho nupcial del horno, si la masa de harina solamente tiene levadura de lágrimas?

Burdeos: es imposible no sufrir ante la futura sed de Francia, insatisfecha y en aumento. ¡Ah, si pudiéramos, desde hoy abriríamos las húmedas cárceles del vino hasta inundar las campiñas; se lo quitaríamos al enemigo de la libertad, devolviendo a la tierra el sudor; igual que devolver al aire los penachos de humo de la gasolina incendiada!

Gargantas acostumbradas al caramelo quemado de la cerveza y a la pesada blancura de la espuma; paladares tapizados de grasa, no sabrán entender la caricia vital de mieles impalpables, de milagrosos filtros que la naturaleza ha preparado, para las convalecencias del alma y los honestos regocijos del corazón.

Beberán, hora tras hora, hasta llenarse como cubas; pero nunca serán alambiques donde el vino se transforma en poema, vitral o evangelio. Serán como tarros grotescos de arcilla reventada por el calor del vino. Beberán como lo hacen los ladrones, de prisa, ansiosos, en frías cuevas de zozobra, y de sus labios sólo escaparán maldiciones.

Vamos hacia el centro de la ciudad y, en una alegre casa asomada al camino, contemplamos la dolorosa inconsciencia con que un aldeano rebana su pan y su queso, junto a una ventruda vasija de vino. Su mujer y sus hijos, silenciosos, sonríen al sol que todavía les sigue regalando manteles de luz, para la humilde mesa de pino.

De pronto, todos se iluminan, sabiéndose en contacto con la tierra: comen y apuran, hasta alzar los ojos al cielo.

Pero no saben, tal vez, que está cercano el día en que sólo se nutrirán con las migajas que hoy dispersan sobre el mantel del sol, y que el enemigo no dejará en el tonel familiar ni un solo trago de vino.

Una carreta cargada de gavillas nos sale al paso. El carretero canta a cada pausa de humo de su pipa. Canta con potente voz, impostada en el alma. Dice cosas del campo que huelen a heno y a tierra mojada. Es un orador virgiliano que, desde la tribuna de su pescante, prende en sus barbas azulosas los nidos de sus palabras.

De pronto, se enfunda en el silencio. Apaga la pipa, toma el látigo y castiga a la bestia.

Diez aviones del Reich, con su sombra, pretenden “bachear” el camino. Dejan caer sus fúnebres aguinaldos.

El carretero aprieta su torta de pan contra el pecho y siente como si la angustia exprimiera la esponja de vino que lleva dentro desde hace medio siglo.

Por fin llegamos a la ciudad. La altura da la impresión de una troje quemada.

\* \* \*

A las 11 horas el Consejo se reúne por segunda vez. El Canciller Baudouin informa que el Gobierno belga, instalado en Poitiers, le ha comunicado su decisión de continuar la lucha, al lado del Imperio Británico, para cuyo efecto deja el territorio francés, y se traslada a las Islas inglesas, con los contingentes militares de que dispone.

Por su parte, el señor Paderewsky, Presidente de la República de Polonia, le ha notificado también, desde la sede de su Gobierno establecido provisionalmente en la ciudad de Arles (Bouches-du-Rhone), que merced a la doctrina democrática que sustenta su régimen, y en atención a que su patria continúa sojuzgada por el invasor, había resuelto mantener el estado de guerra en contra de los países agresores, relevando a Francia de cualquier obligación que pudiera corresponderle, en virtud de los tratados de asistencia mutua, celebrados entre los dos países.

Los ejércitos de Polonia, al igual que las fuerzas belgas existentes en tierras de Francia, recibieron órdenes de trasladarse a las Islas Británicas, utilizando su escuadra y algunas unidades de la Marina Real Inglesa.

Muchos funcionarios y militares, tanto belgas como polacos, devolvieron al Gobierno del Mariscal Pétain las condecoraciones que Francia les había otorgado en la guerra pasada, como testimonio de su valor y homenaje a su lealtad. Era como quitarse la cicatriz de una herida cerrada en falso, y devolver las huellas de un cautín que creyeron glorioso. Mantener sobre su pecho esos galardones de guerra, era para ellos tan infamante como aceptar sobre el corazón la cruz quebrada de la swástika, y el reflejo metálico de las alas imperiales de la Roma de hoy.

Además, dicha actitud no podía ser más digna ni más caballerosa. Los laureados de ayer cobraban el derecho a batirse contra aquellos de quienes habían recibido honrosas condecoraciones. El posible nuevo campo de batalla sólo admitía, para los defenso-

res de la democracia, los blasones de hoy, conquistados por otros imperativos.

El Consejo recogió la lectura de esos acuerdos, sin atreverse a comentarlos. Era indispensable no entorpecer el armisticio. Oponerse a su ejecución constituía un riesgo inminente.

\* \* \*

El señor Biddle, Encargado de Negocios de los Estados Unidos, llegó precipitadamente al palacio de la Prefectura, acompañado por el señor Ronald H. Campbell, Embajador de la Gran Bretaña.

—“Deseo hablar inmediatamente con el Ministro Baudouin”.

—“Perdone Su Excelencia; pero me es imposible interrumpirlo en el Consejo” —expresó uno de sus secretarios.

—“La gravedad del asunto lo reclama. Soy portador de un mensaje urgente que el señor Presidente Roosevelt dirige al nuevo Gobierno”.

Momentos después se abrían los cortinajes para dar paso al Canciller de Francia.

Los tres diplomáticos departieron en uno de los balcones de la antesala. El señor Baudouin regresó al Consejo. A los diez minutos apareció de nuevo frente a sus interlocutores para invitar al señor Biddle a que lo acompañara al salón donde se deliberaba.

Más de una hora permaneció el representante americano discutiendo con los dirigentes de Francia; tiempo que empleó el Embajador Campbell en medir la alfombra con sus pasos, abstraído por completo de cuanto le rodeaba. Por fin, el emisario de Washington sale del Consejo. Se adelanta a recibirlo el vocero de Churchill. En voz muy baja cambian frases que nadie escucha; pero los ojos, iluminados y sonrientes, denuncian su cabal complacencia.

¿Qué encomienda podrían haber desempeñado, capaz de interrumpir las arduas tareas de un grupo de hombres que se consagraba a forjar el destino de Francia en los momentos más graves de su vida política? Tendríamos que indagarlo. Renato Zivy, el diligente traductor de nuestras oficinas, era estimado como un leal camarada, por los secretarios de la Misión Norteamericana. Además, éstos no guardaban secreto para los funcionarios mexicanos, por el convencimiento que tenían de la afinidad de nuestros ideales democráticos.

—“Vaya usted luego a la Embajada de los Estados Unidos de Norteamérica —le dije—, y suplíqueles, en mi nombre, si encuen-

tran oportuno hacernos el servicio de proporcionarnos alguna noticia que interese a nuestro Gobierno”.

Encontrándome todavía en la Prefectura, recibí de mi enviado esta conmovedora respuesta:

—”El señor Biddle lo saluda atentamente —me expresó Zivy— y me indicó que puede usted informar a México que, suceda lo que suceda, Francia no entregará su flota al enemigo”.

La causa de la libertad se anotaba un auténtico round sobre el ring de la política internacional, cuyas cuerdas, en la patria de Clemenceau, parecían ahora restirarse a todas las trampas imaginables.

\* \* \*

Mientras tanto, ocultándose en la sombra y huyendo quizás de atracos premeditados, tres varones insignes seguían **conspirando** por la soberanía de su patria.

¡Qué extraño es decirlo! Pero me estoy refiriendo a quienes el sufragio del pueblo había investido de plenos poderes constitucionales. Los tres corifeos de la legalidad en Francia, quemados en todas las luchas, perteneciendo a la misma generación de Pétain, se sentían con arrestos para “sacudir el cocotero” de su país, validos de la fuerza que les daba su reciedumbre moral.

Los tres eran presidentes: Lebrun, el último de la República; Herriot, el de la Cámara de Diputados, y Jeanneney, el de la Representación Senatorial. Sus voces monocordes conjugaban el verbo resistir: sobre el último mampuesto de la metrópoli; por encima de las aguas broncas del Mediterráneo; más allá de las ondas que bañan las costas africanas; perdidos en la inmensidad del Atlántico; defendiendo la integridad de sus islas; refugiados, por fin, en el macizo americano; pero dueños siempre de su bandera de rebeldía, dispuestos a clavarla en surcos de libertad, imponiendo el mensaje tricolor de su divisa: una parcela de cielo por encima de todo; el azul, color del infinito y del ideal, el sitio adonde se dan cita todas las caravanas que buscan una auténtica estrella; el azul que significa la superación humana en su inacabable proceso de perfección; el blanco, nieve alpina de la serenidad, ósculo de olas en el recinto del mar, culminación del bien y de la belleza, en la majestad del picacho; albura de algodón y venda para que resalte el jugo de las heridas heroicas; el blanco, danza y vuelo; infancia y sabiduría; puerto de salida y puerto de lle-

gada; vagido inicial y sollozo postrero; frente de niño y sienes de viejo; estambre de mantillas y lino de sudario; y el rojo, oblación de la sangre; color de los grandes amores que nunca terminan; antesala de la eternidad; aguafuerte contra los cobardes; síntesis de los sacrificios fecundos; histórico abono que multiplica el parto de las flores; tinta con la que se puede escribir la palabra libertad; lacre con el que se aseguran los más trascendentales testamentos; el rojo que es calor, llama y lumbre; cresta, parto y arteria libertad; el rojo que asegura el alba de la paloma, que educa a los niños en la filosofía del esfuerzo, que prepara la voluntad del arado, que es símbolo de la vida y la muerte; el rojo que galopa, que nunca se detiene, que destruye y levanta; que afirma y niega; el rojo eterno, brillante, como espesa laca esmaltando las dos jácaras del mundo; contra la sed de poder, la capacidad del sacrificio. Azul, blanco y rojo: Francia sin fronteras, ecuador trigarante, ciñendo como faja la cintura de la tierra.

\* \* \*

Lebrun, Hérriot y Jeanneney, los tres visionarios de Francia, manifiestan su temor: “La proximidad de las tropas alemanas impide al Gobierno disfrutar de la libertad necesaria para discutir las condiciones del armisticio. Es indispensable que nos reunamos para deliberar en el Africa del Norte, evitando, de este modo, cualquier presión que pudiera constreñirnos a firmar un tratado que después nos abochornaría”.

Esta tesis tuvo su más violenta repercusión entre los parlamentarios que se habían reunido en la Escuela Primaria rue Anatole France, quienes, alentados por su líder M. Barthe, cuestor de la Cámara de Diputados, actuaban sin descanso en robustecer su grupo con la idea de convertirlo en mayoritario, para ofrecer así un legítimo respaldo a los altos funcionarios que, movidos por un sentimiento de responsabilidad histórica, buscaban la salvación del decoro nacional más allá de los mares.

Por su parte, la “Comuna de Burdeos”, llamada así por la ausencia de los presidentes en sus asambleas, y contando como directores a Pierre Laval y Adrián Marquet, se esforzaba en conquistar, entre los legisladores, el mayor número de adeptos para que secundaran al Mariscal Pétain en la política que se había impuesto de “no abandonar la Metrópoli por ningún motivo, a fin de com-

partir junto a las muchedumbres postergadas, el amargo sabor de su derrota”.

¡Sólo esa pugna cruenta faltaba a Francia para coronar su desamparo! Sentíamos escalofríos en nuestras almas, al presenciar, sin quererlo, la disputa airada, en todos los hogares que frecuentábamos; pugna agotante, de pasiones de diversa contextura, capaz de producir el total embotamiento que Alemania deseaba para asestar con mayor ventaja el golpe definitivo sobre su víctima.

Tan difícil situación hubiera culminado en hechos oprobiosos, si la fuerza de las circunstancias no obligara a reunirse, en un momento crucial para la vida de Francia, a quienes se hallaban en víspera de despeñarla en la más horrible de las contiendas intestinas.

Fué en el Grand Hotel de la Montre, situado en la rue Montesquieu número 4, donde conferenciaron, por fin, a la hora del almuerzo, los señores Albert Lebrun, Presidente de la República; Philippe Pétain, Mariscal de Francia; Camille Chautemps, Vice-Presidente del Consejo, y M. Alibert, Subsecretario de Estado.

Las primeras palabras que cruzaron sólo anunciaban tormenta. Pronunciadas con rudeza, presagiaban la ruptura inevitable:

—“Mi decisión está tomada, y no permito que se discuta —dijo, casi con altanería, el Jefe del Poder Ejecutivo—. Mañana saldré con destino a Argelia, en donde reclamo la presencia de usted, señor Mariscal”.

El viejo soldado, sin inmutarse, contestó, con palabra violenta:

—“Siento no poder cumplir su deseo; pero mi resolución también es irrevocable. Yo me quedo en Francia, cualquiera que sea su porvenir”.

—“¿Ha meditado bien sus palabras?”

—“Ochenta y cuatro años que tengo de vida, señor Presidente, y todos al servicio de mi patria”.

—“¡No comprendo su tozudez!”

—“Y tan fácil que me es explicarla: cuando uno es soldado y veterano en las luchas, como yo, se resiste a abandonar, de pronto, cual si fuera de huída, el recuerdo bendito de las campañas que defendió; los surcos abonados por el sacrificio de los ejércitos, ahora convertidos en fantasmas; los aires donde flotaron en triunfo nuestras banderas; las tumbas en que reposan millones de hombres que a nuestro lado escribieron páginas de gloria; los cuarteles en donde aprendimos a deletrear el alfabeto de la muerte; los templos que nos sirvieron de divino consuelo; las mieses doradas que nos ofrecieron su pan; los amables odres que refrescaron nuestras

fiebres; las mujeres, resplandeciendo de estoicismo; los niños, con la fragilidad de cristal de sus sonrisas. Todo éso es, para mí, señor Presidente, mi riqueza espiritual; mi patrimonio de sangre; mi concepto integral de patria”.

“Y ante el dilema que se me plantea de salir al Africa, en donde podría cobrar nuevas ambiciones para la vida nacional, o permanecer en Francia, con el único incentivo de sus reminiscencias, yo prefiero, una y mil veces, quedarme aquí, aunque sea para morir; pero atado siempre a mis afectos, y besando en el alma mis recuerdos”.

Los ojos del anciano Mariscal se humedecieron. El Presidente Lebrun, ocultando su tortura, desperdigaba migas sobre el mantel, mientras pulía, con su vista, el gris acero de la tarde.

Prolongaron todavía algunos minutos su conferencia; pero ya en el plano de la más auténtica cordialidad. Momentos después de separarse el señor Barthe, circulaba entre los componentes de su bloque la siguiente información:

“El señor Presidente Lebrun se embarcará mañana con destino a Argelia. El Mariscal Pétain, de acuerdo con el Jefe de la Nación, permanecerá en la Metrópoli; pero ha otorgado al señor Chauvemps, Vice-Presidente del Consejo, las facultades necesarias para que el Gobierno funcione constitucionalmente en nuestros dominios africanos. El paquebot “Massilia”, que se encuentra en los muelles de Verdun, transportará a Marruecos a los funcionarios que manifiesten deseos de incorporarse a la comitiva oficial. No incurren en responsabilidades quienes prefieran continuar en el territorio de Francia”.

\* \* \*

Se tiene conocimiento de que, en la ciudad de Munich, el Canciller Hitler se reúne con el Duce Mussolini, a fin de estudiar las condiciones que habrán de imponer para otorgar el armisticio solicitado.

Imaginando su crudeza, el Gobierno de Francia se dispone a preparar a la opinión pública para que soporte, con valor, la prueba de su destino. Paul Baudouin, Ministro de los Negocios Extranjeros, inaugurará tan delicada empresa, deseoso de justificar la actitud del Mariscal, solicitando el armisticio. La transmisora de la ciudad llevó a todos los confines su palabra: “Agotadas por la lucha y la fatiga nuestras tropas, no pudieron ser relevadas;

afrontando la batalla con su tradicional bravura, no encontraron la oportunidad de reemplazar ni los carros, ni los cañones, ni los aviones que el enemigo destruía”.

“Cuarenta millones de franceses se encontraron finalmente, durante la batalla de Francia, casi solos ante los ochenta millones de alemanes, a quienes vino a agregarse la amenaza de los ejércitos italianos”.

“Indudablemente, en el mundo entero, donde el nombre de Francia y de la civilización que encarna, despierta eco en los corazones, se levantaron innumerables simpatías. Indudablemente, nosotros hemos recibido la ayuda de nuestros aliados, de la Gran Bretaña, cuya flota, unida a la nuestra, no ha perdido nunca el dominio de los mares; cuyas tropas y magnífica aviación participaron en nuestros combates en Polonia, en Noruega, en Holanda y en Bélgica; pero, insuficientemente preparados para soportar la terrible prueba de la guerra moderna, que no se improvisa y para la cual nuestros enemigos no habían descansado en acrecentar su potencia, nuestros aliados y nuestros amigos no han podido proporcionarnos oportunamente el concurso necesario a las avanzadas que constituían el ejército francés. He aquí por qué, el Gobierno presidido por el Mariscal Pétain, ha tenido que solicitar del enemigo que diga cuáles puedan ser sus condiciones de paz”.

\* \* \*

Para el Alto Mando teutón no tiene importancia ni la conferencia que se celebra en Munich, ni la postura de “brazos caídos”, que ha adoptado, en Burdeos, el Gobierno de Francia .

Sus ejércitos prosiguen en marchas triunfales su avance hacia el sur, sometiendo a las poblaciones que encuentran a su paso. Toca caer en este día a las de Cherbourg y Nancy, mientras la comarca de Nantes soporta con resignación el más furioso bombardeo de que se guarda memoria.

En el frente italiano se procede con la misma táctica: las fuerzas alpinas no cesan de luchar contra los grupos de esquiadores franceses. Los chillones cuervos de Mussolini ensucian con su negro betún el regazo de la nieve, tratando de prender en su inmundo pico, la flor eterna de las cumbres.

Ni las tabletas de chocolate suizo libran de la fatiga a los soldados de Roma, discóbolos de museo y apolos de galería de arte. Gritan, para combatir, como en el último acto de la ópera que, por

los colorines, resulta bufa. Olvidan, locos ruiñeños ciegos, que los tenores de la vida son rosales transidos de espinas. ¡Cómo se quiebran las bayonetas contra las grandes coníferas!; ¡cómo gimen los perros de San Bernardo detrás de los trineos del Duce!

El que tenga mayor calor derretirá la nieve. Estos refrigeradores dejan de funcionar con la presencia de hombres libres. Pero cuando llegan los esclavos y las marionetas de Italia, prenden los leños de su frío.

Y esos soldados desnudos ¿por qué no se congelan?; ¿por qué sus orejas jamás serán caracoles gangrenados por el cierzo?; ¿por qué se visten camisolas de nieve?; ¿por qué fuman la enorme pipa de los ventisqueros?; ¿por qué desprecian la piel de los osos sintiendo las mordeduras del frío?

¿Por qué?... ¡Aprendedlo de memoria!: porque esos combatientes llevan un sol en las entrañas; porque aman la libertad como la flecha de Guillermo Tell ensartando la manzana de la leyenda; porque desde pequeños, aprendieron a temer al perpetuo invierno de las cobardías; porque luchan por una causa noble; porque son pastores que cuidan los ganados sin pedirles su lana. Mas el lobo siempre tendrá frío, y aunque su aullido quiera decir lo contrario, sabed que siempre ambula con los carbones encendidos de sus ojos, buscando sangre caliente para no aterirse.

¡Ah, lobos fascistas! A pesar de vuestra astucia y de vuestros dientes, jamás volveréis a engañar a la niña de capa encarnada; jamás podréis disfrazaros con el gorro de dormir de la abuela. Vuestro aliento os denuncia; vuestras largas y puntiagudas orejas os traicionan. Inútilmente ensayaréis lavar vuestras camisas negras en los ríos pausados. Las manos de la nieve se hicieron para el dolor de la Caperucita.

Luna redonda y grande de los Alpes; charola de plata, con pasteles de cuento; recordad siempre que Mussolini ha enseñado a los niños de Italia a vestirse de lobos y a forrar el corazón de negro, a pesar de la enseñanza de la nieve.

¡Camisas negras: habéis tomado del abisinio el color de su esclavitud; pero no la claridad eterna de sus ojos!

\* \* \*

Los efectivos italianos penetran hasta la aldea de Mont-Genève y en el Queyras ocupan La Colette-Gilly, el Ecklalp y el vetusto

caserío de Roux. Sus cañones continúan martillando los fortines instalados en el Monte Grosso hasta el Cap Martin.

\* \* \*

Y frente a nuestra residencia de Saint-Emilion vimos desfilas, muy cerca de la media noche, a una división completa de soldados de Bélgica. Conforme a las instrucciones recibidas de su Estado Mayor, se replegaban del frente para embarcarse con destino a la Gran Berteña. Entonces conocí a las vivanderas de su ejército.





IERCOLES 19 DE JUNIO.—  
A las 7 horas, el Embajador  
Lequerica y Erquicia se pre-  
sentó en el Hotel de la Mon-  
tre, para comunicarle al Mi-  
nistro Baudouin el resultado  
de las gestiones que le fueran  
encomendadas:

—“El Reich —informó—  
expresa su consentimiento  
para que el Gobierno de Fran-  
cia acredite plenipotenciarios  
que puedan enterarse de las

condiciones que ha dictado, para la suspensión de las hostilidades. Por lo que hace al armisticio solicitado al Gobierno italiano, el Mariscal Pétain debe contar con la mediación del Generalísimo Franco y no con la de otra persona”.

La insolencia del Führrer y de sus comparsas de Roma se pronunciaba al extremo de negarse a cruzar palabras con el intermediario escogido por Francia, Monseñor Valerio Valeri, decano del cuerpo diplomático acreditado en París quien, en nombre de Cristo, se manifestaba dispuesto a servir de conducto cerca del Duce, para que no se derramara más sangre entre pueblos tradicionalmente amigos.

Tan señalada ofensa a la Iglesia Católica, antes que al Gobierno de Burdeos, no contrarió al impassible Canciller de Francia. Su respuesta fué sobria:

—“Le ruego a usted, señor Embajador, se sirva gestionar con el Jefe del Estado Español su valiosa intervención ante el Imperio Italiano, a efecto de que cesen las hostilidades. Dentro de tres horas tendré el honor de informarle los nombres de nuestros delegados para el armisticio alemán”.

\* \* \*

Por tercera vez la Comandancia Militar de Burdeos, puesta a disposición del señor Presidente de la República en la calle Vital Carles, servía de escenario al Consejo de Ministros del Mariscal Pétain. En esta ocasión el único punto por resolver consistía en la designación de plenipotenciarios para el armisticio, asunto tanto más escabroso cuanto que había que elegir a quienes, mereciendo mayor respeto, pudieran cumplir con decoro la más penosa de las misiones.

El general Hutzinger fué señalado como jefe de la delegación. Reunía en su persona todas las características indispensables.

Comandante en jefe de la línea Maginot, sus tropas se conservaban intactas, sin haber paladeado nunca la amargura de la derrota. Prudente, sabio y de extraordinaria intrepidez, disfrutaba de la admiración de sus adversarios y de la confianza y el cariño del ejército francés.

Era el hombre indicado para no sentirse abatido frente a Hitler.

Como miembros de la misión, fueron escogidos, por cualidades semejantes, los señores: Embajador León Noel; Contralmirante Leluc; general Parizot; y general Bergeret, este último perteneciente a las fuerzas de aviación.

Al notificárselo al representante diplomático hispano, el Ministro de Negocios Extranjeros le formuló este nuevo ruego: “Obtenga usted, por favor, del Gobierno del Reich, que detenga la marcha de sus tropas en dirección a Burdeos. La amenaza de su invasión haría afrentoso el momento en que tuviéramos que decidir respecto a la suerte de nuestra desdichada patria”.

\* \* \*

Dos nuevos emisarios de Churchill aterrizan en el aeródromo de Burdeos: Mr. Alexander y Lord Lloyd, Ministro Británico de las Colonias, quienes vienen a perfeccionar el convenio celebrado verbalmente por el Estado Francés con el Encargado de Negocios de los Estados Unidos de América, a propósito de la flota.

Inmediatamente son recibidos por el Mariscal Pétain, quien les confirma la irrevocable determinación adoptada por el Consejo, consistente en no entregar al Reich, por ninguna circunstancia, la flota de guerra, ni la marina mercante francesa.

La explicación más lógica que recogí en círculos de diplomáticos, con relación a este hecho, en verdad asombroso, demuestra que el Gobierno de Burdeos, al proceder así, lo hizo, más que por un sentido de solidaridad democrática que había perdido ocasión de manifestar, por una extraordinaria conveniencia que sólo podía asegurar con la estrecha colaboración de Washington y Londres. Es el caso que el antiguo Presidente Reynaud, movido por la urgencia de salvar el tesoro de Francia, dispuso en las postrimerías del mes de mayo que todo el oro existente en los sótanos de París fuera transportado, para su depósito, a los bancos de Ottawa y Wall Street.

Las órdenes se ejecutaron puntualmente por lo que, al llegar a la Jefatura del Gobierno el Mariscal Pétain, se encontró con que el convoy amarillo que había partido hacia la América, aún no llegaba a su destino, circunstancia que estimó favorable para pretender que regresara a sus bases navales, lo cual hubiera acontecido con relativa facilidad, a no ser que el Almirantazgo británico, parando mientes en los riesgos de tan codiciada fortuna y dando pruebas de su tradicional cortesía, no hubiera dispuesto que una portentosa escolta de acorazados y destroyers, buques porta-aviones y sub-marinos, se diera a la noble tarea de acompañar a los transportes de la riqueza de Francia, para librarla contra posibles atentados piratas.

El Gobierno de Burdeos, después de consultar al señor Buddle, representante diplomático norteamericano, hubo de resignarse a refugiar sus fondos, calculados en la suma de dos mil millones de francos oro, en la pacífica isla de la Martinica, donde quedarían, con visible contrariedad de Hitler, al cuidado inmediato del Almirante Robert, Comandante Militar de las Antillas y, sin duda, la figura más destacada y brillante de la marina francesa, quien, conforme a las prácticas de la doctrina Monroe, recibiría en aras de sus atribuciones, la solicitud amistosa y constante de la escuadra blanca.

\* \* \*

“Nunca podré abandonar a mis amigos”, era la respuesta que cien veces me había dado el doctor Negrín al reclamo incesante de mi parte para que saliera del territorio francés, sabiendo el grave peligro en que se encontraba.

—“Pero si es que en el nuevo régimen van a perseguirlo para extraditarlo”.

—“Lo sé bien, y además estoy seguro de que el día en que logren aprehenderme, ejercerán en mi contra la más terrible de las venganzas; pero mi deber me obliga a no dejar que los ex-combatientes de la República purguen solos una falta que no han cometido”.

—“Usted podría servirles mejor en lo futuro, si pudiera salvarse ahora”.

—“¿Quién lo sabe? A lo mejor, perdería su confianza, viéndome medroso en estos momentos de martirio para la causa de España”

—“No debe suponer éso, doctor. Hasta sus mismos opositores le reconocen su cabal hombría”.

—“El destierro, a veces, nos vuelve intransigentes, y es muy difícil para un exiliado poder interpretar con justicia los actos de quienes lo orientan”.

Más de dos horas prolongamos el diálogo, insistiendo cada quien en sus puntos de vista: él defendiendo su criterio, que se había tornado en obsesión, de no separarse de las muchedumbres refugiadas en Francia, y que pronunciaban su nombre con respeto, advirtiéndolo como el símbolo más claro de sus futuras reivindicaciones; yo, con el empeño cada vez más creciente de que no demorara su salida, en virtud de la proximidad de las fuerzas invasoras.

—“Y si sucediera lo contrario de lo que usted piensa, mi querido doctor —llegué a replicarle en algún momento, impresionado vivamente por su insistencia heroica—o sea que los ciento cincuenta mil exiliados españoles residentes en este país estimaran el sacrificio de su vida como un gesto de indiscutible temeridad, bien es cierto; pero al mismo tiempo como una manifiesta impotencia para continuar la lucha: ¿qué podría después convencerlos para que no prescindieran de su esperanza y su fe en la victoria final?; ¿no cree usted que su actitud los arrojaría a una más tupidamente noche de desesperación, cerrando el mejor camino de la revancha? Un abanderado muerto, alzaré siempre su pendón en el re-

cuerdo; pero es una voz de mando que se pierde para el presente y para el futuro reivindicador”.

Negrín se quedó mirándome fijamente a los ojos, como tratando de detener con su serenidad el necesario desboque de mi emoción. Pero yo aligeré las riendas para acelerar la carrera:

—“Usted sabe perfectamente bien, mejor que yo, la profunda intuición del pueblo. Este jamás perdonaría un estéril sacrificio personal, a costa de la desgracia colectiva. Admiro sus escrúpulos de hombre bien nacido; pero su causa, su gente, su país, lo reclaman en plenitud de vida, comandando las nuevas trincheras”.

Meditó, por breves instantes, como si en su mente se registrara una encuesta abierta a todos los elementos responsabilizados seriamente en el destino español.

“¿Y habría posibilidades de embarcarse? — preguntó al fin resignado, con un marcado dejo de positiva amargura.

—“Lo intentaremos inmediatamente; mañana será demasiado tarde” —tal fué mi respuesta. Y acompañando la acción a la palabra, destacamos hacia los muelles a algunos miembros de nuestra Misión con la consigna de gestionar en cualquier transporte que zarpara, los lugares necesarios para el Jefe del Gobierno Republicano Español y el reducido grupo de sus leales colaboradores, quienes, para los efectos de migración, deberían ocultar su identidad ostentándose como ciudadanos mexicanos.

Ya entrada la noche, obtuvimos espléndidas noticias: un barco carbonero, de matrícula griega, y con capacidad no mayor de mil doscientas toneladas, se daría al mar, a la hora del alba.

Su capitán, un viejo revolucionario y, por ende, amigo de la libertad, se mostraba dispuesto a transportar en las bodegas del vapor, hasta las Islas Británicas, al doctor Negrín y a su comitiva, siempre y cuando presentaran sus papeles en regla, como emigrantes de cualquier nacionalidad, excepción hecha de los países totalitarios, de los sometidos a su poderío, o de Inglaterra, España y Francia: estos últimos, sujetos a innumerables requisitos por parte del Gobierno de Churchill.

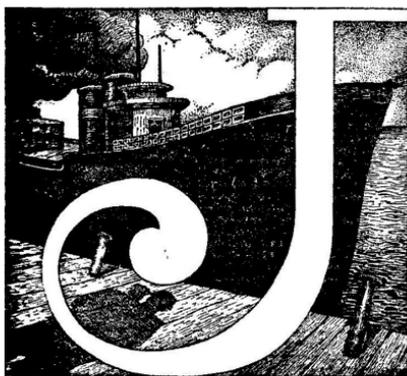
Sin pérdida de tiempo formulamos el programa de acción que pudo ejecutarse más tarde, sin contratiempo alguno.

Los políticos hispanos de la República deberían reunirse, a las tres horas, en Burdeos, precisamente en el Consulado de Chile, donde el Consejero de la Legación, señor Manuel Arellano Marín, se comprometía a ocultarlos en caso de que fuera menester.

La Legación de México extendería cuatro pasaportes para las siguientes personas: doctor Juan Negrín, Presidente del Consejo Republicano Español, quien ocultó su identidad bajo el nombre de nuestro Canciller Alfonso Castro Valle; su secretaria particular, señorita Feliciano López de don Pablo; su ayudante, Benigno Rodríguez y don Francisco Méndez Aspe, último Ministro de Finanzas del Gobierno Institucional.

El resto de los ex-funcionarios españoles que le acompañaban, lo constituían los señores Santiago Casares Quiroga, Ministro de la República; Ramón Lamonedá, secretario general del Partido Socialista; Pedro Prat, delegado fiscal en París; Gonzalo Díaz de la Torre, Presidente del Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles; y Vicente Terrados, secretario particular del señor Méndez Aspe.





UEVES 20 DE JUNIO.— Marcaban las manecillas 3.08 horas cuando salieron del edificio del consulado de Chile en Burdeos, tres carros conducidos por mi chofer, Alberto Parisini, Francisco Sáez, ayudante del doctor Negrín y Ramón Cereza, empleado del Ministro Alvarez del Vayo, transportando al grupo de políticos españoles que jugaban el albur más importante

de su vida, arriesgándose a cruzar el canal de la Mancha en un barco carbonero desmantelado, para continuar en tierras británicas su levantada tarea en defensa de la libertad del mundo.

La aviación nazi, por tercera vez en el término de cinco horas, bombardeaba sin misericordia la ciudad indefensa de Burdeos, causando horribles estragos, a pesar del armisticio que se estaba tramitando.

Los muelles, particularmente, fueron objeto del mayor ataque, debido a que algunos navíos ingleses se disponían a zarpar, conduciendo fuerzas belgas y polacas. El saldo de sangre registrado consistió en 38 muertos y 229 heridos.

En tales condiciones llegamos hasta el embarcadero; el doctor Negrín, quien es un admirable poliglota, conversó en griego con el capitán de la embarcación, el cual le informó que la salida se había diferido hasta las nueve horas por la ausencia del práctico de la bahía. Entonces, el Presidente del Consejo quiso aprovechar la demora para cumplir un acto de solidaridad revolucionaria que mucho le honra: ir personalmente hasta Pyla-sur-Mer (Gironde), situada a sesenta kilómetros de Burdeos, en busca del señor Azaña, Presidente de la República Española, con quien se encontraba distanciado políticamente, para invitar a él y a su cuñado Cipriano Rivas Cherif, ex-Cónsul General en Ginebra, a que abandonaran el territorio de Francia, aprovechando seguramente el último transporte con que se podía contar.

Cuando regresó, muy cerca de las ocho horas, se sirvió informarme que tanto el señor Azaña como el señor Rivas Cherif, habían declinado su invitación, por encontrarse quebrantada la salud del primero.

Me comunicó, también, que deseoso de salvar a algunos otros importantes funcionarios de la administración hispana caída, había recorrido algunos hoteles en su búsqueda, encontrando, entre varias personas, al señor don Luis Fernández Clérigo, Vice-Presidente de las Cortes Republicanas Españolas, quien, mostrándose agradecido por la oferta, la renunció por motivos de orden personal.

Al despedirnos Negrín y yo, con estrecho abrazo, recibí, de su parte, el encargo especialísimo de atender durante su ausencia a la señora su madre, doña Isabel López de Negrín, sus hermanos y algunos familiares más; cuidar, por conducto de cualesquiera de las embajadas amigas establecidas en Madrid, la vida de su padre D. Juan Negrín, prisionero de la Falange Española en las islas Canarias; asistir, en caso de que él desapareciera, a sus hijos Juan y Rómulo, quienes se encontraban refugiados en Nueva York, y conservar en mi poder, para su custodia, valiosos archivos del Gobierno Republicano, que dejaba en los "trailers", así como prendas y objetos de su uso personal.

Además del equipaje perteneciente a sus compañeros de aventura, el doctor Negrín embarcó, con las mayores precauciones, tres baúles Farman; once petacas de mano y tres cajas de madera, cinchadas de cobre, que contenían importantes documentos de la Administración que presidió, y parte del tesoro correspondiente al erario español.

Como recuerdo de nuestra separación, tuvo la delicadeza de obsequiarme su carro particular, marca Cadillac, así como un oso de mármol negro, al que cariñosamente llamaba “Gaspar”, y que le había servido de amuleto durante toda su vida de luchador.

A las diez horas, el capitán del barco, urgido por sus huéspedes, y no habiendo llegado a la hora señalada el práctico de la bahía, dispuso que, contra todo riesgo, se despegara del muelle el carbonero griego, conduciéndolo él en persona, en un alarde de pericia, arrojo y decisión.

Fué así como pudo salir de Francia el más discutido de los políticos españoles, nervio y acción de la República mártir.

\* \* \*

El constante tema de Francia en estas horas —su leitmotiv, su tónica fundamental— no puede ser otro más que: sangre, dolor y lágrimas.

Sangre que forma ya una extensa alfombra, señalando de rojo las garras de la hiena; sangre vertida a raudales y gastada en necios despilfarros; energía negada para siempre a los afanes de la siembra incapaz de prometer el corazón de un fruto. “Ballet de sangre”, conjunción de movimientos macabros, precursores del desastre; avance y retroceso de garfios sin misericordia, que entran y salen de la carne, con la insolencia de la victoria; rueca que restira los nervios, hasta romperlos; canción de hilanderas que hacen ovillos de hilo rojo, mientras la sombra cuenta sus monedas de infortunio.

Dolor del pensamiento, de la idea fragmentada por la ansiedad, del tacto embotado por la pena; dolor del vacío próximo, de la vergüenza de vivir una vida que el enemigo nos ha regalado; dolor de no tener ese coraje que prendía la lámpara que creímos eterna; dolor sin regateos, rotundo; marco para las futuras veladas familiares, entre el hambre, el frío y la miseria, como únicos huéspedes; dolor de las espadas ociosas, que no podrán decir a los nietos del soldado de hoy la vibrante arenga de las espadas desnudas; dolor real, como una gota de tinta en minúsculo secante; como una lluvia de municiones atajando el vuelo de las alondras; como un remo quebrado, un ancla sepultada, un timonel ciego, una madre joven sin hijos; dolor de una bala durmiendo en el regazo del pecho; dolor sin tiempo y sin espacio, que regresará a profanar las tumbas de los muertos; que derribará los mármoles

gloriosos y arrancará la lengua a las más jubilosas campanas; dolor neto, espeso, sin matices: agonía colectiva, en el mismo lecho de infamia, frente al mismo desolado paisaje.

Lágrimas vertidas hacia dentro, temblando en las gargantas afónicas, goteando en las entrañas hasta producir una hidropesía de congoja; lágrimas sin las cuales ya no podrá ver nadie, como el anciano de vista cansada que reclama constantemente sus anteojos; lágrimas sin reflejos, lentejuelas opacas para los trajes de Arlequín, para las trusas de las nuevas bailarinas, para las capas de los dragones de teatro; lágrimas, como un día nublado que secuestra al sol; gemido y llanto, el triste deporte de todos los días; el santo y seña para reconocerse entre el mundo de los modernos espectros; lágrimas congeladas en los ojos, como cataratas en las pupilas; colgando del lacrimal, como una interrogación de duda, después de una palabra que quiso ser azul; lágrimas de los dos sexos y de todas las edades; lágrimas, hasta de aquellos que nacieron con las órbitas vacías; lágrimas que harán de Francia un candelabro de almidras de cristal, pero siempre apagado.

Trilogía de la derrota: “Ballet de sangre”: cuarenta millones de hombres formando el coro de la tragedia. De improviso, asoma la primera figura de la danza. Un estupendo juego de luces se enreda a ella, con dulzura de gasas. La bailarina, de puntas, sacude su cabeza de largos rizos empolvados; atenta a los acordes de la música, levanta después los brazos, como tratando de robar una guirnalda a un alto laurel: se dijera un ángel próximo a ascender verticalmente; mas, luego, se inicia el frenesí de la huída; la danzarina corre ante el día que llega. Y cuando los metales de la orquesta señalan el climax de la danza, entre un aterrador grito de espanto, la doncella del baile queda desnuda: con impudicia inconcebible, la muerte ostenta sus dos senos rugosos; y sus enjutas caderas tienen un largo temblor de gusanos.

\* \* \*

El señor Presidente Lebrun, antes de ir al Consejo de Ministros, se dedica a recorrer las salas de sangre de todos los hospitales de la ciudad, con el fin de saludar personalmente a quienes resultaron víctimas de los bombardeos de ayer y hoy.

—¿Te sientes mejor, hijo?—dice a un niño, acariciándole la mejilla. Acaban de amputar al pequeño la pierna izquierda.

—¿Para qué me lo pregunta? —fué la contestación del recién mutilado, con la cara bañada en lágrimas.

—Tienes razón. Soy un necio al interrogarte. Tal parece que he olvidado que todos estamos como tú, desangrándonos sin esperanza ni consuelo.

—Vamos a Palacio, señores —interrumpió de pronto.—Doy por terminadas mis visitas.

Y cruzando la valla inacabable de lechos sacudidos por el dolor, abriéndose paso entre aquella baraunda de sollozos y lamentaciones, salió precipitadamente por los corredores del infortunio, sin atreverse ya a voltear la cara a la desgracia de Francia.

Puede decirse de él, en aras de la justicia, que si alguien sufrió intensamente la tragedia de su patria, fué el Presidente Lebrun; tan grande como el mayor de los sacrificados; tan sereno como el más augusto de los vencidos; tan noble como el mejor de los ciudadanos franceses.

\* \* \*

A las diez de ese día se reúne, en el lugar de costumbre, el Consejo de Ministros. Es indispensable resolver los temas de palpitante actualidad: los nazis se encuentran a las puertas de Burdeos; ametrallan desde el aire a la población civil, sin miramiento alguno para los poderes instalados, para las representaciones diplomáticas reunidas en el puerto, para los hospitales de sangre que se improvisan en las calles. Es preciso hacer algo, sobre todo, cuando se le ha insistido al ejército francés para que deje de utilizar sus armas, en prueba de asentimiento al armisticio que pronto habrá de concertarse. Se hace necesario también liquidar el fantástico “carrousel” de los exiliados; evitar que sigan destruyendo las sementeras, mermando los depósitos de gasolina y difundiendo el pánico por todas partes.

El Ministro Frossard sugiere que para silenciar estos problemas, el Gobierno se establezca en la frontera de España; por ejemplo, en Perpiñán (Pirineos Orientales). El Consejo se manifiesta en desacuerdo; pero al fin aprueba, como medida transaccional, que sea el cuerpo diplomático el que se aleje de Burdeos (Gironde). Queda autorizado el Canciller Baudouin para correr las invitaciones al respecto, entre los representantes debidamente acreditados.

\* \* \*

Al concluir la reunión, el señor Mariscal Pétain, acompañado por el general Weygand y el Ministro de Negocios Extranjeros, recibió en su despacho a los plenipotenciarios designados para conferenciar con el Fuehrer. Inmediatamente que fueran firmadas sus órdenes de misión, deberían salir del aeródromo Burdeos-Mérignac en un avión pintado de blanco, con destino a Tours (Indre-et-Loire), para continuar después su viaje, conforme a las instrucciones secretas que el Alto Mando Alemán les librara oportunamente.

\* \* \*

A las 15 horas se reúnen en Verdon (Eure), cerca de la desembocadura del río Gironde, los funcionarios que han resuelto salir al Africa en el paquebot "Massilia" de quince mil toneladas. Eduardo Daladier, Presidente del Consejo en el momento en que Francia declaró la guerra, constituye la figura principal del grupo, ya que el señor Lebrun, Jefe del Poder Ejecutivo, aplazó a última hora su propósito de abandonar Burdeos, lo mismo que el Presidente Herriot, que ya había embarcado su equipaje, y el señor Jeanneney, que hubo de suspender su viaje en Toulouse (Hante Garonne), por motivos que no trascendieron al público.

Muchos parlamentarios del bloque "afriquista", al notar la ausencia de sus líderes, y particularmente la del señor Chautemps, Vice-Presidente del Consejo y representante personal del Mariscal durante el éxodo, descienden del barco; la tripulación del "Massilia", movida por iguales escrúpulos, se niega en un principio a conducir al resto de los fugitivos; pero logra convencerla el diputado Campinchi, antiguo Ministro de la Marina, quien los arenga desde el puerto para que cumplan lo que él llama "el último deber para con la patria".

Sólo permanecieron en torno a su jefe, Eduardo Daladier, resueltos a todos los riesgos del viaje, los siguientes parlamentarios: M. Dupré, diputado del Norte; M. Le Trocquer, diputado del Sena; M. André Dupont, diputado del Eure; M. Joseph Denais, diputado del Sena; M. de la Grandiere, diputado de la Mancha; M. Brout, diputado del Sena; M. Thomas, diputado de Saone-et-Loire; M. Delattre, diputado de Ardenes; M. Grumbach, diputado del Tarn; M. Lévy-Alphandery, diputado del Alto Marne; M. Lazu-

rick, diputado del Cher; M. Paul Bastid, diputado del Cantal; M. Jammy-Schmidt, diputado del Oise; M. Méndez-France, diputado del Eure; M. Viénot, diputado de Ardennes; M. Wiltszer, diputado del Mosela; M. Mandel, diputado de Gironde; M. César Campinchi, diputado de Córcega; M. Delbos, diputado de Dordogne; M. Tony Revillon, senador del Ain.

Al tramontar el sol de Burdeos, se despegaba por fin del muelle de Verdon (Eure), el paquebot de los prófugos, llevándose consigo su bagaje de maltrechas esperanzas.

Indagando los motivos por los que el Mariscal Pétain había prohibido la salida de todos sus colaboradores, y deseoso también de conocer las razones que indujeron a los tres presidentes para suspender en forma tan precipitada el viaje que tenían proyectado, vinimos a la conclusión, después de una minuciosa encuesta emprendida entre los elementos diplomáticos más capacitados para opinar, que se procedió así en virtud de los informes recabados a última hora y que llegaron a evidenciar los propósitos del señor general De Gaulle y sus correligionarios de Londres, en el sentido de obligar a la tripulación del “Massilia”, para que transportara a los funcionarios vacilantes hasta las Islas Británicas, en donde se verían forzados a simular un Gobierno, con miras a obtener el reconocimiento de los regímenes democráticos y la sumisión de los dominios y protectorados franceses de allende los mares.

\* \* \*

Entretanto las fuerzas nazis logran sobrepasar la línea Vichy-Gannat, ocupan el importante centro industrial de Lyon (Rhone), lo mismo que las ciudades de Brest (Finistère), Epinal (Vosges), Toul (Meurthe-et-Moselle), Luneville (Meurthe-et-Moselle), y hasta se atreven a tocar con sus vanguardias, en un rasgo de audacia, el poblado de Bellegarde, situado precisamente en la frontera de Suiza.

\* \* \*

El Gobierno de Francia se limita a implorar de Hitler, con acento conmovedor, que siquiera suspenda su avance hacia Burdeos (Gironde), para que no se menoscabe la autoridad que representa.

\* \* \*

Gime el pueblo en derrota. Mas el héroe de otros tiempos se atreve a consolarlo. Mordiendo su desesperación llega hasta el micrófono, en un supremo intento de que su voz restañe las heridas, de que sus lágrimas moderen los rencores y de que su calvario sirva de amor y de perdón entre los hombres: —“He pedido a nuestros adversarios—dice con sollozos que rayan el alma—que concluyamos la dura pelea. Acabo de designar a los plenipotenciarios encargados de recoger sus condiciones. Motivos militares me obligaron a tomar esta determinación que sangra mi corazón de soldado. Confiábamos poder resistir sobre las líneas del Somme y del Aisne; el general Weygand tiene el prestigio de haber reorganizado nuestros ejércitos. Bastaba sólo su nombre para presagiar la victoria. Pero a pesar de éso, nuestras líneas han cedido, y la presión de los invasores obliga a que se replieguen constantemente nuestras fuerzas”.

“El pueblo francés no debe ignorar su desastre. Otros también han sabido de triunfos y derrotas; sólo cuando reaccionan se puede conocer la debilidad que los sumerge o la grandeza que los exalta. Debemos aprovechar la experiencia de nuestras batallas perdidas; reconozcamos que desde el momento de la victoria hicimos que el bienestar subordinara al sacrificio. Empeñados por la reivindicación, nos olvidamos del servicio colectivo. Tratando de economizar esfuerzos, damos hoy la cara a la desgracia”.

“Yo he participado con ustedes los mejores días de gloria; ahora me corresponde permanecer a su lado, en los momentos más tristes de la desolación”.

“Manténganse cerca de mí, convencidos de que la lucha es igual: tratamos de salvar al antecedente de Francia, a su tierra y a sus hijos”.





#### VIERNES 21 DE JUNIO.—

Este día no podrá olvidarse jamás en la memoria de Francia. Más todavía: nunca se borrará el recuerdo de su tránsito histórico; el mundo, cuyo ambiente de vida es la libertad, infructuosamente buscará la forma de esconderlo en las carboneras del alma. Este día tiene la apariencia de un crespón de luto ceñido al cirio meridional de Europa; representa, por una parte, el

disfrute total de la venganza teutona, y por la otra, la liquidación de Francia como un valor democrático. Pensamos que por llegar a esa meta, durante veintidós años, puliendo su odio veinticuatro horas al día, hasta en los dominios del sueño, ochenta millones de alemanes, con una sola voluntad y un solo programa de lucha, prepararon la cicuta y el vinagre que hoy bebe el pueblo francés.

Sabemos que algo de enorme trascendencia va a acontecer en ese retazo de tiempo, en cuyos umbrales los herederos del bravo “poilu” se agrupan para arrojar al fuego el ramo de las ilustres en-

cinas. Un sordo rencor nos invade al imaginarnos el diálogo entre Hitler y Napoleón.

Oímos por todas partes concursos de plañideras; estribillos de sepultureros que sólo supieron cavar la tierra para hundir en sus fauces lo mejor de Francia, lo más puro, lo más noble y gallardo. Y nos causa viril rubor ver cómo hay todavía soldados que conservan sus armas en miserable doncellez, y que se atreven a justificar su cansancio con las cruces de hierro que lucen en el pecho. Todo esto cambia nuestro papel de espectadores, de simples testigos del drama multitudinario, para cedernos sitios de atormentados actores; porque, indudablemente, esta quiebra de la libertad nos duele a todos, nos expone a merecer cadenas que otros forjaron con su cobardía o con su indecisión, y hace estremecernos por el porvenir de nuestros hijos. Sí, Francia no va al calvario sola; la acompañamos quienes respetamos la justicia social por encima de todas las urgencias; quienes amamos un minuto de libertad, prefiriéndolo a siglos de vida como emparedados, hundidos en los oscuros sarcófagos de la ignominia.

Debemos prepararnos a la conmovida contemplación de cinceles que ayer condujeron a la armonía la carne de las gloriosas estatuas; y trabajar ahora en esa lápida monumental en la que Francia dejará el testimonio de su Tercera República fallecida. Cada golpe de mazo, lejos de arrancar laureles a la piedra, salvará el escorzo de alas replegadas para siempre, bajo el frío de una racha invernal. Los carpinteros que hoy trabajan, de noche y de día, haciendo flotar desde los andamios sus blusas como banderolas, no preparan las esculturas de nuevos edificios: sus instrumentos harán caer todo aquello que repugne al invasor, que le recuerde una jornada perdida; las fraguas que antaño amanecían con su pregón de lumbré, para forjar los arcos conmemorativos de la victoria, hoy harán retorcer la insolencia del hierro, para crear las modernas crujías, detrás de las cuales aprenderá el francés las torvas enseñanzas del cautiverio.

\* \* \*

A temprana hora el Canciller Baudouin recibe noticias, de parte del general Weygand, en el sentido de que los plenipotenciarios franceses habían llegado sin novedad a la ciudad de Tours (Indre et-Loire), a las cuatro horas, siendo recibidos en el aeródromo por un grupo de oficiales alemanes, jefaturados por el general Von

Tippelskirch, quien los había de conducir a “cualquier lugar del Norte de Francia”.

\* \* \*

Las multitudes invaden las calles de Burdeos (Gironde), con el estupor retratado en todos los semblantes. Se las ve apiñarse frente a los grandes pizarrones de los periódicos, pendientes de que la esponja borre las noticias ya conocidas, substituyéndolas con las que se refieren a la entrevista de Hitler con los parlamentarios franceses.

Otras permanecen con estática resignación en las afueras de la Comandancia Militar, que es la sede del Ejecutivo; en la Facultad de Derecho, donde se han instalado las oficinas del Ministerio de Negocios Extranjeros, o en el Hotel de Normandie, ocupado por la Embajada de la Gran Bretaña, deseosas de conocer el resultado de las gestiones emprendidas por el Presidente del Consejo.

Magnavoces instalados en los lugares más convenientes, se encargan de proclamar, con insistencia, los boletines que proporciona el departamento de Información, los cuales se alternan con los atormentados conceptos expuestos ayer por el viejo Soldado de Verdún.

A las 13 horas, muerden el viento unas cuantas frases de la Marsellesa, que sirven de punto de atención a las muchedumbres. Es el comunicado oficial que anuncia, ante el indignado espanto de las gentes, que las conferencias del armisticio habrán de celebrarse, por disposición del Fuehrer, en el bosque de Compiègne (Oise), precisamente en el escape de su estación, en el mismo lugar y sobre el propio vagón del Mariscal Foch, que veintidós años atrás sirviera a los dueños de la victoria para imponer sus condiciones de tregua a los ejércitos vencidos.

No podré expresar nunca, en el palpitante lenguaje de la realidad, el deplorable estado de ánimo que se produjo en aquel inmenso auditorio. Materialmente la noticia comprimió a todos, hasta reducirlos a una negación absoluta de su voluntad, liquidando el resto de su pudor patriótico y venciendo sus últimos escrúpulos. Los que pudieron llorar, encontraron un alivio en vaciar el fardo de sus penas, ante la mirada enloquecida de aquellos que habían secado para siempre, en sus gargantas, la flor del gemido. Y en violento contraste con el estado de ánimo de la muchedumbre, con resonancias de imperdonable ironía, voces mayores de

himno reclamaron: “¡A las armas, ciudadanos!...” Sí, a las armas; pero esta vez, triste es decirlo, para entregarlas, todavía cargadas, al adversario.

El Canciller del Reich ya podía estar contento de saciar el hambre de venganza de su pueblo. Con la astucia de un hábil empresario añadía al cartel de la guerra el episodio de Compiègne, satisfaciendo la vanidad de sus huestes, justificando su “misión divina” de ser el único capaz de obtener hijos de Alemania.

El Presidente del Consejo, atento a las circunstancias del momento, resuelve en forma definitiva que el Gobierno permanezca en Burdeos (Gironde), y que ningún funcionario, excepción hecha del Jefe de la Nación, pueda cambiar de residencia, si no es con autorización expresa del propio Mariscal Pétain.

El Primer Magistrado de la República, señor Lebrun, que no ha sido consultado para el efecto, responde a semejante desaire con una actitud que desconcierta: la de notificar al Gobierno su irrevocable determinación de salir cuanto antes a Port-Vendres, en donde un contra-torpedero se encargaría de conducirlo después hasta las costas de Argelia.

Las consecuencias de este hecho pueden ocasionar efectos muy graves para la vida de la nación.

Desde luego, la conferencia de Compiègne (Oise), quedaría estropeada por la falta de personalidad legal de los plenipotenciarios franceses, desautorizados tácitamente por el Jefe de su país.

Por otra parte, el Canciller Hitler no había respondido todavía al reclamo que se le hiciera para suspender el avance de sus fuerzas hacia Burdeos (Gironde), y era lógico esperar que, ante la brusca decisión del Presidente Lebrun, la cual podría interpretarse como un reto lanzado al poderío de los nazis, el Führer ordenaría la ocupación inmediata de la ciudad. Esto vendría a significar, según la opinión de todos, la pérdida absoluta de Francia, pues rendido el Gobierno y tal vez prisionero, dejarían de existir los poderes capacitados para gestionar un armisticio honorable.

Se hacía urgente, entonces, disuadir al señor Lebrun de sus temerarios propósitos. El Mariscal de Francia, inmediatamente que avizó el peligro, se dirigió hasta la residencia presidencial, con el fin de detener, en nombre de la “patria moribunda”, al más responsable de sus hijos.

Por su parte, miembros de ambas cámaras se reunieron con precipitación y, frente a la gravedad del instante, acordaron que sendas comisiones de parlamentarios se acercaran a los presi-

dentes Lebrun, Herriot y Jeanneney, para pedirles, por instrucciones de la Representación Nacional, “confianza y serenidad”, al primero, para que no planteara con su determinación un problema difícil de resolver; y “prudencia y colaboración” a los últimos, deseosos de contar con su respaldo para convencer al Jefe de la Nación a que continuara en el desempeño de su difícil tarea, sin abandonar Burdeos.

Los diputados Laval, Marquet, Pietri, G. Bonnet, Portman, Gérente, Bergery, Rauzy, Landry, Barthe, Doummange y Crutel, que formaban la comisión encargada de conferenciar con el señor Lebrun, llegaron a su palacete minutos después de que el Mariscal de Francia se había retirado de él. Fueron introducidos al regio salón, donde el señor Presidente de la República los recibió de pie, frente al maravilloso emplomado que representa el sombrío 1814 de Bonaparte, copiado del célebre lienzo de Meissonier.

—“Más de cien parlamentarios —comienza diciendo Laval— acaban de reunirse, designando una delegación que tengo el encargo de presentar a usted ...”

El mañoso político titubea; no puede impedir que sus palabras tropiecen contra su falta de sinceridad. Después de una pausa, que el momento hace eterna, continúa:

—“¿Por qué estamos aquí? Para hablarle de lo que usted conoce mejor que nosotros; de su inoportuno proyecto de partida; para protestar contra él; para insistirle sobre la necesidad de no llevarlo a la práctica”.

El señor Lebrun, a quien el dolor de Francia ha prendido dos copos de algodón en las sienes, encogido de hombros, se envuelve en su silencio. Laval, sintiéndose en terreno seguro, pone mayor énfasis a su requisitoria:

—“Usted no puede ni debe partir. Nosotros no aceptaremos que —por este subterfugio que merece ser calificado de fraude— el Gobierno vaya a continuar en Africa un combate que se manifiesta imposible”.

El Presidente Lebrun parece salir entonces de su ensimismamiento. Con serena voz declara:

—“La situación no es tan sencilla. El Gobierno ha deliberado acerca de ella y deliberará aún. Algunos pueden partir; otros pueden quedarse”.

Laval, sin darse cuenta, cierra el puño amenazante, como si fuera a escaparse de él el pez frío de la verdad. Se ensombrece su cara en una súbita explosión de bilis; sus piernas, hechas para las

grandes fugas, fingen marcial aplomo en esta hora pero es muy fácil distinguir el temblor que hace chocar sus rodillas. Casi a gritos, revelando su ansiosa complicidad, interrumpe:

—“Entonces ¿usted no comprende que, si el Jefe del Estado, los ministros, los presidentes de las asambleas se van de Francia, los funcionarios que permanezcan aquí no tendrán crédito ni autoridad para hablar en nombre de nuestro país?”

Después, con una repentina vehemencia digna de mejor causa:

—“Pero hay más: el Presidente de la República, llevándose los sellos del Estado, se llevará consigo al Gobierno de Francia; él será el solo dueño de la política. Ahora bien: hay una política que ha sido condenada por el Gobierno: es la política Reynaud-Churchill. ¿Va usted a despertarla de nuevo emprendiendo su marcha al Africa? Yo no le reconozco el derecho de hacerlo, bajo ningún pretexto y por ningún motivo”.

El atormentado Presidente, desafiante en su silencio, no puede mirar a los ojos de quien ha hecho de la mentira un arte, de quien es el menos autorizado para hablar en nombre de la Representación Nacional. Escucha a su adversario con la mirada puesta en el lejano horizonte de una libertad que, por momentos, ve perderse como la estela se hunde en los broncos recintos del mar.

El líder derrotista arremete otra vez contra su impasible interlocutor, exagerando su emoción en un patético arrebato:

— “Dos hombres, el Mariscal Pétain y el general Weygand, son los únicos que tienen condiciones para decir si la guerra puede ser proseguida. Si ellos consideran que es necesario cesar el fuego, todos nosotros debemos inclinarnos”.

Duele a Lebrun, hasta lo profundo del alma, el latigazo que alevosamente le asesta el mercader entreguista. Con los ojos endurecidos, mide de pies a cabeza al insolente que se da el lujo de derribar ídolos, para ocupar las hornacinas patrias con íconos deleznales.

Ahora, el gangster del parlamentarismo francés, con palabra llena de penumbra, afirma, como queriendo serenar la contienda que su impulsivismo ha dilatado:

—“Vengo de Clermont por la carretera, señor Presidente; he visto el espectáculo de nuestra derrota; estamos irremisiblemente batidos. Necesitamos ahora salvar de este país todo lo que pueda ser salvado. Ahora bien, no es yéndose de Francia como se le puede servir”.

Lebrun continúa inmovible. Sopesa la osadía de quien lo interpela. Sabe que este hombre funesto desea quedarse en Francia para apretar sus ligas con los invasores. No olvida la ejecutoria siniestra de este personaje maculado con todo el hollín de la miseria moral, manchando con su contacto todo lo que toca y todo lo que mira. Cruzar su florete con ese caballero de la noche de Francia, sería verse expuesto a iluminar la cara de un malvado con el resplandor del acero. Se limita a callar para los bribones, en tanto que sostiene una encuesta con su propio espíritu.

—“¿Cómo sería soberano y libre el Gobierno de Francia, en una tierra ocupada por el enemigo, expuesto al riesgo de ser hecho prisionero?” —advierte, por fin, categóricamente, el Presidente galo.

Y viendo que no contesta Laval, Lebrun lo sacude con esta afirmación:

—“Pero usted no ha respondido a mi pregunta. ¿No ve que el Gobierno debe continuar siendo libre?”

En este instante, René Doummange le hace esta réplica, en apoyo de la argumentación que ha sostenido quien se exhibe como representante del Poder Legislativo:

—“Señor Presidente: es su Gobierno el que no sería libre ni soberano después de haber abandonado a más de cuarenta millones de franceses, en plena batalla, sobre el suelo nacional. Estas poblaciones abandonadas constituirían por sí mismas el verdadero Gobierno de Francia. Seríamos nosotros quienes lo formaríamos, porque nosotros jamás saldremos de Francia. ¿Qué podrá usted hacer allá donde vaya?”

El interpelado no responde. Laval, en esta ocasión, ostenta lo que él juzga “la santa crudeza de la verdad”. Exclama, irritado y con total irreverencia:

—“Señor Lebrun: si usted sale de esta tierra de Francia, no volverá a poner jamás los pies en ella. Sí; cuando se sepa que para partir ha escogido la hora en que nuestro país conocía su mayor sufrimiento, una palabra vendrá a todos los labios: la de defecación... Quizás una palabra más grave aún: la de traición... Su deber, señor Presidente, es seguir el ejemplo del Mariscal. Así se lo declaro, y acepto por ello todos los riesgos para mi persona. Yo no me inclinaré. Mis amigos y yo conservaremos nuestra libertad y la utilizaremos para servir al país. Si usted quiere partir, está en su derecho. Pero sólo debe hacerlo a título privado: ¡ofrezca su dimisión!”

Inclinado hacia el Presidente de la República, el antiguo Presidente del Consejo le dirige esta conminación suprema:

—“No escuche más los consejos de quienes han conducido a nuestro país a los abismos... ¡Ah! ¿por qué los ha seguido usted durante tanto tiempo?”

El señor Lebrun contesta con voz apagada:

—“La Constitución me obligaba a ello”.

El señor Laval refunfuña:

—“¡Los odio, por todo el mal que han hecho a Francia!”

Con estas palabras termina la conversación. Uno tras otro, los parlamentarios, profundamente emocionados, se despiden del señor Lebrun. Sólo el señor Pierre Laval se aleja hacia la puerta. En ese momento, el Jefe del Estado avanza algunos pasos hacia él y le estrecha las dos manos.

Al informar a sus compañeros de Cámara el resultado de su comisión, Pierre Laval, desde la tribuna, declaró solemne:

—“No podemos saber si el señor Presidente Lebrun ha quedado convencido de nuestras razones. Lo único que podemos asegurarles es que, para defender al país, hoy más que nunca se hace preciso agruparnos en torno del señor Mariscal Pétain”.

\* \* \*

A él y no al Presidente Lebrun, contestó el Canciller Hitler desde Retondes (Oise), que ya libraba instrucciones al Alto Mando Alemán para que suspendiera el avance de las “Panzer divisionen” sobre Burdeos (Gironde), hasta no conocer el resultado de las conferencias que se efectuaban en Compiègne (Oise).

\* \* \*

Debe haberlo dispuesto así, porque desapareció el amago sobre el puerto; pero, en cambio, la acción se intensificó en todos los frentes, ocasionando la caída de Clermont-Ferrand (Puy-de-Dome); los combates en los Vosgos; la furiosa acometida en cuadro contra los defensores de la Línea Maginot, y el nuevo bombardeo sobre Marsella (Bouches-du-Rhone).

En el flanco italiano las tropas fascistas rebasaron la planicie de Pigueux y la Roca Roja, sufriendo serio descalabro al intentar adueñarse de las posesiones francesas de Esseillon y de las Hortieres.

\* \* \*

A las 21 horas se conocen en Burdeos (Gironde), las primeras noticias referentes al armisticio. El Consejo de Ministros se reúne inmediatamente, bajo la presidencia del señor Lebrun y del Mariscal Pétain, para escuchar los informes que rinde el general Weygand quien, desde su despacho, ha estado en constante comunicación telefónica con el general Huntzinger, Jefe de los Plenipotenciarios franceses.

El antiguo Comandante Supremo de los Ejércitos de Francia, encargado ahora de la Defensa Nacional, refiere que a las 15.30 horas, y en el lugar ya mencionado, se inició la histórica conferencia de la siguiente manera:

“Al ser introducidos los representantes galos al vagón del Mariscal Foch, advirtieron sentados, frente a la mesa de despacho, al Führer de Alemania, quien tenía a su diestra al Mariscal de Campo Hermann Wilhelm Goering; al Almirante Oscar Roder y al Ministro de Relaciones Joachim Von Ribbentrop; y a su izquierda, al Jefe del Alto Mando, Coronel General Wilhelm Keitel; al Comandante en Jefe del Ejército, Mayor General Walther Von Brauschitsch y al Ministro Federal Rodolfo Hess”.

“El Canciller Hitler vestía sencillo uniforme de gabardina verde olivo, y prendía en su pecho un solo galardón: el de la Cruz de Hierro obtenida en la guerra pasada, con el grado de caporal. Sus subordinados lucían uniforme de gran gala, pródigo en insignias y condecoraciones. Todos mantuvieron puestas sus gorras militares”.

“El general Huntzinger y sus acompañantes, descubiertos desde la entrada, saludaron como soldados, cuadrándose firmes ante sus adversarios. Hitler y los suyos se limitaron a contestarles levantando la diestra sin abandonar sus asientos. Inmediatamente, el coronel general Keitel, en nombre del Führer, y sin ponerse de pie, dió lectura en su idioma nativo al preámbulo de las condiciones, que resultó una terrible requisitoria contra el acto de 1918. Sin embargo, y para atenuar la amargura de los vencidos, concluyó el exordio con estos conceptos: **Francia ha sido vencida y desgarrada, después de una heroica resistencia, en un proceso extraordinario de sangrientas batallas. Alemania no tiene deseos, por lo mismo, de humillar en las condiciones y en los arreglos de este armisticio, a tan digno adversario, que ha sabido distinguirse por su bravura**”.

“Terminadas estas palabras, Hitler abandonó el vagón a las 15.42 horas, entre los acordes del “Deutschland über Alles”, dirigiéndose con lento paso hasta el monumento levantado para celebrar la paz de 1918, en donde el Comandante de la Compañía de Honor, en un acto simbólico, le informó: “¡Mi Fuehrer!: ¡las fuerzas armadas de la Gran Alemania, saludan a su Jefe Supremo!”

“El líder nazi dibujó una leve sonrisa, bajo el bigote recortado, para pronunciar esta orden: “¡Libre usted a la patria de esa vergüenza!” Y su índice señaló la lápida en que se había cincelado, veintidós años atrás, esta leyenda: “En este lugar, el 11 de noviembre de 1918, el criminal orgullo del Imperio alemán fué abatido por la fuerza de las potencias aliadas”.

“Cuatro golpes de marrazo resultaron suficientes para arrancarla sin demora. Ante la presencia del caudillo cayó la página de piedra que las culatas se encargaron de destruir”.

“A las 16.23 los delegados franceses, enterados de los pliegos de condiciones que les fueron leídos por la delegación alemana que integraban el Jefe del Alto Mando, coronel general Von Keitel; el general Jodl; el teniente coronel E. M. Boelne y el Ministro Schiniat, interrumpieron la sesión con el fin de comunicar al general Weygand, desde la tienda de campaña puesta a su disposición en un lugar cercano, los incidentes del día, con el propósito de recabar instrucciones del Gobierno francés”.

“A las 18.10 regresaron al vagón, en donde continuaron las negociaciones”.

El Consejo de Ministros, reunido en Burdeos (Gironde), recogió con extraordinaria atención los informes que produjo el general Weygand.

Al concluir éste, una sola pregunta brotó de todos los labios:

—“¿Y las condiciones?”

—“Son muy duras —contestó—. Pero no ofenden nuestro honor”.

—“¿En dónde están?”

—“Conozco la síntesis, que me fué referida por teléfono; su texto original lo están transmitiendo ahora mismo; mi secretario se encarga de traducirlo”.

—“Pues vamos allá” —dijo el Mariscal Pétain.

Y aplazando la reunión, para las 2 horas de mañana, se dirigió a la Secretaría de la Defensa Nacional, acompañado por el propio general Weygand y por los Ministros Baudouin y Boutillier.



ABADO 22 DE JUNIO.— Puntuales a la cita, los Ministros de Francia, congregados en la Comandancia Militar de Burdeos (Gironde), esperan con inquietud la llegada del Presidente del Consejo. Nadie se atreve a conversar. Parecen dolientes de un muerto ilustre, que acechan el turno para montar su guardia. Darlan, el almirante mimado por la suerte, se ocupa en recortar el perfil de sus uñas; Ri-

vaud, catedrático insigne, limpia de nicotina la pequeña cuenca de su pipa; Chichéry, el hombre del agro, en vano pretende ocultar la irreverencia de un bostezo; y el vasco Ibarnegaray esconde en su clásica boina la ansiedad que repica en sus manos.

\* \* \*

La noche tiene brillo de carroza fúnebre, tirada por un tronco de caballos negros, cuyos cansados cascos ya no arrancan estrellas del suelo. Los tejedores de coronas cambian hojas de encina

por flores de luto, sin miel para las doradas abejas del sol. El dolor pega sus convulsas proclamas en el largo silencio de las calles, en esta hora en que la luna es un paracaídas más, suspendido en el espacio.

Burdeos tiene lamentaciones de arpa abandonada, de catedral sin órgano, de cementerio sin muertos. En todas partes el vacío, rotundo y neto, como esos túneles alpinos que parecen no terminar nunca, y que nos dejan un puño de sombras en el corazón. Vacío de una víscera cercenada, de un brazo mutilado, de una órbita deshabitada, de un pueblo que se ha practicado el hara-kiri, para tirar sus entrañas palpitantes al paso del enemigo. La nada, con resplandores de bujía, amenazando los impalpables élitros de mariposas nocturnas, escamadas de lágrimas, con vibrátiles antenas para tactear el silencio. El vacío, frente a una escala cortada de improviso, a mitad del espacio, ante el azoro de todo lo que puede volar.

Las horas, enlazadas por un ritornelo, con pesados pies de plomo, recorren la pista de su viejo reloj, como esos fatigados corceles de circo, a los que no consiguen dar un ritmo más violento, ni el látigo del empresario, ni la gracia de la bailarina irrumpiendo de sus lomos de espejo.

\* \* \*

La pausa termina. Por fin, a las 2.35, llega el austero Soldado de Verdún, arrastrando, con la fatiga de su desvelo, el dolor cada vez más punzante de las condiciones del armisticio. Fué encargado de leerlas el general Pujo, Ministro del Aire. Cuando hubo concluido, el Mariscal de Francia interrogó a los presentes:

—“¿Debemos otorgar nuestro consentimiento?...”

—“Imposible de mi parte —afirmó, con acento enérgico, el señor Presidente Lebrun—. Jamás podré consentir en éso, pues siento que me deshonra como mandatario, como francés y como hombre. Ni siquiera admito que discutamos. Yo me retiro, señores. ¡Buenas noches!”

Todos los Ministros se pusieron de pie, para despedir con respeto al Jefe de la Nación. No se trataba, en esta vez, de cumplir con una elemental cortesía, sino de evidenciar el deseo de solidarizarse con sus palabras, de recoger su vigoroso ejemplo y de rechazar, por indignas, las condiciones del enemigo. Además, el pundonor de Francia y la eternidad de su destino, hablaban a través del viril

gesto de Lebrun. El general Colson, Ministro de la Guerra, logra serenar la pugna, pidiendo que se suspenda la sesión, para que cada quien medite y reflexione con mayor prudencia.

Conformes los asistentes, el Mariscal Pétain señala las 8 horas para que el Consejo de Gobierno manifieste su decisión.

Al efectuarse esta segunda Asamblea, que se prolonga hasta mediodía, los Ministros aceptan por fin resignarse a lo inevitable. Sólo el señor Lebrun mantiene firme su criterio; aun cuando se ve precisado, por motivos de orden patriótico, a no revelarlo públicamente, si es que el Gobierno aprueba las cláusulas del armisticio.

Como se formularon algunas observaciones de carácter puramente aclaratorio, el Consejo se reúne, por tercera vez durante el día, a las 13.30 horas, en espera de la respuesta de Compiègne (Oise). El Primer Magistrado de la República, en vista de la decisión adoptada en la junta anterior, expresó su voluntad de no volver a asistir a ninguna de las subsecuentes.

La delegación de los nazis, por conducto de los representantes franceses, transmite, a las 16 horas, su conformidad con las interpretaciones formuladas. El Consejo se disuelve a las 16.15, no sin pedir antes a la Comisión de Armisticio que, en un protocolo anexo, se consignen las aclaraciones convenientes. Con motivo de esta nueva gestión, vuelve a reunirse el Gobierno, a las 17 horas, para conocer el criterio del Reich, que termina por oponerse a la sugestión, estimando como suficiente la palabra empeñada por sus delegados. A las 17.10, el general Weygand telegrafía al plenipotenciario Huntzinger: “Queda usted autorizado para firmar el armisticio”.

Cien minutos después, los pinos gigantescos de Compiègne servían de testigos al acto más dramático del mundo. Si el bosque hubiera cobrado conciencia en esos momentos ¡cómo vería empequeñecidos a los hombres!

Un gemido de resina habría escapado de cada vegetal centinela, como si el cono en punta de los árboles fuera el remate de un lanzón mellado contra la coraza azul del infinito.

\* \* \*

Conociendo la decisión tomada por Francia; el Embajador Campbell acudió ante el Canciller Baudouin para enterarle de que, tanto él como los Ministros del Africa del Sur y del Canadá, así como el personal de sus respectivas misiones, y los súbditos

del Imperio Británico, residentes en el territorio galo, saldrían inmediatamente con destino a su Metrópoli, utilizando un barco inglés que se hallaba fondeado en la desembocadura del Gironde.

\* \* \*

Los ejércitos de Hitler, aparentando ignorancia respecto al armisticio firmado, vigorizan su ataque en el valle del Rhone; lanzan nuevas cargas sobre las trincheras de Saint-Etienne, y logran, en el otro frente, que capitulen los defensores de la línea Maginot, con un saldo trágico de 500,000 prisioneros. Nunca como ahora podría compararse el derrumbamiento de la gran muralla francesa, con la caída en serie de un castillo de naipes. Los inventores de la trampa acabaron por estar cautivos en ella.

Por su parte, las fuerzas italianas, imitando la acción de sus aliados, intensifican el fuego de su artillería desde el Mont-Blanc hasta el mar, sin que logren apreciables ventajas, a pesar de que los ejércitos galos tienen estrictamente prohibido oponer resistencia.

\* \* \*

Las extras de Burdeos, al consignar semejantes informaciones, publican también el cambio ministerial, acordado hoy por el Mariscal Pétain: Pierre Laval, a la Vice-Presidencia del Consejo, en premio a la **faena política desarrollada**; y Adrián Marquet, a la cartera del Interior.

La “Comuna de Burdeos” había logrado adueñarse del Gobierno.

Cuando le fueron presentados al señor Lebrun, para su firma, los decretos correspondientes a estas dos designaciones, los repudió indignado. Era como exaltar la traición a la categoría de virtud. Fué necesaria la intervención de otros funcionarios influyentes, para que al fin pudieran arrancarle su asentimiento. Seguramente el digno Presidente de Francia, a pesar de todo, conservó como quien guarda valiosos caudales, la santa rebeldía de su causa.

\* \* \*

Cenábamos en la Brasserie del “Gallo de Oro”, 14 rue Montesquieu, llena como nunca de una abigarrada parroquia, distribuída en pequeños alvéolos de una zumbante colmena, atareada en comer y en discutir. Frente a los pacíficos manteles floreados, sobre

los que había copas de Bohemia y pequeños ceniceros de plata labrada con leones y escudos, se hablaba de la guerra, de modo tan desenvuelto y en forma tan vehemente, que lamentábamos que esa pasión y ese ardor no tuvieran aplicación más práctica. Mis amigos y yo gastábamos nuestros cigarrillos de tedio, aspirando, entre palabra y palabra, el humo que una lámpara pintaba de azul, para devolverlo más tarde en ondulantes anillos que ensartaban sus círculos en los transparentes dedos del aire. De vez en cuando nuestros ojos se dirigían al mismo sitio, desde donde irrumpía una gangosa voz que enlazaba, por un mismo cordón áspero, la atención de varias personas.

Se comentaba el último gran acontecimiento del día, abundante ya en sorpresas de todo género: la entrada de Italia a la guerra.

—“¡Silencio! —rogué a mis acompañantes, deseoso de escuchar lo que urdía un chillón acento, que semejaba caer como piedra en un estanque, provocando numerosas ondas concéntricas que amenazaban invadir todo el salón.

—“Es Laval” —me dijo, casi con desprecio, uno de mis amigos, señalando a quien procuraba atraerse el interés de todos, con sus ademanes patéticos y con su inagotable verborrea.

Inclinándonos hacia esa voz, para interpretar mejor su sentido, tuvimos ocasión de escuchar lo que el funesto político afirmaba con insoportable énfasis. Declaraba, en suma, que la obcecación de Francia en no seguir sus consejos, era la determinante de la grave y comprometida situación de hoy.

—“Yo dije muchas veces —refunfuñó, atormentándose el lacio bigote— que era necesario mantener vivas nuestras relaciones con Italia, empeñándonos en volver a crear vínculos cordiales, que más que a ella a nosotros nos podrían servir. Yo lo grité en todos los tonos; pero no recogí sino la incomprensión y la más absoluta indiferencia. El lamentable resultado está a la vista”.

Esto último lo masculló, apretando los dientes de carnívoro, los ojos de lince, y en ademán de saltar con las zarpas abiertas.

Nos disponíamos a abandonar el local cuando vimos que un anciano de pequeña estatura, con paso firme y seguro, avanzó hacia el sitio en donde se encontraba el personaje derrotista. Y situándose frente a él, con voz clara y llana, le preguntó:

—“¿Es usted el Ministro Laval?”

—“El mismo —contestó éste visiblemente contrariado—. ¿Puedo servirle en algo...?”

—“No —dijo el metálico viejecito, erguido como una espada desnuda—: sólo deseaba cumplir un propósito que vengo abrigando desde hace tres años: ¡arrojarle públicamente a la cara el testimonio de mi profundo desprecio!”

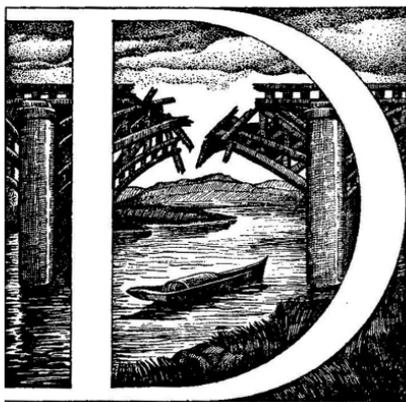
Y tomando rápidamente la copa llena de champagne, que se hallaba a su alcance, la vació en el rostro bilioso del ofendido.

Laval pretendió fulminar a su agresor, bajo el golpe de sus puños; pero alguien que no conocíamos impidió que ejercitara su venganza.

El anciano, impasible, todavía se dió tiempo para sacar de su cartera una tarjeta que ceremoniosamente arrojó a la mesa. Uno de los más insignes catedráticos de la Sorbona, había ajustado cuentas al culpable principal del desastre francés.

Un minuto después, las mesas con mantel floreado, cristalería de Bohemia y ceniceros de plata con escudos y leones cincelados, se vaciaban. Y un centenar de personas conmovidas, formando valla doble, en medio de un grave silencio respetuoso, despedía al sabio profesor que tomaba de las manos a sus dos rubias nietecitas, como queriéndoles contar: “Este era un rey...”





DOMINGO 23 DE JUNIO.—Habiendo presenciado los acontecimientos más extraordinarios de la Tercera República, dispusimos nuestra salida para Biarritz —maravillosa ciudad de playas, escaparate de vanidades, situada en los Bajos Pirineos, y que mereció la predilección de Alfonso XIII, el monarca turista en su propia patria—, con el fin de reunirnos al grupo de los funcionarios y familias mexi-

canas que, conforme a nuestras instrucciones, se habían instalado en ese lugar desde la evacuación de París. Además, teníamos noticias de que la mayor parte de los Jefes de Misión, atendiendo los deseos expresados por el Ministro Baudouin, estaban recién instalados en las poblaciones circunvecinas a Biarritz, y que con toda frecuencia se reunían para cambiar impresiones en el Hotel Carlton, señalado como sede provisional del cuerpo diplomático acreditado en Francia.

Al atravesar el puente del Garonne, para salir de Burdeos (Gironde), y encontrándonos muy cerca de Port-des-Saliniers,

un grupo de granaderos nos advirtió que por mera coincidencia nuestros carros serían los últimos en pasar, puesto que en esos momentos se disponían a volar la portentosa obra construida sobre el río. Picados por la curiosidad, detuvimos nuestra marcha para presenciar con azoro, minutos después, cómo las máquinas infernales convertían en astillas lo que antes fuera admiración de los hombres.

\* \* \*

Recorriendo la carretera número 132, escuchamos, en el radio del coche, la transmisión que hiciera desde Londres el Premier Churchill, comentando el armisticio celebrado por las autoridades de Francia y las del Reich:

—“El Gobierno de Su Majestad —dijo con acento cargado de emoción— se ha enterado, lleno de asombro y de dolor, de que los dirigentes de Burdeos consintieron al fin en un armisticio impuesto por los alemanes”.

“Si las condiciones que establece merecieran la aprobación del pueblo galo, quedarían a merced de los dictadores totalitarios, no sólo el territorio de Francia, sino todos los que integran su Imperio”.

“Los resultados de este acto fácilmente podrían preverse: las poblaciones francesas serían sometidas y obligadas a trabajar en contra de sus aliados; el suelo de sus mayores serviría de base de operaciones para atacarnos, autorizado por los hombres de Burdeos; y la Marina francesa, así como los recursos con que ahora cuenta el Imperio, pasarían a poder de los ejércitos del mal, para ayudarlos a realizar sus perversas finalidades”.

“El Gobierno de Su Majestad —agregó con firmeza— mantiene la confianza más absoluta de que, suceda lo que suceda, podrá resistir la lucha en dondequiera que se manifieste el adversario, es decir: en los aires, en la tierra y en los mares, hasta alcanzar la victoria. Así que se haya logrado, la Gran Bretaña considerará con profundo interés la causa del pueblo francés, independientemente de la conducta que se trace el Gobierno de Burdeos”.

“Nuestra victoria constituye la única esperanza de restaurar la grandeza de Francia y redimir a su pueblo. Valerosos ciudadanos de otros países, que también han sido víctimas de la agresión de los nazis, nos acompañan intrépidos y serenos en esta cruzada

por la Libertad. Franceses de todos los rumbos: en nombre del Gobierno de Su Majestad, os pido vuestra eficaz ayuda”.

Cuando nos detuvimos en una posada de las muchas que existen a la vera del camino, un solícito “garçon” nos recibió con esta nueva tergiversada por su entusiasmo:

—“¿Ya lo saben...? ¡Curchill se levantó en armas para ayudar a Francia!”.

—“¡Calla, imbécil—gruñó la patrona—, tú no entiendes de esas cosas!”

—“Sólo que no tuviera orejas para oír. Si lo acaba de gritar la radio”.

—“No dijo éso —interrumpió un parroquiano que portaba el uniforme de marino—. Habló de que lo auxiliemos para continuar la pelea contra los “boches”.

—“Pues es lo mismo —replicó el sirviente—. Como nadie ha de ir...”

—“Pero ¿qué te crees tú, especie de alcachofa, que se han acabado los hombres de Francia?... Mírame bien a los ojos, a ver si me sientes encogido” —dijo levantándose airado, en actitud de reto, frente a su interlocutor—.

—“Pues la radio no lo mencionó a usted”.

—“Ya mencionará a otros, boquiflojo; ya los mencionará; hay todavía carne de franceses, que ni toda la pólvora del mundo podrá exterminar”.

Nos levantamos luego, para no seguir presenciando esta disputa, dueños ya del diálogo que revestía, para nosotros, un gran interés: la opinión del pueblo en toda su desgarradora y tremenda elocuencia.

Otra vez en la carretera, apenas conectamos el radio de nuestro automóvil, percibimos la cálida voz de un soldado francés que, allende el Canal de la Mancha, lanzaba su grito de rebeldía con esta expresión final:

“Francia no está sola. Tiene un vasto imperio detrás de ella. Puede unirse con el Imperio Británico, que domina los mares, y continuar la lucha. La guerra no está decidida por la batalla de Francia. Es una guerra mundial. El fuego de la resistencia francesa no debe extinguirse y no se extinguirá. Todo francés que lleve armas tiene el deber de continuar la resistencia. ¡Soldados de Francia! Dondequiera que estéis, rebelaos contra los que han entregado la patria al enemigo. ¡Viva Francia!”

—“¡Viva Francia!” —coreó nuestro chofer, Alberto Parisini, acelerando la marcha del carro en una actitud irrefrenable de entusiasta solidaridad.

—“Yo nací en Italia, señor Ministro —aclaró, dirigiéndose a mí, con la alegría retratada en el semblante—; pero quiero a Francia más que Pétain, y odio a Mussolini como debe odiarlo De Gaulle”.

\* \* \*

Ciento ochenta y tres kilómetros recorrimos esta vez en un tiempo normal. Tres horas fueron suficientes para que llegáramos a Biarritz (Bajos Pirineos), localizáramos el Hotel Carlton, y pudiera yo asistir a la primera junta que celebraban mis distinguidos colegas diplomáticos.

El insigne literato Francisco García Calderón, Embajador de la República del Perú, y Presidente de la reunión, tuvo la gentileza de llevarme a su diestra, asistido por los consejeros Jaime Torres Bodet y Bernardo Reyes, de la Legación de México. Gracias a esta junta, tuve ocasión de enterarme, por labios del señor Luis Doble Segreda, encargado de Negocios de Costa Rica, de que los ejércitos alemanes habían avanzado hacia Rochefort, tocaban el Atlántico en la desembocadura del Gironde, y de que, por primera vez en el frente italiano, los camisas negras sembraban la muerte, validos de tanques procedentes de Checoeslovaquia.

José Gregorio Díaz, inteligente Ministro de Guatemala, nos informó, a su vez, con los datos que obraban en su cartera, que el señor Le Beau, Gobernador de Argelia, había denunciado al Cónsul General Británico, como el “instigador principal de la rebelión en ese Dominio”, circunstancia que ameritó una protesta por parte del Embajador Corbin, en nombre del Gobierno de Burdeos, ante el señor Halifax, miembro del Gabinete de Londres.

César G. Gutiérrez, Ministro del Uruguay y gran amigo de todos los diplomáticos latino-americanos, se sirvió participarnos las noticias que había recibido en el sentido de que el Gobierno del Mariscal Pétain efectuó un Consejo en la tarde de hoy, para conocer las condiciones de armisticio del Gobierno italiano, las cuales, en principio, merecieron su aprobación, excepción hecha de la cláusula número 9, cuya discusión fué reservada para el día de mañana.

\* \* \*

Al levantarse la sesión, recibí el siguiente mensaje, retransmitido de Burdeos:

“1699. Con carácter urgente manifieste usted al Gobierno francés que México está dispuesto a recoger a todos los refugiados españoles de ambos sexos residentes en Francia. Diga usted que este Gobierno está tomando medidas conducentes para llevar a la práctica esta resolución en el menor tiempo posible. Si el Gobierno francés acepta en principio nuestra idea, expresará usted que desde el momento de su aceptación, todos los refugiados españoles quedarán bajo la protección del pabellón mexicano. Asimismo, de aceptar el Gobierno francés, sugiera usted forma práctica para realizar propósito, en la inteligencia de que en atención a las circunstancias, nos dirigimos Gobiernos alemán e italiano, comunicándoles nuestro deseo. Conteste urgentemente”.





UNES 24 DE JUNIO. —No habiendo encontrado alojamiento en Biarritz (Bajos Pirineos), nos trasladamos a la risueña ciudad de San Juan de Luz, frontera con España, en donde nos ofreció albergue al lado de sus familiares, nuestro fraternal amigo Gilberto Bosques, Cónsul General de México en Francia.

Juzgo un deber dejar en este diario el testimonio de mi profunda simpatía y mi

leal comprensión a la seria, medulosa y edificante tarea que ha venido realizando el profesor Gilberto Bosques, en los momentos más dramáticos que vive Europa. Siempre ha mantenido su trabajo en el plano de la más conmovedora honradez, dando prestigio, con su pensamiento y su obra, a las jornadas de rehabilitación humana que tan brillantemente ha desarrollado.

Colaborador mío, para fortuna de nuestra causa, constantemente probó, ante propios y extraños, no tan sólo sus capacidades intelectuales, sino la rica calidad de su espíritu; remo amigo con el que pude sortear mejor minutos de tormenta.

\* \* \*

Visitando los lugares históricos de San Juan de Luz (Bajos Pirineos), y encontrándonos precisamente en el Castillo de Luis XIV, el capitán Haro Oliva llegó a comunicarnos que la transmisora de Burdeos había anunciado que a las 12 horas el Mariscal Pétain replicaría enérgicamente al Premier Churchill. Apenas alcanzamos a llegar al Hotel Villa Maitagarría, cuando escuchamos las palabras del Jefe del Estado Francés, que constituyeron una terrible requisitoria contra el líder británico:

“Franceses: el Gobierno y el pueblo francés han oído ayer, con estupor entristecido, las palabras del señor Churchill. Nosotros comprendemos la angustia que las dicta. El señor Churchill teme, para su país, los males que abruman al nuestro desde hace un mes. No hay, sin embargo, circunstancias en que los franceses puedan sufrir, sin protestar, las lecciones de un ministro extranjero. El señor Churchill es juez de los intereses de su país; pero no lo es de los intereses del nuestro. Lo es, menos aún, del honor francés”.

“Nuestra bandera continúa sin mancha. Nuestro Ejército se ha batido brava y lealmente. Inferior en armas y en número, se ha vista precisado a pedir que cese el combate. Yo afirmo que lo ha hecho con independencia y con dignidad. Nadie logrará dividir a los franceses, en el momento en que su país sufre. Francia no ha ahorrado ni su sangre, ni sus esfuerzos. Tiene conciencia de haber merecido el respeto del mundo. Y es de sí misma, en primer término, de quien espera su salvación. Es preciso que el señor Churchill lo sepa. Nuestra fe en nosotros mismos no ha declinado. Sufrimos una dura prueba. Pero ya hemos vencido otras. Sabemos que la patria permanecerá intacta, mientras subsista el amor de sus hijos por ella. Este amor no ha tenido nunca más fervor”.

“La tierra de Francia no es menos rica de promesas que de glorias. A veces, uno de nuestros aldeanos ve su campo devastado por el granizo. Pero no pierde la esperanza de la mies próxima, y cava, con la misma fe, el mismo surco para el grano futuro”.

“¿Cree el señor Churchill que los franceses niegan, a Francia entera, el amor y la fe que conceden a la más pequeña parcela de sus campos? Pues no. Los franceses miran cara a cara su presente y su porvenir”.

“Para el presente están seguros de mostrar más grandeza confesando su derrota, que oponiéndole argumentos vanos y proyec-

tos ilusorios. Para el porvenir, saben que el Destino está en su valor y en su perseverancia”.

\* \* \*

Almorzando con el señor Raúl Contreras, Ministro de El Salvador, recibimos la noticia de que el Consejo de Burdeos había aprobado las condiciones de Roma, por lo que el armisticio entraría en vigor al correr de esta noche.

Enterado de la presencia, en esta ciudad, del eminente político señor V. K. Wellington Koo, Embajador de la República de China, que me honra con su amistad desde París, me dispuse a visitarlo en la pensión Ohartzia, rue Garat, adonde acudí, acompañado por el señor Jaime Torres Bodet, encargado de Negocios de México en Bruselas.

El señor Wellington Koo es, seguramente, una de las más destacadas figuras entre los diplomáticos del mundo. Ministro de Relaciones Exteriores de Chang-Kai-Shek, se reveló como una inteligencia privilegiada; años después presidió la Embajada de su país ante el Kremlin, afianzando notablemente las relaciones ruso-chinas. Posteriormente, representó a su Gobierno en la Liga de las Naciones, en la que, gracias a su constante pugna contra el Imperio del Sol Naciente, obligó a Tokio a separarse del alto Tribunal internacional, establecido en Ginebra. Al iniciarse la actual conflagración, tomó a su cargo la Embajada de París, en donde muy pronto supo conquistar el respeto y la simpatía de todos los Jefes de Misiones acreditadas, quienes lo consideran como un auténtico soldado al servicio de las Democracias.

Después del colapso de Francia, no será difícil que represente las aspiraciones de su pueblo cerca de Churchill, y ¡quién sabe si, al correr del tiempo, tengamos la satisfacción de verlo presentar credenciales en la Casa Blanca!

Nos recibió con esa exquisita cortesía tan propia de los orientales:

—“Me congratulo de verlo sano, después de los trágicos días que hemos vivido —expresó lleno de afecto y a guisa de saludo—. ¡Desgraciadamente nosotros no podemos decir lo mismo!”

—“¿Sufrió algún contratiempo durante el éxodo?”

—“Los mismos que usted; pero, además, con un amargo saldo irreparable. Fué en Etampes, la noche aquella del bombardeo que sufrimos juntos: habíamos dejado el camión que conducía los

archivos de nuestras oficinas, en un garage, al cuidado de empleados de confianza; quiso la fatalidad que le tocara una de las bombas. Nuestra Embajada pierde con eso la vida de dos leales secretarios, así como valiosos documentos que, devorados por el incendio, no volveremos a sustituir”.

Una vez que le expresamos nuestros cumplidos sentimientos por el accidente, llevamos la conversación al plano de la inquietud general:

—“¿Qué impresión tiene usted del futuro de Francia?”

—“La más dolorosa de cuantas puedan concebirse —respondió—. Siento que este gran pueblo va derecho al suplicio y al desastre; y lo peor que le acontece, es que nadie podrá auxiliarlo, ni mucho menos reconstruirlo”.

—“¿No cree usted que el señor Mariscal Pétain logre con el tiempo?...”

—“¡Es tan respetable su figura, que a veces pienso que no midió las consecuencias de abandonar la rotonda de los inmortales en que la Historia lo tenía consagrado!”

—“¿Y nada puede esperarse de los políticos exiliados?”

—“Sí: el más grave de los ridículos, que significará su muerte política. Acabo de enterarme de que el “Massilia” llegó a los muelles de Casablanca, contra los deseos de sus pasajeros, quienes aspiraban a verse en Londres, detentando un Gobierno que no supieron conservar en Francia. Con relación a esta aventura, alguien me informó que el Mariscal Pétain había girado órdenes a las autoridades de Marruecos para que impidieran su desembarco. Creo que no pasarán de allí”.





ARTES 25 DE JUNIO.— A la 1.35, y en virtud de los acuerdos establecidos con los Gobiernos de Berlín y Roma, cesan las hostilidades en todos los frentes.

Día de luto nacional, que señala el fin de un viacrucis bélico, para dar sitio a otro viacrucis más doloroso todavía: el de una paz vergonzante, cedida como regalo al pueblo vencido, con la ultrajante insolencia del agresor

afortunado. Estrecha claraboya desde donde puede espiarse un retazo de cielo sin palpitations de astros, sin ese barniz de luz que nos resarce del viscoso cieno de la tierra.

Día de luto universal, de angustioso retroceso histórico; brutal atentado contra la madre común de los hombres que jalaron el ritmo del proceso biológico, creándose redentores ideales de Libertad y de Justicia. Esta fecha debe servir de eterna enseñanza para los pueblos que creyeron en la fuerza de la ley, y no en la ley de sus cañones. Advertencia de recóndito poder eugenésico, capaz de asegurarnos el advenimiento de una nueva era de mas-

culinizada conciencia universal. El saldo trágico de la derrota no puede ser mayor, ni el botín más rico ni más a tono con la codicia de los vencedores.

Francia sufrió en sus ejércitos las siguientes bajas: 190,000 muertos; 675,000 heridos; 1.700,000 desaparecidos o prisioneros, entre los cuales deben incluirse a 29,000 oficiales y 5 generales. Las pérdidas civiles llegan a 65,000 personas.

Alemania, de un solo mandoble, segrega las tres quintas partes del territorio francés, para controlarlas política y militarmente. Y agudiza su crueldad dictando una medida sin precedente en la larga lista de las revanchas militares, que consiste en desarticular los hogares galos, creando la arbitraria división de zonas libres y ocupadas, impidiendo así toda comunicación e intercambio entre las dos porciones de masa humana, desvinculada y sujeta a distintos diapasones de vida, que asigna a millones de gentes la triste condición de prisioneros en su propia patria, cautivos del invasor, que estrellan sus más caras afecciones familiares contra las nuevas fronteras levantadas por el odio germano.

Además, la nación sojuzgada por el Reich pierde el equipo y armamento de 55 divisiones; el equipo y armamento de la Línea Maginot; toda su artillería pesada; implementos de combate que, en poder de los soldados de Hitler, servirán para la continuación de esa carrera de exterminio, cuya meta nadie podría predecir.

¡Y Francia paga cuatrocientos millones de francos diarios por concepto de gastos de ocupación!

Todo esto, agregado a la bancarrota de la fuerza moral del ejército francés; a la disolución o, mejor dicho, descomposición de su Gobierno; a una administración pública, dislocada e impotente para una rápida rehabilitación nacional; y todo este fermento de anarquía, sumado a una vida industrial paralizada, cuyas graves consecuencias económicas amplificarán la magnitud del desastre.

Contra estas condiciones, fijadas por Alemania como precio del armisticio, el Presidente Lebrun, indiscutible símbolo de la Francia no mutilada, opuso el alentador ejemplo de su conducta, el arrogante y patriótico gesto de su protesta. Y aunque su voz aró en el mar, la Historia, que ha hecho un sacerdocio de la paciencia y de la espera, colocará en su debido sitio y a su debida hora, la actitud de un glorioso sacrificado, dueño cabal de su profunda intransigencia libertaria. Y los que confiamos en un balance final favorable a las democracias del mundo, tendremos la satisfacción de ver cómo una Francia resucitada rompe el pacto que “entre

soldados” hubo de concertarse bajo los pinos de Compiègne. ¡Es imposible creer que haya sido el Mariscal de Verdún quien, teniendo bajo los ojos, ameritados de experiencia, las sangrientas cláusulas del armisticio, dijera a su pueblo que **el honor del país había resultado victorioso de la dura prueba!**

\* \* \*

El señor Pomaret, Ministro del Interior, anunció a la nación:

—“Mañana, 26 de junio, una vida nueva comenzará para Francia. Cada hombre, militar o civil, será repuesto en su lugar. Inmediatamente se reanuda el trabajo. El propósito esencial del Gobierno consiste en asegurar a cada quien el pan que debe constituir el producto de su trabajo. Las labores de Francia son enormes. Nosotros tornaremos una página sombría de nuestra Historia hacia nuevos destinos. La Patria, herida dolorosamente, trata de organizar sus negocios. El Mariscal Pétain ha hecho el donativo de su persona a Francia. En torno a él, el Gobierno constitucional, digno y resuelto, se consagrará, por la salud del país que va a continuar viviendo, a mantener su espíritu alto y libre”.

\* \* \*

El señor general Weygand dirigió a los ejércitos franceses, como quien lee una oración fúnebre, la última de sus arengas:

—“Oficiales, suboficiales y soldados de los ejércitos franceses: después de una serie ininterrumpida de batallas encarnizadas, se os ha dado la orden de cesar la lucha. Si la suerte de nuestras armas nos ha sido adversa, por lo menos todos vosotros habéis respondido magníficamente a los llamados que he dirigido a vuestro patriotismo, a vuestra bravura, a vuestra tenacidad. Nuestros adversarios han tenido que rendir homenaje a vuestras virtudes guerreras, dignas de nuestras glorias y de nuestras tradiciones. El honor está a salvo. ¡Estad orgullosos de vosotros mismos! ¡Adquirid, en la satisfacción del deber cumplido, una confianza indefectible en los destinos de Francia que, en el curso de los siglos pasados, ha sabido superar otros reveses. Permaneced unidos y confiando en vuestros jefes; continuad sometiendo a una estricta disciplina. En tales condiciones, ni vuestros sufrimientos, ni el sacrificio de vuestros camaradas caídos en el campo del honor, habrán sido vanos. En dondequiera que estéis, vuestra misión no

ha terminado. Siendo la emanación más pura de la Patria, vosotros seguís siendo su armadura. Su levantamiento moral y material será vuestra obra de mañana. ¡Arriba los corazones, amigos míos! ¡Viva Francia!”

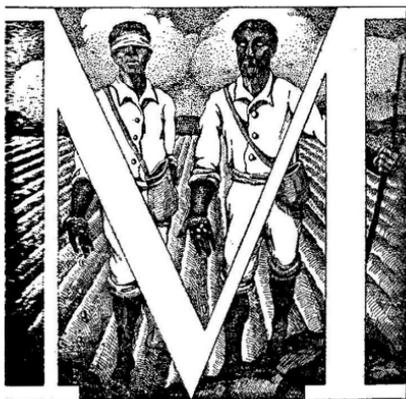
\* \* \*

M. Baudouin, Ministro de Negocios Extranjeros, al comunicar a los corresponsales de prensa las condiciones del armisticio celebrado con Alemania y con Italia, precisó que, aunque muy duras, ciertamente no podían estimarse como deshonorosas. Afirmó también que la flota de guerra francesa, excepción hecha de las unidades que quedarían a disposición del Gobierno francés para la salvaguardia de su Imperio, sería desarmada y reunida en sus puertos de amarre en tiempos de paz, y que entre las zonas que habían de ser empleadas para estos fines, quedaría comprendida la rada de Mers-el-Kebir, cerca de Orán. El Ministro precisó que no podía decidir cómo serían los futuros tratados de paz. Y concluyó: “Francia es necesaria al mundo; todos los pueblos, precisamente por la atención que guardan a su destino, deben aspirar a que Francia subsista y prospere. La Historia nos muestra que aquéllos no se sintieron menos inquietos, a veces, sintiéndola demasiado débil que sabiéndola demasiado fuerte”.

Por su parte, el señor Mariscal Pétain envió, por conducto del señor Henri Haye, Embajador de Francia en los Estados Unidos de América, un mensaje personal al general Pershing, antiguo comandante en jefe del cuerpo expedicionario americano en la Gran Guerra de 14, diciéndole, entre otras cosas, lo siguiente:

—“Las circunstancias me han hecho un Jefe de Estado; he aceptado esta tarea por deber; pero convencido de que es difícil y penosa; estoy convertido en un prisionero del deber”.





IERCOLES 26 DE JUNIO.—

Sin limpiar la tierra de punzantes ortigas y cantos rodados que esparciera el desbordamiento de un río, cuyo cauce fué interrumpido de pronto; con simiente comida por gorgojos, huérfana de sol y lluvia fertilizantes, los dirigentes del dolor de Francia pretenden sembrar en surcos que se antojan oquedades de tumba. Y no saben, prestidigitadores de

su propio infortunio, malabaristas de su desgracia, que no puede haber copiosa siembra, si la mano que esparce la simiente no sigue el ademán trazado por el corazón. Han perdido su mañana y su mediodía, tal vez hasta la cárdena parcela de la tarde, y sólo les resta un jirón de noche para poder dedicarse al trabajo. Bamboleantes, desajustados por su indecisión, caminan a tientas bajo la tiniebla integral, tropezando con los obstáculos que ellos mismos pusieron, enceguecidos por un corto-circuito interior que arrebató su luz, para darles la opacidad que llevarán por el resto de su vida.

No puede haber siembra sin fe, sin entusiasmo, sin la seguridad de que la cosecha quedará en nuestra troje, para el trigo de nuestro molino, para la harina de nuestro pan, para el pan de nuestras hambres. Francia no recobrará su antiguo esplendor, sino hasta cuando haya aprendido a encontrar en la cicuta de la derrota una gota de sabia miel, hasta que consiga la plena posesión de su desastre, en toda su intensidad filosófica. Tardará el ciclo de la restauración; pero cuando ésta se inicie, nadie logrará detenerla. Francia hará de cada viejo error una nueva enseñanza, extirpará de su cuerpo los tumores de hoy y, en el hueco que dejen, injertará su bien ganada experiencia, como quien transforma la acidez frutal de un árbol, con el arrimo de savias depuradas. Y esta lección será útil para todos, y convertirá en ejercicio diario un examen de conciencia colectivo, certera introspección, rutas que el mundo olvidó seguir, asignando al espíritu la triste condición de una mercadería de lujo.

Pétain lucha desesperadamente por impedir que la derrota de su patria aniquile las reservas de la fe popular. Las palabras del Abuelo de la Derrota sólo agregarán lágrimas a su emoción. Ya nadie podrá creer en ellas; su extemporaneidad hará más vivo el dolor de la hora presente, ya que exhiben una sabiduría malograda por el destiempo. Pétain no podrá hacer milagros, la resurrección vendrá después de que Francia se desintoxique totalmente, eliminando de su torrente circulatorio la droga inyectada en opulentos días de paz, de ocioso trabajo intrascendente, de objetivos enanos, embotadores del espíritu, focos de apaciguamiento, de comodidad, lujuria y sed de oro. Sólo hasta entonces el cerebro del mundo volverá a pensar, purgado de la amnesia de ayer, la inconsciencia de hoy y la soberbia de siempre. Por éso la voz cansada del cansado Mariscal encontrará la resistencia de muchedumbres que jugaron su fe, y la perdieron; que jugaron su honor, y lo perdieron. ¡Hable cuanto quiera el Príncipe de la Derrota: que su bastón de Mariscal habrá de parecernos un bordón fragmentado, y sus gloriosos laureles, una corona de gardenias!

\* \* \*

—“Franceses: me dirijo hoy a vosotros, franceses de la Metrópoli y franceses de ultramar, para explicaros los motivos de ambos armisticios firmados; el primero, con Alemania, hace tres días; y el segundo, con Italia —dijo el Mariscal Pétain, en el cuarto mensaje

que pronunció por radio—. Lo que es preciso marcar primero es la ilusión profunda que Francia y sus aliados se han hecho acerca de la verdadera fuerza militar, y eficacia del arma económica: libertad de los mares, bloqueo, recursos de los cuales podían disponer. Hoy, como ayer, no se gana una guerra únicamente con oro y materias primas. La victoria depende de los efectivos, del material y de las condiciones de su empleo. Los acontecimientos han dado la prueba de que Alemania poseía, en el mes de mayo de 1940, en este dominio, una superioridad abrumadora, a la cual no podíamos oponer, al comenzar el combate, sino palabras de ánimo y de esperanza”.

“La batalla de Flandes se ha terminado con la capitulación del ejército belga a campo raso, y con el cerco de las divisiones inglesas y francesas. Estas últimas han combatido con valentía. Formaban lo mejor de nuestro ejército: a pesar de su valor, no han salvado parte de sus efectivos más que al abandonar su material”.

“Una segunda batalla se ha librado sobre el Aisne y el Somme. Para mantenerse en esta línea 60 divisiones francesas, sin fortificaciones, casi sin carros, han luchado contra 150 divisiones de infantería y 11 divisiones acorazadas alemanas. En unos días el enemigo ha roto nuestro dispositivo, partido a nuestras tropas en cuatro trozos e invadido la mayor parte del suelo francés”.

“Ganada ya virtualmente la guerra por Alemania, Italia ha salido a campaña, creando contra Francia un frente nuevo, delante del cual ha resistido nuestro ejército de los Alpes”.

“Desde entonces ha tomado proporciones inauditas el éxodo de los refugiados. Diez millones de franceses, juntándose con un millón y medio de belgas, se han arrojado hacia atrás de nuestro frente, en condiciones de desorden y miseria indescriptibles”.

“Desde el 15 de junio, el enemigo, franqueando el Loira, se extendía a su vez en el resto de Francia”.

“Ante tal desgracia, la resistencia armada tenía que cesar. El Gobierno se hallaba acorralado entre estas dos decisiones: quedar en su sitio, o bien salir por mar. Deliberó y se resolvió a quedar en Francia para mantener la unidad de nuestro pueblo y representarlo frente al adversario. Estimó, en tales circunstancias, que su deber era conseguir un armisticio aceptable, dirigiéndose al sentido del honor y de la razón del adversario”.

“El armisticio está firmado, el combate, concluido. En este día de duelo nacional, mi pensamiento se va a todos los muertos, a cuantos han padecido la guerra en su cuerpo y en sus afecciones.

Su sacrificio ha mantenido alta y pura la bandera de Francia. Que permanezcan en nuestra memoria y en nuestros corazones”.

“Las condiciones en las cuales hemos tenido que suscribirlo resultan severas. Una gran parte de nuestro territorio va a ser ocupado temporalmente. En todo el Norte y el Oeste de nuestro país, desde el lago de Ginebra hasta Tours y a lo largo de la costa de Tours a los Pirineos, Alemania mantendrá guarnición. Se licenciarán nuestros ejércitos. Se remitirá al adversario nuestro material, arrasadas nuestras fortificaciones, nuestra flota desarmada en nuestros puertos. En el Mediterráneo se desmilitarizarán unas bases navales. **Al menos, el honor está a salvo.** Nadie se valdrá de nuestros aviones ni de nuestra armada. Guardamos las unidades terrestres y navales, necesarias al sostenimiento del orden, en la Metrópoli y en nuestras colonias. El Gobierno queda libre. Únicamente franceses administrarán a Francia”.

“Estabais dispuestos a continuar la lucha, yo lo sabía. La guerra estaba perdida en la Metrópoli, ¿debíamos continuarla en nuestras colonias? No sería digno de permanecer al frente vuestro, si hubiera aceptado verter la sangre francesa, para prolongar el sueño de algunos franceses mal instruidos respecto a las condiciones de la lucha. No he querido colocar fuera de la tierra de Francia ni mi persona, ni mi esperanza. Me he preocupado de nuestras colonias, lo mismo y no menos que de la Metrópoli. El armisticio mantiene los lazos que las unen. Francia tiene el derecho de confiarse a su lealtad”.

“En adelante tenemos que encauzar nuestros esfuerzos hacia el porvenir. Comienza un orden nuevo. Después, recobraréis vuestros hogares. Algunos tendréis que reedificarlos. Habéis padecido; padeceréis todavía. Muchos de entre vosotros no encontrarán sus instrumentos o su casa. Vuestra vida resultará dura. No seré yo quien os engañe. Odio las mentiras que tanto os han perjudicado. La tierra no miente. Sigue siendo vuestro recurso. Es la misma Patria. Un campo sin cultivo es una porción de Francia que muere. Un barbecho sembrado de nuevo, es una parte de Francia que renace. No esperéis demasiado del Estado: no puede dar más de lo que recibe. Contad en lo presente con vosotros y en lo venidero con vuestros hijos, criados en el sentimiento del deber”.

“Tenemos que restaurar a Francia. Mostradla al mundo que la observa, al adversario que la ocupa, con toda su calma, con toda su labor y dignidad. Vino vuestra derrota de nuestros relajamientos. El espíritu de goce destruye lo que ha edificado el espíritu

de sacrificio. Os invito primero a un enderezamiento intelectual y moral. Franceses, vosotros lo llevaréis a cabo y, os lo juro, veréis a una nueva Francia surgir de vuestro fervor.”

\* \* \*

Comentando, en la reunión diplomática celebrada este día en el Hotel Carlton de Biarritz, las últimas noticias, vinimos al conocimiento, por información que tuvo a bien proporcionarnos el señor Gabriel González Videla, Ministro de Chile, que el señor Mandel, Ministro del Interior en el Gobierno de Paul Reynaud, había logrado desembarcar subrepticamente del “Massilia”, para pedir al Gobierno inglés que enviase sus representantes con el objeto de discutir la situación del nuevo Gobierno que proyectaba establecer en Casablanca. Atendiendo la invitación, el Gobierno de Londres comisionó a los señores Duff Cooper, Ministro de Información y al general Lord Gort, Jefe del cuerpo expedicionario en Francia, para que fueran a parlamentar con los políticos prófugos.

La residencia fué advertida del viaje, descubierta al transmitir la petición telegráfica, por lo que los aeródromos y las aguas territoriales quedaron estrechamente vigilados. Sin embargo, el hidroavión que transportaba a los enviados británicos, acuatizó en la desembocadura del río de Rabat, llamado Bou-Regreg, en un sitio deshabitado. Duff Cooper y Lord Gort se trasladaron al Hotel Balima, en Rabat, desde donde intentaron comunicarse con Mandel, para que fuera a entrevistarlos. En vez de recibir la visita esperada, el Residente de la ciudad suplicó a los funcionarios que no abandonaran su Hotel. Al mismo tiempo, y por respeto a los aliados de ayer, comisionó, en el propio Hotel Balima, a un funcionario, el cual se mantuvo constantemente a la puerta de sus habitaciones, en espera de los representantes de Londres, para reiterarles las excusas del Residente: que éste sentía muchísimo no poder corresponder a los deseos de ellos; pero que el interés de Francia exigía que ninguna confusión pudiera producirse acerca del papel y de las iniciativas del señor Mandel. Los señores Cooper y Lord Gort abandonaron por fin Marruecos, sin disimular su decepción, y sin haber tenido oportunidad de cambiar palabras con ninguno de los exiliados franceses, quienes prácticamente podían considerarse como prisioneros, dentro de sus camarotes en el “Massilia”.



UEVES 27 DE JUNIO.— Mañana bruñida como corneta limpiada ayer, a la sombra de los cuarteles vencidos, con pomada de sangre, buscando reflejos. Fulgor de bayoneta tratada con ácidos extraños, capaz de simular el argento de la luna. Noche de espuma de jabón, sobre el tumulto de las crines lacias; revisión de cascos; trenza sombría de un airón de cerdas; ir y venir de baldes de agua, para limpiar

los flancos de las bestias, para dar al acero su auténtica frialdad, para hacer de los carros de asalto carruajes de carnaval, con sus nidos de ametralladoras espulgadas de liendres de fuego; con sus negros telescopios, de pupila aclarada; con el bautismo del alba en las granadas fraticidas que todavía se abrirán como frutos maduros dentellados de rojo. Deseo de borrar las manchas; de acabar con todas las oxidaciones; de presentarnos al cañón como ingenuo animal de largas convalecencias de metralla. Escrupulo, respecto al pecado cometido, como quien llena de gases de mos-

taza la pila del bautismo, como quien pone en las máscaras contra la asfixia, un raro acento de humanidad.

Todo disimulando la victoria, tratando de ocultar la barbarie con clarines deshonrados, con banderas peinadas por la seguridad, con cruces estrujadas, de aspas que se doblan como rodillas de cortesano. El alemán ha cometido un crimen contra su heredad y la nuestra, contra su libertad y la nuestra, contra una cultura común, sin “K”, afirmando la negación del sur germano, al mandato de la Prusia insolente. Y por encima del menor ocultamiento, la responsabilidad histórica de uncir la libertad al carro del triunfo. Ruedan por las calles de Francia los alardes mecánicos de un país que ha tergiversado la honrada misión de los metales; que compra a precios exorbitantes el derecho a vivir con fastuosidad de amo; pero con arrepentimiento de traidor. Sí, son las mismas gentes que hicieron de España su conejera de experimentación; que ensayaron la certeza de sus tiros sobre el blanco de las frentes infantiles; que impusieron un ignominioso trueque: robarle al pueblo su pan, su aceite y su vino, para darle en cambio armas destructoras. Pero jamás podrá saciar el hambre quien asignó a la tierra condiciones de teatro, quien dió al sembrador, por cada fanega de trigo, una montaña de obuses.

A las 6 de la mañana, Hitler lanzará a la calle su circo trágico, con leones amaestrados que saben besar en el pico a las palomas; con canastillas de fuego, que la impudicia suspende en el aire; con sus osos de acero, que hace danzar un pandero de metralla; con sus columpios para el salto mortal, y con sus payasos para encubrir la inseguridad propia, con colorines y albayaldes. ¡Ah!, ¡la hora de un inútil descanso en el que punzan las almohadas con su algodón de hierro, viviendo la pesadilla que el germano infló, como quien infla al aire una pompa de jabón rojo!

Nos duele contemplar a las más tiernas generaciones de Alemania, insultando la altivez zoológica de los gansos, con sus pasos marciales, formando una serie de equis, con la mano alargada y sosteniendo un rifle. Aprisionando la cabeza dentro de un portal de acero, cantando músicas decentes con palabras innobles. Por un momento nos imaginamos a las madres de esos tiernos criminales agobiadas al peso de su incertidumbre, deshaciendo el migajón de la tierra que aguarda inútilmente. El rubio sembrador dejó la era; cambió su bella indumentaria campesina, por el gris uniforme de oliva, con el que se disfraza la juventud de Hitler, como queriendo arrojar paletadas de tierra sobre la sangre mártir. El desfile se

inicia con un interminable despliegue de banderas, como si todos los cuervos del mundo se hubieran dado cita en un mismo mástil, como si todas las velas piratas coincidieran en una misma gigante arboladura. Las fanfarrias gesticulan sus cóncavos sonoros; soplan los pulmones juveniles, como el operario del vidrio conduce su hálito a través de una caña que hace danzar al cristal. Hay que ocultar la cómica respiración de las máquinas de guerra, apagar sus siniestros ronquidos con músicas que el aire teje y desenreda, igual que el hilo griego en la rueca de Penélope, la mujer de Ulises. Es una descubierta que nos recuerda la “troupe” de antaño, con sus dóciles elefantes, agitando como herreros sus martillos; con jaulas donde la hiena aprende a olvidar los cadáveres que ha desenterrado; con cebras, como rejas de cárcel quemando la piel; con sus lustrosas focas, que alegran el betún de su vestido, con la pelota de gajos alegres. Y sobre todo, la cabalgata de contorsionistas, de hombres y mujeres a quienes la necesidad quebró los huesos y los hizo de goma.

Por fin hemos visto un desfile de combatientes teutones. Su primavera de 18 años nos huele a espiga quemada, nos recuerda el color con que visten los monederos falsos sus ligas complicadas. No es contra ellos nuestro coraje, no es contra ellos nuestro desprecio: el dueño de la caja de soldados de plomo extiende su juego e improvisa su guerra. Pensad, en un instante, en la tragedia de esa energía robada al orgullo alemán. Decídmelo: ¿para quién habrán de ser los nuevos espacios vitales, si los hombres han perdido la clave de su respiración; si en lugar de gentes sólo existen fantasmas? ¿Se llenarán los espacios vitales con inertes cuerpos de jóvenes, deshonrados por una muerte sin piedad? El Führer gana tierra; pero pierde hombres. Logra victorias, sin saber de los riesgos del negocio. Esta hora de destrucción no la levanta nadie; su quiebra nos habla de una bárbara poda, donde murieron los retoños, el temblor de las yemas y el calor de los pájaros.

Estamos en Francia, en el país que ya no puede cantar la Marsellesa, que ya no la debe decir, hasta que no recobre todas sus libertades. Mientras tanto, el victorioso lleva en andas a su dios, bajo el palio de sus banderas, y arroja contra los vencidos sus cánticos triunfales, oprobiosos, intransigentes, despiadados. Hoy hemos visto desfilar cientos de miles de soldados germanos; ni uno solo de ellos llevaba claridad en los ojos; pero, en cambio, ¡qué bárbara sinfonía la de sus músculos, qué trágica lección la de sus espadas desnudas, qué evangelio en sus tibias fauces de

lobo! Una, dos, diez, veinte horas marcharon, golpeando el suelo de Francia con sus botas flamantes, como un rosario extendido sobre el pecho de la muerte, todos iguales en su impudicia, en su temeridad, en su valor, en su intrepidez, semejantes al teclado de un órgano infinito, rezongador de himnos; parecidos a un multi-forme telar, cada uno una hebra, pero todos juntos el sudario de la Libertad.

No hubo francés que soportara el bofetón de su presencia. Todos se ocultaron para no ver esa larga película de metraje absurdo, con la cual Hitler cubre sus programas de ocupación y de despojo. En cada hogar de Biarritz, de San Juan de Luz, de Burdeos, de París, de Francia, de la Europa sojuzgada, del mundo, el dolor de un padre convocó a sus hijos a la más inevitable de todas sus meditaciones. Weygand pudo decir: “¡Señor, cúmplase tu voluntad!”, pero no apuró el vino mezclado con la hiel. Nosotros debemos gritar: “¡Señor: corrige nuestra voluntad, aunque para ello sea necesario apurar la cicuta, y dejarse morir como Sócrates, filosóficamente!”

\* \* \*

Advertidos horas después, de que se habían reanudado los servicios telegráficos con América, intentamos transmitir nuestras noticias a la Cancillería de México, por lo que, exponiéndonos a graves peligros, pero urgidos también por las circunstancias, enviamos los siguientes mensajes que estimamos de positivo interés:

“Relaciones. México. 157. Desde 8 corrientes, no recibo mensajes esa Secretaría. He telegrafiado frecuentemente atribuyendo falta respuesta inseguridad comunicaciones. Como hoy reanúdanse normalmente, repito informes subsecuentes 158 y 159, sintetizando mis anteriores, con excepción los de orden general que ahora pertenecen al dominio público. En nuestra dirección Legación de México, Mont-Dore, Puy de Dome, espero noticias abarquen término incomunicación”.

“Relaciones. México. 158. Movimiento de personal. Sin respuesta a mis mensajes 140 y 141, salí París día 12 después comprobar todos elementos oficiales y familias mexicanas habían establecido sus residencias fuera zona considerada peligrosa. Acompañado funcionarios Legación, Consulado, Fiscalmex, dirígeme Tours donde permanecemos cerca Gobierno hasta su salida Burdeos. En esta ciudad estuvimos mientras nuevo Gabinete salió Biarritz como sede cuerpo diplomático. En contacto constante

con autoridades francesas hoy recibí atenta sugestión trasladarme con demás jefes Mont-Dore, Puy de Dome, donde cuerpo diplomático fijará asiento sus negocios. Esa virtud dispuse Cónsul Bosques establezca sus oficinas Marsella, Fiscal Alva Cejudo, donde opere Banco y consejeros, secretarios, attachés, cancilleres y demás empleados distribúyanse distintas provincias sin perder contacto conmigo. Todos encuéntranse sin novedad, peripecias sufridas ofreciéronles ocasión significarse serenos, disciplinados y patriotas. Estoy satisfecho su importante colaboración”.

“Biarritz, 27 de junio de 1940. 159. Reanudación relaciones diplomáticas con Inglaterra. Como informélo mensaje 101, Ministro Monnet aprovechó contacto líderes laboristas participan Gobierno Churchill para formar opinión favorable entre dirigentes británicos. Conseguido objeto efectuó conferencias varios funcionarios ingleses dieron resultado. Asunto trasladaríase Ministerio Negocios Extranjeros francés, objeto arreglos celebrados revisieran formalidades apropiadas. Días después, Embajador Roux, Secretario General mismo Ministerio, consultóme negociaciones dejamos convenidas para transmitirse oficialmente Gobierno inglés. Este acreditó delegado a Sir Ronald Hugh Campbell, a quien informé criterio nuestro Gobierno expresado mensaje 1473, fecha 14 de mayo. Aprobada reanudación en principio, díjome regresaría Londres objeto poder confirmar su gestión. Empeñó viaje aéreo, volviendo horas después para informar Gabinete británico manifestábase completamente de acuerdo pláticas sostenidas. Para ultimar detalles situámonos Burdeos, donde acontecimientos impidiéronnos celebrar nuevas conferencias, virtud autoridades inglesas ordenaron evacuación inmediata territorio francés todos sus nacionales. Su última declaración telefónica consistió informarme encargaríase su Gobierno diligenciar asunto, conviniendo directamente pormenores con el nuestro. Ministro Rodríguez”.

Los diarios “Paris-Soir” y “Le Temps”, publicados en Burdeos, consignaron, en la tarde de hoy, los siguientes mensajes, recibidos de sus corresponsales en Londres:

“La Gran Bretaña reanuda sus relaciones con México. Londres, 27 de junio. Respondiendo a una consulta que le fué formulada en la Cámara de los Comunes, el señor Buttleer, Subsecretario de Estado y de Negocios Extranjeros, declaró que las relaciones diplomáticas entre la Gran Bretaña y México serían reanudadas inmediateamente”.

\* \* \*

Al llegar al restaurante de la Villa Maitagarriá, el señor Jaime Torres Bodet, testigo del esfuerzo que nuestra Embajada desplegó para el arreglo de las relaciones anglo-mexicanas, y quien me esperaba en compañía de algunos otros funcionarios de mi país, mostró jubiloso, los diarios en donde se hacía mención a nuestras gestiones, con las palabras del Subsecretario Buttler, pronunciadas en la Cámara de los Comunes de Londres. Torres Bodet, comprensivo, otorgó a nuestra tarea la sinceridad de sus amplias felicitaciones.

\* \* \*

Con motivo de la celebración del día de duelo nacional, el arzobispo de Clermont-Ferrand, Monseñor Pigüet, poseedor de la cruz de la otra guerra, dirigió al pueblo francés las siguientes palabras de duelo y de reconfortación: “Amémonos los unos a los otros, primero entre franceses, y desplazemos de todas nuestras actividades los procedimientos y los métodos de la incompetencia, del envilecimiento, de la negación de la inteligencia y del buen sentido; en una palabra, del egoísmo miserable. A este resurgimiento nos invita el Jefe del Gobierno, quien ha pronunciado esta grave advertencia: “Odio las mentiras que nos han hecho tanto mal”. Si se nos habla así es para convocarnos a la vez a una vida nueva que debemos comenzar hoy mismo, después del armisticio. Esta nueva vida la debemos a nuestros muertos, caídos por la Patria; ¡agradezcámosles el producto de su sacrificio! ¡Encontremos, en la efusión de su sangre, la simiente fecunda de la energía, que habrá de preservarnos de nuestros errores y de nuestras faltas!”

\* \* \*

En Biarritz, Bayona y San Juan de Luz (Bajos Pirineos); probablemente en todo el territorio de Francia, como simbólicos avisos, aparecen estas inscripciones anunciadoras de la realidad de la post-guerra: “No hay gasolina”. “No hay periódicos”. “No hay leche”. “No hay carne”. En otros establecimientos se lee esta mención desesperada, que resume el panorama económico del país invadido: “No hay nada”.



VIERNES 28 DE JUNIO.— Pocos personajes tan funestos para Francia como el ladino Mandel, apóstata, desleal a todos; torvo judío calculador, exacerbado por su fama negativa, dispuesto a las más absurdas mixtificaciones. Es vivo ejemplo de lo que relajó a Francia; de la simulación, del enjutamiento moral, del fácil éxito conseguido por cualquier medio. Hombres como él, en puestos responsables,

desde los más estratégicos baluartes de la República, con terquedad de zapadores, con prisa de sepultureros, minaron los soportes de la nación, considerada como prototipo de democracia; fomentaron las corrientes de anarquía popular, hasta reunir las en un torrente suicida, devastador e implacable.

Mandel ocupará algún día la celda que le corresponde, donde vegetan los sentenciados convertidos en números de infamia, devorando su propia carne, defendiendo sus culpas con sus colmillos centinelas, con su ponzoña y el imán de su vaho. Comerciante fraudulento con exigencias de Shylock, seguirá cobrando

el usufructo de sus iniquidades, pendiente desde la sombra de su prisión, de las diarias cotizaciones de bolsa.

Por lo pronto, el nuevo Gobierno ha dispuesto que se le instruya proceso por delitos contra la seguridad del Estado.

\* \* \*

Y elevándose por sobre la miseria de tanta ruindad, los hombres dotados de una mente superior —privilegio de pocos—, logran levar el ancla de su nave, de los bajos fondos del armisticio, que es como una laguna Estigia, surcada por los cobardes, a bordo de la infamia, llevando sobre cubierta el cadáver de Francia.

Suenan en los espíritus ávidos de idealismo, los violines de la noche sideral, con que las almas, saltando de estrella a estrella, trazan, como signos de luz, sobre el infinito pentagrama del cielo, las notas eternas e inmutables de la mágica sinfonía universal. Y esas notas, como cuentas diamantinas, van cayendo en la mente de los hombres elegidos, para ser traducidas en vibraciones de arte y de belleza.

¡Dichosos ellos que, en el vuelo elevado y sereno de su pensamiento, elaboran, con la amarga levadura del dolor humano, el pan magnífico de la esperanza, para sustento de los desgraciados!:

André Joyel-Fauré, uno de los grandes príncipes de la literatura francesa contemporánea, produjo así su “Mater Dolorosa”, que habrán de repasar, transidas, las generaciones del futuro:

Le glaive du Germain a meurtri ton visage  
Et, de tes flancs ouverts, un sang pur a coulé  
Mais ton coeur bat toujours sous le ciel désolé  
Ou plus de cent hauts faits ont prouvé ton courage.  
Tes genoux ont ployé sous le faix de ton age  
Comme un chene trap vieux, brusquement écroulé;  
Et depuis lors hélas, un monde inconsolé  
N'a plus que sa douleur a t'offrir en hommage.

\* \* \*

France, Archange blessé... France, rassure toi...  
Les peuples endeuillés te maintiennent leur foi,  
Tels des enfants penchés au chevet de leur mere;  
Car toujours l'espérance a jailli du tombeau,

Car la main du vainqueur n'a pas pris ton flambeau,  
Et ton relevement n'est pas une chimere.

En el curso del día me habló por teléfono M. Paul Bertoli, Primer Secretario de la Nunciatura de la Santa Sede, para invitarme, en nombre de M. Valerio Valeri, Arzobispo de Beques y Representante del Vaticano ante el Gobierno de Burdeos, para que, al igual que los otros Jefes de Misión radicados en los Bajos Pirineos, saliera inmediatamente con destino a Clermont-Ferrand, en donde Pétain había resuelto establecer su Gobierno a partir del día primero de julio.

\* \* \*

La U.R.S.S., laboratorio de las nuevas fórmulas sociales, ocupó hoy la Besarabia y la Bukovina.





ABADO 29 DE JUNIO.— La música de Wagner, por orden expresa de Hitler, volvía a ser escuchada en suelo francés. Las bandas militares y orquestas de Alemania invadían los hermosos parques públicos de Tours (Indre-et Loire). Platicaba yo en un café cantante de esa población, con un pequeño grupo de compatriotas. Uno de ellos nos decía, casi de memoria, un viejo pasaje del libro de

Nietzsche “Así hablaba Zaratustra”, en donde el filósofo teutón desarrolla la religión de la fuerza y de la voluntad de poder, base del espíritu bélico que ha dirigido las cruentas ofensivas germanas.

Con pasión propia de nuestro trópico americano, discutíamos esa sangrienta tesis desprestigiada ante la conciencia y ante la razón universales, aunque triunfos del momento salieran en su defensa.

Un sordo murmullo se extendió por la amplia terraza del café, cuando llegaron cuatro oficiales del Reich, exhibiendo la estudiada marcialidad de su porte y la brillante limpieza irónica de sus

uniformes espléndidos. La concurrencia, de reojo, oteaba a esos victoriosos soldados que, con su alarde, su jactancia juvenil y su aire de perdonavidas, insultaban al atribulado pueblo francés.

Vimos cómo, después de haber dejado sus gruesos abrigos de amplias solapas y cuello de piel, en manos de un “garçon” y de haber puesto sus vistosas gorras militares y sendas fustas de puño de oro en una percha cercana, ocuparon sitio en redor de una mesa contigua a la de nosotros. Su proximidad nos permitía seguir el relieve de sus medallas y condecoraciones, y entretenernos en contar, en apagado coro, los innúmeros botones bruñidos que a pesar de su refulgencia tenían mucho de cascabel y un poco de cencerros infantiles.

Mientras que los demás consultaban ávidamente el menú del día, uno de ellos, el más presuntuoso, el de mayor estatura e impúdica arrogancia, un mozalbeta de veinte años endurecidos por la guerra y desorbitados por la victoria, llamando al mesero de turno, le dijo con marcado imperio: —“Indique usted a ese señor que está leyendo un periódico... a aquel sujeto de enorme nariz hebrea, que se retire de este lugar inmediatamente. No puedo permitir que un inmundo judío me estorbe y me moleste con su presencia, mientras como”.

Movidos por la curiosidad, pusimos la vista en la “inminente víctima” del “purismo” racial de Alemania. En efecto, la persona que recibía ahora el recado de labios del receloso mesero, tenía el clásico e inconfundible tipo de un israelita. Su gancho nasal no permitía equivocaciones.

Reprimiendo sorpresa tan incómoda, simulando no dar aprecio a la invitación tan poco galante que se le hizo, el caballero de la lectura, sin despegar los ojos de su periódico, se concretó a decir: —“No tengo ninguna urgencia en marcharme. Saldré cuando sienta deseos de hacerlo”.

La contestación fué llevada al oficial, quien, enfurecido, haciendo alarde de fuerza, y golpeando con un cubierto la copa de vino recién servida, llamó al “maitre d’hotel”, para ordenarle a gritos, que nadie dejó de escuchar: —“Manifieste usted a ese bribón, que si no sale en menos de un minuto, castigaré debidamente su insolencia”.

Otra vez regresó el rebote de la pelota: —“Perdone, señor: no hay forma de hacerlo entender. Se niega rotundamente a cumplir sus designios... y...”

Esta vez, con ademán de estrangulador, el oficial nazi, después de encajarse más el monóculo sobre el ojo enrojecido por la rabia, tomando su fusta de puño de oro, con dos o tres pasos de ganso, se enfrenta al testarudo.

—“¡Retírese al instante, puerco judío! Su presencia aquí es intolerable. ¡Se lo exijo!

El tranquilo, confiado e inocente señor—que todavía no ha terminado de comerse su ración de carnero al horno—, con toda naturalidad, con desconcertante aplomo, mejor dicho, con irritante lentitud, apagándose con suavidad un bostezo, se pone de pie para evitar los azotes de la fusta, mientras dice: —“Estoy comiendo muy a gusto, y no estoy dispuesto a complacerle”.

Luego, subiendo el tono de la voz, a punto de perder la paciencia, concluye: —“Entérese usted de mi nombre y de mi cargo”—en tanto que extiende, con automatismo de navaja que se abre sola, una tarjeta.

Una hemorragia interior hace palidecer al bravucón oficial. ¡Menudo chasco! ¡Imperdonable equivocación! Cómicamente tembloroso, con el rostro fraccionado entre el rubor y el susto, juntando los pies a la manera militar, con la cabeza descubierta, se cuadra ante el hipotético judío, suplicando: —“¡Perdón, señor Secretario, le ruego me excuse; ignoraba que era usted representante de un país amigo!...”

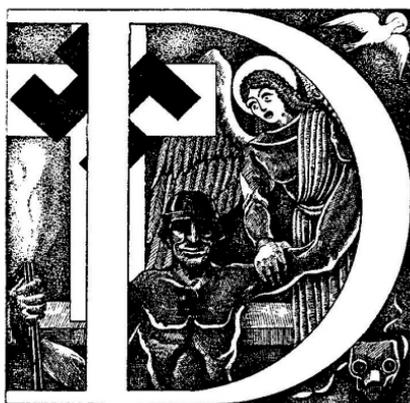
Mas... no paró ahí la cosa; el secretario de la Embajada de la U.R.S.S. —tal era el cargo del inofensivo señor que no estaba dispuesto a dejar a medias su plato de carnero al horno— exigió que el bizarro oficial le diera una explicación en público, como patente desagravio.

\* \* \*

Nuestro amigo seguía comentando el código moral del superhombre. De pronto, una voz tiró del mantel, con servicio y todo. Un guasón del grupo comentó, señalando discretamente al diplomático moscovita vengado: —“¡Así habló Zaratustra!”

Enfrente, una banda militar del Reich seguía ejecutando música de Wagner.





OMINGO 30 DE JUNIO.— Este día, en Bayona (Bajos Pirineos), asistí a uno de los espectáculos que traducen las más fuertes modalidades de la nueva religión alemana, exponente y tratado del más estulto narcisismo, de la paganidad más grosera, y de la megalomanía más desenfrenada. Recogí de labios de cuatro soldados teutones, que iban a tomar contacto con la frontera de España,

una pintoresca exposición de la doctrina creada por el hitlerismo, para justificar sus imperativos de dominación, concediendo a la raza aria el privilegio de hablar con Dios, por conducto de su Führrer, sumo pontífice de la guerra.

En un alto del camino, en cuyas cunetas flores puntiagudas como dedos libertados, asomaban por entre las piedras, detuvimos nuestro carro para cargar combustible en el depósito más cercano, venciendo innumerables dificultades. Y mientras obteníamos la dotación de gasolina, que amparaba una orden oficial, topamos con el pequeño corro de soldados del Reich, que leían, con

rara pasión gesticulante, un libro en cuya pasta podía verse escrito en sangre este título: “Gott Und Volk” (“Dios y la Nación”). La presencia de esos jóvenes esclavos de Hitler provocó en mí una franca curiosidad. Recorrí con la vista sus perfiles cortados sobre el mismo modelo, constatando las huellas que la lucha ha dejado en sus rostros endurecidos, prematuramente ajados, víctimas de un cansancio que no se quiere gritar. Sus cuatro rifles descansaban contra un muro, indiferentes la preocupación metafísica de sus poseedores, con la lengua del gatillo reseca por la pólvora.

Seguramente interpretaron mi curiosidad como un deseo de sumergirme en su Jordán de lodo, como si quisiera depositar mi interés en sus íconos y en sus desorbitadas creencias, porque minutos después me rodeaban, preguntándome, en el idioma de Hugo, si conocía yo “El Verdadero Evangelio”.

Silencioso, luchando contra una invencible repugnancia, me limite a seguir su diluvio de palabras, que iban del uno al otro con estudiado rebote, anticipando una solución para cada encuesta. Agitados por histérico misticismo, parecían los “Maestros cantores Nuremberg”, obedientes a su Moisés Austríaco.

Uno de ellos expresó, acariciando el lomo de su nueva Biblia:

—“Este libro merece llamar su atención, ya que contiene los mandamientos de la Alemania de hoy, cuya observancia nos garantiza nuestra única salvación posible”.

—“¿Un nuevo concepto de Dios?” —le pregunté, tratando de que concretara sus puntos de vista.

—“Más— me respondió con sonrisa de júbilo casi infantil—. Estas páginas, que estábamos repasando por centésima vez, constituyen nuestro único libro de oraciones. Establecen las incommovibles bases de nuestra religión. Son de un autor anónimo, que ha sabido encender el fervor de nuestra juventud. Ocultó su nombre, porque para nosotros no hay más que uno que merezca la pena de figurar en todas partes: ¡Alemania!”

Y al pronunciar esta palabra, que dijo en alemán, se cuadró marcialmente, juntando con sonoro golpe los tacones de las botas. Sus tres compañeros restantes imitaron al joven soldado, con automatismo de juguetes mecánicos.

—“El hecho de que muchas personas ya no se llamen cristianas —continuó diciendo— es muy buen indicio; es señal de que nuestra nación no sigue durmiendo”.

Y luego, leyendo, añadió: —“La juventud no necesita iglesias; sus nuevos altares deben ser las hogueras que se enciendan en los montes”.

—“Y no se trata de breves principios —agregó el benjamín del grupo—; sino de todo un sistema que constituye la nueva religión del Nazismo. Para nosotros, el cristianismo no representa nada. Nuestra religión es más práctica, más concreta y, sobre todo, más alemana... Vea usted nuestro pensamiento y nuestra fe en lo que expresa este capítulo. Doblando hojas, llegó hasta la fuente de su “verdad teutona”: “Cualquiera persona puede orar. Sólo que ya no tartamudea cobardes peticiones, ni implora misericordia o caridad. Muchas de las hermosas palabras que los devotos de la Biblia pretenden balbucir, no caben en una oración varonil. En ocasiones, bastará con un pequeño sentimiento interno, una solemne promesa a sí mismo, una mirada al Fuehrer o a la Bandera, una voz de amistad, o una experiencia arrancada a la naturaleza”.

Los compañeros del ciego oficiante quemaron sus mejores cartuchos:

Soldado primero: “Admitiremos nuevas criaturas en la comunidad nacional, no como católicos ni como protestantes, sino como alemanes simplemente. Y no alcanzaremos la salvación por medio de agua bendita o de oraciones. Ganaremos ese honor demostrando ser verdaderos y completos alemanes”.

Soldado segundo: “En lo futuro se consagrarán a la Alemana los matrimonios. Ya no se harán en nombre de la Iglesia”.

Coro: “La historia de nuestro pueblo debe ser nuestra escritura sagrada. Está escrita con sangre. ¡Toma el Viejo Testamento y quémalo; ya hay bastantes devotos alemanes en nuestra Historia!: Hermann (caudillo de una tribu germánica), Ekkehard (historiador alemán), Widukindo (jefe de los sajones que pelearon contra Carlos el Grande en el siglo VIII), Fichte (filósofo de fines del siglo XVIII, influido por Kant), están en el corazón de nuestras juventudes, ya que no son apóstoles hebreos”.

Soldado tercero: “Con una admisión del valor de la raza y de la sangre, comienza una nueva apreciación de toda nuestra vida. Raza y nación se derivan de ideas sagradas. Son el signo de nuestro tiempo y la ley del futuro. Cualquier cosa que sirva esta ley, es buena y seguirá siéndolo; todo lo que niegue esta ley es malo y debemos enmendarlo”.

Soldado más joven: “La Iglesia hace un llamamiento, hoy, para la defensa de la cultura cristiana; pero llega demasiado tarde. La

Era de la Cultura Cristiana ha pasado ya. Ha comenzado la Era Alemana. En el mundo no cabe más que una cultura: la alemana”.

Coro: “Alemania es un concepto eterno. En tanto que la Cristiandad pertenece al pasado, Alemania será lo primero que comience a vivir... Aquel que crea en Alemania, creará en Dios... La Cristiandad es internacional. Nosotros somos alemanes. Por lo tanto, no podemos ser cristianos”.

Soldado primero: “El alemán tiene dos deberes: uno en la tierra y otro en el cielo. Mientras tenga dos amos, el Fuehrer y el Salvador, no podrá encontrar el camino de la Eternidad”.

Soldado segundo: “El pecado es lo que lesiona a nuestra nación. El pecado es lo que adultera nuestra sangre. Los diez mandamientos no son suficientes para nosotros. Nacieron de los cuidados sobre el bienestar personal, y no de la responsabilidad de la vida de la nación, que es nuestra fe”.

Soldado tercero: “El amor debe ser ilimitado. El amor a medias no da buenos resultados”.

Soldado más joven: “Nosotros tenemos nuestra propia idea de lo que es una esposa. Las Amazonas, las muñecas pintadas y las llamadas visiones terrestres, nos dejan impávidos. Carecen de temperamento. Tampoco la casta del tiempo de los ángeles es para nosotros. No queremos un juguete que alce la vista con humildad. Sería aburrido para nosotros. Así como tratamos de ser varoniles, queremos mujeres femeninas. Al soldado no le agradan las muñecas. Desea un amor candente y sin horizontes... Pocas mujeres pueden ser novias. Esas son las fuertes del sexo débil. Vale la pena cambiar corazones con ellas”.

Coro: “La misión del hombre es conquistar al mundo. Y el hombre es el alemán cuya pureza de raza le confiere la misión más enérgica en el universo. La tarea de la mujer es ser el rayo de sol que alumbre al mundo”.

Soldado más joven: “Todo esto está escrito con sangre, por eso será eterno; y triunfará por el valor de su causa. Nuestro Dios está en la tierra; no para resolver nuestras necesidades, sino para enseñarnos el alcance de nuestra fuerza. Dios, Alemania, Hitler; Hitler, Alemania y Dios: he aquí tres cosas distintas; pero un solo Dios verdadero. Somos los depositarios de la única verdad”.

Soldado primero: “La verdad es el Fuehrer; nuestro evangelio, sus cañones. El que habla con Dios, no puede mentir, y mucho menos a nosotros que somos hijos de su voluntad y de su espíritu”.

Soldado segundo: “Nuestro credo es Alemania; nuestra meta, su imperio en el mundo. Más vale morir con los ojos clavados en los ojos de Hitler, que tenerlos puestos en el cielo. Nuestro Führer es el único que sabe practicar la justicia”.

Soldado tercero: “La justicia alemana no se envilece ni con el perdón, ni con la misericordia. Nuestro pueblo debe cultivar la religión del odio; sólo el desprecio a la bestia nos hará super-hombres. No hay filosofía que no sepa nuestro Jefe, como que él mismo es la llave de toda filosofía. Jesús predica la igualdad entre los hombres, a sabiendas de que los hombres son necesariamente desiguales. Hitler, más honrado que aquél, predica la desigualdad, y con ella la santidad de la fuerza. Sólo el que es fuerte, es dueño de la sabiduría. El que no sabe matar, no sabe vivir”.

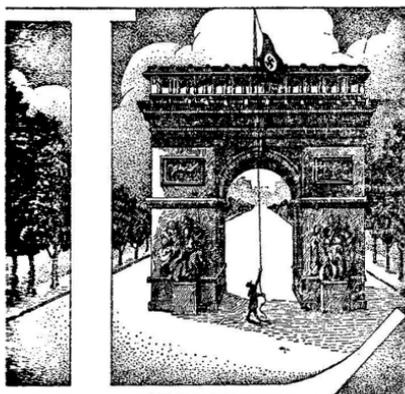
Soldado más joven: “Alemania odia la vejez. Todo anciano que ya no represente una fuerza es un lastre y debe extinguirse. Sólo puede ser ciudadano el que sepa realizar su tarea de imponer la voluntad de Hitler en el mundo. No creemos en más sacerdote que en Hitler, él nos conduce y nos llevará siempre a la victoria. Esa es nuestra misa, nuestro destino. Antes que el Verbo, fué Alemania. Seguirá siendo antes que él. Nuestro Führer es el “arca de nuestra alianza”.

Coro: “Antes que el Verbo fué Alemania. Dios mismo no existiría sin Alemania. Como el Creador no sería conocido sin sus obras”.

El soldado más joven, dirigiéndose a sus tres compañeros de armas, los invitó a marcharse. Y se perdieron en la senda que conduce a Bayona, con el pesado fardo de su religión a cuestas, tirando del arado de Hitler, con bovina resignación, puliendo sus sonoras locuras como Aladino su lámpara. Soldados del “nuevo orden” y prosélitos de la “nueva religión”, de tanto contemplarse en la fuente de Narciso, acabarán por morir ahogados.

Francia debe tener seguridad en la revancha. Puede más un vencido cuerdo que mil vencedores locos.





UNES 1° DE JULIO DE 1940.— En el camino hacia Pau, atravesando las plurales carreteras que apenas hace unos cuantos días se encontraban congestionadas por muchedumbres dolientes y por toda suerte de vehículos —en el dramático e histórico repliegue de la población francesa—, y que ahora se muestran solitarias y lúgubres con las huellas de la huída vergonzante; en el camino

que amenazaban pisotear los invasores en su incontenible marcha, supe, por un confiado y bonachón ventero, en un alto perdido entre montañas, que el señor Mariscal Pétain había decidido instalar definitivamente la sede del Gobierno en la risueña ciudad de Vichy, obligada ahora por esta circunstancia, a clausurar sus famosos establecimientos termales, y a albergar en sus espaciosos hoteles, requisados para el efecto, a toda esa complicada maquinaria de servicios públicos, instalada apenas hace un mes en los palacios del París fastuoso.

En tanto, radios clandestinos hacían oír, en velado tono de confianza, en todos los rincones y hasta en los mismos carros oficiales, la noticia de que el gobierno inglés había resuelto, inquebrantablemente, oponer toda su resistencia a la ocupación del Líbano y la Siria. Tal versión se recogía con mal disimulado júbilo por quienes resultaron vencidos en su misma tierra, interpretando de tal manera la única consigna de su porvenir.

Nosotros continuamos, ansiosos de poder llegar al fin de nuestra jornada de hoy, cuando menos a Pau, siquiera sea para disfrutar poco de descanso; encontrar la posibilidad de comunicarnos con México, y así, informar a nuestra Cancillería haber recibido los trascendentales acuerdos dictados el 22 del mes pasado, que tanto habrán de beneficiar a la enorme masa de refugiados españoles, desplazados de sus centros vitales por el cataclismo humano que nos agita y conmueve, faltos de medios económicos, urgidos de violentas y trágicas interrogaciones, desarrapados y miserables, que proyectan sus magras siluetas hacia todos los rumbos, sabiéndose perseguidos implacablemente, sin que mano alguna florezca para ellos, en un suave ademán generoso.

Después de laboriosa y agotante búsqueda, logramos encontrar, al fin, dos habitaciones —las más modestas de la ciudad— en donde dimos refugio a nuestro pequeño grupo de familias mexicanas que en el improvisado hogar, rendidas por la fatiga y el hambre, sobre inconcebibles camastros agresivos, comenzaron a espiar la lenta marcha del reposo.

Fuera, la multitud —dolor en marcha— procura su descanso, en pintoresca promiscuidad; las calles y jardines, utilizados horas antes como refectorios públicos, vienen a convertirse, más tarde, en libres dormitorios para millares de gentes que buscan, con positivo afán, ligas amistosas y solidarias con sus vecinos anónimos, ora sea para comentar las peripecias del viaje, los acontecimientos desencadenados, el futuro preñado de incertidumbre, o bien, en muchos casos, para calmar la frenética curiosidad de conocer el paradero de afectos perdidos en esta hecatombe, torpe crisol donde se mezclan rencores y esperanzas.

Nos confundimos con esta abigarrada muchedumbre que nos acoge como a cosa propia, viendo en nosotros un eslabón más de esa cadena sin fin de dolor y amargura, que se desliza lentamente sobre la pesada rueda del tiempo perdido.

Bien pronto se generalizan las conversaciones, avivándose al recuerdo de los diversos episodios vividos por cada uno, mitad pesadilla, mitad realidad, a compás del péndulo de la inquietud.

Un viejecillo, antiguo combatiente: dos chispas de luz los ojos, el rostro enjuto, las manos sarmentosas, refiere, iluminado por su fe patriótica, un hecho que ha presenciado, hace pocos días, en su París querido:

—“Fué a raíz de la ocupación: todavía no terminaban de rebasar las goteras de la ciudad, las “Panzer-Divisionen”, cuando en la Plaza de la Etoile, sobre el Arco del Triunfo —ímpetu de piedra, perenne luz para velar el sueño del Soldado Desconocido —mientras las banderas del Reich recortaban el azul purísimo del cielo parisino, con la soberbia de su cruz gamada. Oficiales alemanes izaron su pabellón como signo de predominio hasta en los monumentos más sagrados para el pueblo”.

“Un modesto guardián, Henry Montigny, gran cruz de la guerra pasada, respondió a semejante ultraje procurándose una escalera que le permitió llegar, frente al asombro de todos, hasta las alturas del arco, en donde, después de saludar respetuosamente la insignia de los vencedores, la desprendió de su asta doblándola cuidadosamente”.

Aprehendido por militares prusianos, el heroico patriota expresó: “La consigna que tengo es la de conservar el orden público. Profanar la tumba de quien es símbolo de sacrificio para la Patria, humillándola con los colores del enemigo, después de un armisticio basado en el honor, considero que viene a perturbarlo. Si ésto constituye un delito y la sanción que me corresponde es la de la muerte, estoy dispuesto a aceptarla sin que nada me reproche la conciencia”.

“Y el caso, por su espectacularidad, fué turnado a diversas autoridades que, preocupadas por resolverlo, acabaron decidiéndose a llevarlo al conocimiento del comandante en jefe de las fuerzas de ocupación”.

—“Parece mentira —afirmó el soldado nazi— que un gendarme francés haya tenido que dar esta lección ejemplar a los ejércitos del Reich. Que venga a mi presencia para felicitarlo”.

“Y en desagravio por la falta cometida a la figura anónima que un día se bañó de gloria en las trincheras defendiendo sus ideales, ordeno que se coloque durante tres días, en el mismo Arco del Triunfo, la bandera de Francia y que un guardia de honor, con

trompeta, le rinda homenaje mientras la capital se conserve en nuestro poder”.

Toca ahora el turno a una anciana venerable, quien dice:

—“El rastro que deja, en el recuerdo, una vida austera y noble, es tan fuerte que ante él se inclinan los menos capaces de nobleza, como subyugados por su resplandor... Prueba de ello es el hecho que yo he presenciado. Escuchad...”

“Uno de los jefes de la Guardia de Hierro hitleriana asisitía, en representación de la Komandantur, a la apertura de los cofres instalados en los sótanos de un banco de París”.

“Los depositantes, por riguroso turno, mostraban al encargado de la inspección el contenido de sus cajas de seguridad, con objeto de que éste separara de ellas lo que pudiera reportar algún interés a las autoridades de ocupación”.

“El último en revisar, quizás el más grande de todos, pertenecía a una anciana enlutada que había esperado su turno, sin precipitación alguna, durante varias horas”.

“Al llegar éste, se postró reverente ante la caja, abrió con el llavín los cerrojos y, trémula de emoción, hizo girar la puerta que vino por fin a descubrir, frente a la estupefacción de todos, el único bien que conservaba: una espada resplandeciente”.

“El teutón la miró con fría y dura extrañeza y, al clavar la mirada inquisitiva sobre los ojos llorosos de la anciana, ésta explicó, con el arma reclinada en su regazo, como un niño en su cuna:

—“Es la espada de mi marido... Yo soy la viuda del Mariscal Foch”.

“Los hombres allí presentes se descubrieron, conmovidos profundamente ante ese cuadro; las mujeres desgranaron en lágrimas su ternura; y el adusto soldado, con el pecho constelado de condecoraciones, como si saludara en nombre de su ejército, extendió la diestra en ademán respetuoso ante el recuerdo del genio guerrero que llevara en triunfo al pueblo de Francia en 1918. Así esperó a que el dolor augusto de la noble matrona se desplomara sobre el acero del que la había acompañado en la vida, hasta depositarlo después, quizás para siempre, en el tabernáculo que sólo la ignorancia y la codicia se atrevieron a profanar.

—“Pues todo éso es demasiado aparatoso, al lado de lo que yo he visto —tercia una bella francesa: en dos palabras, una compatriota nuestra dió la más fina lección de cortesía que puede darse a uno de esos vanidosos agresores”.

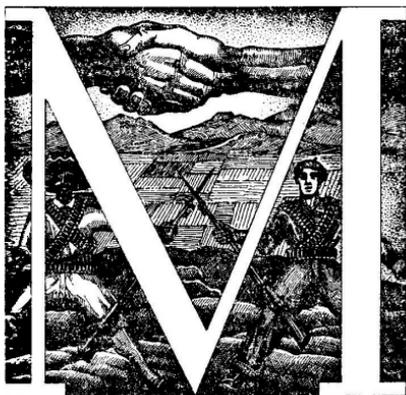
—“Fué en una “boite de nuit”, en la zona ocupada. Un brillante oficial, perteneciente al Estado Mayor del Mariscal Goering, se acercó a una rubia, cuya belleza extraordinaria constituía la máxima atracción, para rogarle, con la mayor galantería, le dispensara el honor de acompañarlo a bailar”.

—“Me es imposible” —respondió ella.

—“¿Acaso porque yo soy alemán?” —preguntó ofendido el interlocutor.

—“No. ¡Porque yo soy francesa!”





ARTES 2 DE JULIO.— Sentimos descargar una grave preocupación cuando entregamos el siguiente cable, dirigido a nuestra Cancillería:

“161 Suyos 1694 y 1699 recibidos ayer Biarritz stop Venciendo serias dificultades inmediatamente emprendí viaje nuevo asiento Gobierno donde espero cumplir con vivo entusiasmo sus acertadas disposiciones próximo viernes stop Adelantándome

generosos propósitos he servido amplia, eficazmente, todos interesados stop Protegidos Legación jefes familia lograron embarcarse. Ministro Rodríguez”.

Momentos después, los preparativos necesarios para la reanudación del viaje; la búsqueda tan penosa del combustible que se adquiere a precios exorbitantes; el abandono circunstancial de los familiares para hacer menos escabrosa la caravana en marcha.

Por fin, dispuestos dos carros, partimos de Pau, la antigua capital navarra, nido histórico del ilustre forjador de la unidad francesa, Enrique IV, encaminándonos con rumbo a Montauban, en

donde, ya entrada la noche, alcanzamos albergue en el restaurant del hotel “Midi” que, por gentileza de su dueño, fué acondicionado para habitación nuestra.

Más tarde recibíamos la visita de los señores general José Riquelme y coronel Arturo Mena, soldados del Gobierno desaparecido de España, quienes nos informaron de la aflictiva situación por la que atravesaba, a unas cuantas calles de distancia, el ex-Presidente de la República, señor Manuel Azaña, huésped provisional de un reducido inmueble, alquilado por el que fuera diputado a Cortes y Subsecretario de Comunicaciones, señor Ricardo Gasset, para abrigo de algunos de sus compatriotas.

Los acompañé inmediatamente para darme el gusto de entrevistar al gonfalonero de las ideas democráticas españolas, habiendo sido recibido por él con las mayores muestras de simpatía. Apenas advirtió mi presencia, se incorporó con gran dificultad en su lecho de enfermo, y vino a mi encuentro con los brazos temblorosos y abiertos, para estrecharme con efusiva cordialidad:

—“Aquí me tiene, mi ilustre amigo —dijo con profunda emoción—, convertido en un despojo humano”; y sus ojos se nublaron de lágrimas.

Me relató con vivo interés la odisea de su viaje, realizado en una ambulancia, desde la tranquila población de Pyla-sur-Mer (Gironde), en los últimos días de junio, hasta Perigueux, perseguido incesantemente por la Gestapo y la policía franquista; y los motivos que lo impulsaron a detenerse en Montauban: el agudo recrudecimiento de sus dolencias.

—“Y ahora me encuentro sin arraigo —expresó—, expuesto a todas las contingencias; moribundo, sin afectos ni dinero, sin perspectivas ni tranquilidad, olvidado por amigos y acosado por enemigos. En nadie, fuera de mi mujer que resignadamente me acompaña, encuentro otro espíritu generoso capaz de soportarme. En buena hora la presencia de usted; la esperaba con la misma desesperación con que un reo espera su indulto”.

Más de dos horas conversamos; encontré la oportunidad de asomarme al fondo íntimo de sus sentimientos, descubriendo en él la pujanza extraordinaria de un gran intelecto y de un corazón templado en todas las luchas. Le estreché las manos febriles, con toda la hondura de mi cariño; le ofrecí comisionar a su servicio, desde ese momento, a oficiales del ejército mexicano, que sabrían protegerlo; le dejé fondos necesarios para su sostenimiento, y me

retiré de aquella modesta morada con la impresión de haber recogido una de las más limpias y sabias enseñanzas para mi vida.

Al pie de la escalera volví los ojos hacia él para mirarlo una vez más; entonces tuve la satisfacción de escuchar de sus labios unas últimas palabras que me conmovieron profundamente:

—“Sólo en usted confío, hombre de México. Si hay Dios, quisiera saber pedirle que lo ayude”.

Estas palabras taladraron el hondo silencio de la noche, como infinitos puntos luminosos, desprendidos de un astro que se rompe, cansado de alumbrar.

Y, al cruzar la Plaza de la Poste, para reintegrarme al Hotel Midi, la vida del señor Azaña cobraba, en mi mente, una precisión simbólica:

Herido de muerte, en la levítica ciudad de Montauban, legendariamente calificada “tumba de Francia”, se iba extinguiendo, con lentitud de pavesa, el más fecundo pensador de la República Española.

El verbo de Azaña —cauterio y semilla—, con su profunda concepción castiza del lenguaje, había elevado a la cima de la pureza ideal los principios de la Revolución Francesa, atenuados, más tarde, en la propia Francia, por una interpretación demasiado cómoda y flexible; rotos, por último, entre los engranajes de sistemas reaccionarios y anticuados.





VIÉRCOLES 3 DE JULIO.—  
Sonaban en el vetusto campanario de Tulle las 22 horas, cuando entramos a la ciudad, despertando, con nuestra presencia inopinada, la curiosidad de algunas personas que no encontraron mayor dificultad en abordarnos, queriendo indagar la suerte de los departamentos que habíamos atravesado. En varias ocasiones nos vimos acosados por grupos de mujeres

que, agitadas por el pánico, nos formulaban preguntas de esta índole: “¿Vió usted a mi marido?, ¿hay fuerzas rusas en la carretera?, ¿todavía se consigue pan en el Sur?, ¿es cierto que están asesinando a todos los niños?” Nosotros, multiplicando nuestra atención, nos esforzamos por dejar satisfecho el fervor inquisitivo de tales interrogatorios.

Ya las extras del día nos habían advertido del ultimátum británico a la flota francesa reunida en Mers-el-Kébir, seguido de la agresión de sus unidades de guerra, así como de la captura de

los navíos galos anclados en Alejandría, Plymouth, Portsmouth y Southampton.

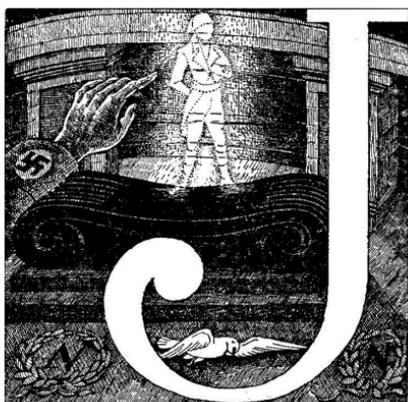
Soplaban entonces vientos de angustia entre todos los hombres de la región, anunciadores de la ruptura inevitable de relaciones diplomáticas entre Inglaterra y Francia.

Nos dieron albergue en una escuela de la ciudad, requisada para oficiales del ejército. Antes, habíamos cenado en un figón de lorenese, frecuentado por refugiados españoles, en donde advertimos por primera vez la fe y esperanza que los exiliados depositaban en la Legación de México, encargada de ampararlos según sus noticias.

\* \* \*

Mientras, allá en las Indias, a millares de kilómetros de distancia, celebraban su conferencia el Virrey de esos dominios con el representante de las fuerzas revolucionarias de aquellos pueblos, el estoico Gandhi, quien, dando un ejemplo de sacrificio, comprometía sus ideales de libertad en una tregua imprecisable, tan larga como la duración de la guerra que su Metrópoli estaba sosteniendo en contra de los países totalitarios, para afirmar así la pujanza y solidaridad del Imperio Británico en el mundo.





UEVES 4 DE JULIO.—Desde que salí del hotel, pude notar la intensa gravedad del momento que sacudía otra vez al pueblo de Francia. Las gentes se arremolinaban en todas partes, deseosas de captar las estaciones de radio que transmitían las novedades de última hora, respecto a la base naval de Orán, en Mers-el-Kébir, y que narraban el hundimiento del acorazado “Bretagne”, y las importantes

averías ocasionadas a otras unidades, entre ellas el “Dunkerque” y el “Provence”, por los navíos ingleses pertenecientes a la Home Fleet, así como la pérdida de más de un millar de marinos franceses, en los momentos en que trataban de ganar a nado las costas, para salvarse.

La voz de Paul Baudouin, Ministro de Negocios Extranjeros, pudo escucharse al caer la tarde, con esta solemne declaración:

—“Nuestras relaciones con Inglaterra pasan a un nuevo plano. Con tristeza, hemos decidido hoy en Consejo de Ministros romper

las relaciones diplomáticas con un país que es responsable de que se haya vertido la sangre de nuestros marinos”.

La reacción popular que esperábamos no tardó en producirse. Muchos, particularmente los antiguos combatientes, cerraban con rabia los puños, formulando esta pregunta de protesta: ¿Hacia dónde vamos con ésto? Otros, los jóvenes, comentaban en tono pesimista, con los ojos puestos en el vacío: “Un enemigo más... ¿qué sigue después?”

El Almirante Darlan, cerca de la media noche, levantó el ánimo de esas multitudes despeñadas, haciendo vibrar la fibra patriótica, cuando estalló en gritos, frente a la transmisora, su durísimo reproche:

—“Me inclino ante los pabellones de nuestros navíos hundidos o maltrechos. Saludo respetuosamente a aquellos de nuestros camaradas muertos con ejemplar valor por la Patria; ellos hubieran preferido, sin duda, sucumbir en un combate leal, en lugar de caer asesinados; pero su sacrificio no será vano; hará que este hecho se signifique a los ojos de todos los pueblos de la tierra, lo mismo que a los de los soldados británicos acostumbrados a batirse como caballeros, y no a cumplir un asesinato fríamente premeditado”.

\* \* \*

En este día recibo, por el procedimiento que previsoramente habíamos establecido, mi correspondencia de París. Entre las varias cartas que me llegan, hay una de Renato Leduc, el lírico autor de “Romance de los ojos del puente”.

Renato estaba en París cuando las tropas alemanas lo ocuparon y habían resultado estériles, de momento, cuantos esfuerzos se hicieron a fin de conseguir el “laissez-passer” indispensable para que franqueara la línea divisoria.

La preocupación que yo sentía por la suerte que hubiera podido correr este buen amigo, me hizo leer su carta ávidamente.

A través de su líneas, recuerdo la expresión de Renato que es —como dijera Maples Arce— “el espejo de sí mismo, sin que ninguna máscara encubra su sensibilidad”. En su estilo, flexible y luminoso, añora la divina bohemia de su Barrio Latino, con la misma amargura con que un niño recuerda el juguete que tanto amó, y que viene a morir de nostalgia en el regazo de gentes civilizadas.

¡Me parece verlo, desgarbado, como de costumbre; con la melena encenizada por el tiempo, manteniendo su típica contorsión

en todos los ademanes, y prodigando la carcajada de su alegría, con la misma espontaneidad con que entrega la fuerza de su espíritu y la ternura de su corazón a los seres y a las cosas que, al calor de la bondad, cobran el prestigio de sentirse limpios!

El sembrador de arrullos me hace una larga crónica de los acontecimientos desencadenados en París, desde la fecha de nuestra salida, pintándonos, al rojo vivo, los cuadros más notables. De tan sugestiva epístola entresaco esta impresionante narración:

“Tarde espléndida de París. El sol afila sus rayos en los tejados de las casas. Un recogimiento de dignidad tardía, de dolor concentrado y culpable que es, a la vez, desdén hacia el invasor, recluye en sus casas a los habitantes de la ciudad.

Por las calles sólo se ve transitar a quienes tienen un deber imperioso de salir. Caminan rápidos, huidizos, temerosos de despertar con sus pasos el oído alerta de los ocupantes.

En esa tarde, un carro “Mercedes” de seis ruedas, precedido de varios motociclistas, avanza lentamente por la Avenida de los Campos Elíseos, hacia el recinto amurallado del Monumento a los Inválidos, donde descansa Napoleón I.

La cúpula de ese grandioso monumento refulege como un nuevo sol ascendiendo al vértice del mediodía; semeja la entrada al tiro de una mina, donde el oro enseña el frío colmillo de sus vetas.

El “Mercedes”, en el cual van seis hombres uniformados, avanza hacia el oficial alemán que monta la guardia en el patio posterior del histórico mausoleo. Los alrededores desiertos y la claridad crepuscular le prestan al momento contornos de presagio y de misterio.

Siguen al primer carro otros tres, de aspecto muy parecido, y ocupados también por oficiales alemanes, con vistosos uniformes y botas relucientes. Los que van en estos coches descienden de ellos, antes de que el primero se pare, y corren a formar un círculo a su alrededor.

Un oficial salta del primer automóvil, con agilidad felina, para abrir una de las portezuelas.

Un hombre, vistiendo guerrera blanca, empuja lentamente, con ambas manos, su pierna derecha, para bajar, fatigado todavía de su largo viaje a París, y se queda contemplando la cúpula dorada del monumento: este hombre es Adolfo Hitler.

Adolfo Hitler, el poderoso Führer del Tercer Reich; Jefe de los Ejércitos que asuelan Europa, ha venido a hacerle una visita a Napoleón, lo que para él representa una peregrinación, un sueño

convertido en realidad, que le ha acompañado una buena parte de su vida: va a ver al Napoleón que él ha seguido por todos los campos de batalla y a través de infinidad de libros, con frenesí de alucinado; va a ver la tumba de un hombre cuyas ideas políticas y proyectos sobre Europa le sirvieron de modelo.

En ese lugar, yace el hombre de cuyos errores militares Hitler juró sacar partido. Ahora, a lo que parece, en este instante propicio, el Fuehrer va a encontrar el talismán de la perfecta estrategia, en el choque de sus reflexiones pasadas, con la sombra gigantesca de Napoleón: diálogo mudo, controlado por la Muerte, que afila su guadaña sobre los nervios en espiral del nuevo dios ario.

El oficial alemán que da la bienvenida al Fuehrer, recibe de éste un seco saludo y un mecánico apretón de manos, como el que acostumbra dar a las personas que no ve. El oficial guía al grupo hacia una puerta de madera claveteada, al final de un patio amurallado. Hitler penetra resuelto a la antecámara, como si conociese perfectamente el camino.

Doce hombres lo siguen, y antes de que éstos hayan llegado a la antecámara, él ya está frente al sarcófago donde yacen los restos del corso.

No saluda, simplemente apoya las manos en la balaustrada, mientras su boca se entreabre en una mueca de asombro.

Para los doce hombres, cuya tarea consiste en proteger diariamente la vida del Fuehrer nazi, ésta es otra tumba o museo como los muchos que han visto en diferentes ciudades y capitales de Europa. Se mantienen rígidos, sin atreverse casi a respirar. Acarician disimuladamente las fundas de sus pistolas, y pasean sus miradas por la amplia rotonda, fijándose estultamente en los macizos pilares, como si aquella situación formara parte de su rutina diaria.

Nadie habla al Fuehrer, salvo cuando éste se dirige secamente al que tiene más cerca.

Transcurre un minuto exactamente, antes de que Hitler rompa el silencio. A la luz del sol poniente, está abstraído en sus pensamientos, con los brazos cruzados sobre el pecho, murmurando algunas palabras ininteligibles.

Mueve los labios, hablando consigo mismo, y la cabeza, con signos de desaprobación.

De repente, rompe la capa de frialdad que envuelve a todos los presentes, y con voz gutural, exclama:

—“Napoleón, mein lieber (querido mío), han cometido un error”.

Sus palabras confunden a los oyentes, quienes se dan cuenta de que se hallan frente a un dictador vivo y ante un emperador muerto. ¿A qué se refiere?

Otto Dietrich, su jefe de prensa, que se encuentra a su lado, se dirige a cuatro o cinco corresponsales de Berlín, que han sido llevados allí un poco antes, bajo palabra de honor de que callarían todo cuanto viesen contrario a la severidad del acto.

—Ríe históricamente: “¡Han cometido un gran error!” —les dice, señalando la tumba.

—“Lo han puesto dentro de un hoyo, para que la gente tenga que bajar la vista cuando mire el ataúd. No pueden acercarse lo suficiente, para contemplar plenamente lo que buscan”.

“Deberían ver a Napoleón sintiéndose inferiores, por el tamaño del monumento o por la altura del sarcófago colocado sobre sus cabezas. No se puede impresionar a la gente si uno camina por la calle, y los otros están en lo más alto de un edificio. Para que la gente se impresione tiene que mirar algo que esté por encima de su cabeza; que sea el centro de atracción de sus miradas”.

“Es una cuestión de psicología común. El influjo de Napoleón sobre la nación, hubiera sido mayor obligando a su pueblo a levantar el brazo para tocar su tumba”.

“Creo que los miles de personas que han venido a visitar este recinto, como simples turistas, no se acuerdan ahora de lo que vieron, pues no llegaron a comprender la grandeza del Emperador; y el Napoleón que duerme allí abajo no pudo llegar a sus corazones, ni realizar su misión de mantener vivo el espíritu y la tradición de una gran época”.

Súbitamente, Hitler da la vuelta a la balaustrada que rodea la tumba del Emperador, deteniendo una vez más su mirada en la puerta de cristales que comunica con la capilla, donde se guardan las banderas de guerra de Napoleón; y mientras sale, casi a gritos, exclama:

—“Nunca cometeré el mismo error—. Yo sé lo que debo hacer para que “mi mundo” me recuerde después de la muerte. Seré siempre para ellos el Fuehrer que anhelaban. Mi vida no terminará con mi muerte, sino que, por el contrario, será cuando empiece”.

Por la Avenida de los Campos Elíseos un carro “Mercedes”, seguido de otros tres semejantes y precedido de varios motoci-

clistas, dejaba ver, a través de sus vidrios, los perfiles acerados de los “rubios” autómatas.

Como un zumbido musitaban los tonos oscuros y decadentes de la marcha nazi, entre un cortejo de imaginarias antorchas, clavadas en un mar de cadáveres.





IERNES 5 DE JULIO.— El Prefecto de la Bourboule, dispuesto a prestar su colaboración para solucionar satisfactoriamente el nuevo problema planteado por el Gobierno de Churchill, organizó para este día una misa solemne, invitando a todos los diplomáticos residentes en el lugar. Pocos de mis colegas aceptaron, por cierto, semejante atención, no porque se negaran a conjurar

sus rogativas de paz con las de las autoridades francesas, sino por temor, interpretado con suspicacia, de significarse en un acto que pudiera desagradar a los funcionarios de Londres.

Lentamente nos alejamos de la iglesia, acompañados por varios colegas de misión de algunos países latinos, y llegamos a la explanada donde se encontraban nuestros carros, simulando un jadeo de motores asmáticos, vencidos por la pujanza mitológica de las máquinas de guerra.

La música severa del órgano lejano pone a nuestro silencio angustioso el fondo tupido de un “de profundis”.

Todos nos hemos resguardado en el parapeto de nuestro mutismo, eludiendo así el que hubiera sido tema obligado de la conversación, para situarla después sobre tópicos de orden puramente americano.

La voz del señor Embajador Carcano, una de las figuras más destacadas de la intelectualidad argentina, nos saca de nuestras divagaciones.

La solidaridad continental de los pueblos de América, reafirmada en la Conferencia de la Habana, es el tema apropiado para la conversación.

Con claro sentido de fraternidad, el señor Carcano dice:

—“Sólo de los hombres de nuestra raza, tiene el mundo derecho a esperar su liberación”.

González, del Uruguay, agrega:

—“Apretemos cada día más nuestros afectos, y sintámonos desde ahora garantes de la victoria de las democracias”.

Y, para concluir, el representante del Ecuador afirma:

—“Si pudiéramos realizar el sueño de Bolívar, habríamos cumplido con los deberes de nuestra generación”.

\* \* \*

Informado por estos colegas, de la estancia en Mont-Dore del director del Servicio de Protocolos, M. Mauricio Lozé, emprendimos desde luego nuestro viaje a ese lugar, en donde pudimos expresar a dicho funcionario los propósitos de nuestro Gobierno, de colaborar eficazmente con el Mariscal Pétain en la obra que ha emprendido, aligerándole de la carga que representa para el Estado Francés la presencia de los ex-combatientes españoles refugiados en el territorio y persuadiéndole de la imperiosa necesidad de celebrar una audiencia privada con el defensor de Verdún, para estos fines.

M. Lozé, convencido de la buena fe y de la sinceridad de nuestras intenciones, se comprometió a interesarse vivamente por esta encomienda, suplicando al Presidente del Consejo nos hiciera el honor de concedernos, en el más breve plazo posible, la entrevista solicitada, a pesar de sus graves y múltiples ocupaciones, con motivo de la celebración inmediata de la Asamblea Nacional.





ABADO 6 DE JULIO.— Sobre el Africa Occidental Francesa se extiende oscura amenaza y surge una nueva inquietud con motivo del ultimátum presentado por el Almirantazgo inglés a la flota del Mariscal Pétain, anclada en esos litorales.

La opinión pública vuelve a conmoverse con motivo de las represalias intentadas por dos escuadrillas de la Aeronáutica Naval Francesa, en aguas de Gibraltar; y cuando estas revanchas negativas lanzan a la desesperación y a la duda a muchedumbres atormentadas, presagando las consecuencias de un devastador y descastado conflicto, el altivo Führrer de Alemania, ebrio de vanidad y orgullo, sintiéndose el único eje capaz del universo, solemniza su regreso triunfal a Berlín, en donde su “novia Alemania”; puesta encinta ya por la lujuria de sus cañones, bajo el palio crucificado de banderas, le ofrece el hijo herido de sus conquistas. Tocan a muerto los broncees ilustres, en las gloriosas catedrales de París, mientras el alarido de los clarines prusianos, en competencia de lobos, sa-

luda al “dios de la guerra relámpago”, que llega, con el prestigio de la sangre derramada, a mantener vivo el incendio combativo de su pueblo.

\* \* \*

Otra carta de París me da a conocer la detención, en aquella ciudad, llevada a cabo por oficiales alemanes de la Gestapo y policías falangistas, del culto luchador bilbaíno y prestigiado valor intelectual, don Julián Zugazagoitia, ex-diputado a Cortes y ex-Director de “El Socialista”, en cuyo importante cargo hubo de cesar el año 1937, por haber sido nombrado Ministro de la Gobernación, función que desempeñara con firmeza de carácter y serenidad de ánimo, armonizadas admirablemente en una superación de sus condiciones bondadosas, circunstancia que, si bien no causó perjuicio alguno a la Causa Republicana, le deparó no pocas críticas de los elementos más avanzados; pero, sobre todo, es de realzar este dato, porque durante su estancia en el Ministerio de la Gobernación, el señor Zugazagoitia no sólo no dejó rastro de violencia, de crueldad, ni de injusticia, sino que fué precisamente bajo su autoridad cuando se proporcionó la huída a muchos de los que luego se dijeron “milagrosamente salvados del infierno rojo”; entre ellos, los señores Rafael Sánchez Mazas y Ramón Fernández Cuesta, vocero de Falange el primero, y sucesor de José Antonio Primo de Rivera en la dirección falangista el segundo; y el escritor Wenceslao Fernández Flores, que salió de la zona republicana rumbo a Francia, con pasaporte especial firmado por el señor Zugazagoitia, y protegido por la policía.

Cuando cesó en este cargo —con motivo de una crisis política—, el señor Zugazagoitia pasó a desempeñar la Secretaría General de Defensa Nacional, organismo creado por el señor Negrín, como Jefe del Gobierno, para coordinar los diversos departamentos militares del Gabinete, en sus importantes misiones.

Durante el ejercicio de sus deberes políticos al frente de tan destacados puestos, el batallador periodista no dejó de cultivar su pluma, publicando sabrosos comentarios en “La Vanguardia” de Barcelona, bajo el pseudónimo de “Fermín Mendieta”, que pronto adquirió notoria popularidad por la justeza de sus comentarios, el acierto en la elección de los temas, y la suave ternura que emanaba de su estilo cuajado, fluyendo del fondo de su corazón como una lenta llama de serenos resplandores.

Julián Zugazagoitia vivía en París, desde que pasó la frontera, y en la Ciudad-Luz esperaba voluntariamente, atento a la evolución de los hechos, el transcurso de los acontecimientos internacionales.

Había sido nombrado corresponsal de “La Vanguardia” de Buenos Aires, a la que enviaba regularmente sus bellas crónicas; poseía visado de entrada en la República Argentina, y tenía resuelto el pago del viaje, para él y para sus familiares. Situación que, al margen de sus actividades políticas, le deparaba su condición fundamental de escritor.

Pero Julián Zugazagoitia llevaba a España dentro del alma. París era la antena que recogía, con vibración multitudinaria, los ecos de la situación internacional, permitiéndole auscultar con su sensibilidad de observador, los latidos del mundo, y Zugazagoitia permanecía en París, absorbido por sus deberes de español, de político y de periodista.

Los “sabuesos” de la Gestapo y de Falange, en cordial camaradería a través de la zona ocupada, y con la franca complacencia de las autoridades de Francia, llegaron hasta su morada, aprehendiéndolo para llevarlo a la cárcel de París. En ella se le sometió a un interrogatorio cerrado e inquisitivo, ante un oficial alemán, al que Zugazagoitia respondía con inalterable serenidad y con su modesto tono de siempre. Pero hubo un momento en que esta actitud suya pudo dar ocasión a que se involucraran, con ella, los atributos de la República Española. Fué al definir la calificación oficial de su cargo y el régimen en que lo había desempeñado.

Entonces Zugazagoitia se irguió transfigurado, con la recia contextura vasca, que servía de envoltura a su delicada condición de hombre cultivado intelectualmente, y dijo con irrefragante frase rotunda:

—“Yo he sido con todo derecho y con toda dignidad Ministro del Interior de la República Española, que fué legalmente reconocida por todos los países del mundo. Recabo de usted, no para mi modesta persona, sino para la dignidad del cargo y del régimen que he representado, los obligados respetos”.

Una admirativa exclamación de sorpresa acogió estas palabras por parte del oficial alemán encargado de interrogarle, quien se excusó diciéndole que ignoraba tal circunstancia, y a partir de aquel instante el diálogo se desarrolló en términos de una severa cortesía.

Pero el señor Zugazagoitia quedó en la cárcel de París, a disposición de la policía franquista. No era difícil suponer cuál sería

su suerte, y tal era la inquietud que se me planteaba a través de la carta referida.

Un día en que fué a visitarlo uno de sus hijos, Fermín, joven sencillo, capaz y estudioso, digno retrato de su padre, acompañado de un amigo de éste, que fué detenido a la vez que él y liberado después de un intenso interrogatorio, Zugazagoitia le dijo al amigo, refiriéndose a unas cuartillas que tenía comenzadas y en las que trazaba un estudio biográfico del célebre compositor polaco, autor de los delicados “Impromptus”:

—“Recoge la biografía de Chopín y termínala tú... Yo creo que ya no podré concluirla...”

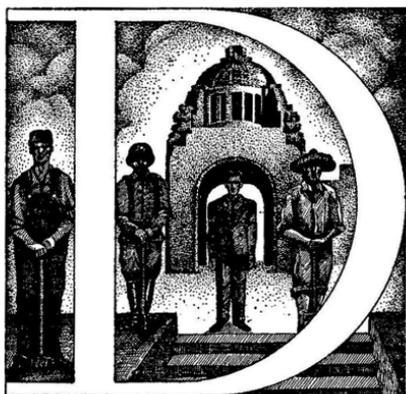
Lo dijo con entereza matizada de un ligero tinte melancólico.

El dejo amargado de su voz; la rememoración de Chopín —recuerdo inacabado en las cuartillas que pasaban a mano del amigo, en una postrera dádiva de la mente ensombrecida por el presentimiento—; la presencia del hijo, acogida en sus recónditas fibras con emoción intensa, contenida por el pudor y la responsabilidad de padre, como una viva imagen de sí mismo, reflejada con dolorosa precisión en el fondo de su alma; la perspectiva, a su espalda, de la obra que realizó; la contemplación fugaz, con fiebre de vértigo, de los amplios horizontes de belleza y de creación que se abrían ante él, en la plenitud de sus cuarenta años de laboriosidad y estudio; todo éso, vivido con la clara intuición que a los caracteres sensibles les presta la proximidad de un grave peligro, vibraba en las sobrias inflexiones de sus palabras, como voz inequívoca del corazón.

\* \* \*

Julián Zugazagoitia, el fino escritor de claro estilo, como cristalino chortal; el sagaz periodista, de sencillez franciscana y temple de bronce; el hombre bueno, de luces indulgentes, tachonando su carácter de granito, sería, mañana, una de las lámparas votivas encendidas en el martirologio de los santos laicos y de los hombres libres, abatidos como jóvenes árboles de la inteligencia, en pleno vigor de su savia creadora, por el hacha brutal del leñador falangista.





DOMINGO 7 DE JULIO.— Hoy es el día señalado para que mis compatriotas expresen su voluntad por lo que toca a la transmisión presidencial. Dos corrientes de opiniones, contrarias en ideología, se han batido cívicamente en la disputa del poder público. Una, la representan los amantes del progreso nacional, con espíritu francamente democrático; y otra, los elementos conservadores, diezmados y

lógicamente vencidos en el desarrollo de nuestras luchas intestinas, que aspiran en esta hora de deslinde moral para la marcha del hombre sobre el mundo, a una dictadura que hace sonar los cascabeles de un falso orden, una humillante paz y un progreso al servicio de los poderosos.

Tuve el inmerecido honor de presidir, hasta hace muy poco tiempo y durante un período de trece meses, las corrientes libertarias y democráticas de mi país, empuñando desde mi partido el pendón de la Revolución Social Mexicana. Por éso, porque me siento consecuente con la obra iniciada; porque en ella he puesto

todo el fervor de mi espíritu y toda la fe de mi vida, he querido una vez más solidarizarme con mi grupo, dirigiendo a su más alto representativo en esta hora, el siguiente mensaje que representa mi sufragio razonado:

“General Avila Camacho. México. Al expresar mi voto su favor renuevo firme convicción aliento sólo usted capacitado reemplazar esta hora angustiosa mundo nuestro maestro en México Stop Tarea es difícil cuando responsabilidades crecen frente derrumbamiento moral asistimos Stop Confío plenamente su obra inspirándose patria revolución democracia constituirá México baluarte libertades. Ministro Rodríguez”.

Celebrando anticipadamente en mi interior la victoria política del Instituto Revolucionario de México, tuve otra satisfacción al recibir, a las 19 horas, de manos del propio señor Lozé, la siguiente nota en la que se me anunciaba que el señor Mariscal Pétain, atendiendo mi solicitud, me recibiría en Vichy el día de mañana:

“República Francesa.—Ministerio de Negocios Extranjeros. Domingo 7 de julio de 1940.—Señor Ministro: se me comunica por teléfono desde Vichy, que el Mariscal Pétain lo recibirá con mucho gusto mañana lunes en Vichy, Hotel du Parc, entre las 4 y media y las 5 de la tarde. Se lo comunico con toda diligencia. Reitero a usted, estimado Ministro, mis muy cordiales y mejores sentimientos.—M. Lozé. Ministro Plenipotenciario, Jefe del Protocolo”.

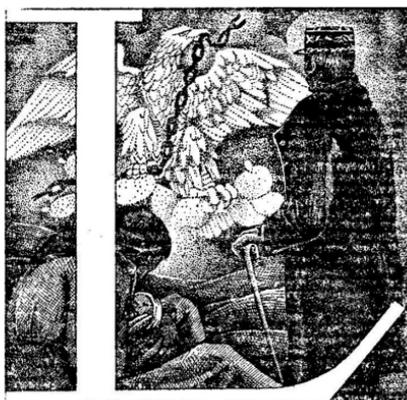
\* \* \*

Entre la correspondencia que recibo llega una carta de mi noble amiga, la estimable viuda del infortunado luchador español Marcelino Domingo, que se halla en París, alojada en las habitaciones de nuestra Legación. Entre otros conceptos, dice:

“No quiero que le falten unas palabras mías, llenas de agradecimiento y amistad; agradecimiento que nunca llegaré a expresarle con toda la intensidad, por mucho que me esfuerce, y amistad que desea muchas ocasiones para manifestar su lealtad”.

Y párrafos después:

“Enteréme del magnífico proyecto de protección a los españoles, que usted lleva de una manera tan personal, con el alto patrocinio del señor Presidente Cárdenas; hago votos para que el éxito más completo corone su obra, que será un nuevo jalón en su magnífica actuación política y una prueba más de su amplia y humana comprensión de los problemas de los pueblos”.



UNES 8 DE JULIO.— Las operaciones militares en el mar Tirreno, señalan el comienzo de la guerra anglo-italiana. Persiste en el territorio francés, en sus poblaciones, la misma inquietud que agudiza la tristeza en sus campos.

Imposible nos hubiera sido salvar la distancia entre Mont-Dore y Vichy, por la escasez de gasolina y el exceso de precauciones de orden po-

licíaco tomadas en las carreteras, a no ser por el empleo frecuente que hicimos del siguiente documento que me expidió el Ministerio de Negocios Extranjeros, por acuerdo expreso del Jefe del Gobierno francés, y que transcribo a título de curiosidad:

“República francesa. Ministerio de Negocios Extranjeros. El Ministerio de Negocios Extranjeros ruega a las autoridades francesas tengan la bondad de facilitar el viaje del señor Luis I. Rodríguez, Ministro de México en Francia, que se traslada a Vichy en su coche automóvil “Buick” 9181 RK 7 (C.D.). El señor Luis I. Rodríguez va a visitar al Mariscal Pétain que le ha concedido audiencia

para hoy, 8 de julio, a las 16.30.—La Bourboule, 8 de julio de 1940. El Sub-Jefe del Protocolo, N. R. Bernard”.

Gracias a esta prerrogativa, pudimos llegar, sin mayores contra-tiempos, a la ciudad de Vichy, cerca de las 17 horas. Sin tomar en cuenta nuestras penosas condiciones de viaje, nos dirigimos al Hotel du Parc, ansiosos de poder celebrar, cuanto antes, la entrevista especial que nos fuera concedida.

La residencia del Gobierno ofrecía a esa hora un ambiente de febril actividad. Se habían improvisado oficinas en todas las dependencias, en los pasillos y hasta en los descansos de las escaleras. Nunca se vió mayor algarabía que en esos momentos, precursores de grandes batallas parlamentarias en la Asamblea Nacional, convocada el día de ayer. Centenares de políticos, venidos desde las más apartadas provincias, discutían en tono patético sus problemas locales, en tanto que sus líderes, monopolizando los teléfonos del edificio, dictaban orientaciones y verificaban recuentos constantes de sus afiliados, sin guardar ya el recato obligado a los representantes de la prensa, dueños así de un material de información inagotable que habría de vaciarse después en las hambrientas rotativas, alimentadoras contumaces de todas las pasiones humanas.

Entretanto, el ir y venir desacompañado de los nuevos y antiguos funcionarios y de las eternas y solícitas dactilógrafas.

Todo ésto en franco concierto con el ruido de armas de los guardias granaderos; con el cuchicheo meloso de los eclesiásticos también en corrillo, comentando el porvenir de su casta en el despeñadero de Francia, y con el fecundo e inagotable martilleo de carpinteros y albañiles que se empeñaban en acondicionar un nuevo Quai d’Orsay en lo que fuera, durante el verano, magnífico lugar de confort y de placer para los privilegiados.

Contemplando este palpitante cuadro arrancado a la realidad, me sorprendió un gallardo oficial de Estado Mayor, quien cortésmente me indicó:

—“El señor Mariscal de Francia concede su atención en estos momentos al Embajador de los Estados Unidos Mexicanos”.

Lo seguí abriéndome paso entre millares de personas, hasta encontrarme frente a la puerta señalada con el número 418 del propio hotel que, siendo tocada respetuosamente por el ayudante, sirvió de marco, segundos más tarde, a la grave figura del glorioso estratega de los ejércitos aliados en la conflagración del catorce.

Sus ojos, de un azul intenso, escudraron fijamente mis pupilas; sus labios se entreabrieron, sonrientes, y adelantando su mano, como si ofreciera una herida abierta, me dijo:

—“Sea bienvenido, misionero de México, a esta mi propia casa, que sólo puede brindarle la modestia y la sinceridad con que ahora vive Francia”.

—“Señor Mariscal —le respondí—: cuando dos pueblos amigos buscan la ocasión de refrendar su solidaridad, inútil y hasta impropio parece que se preocupen en montar grandes escenarios. Lo que usted me brinda hoy, tiene la simplicidad de los hombres de mi pueblo, y la actitud sincera del Gobierno, Mexicano. Dígnese aceptarme como soy, sin ninguna preocupación”.

Y entonces, apoyándose en mi brazo, me llevó, sereno, hasta su habitación, en donde departimos (él sentado en una butaca, yo al borde de su lecho) sobre la encomienda que México me había dado al servicio de los ex-combatientes españoles residentes en los territorios de Francia.

—“¿Por qué esa noble intención —me dijo en algún momento— que tiende a favorecer a gentes indeseables?”

—“Le suplico la interprete usted, señor Mariscal, como un ferviente deseo de beneficiar y amparar a elementos que llevan nuestra sangre y nuestro espíritu”.

—“¿Y si les fallaran, como a todos, siendo, como son, renegados de sus costumbres y de sus ideas?”

—“Habríamos ganado, en cualquier circunstancia, a grupos de trabajadores capacitados, como los que más, para ayudarnos a explotar las riquezas naturales que poseemos”.

—“Mucho corazón, y escasa experiencia internacional”.

—“Ahora sí cabe una pregunta, señor Mariscal: ¿Qué problema puede plantearse cuando mi patria quiere servir con toda lealtad a Francia, deseosa de aligerar la pesada carga que soporta sobre sus espaldas, emigrando al mayor número de refugiados hispanos?”

—“Ninguno —replicó con aplomo—; pero llamemos a esa actitud impulso de humanidad, mejor que auxilio a Francia, porque de sobra conocemos que en las grandes miserias las ratas son las primeras que pieren, y en el caso nuestro, los exiliados de España estarían obligados a llevar ventajosa delantera a mis compatriotas”.

Nuevos argumentos sirvieron de esgrima a las palabras. El, celoso por defender su propia ideología y los compromisos con-

traídos por su pueblo; yo, empeñado en cumplir lealmente con mi alto propósito.

En algún instante, al calor de la discusión, invocando el nombre del señor Presidente de la República Mexicana, sentí que vibraba mi espíritu de alegría al interrumpirme el Mariscal con estas palabras:

—“Cárdenas suena mucho en Europa. Yo lo admiro como soldado y lo envidio como ciudadano”.

Y para terminar:

—“Diga usted que estoy conforme con el plan que se me propone. No vale la pena discutirlo ahora en sus detalles. Tampoco sé a quién darle tan señalada misión. En vísperas de renovarse el Gobierno, ignoro todavía el nombre de mis colaboradores. Cualquiera que resulte, llevará mis directrices para realizar con usted un programa de amor y de piedad hacia los refugiados españoles”.

Se había resuelto casi milagrosamente, con profundo sentido de humanidad, la suerte de millares de hombres, atezados por el Destino, ocultándose día tras día entre las sombras, como si fueran delincuentes, para no verse arrastrados hacia el suplicio y la deshonra en su propia tierra, víctimas del deshonor y la venganza que trasudan sus opresores.

México reafirmaba con esta actitud los perfiles tan marcados que lo significan en el derecho de gentes. Yo sentí ansias de gritar a todo el mundo la emoción que restallaba en mi espíritu por haber podido realizar la acción más amplia y bienhechora de mi existencia, y sólo tuve fuerzas para dominar mi intensa emoción, cuando la duda me hizo reflexionar que cualquier indiscreción de mi parte podría cobrarse con el dolor y la amargura de los que intentábamos redimir.

\* \* \*

Conteniendo, a duras penas, mi vivo deseo, salí a la calle.

Un tropel de imágenes acudían a mi mente. Las había visto ya otra vez rotas y vacilantes en nuestro repliegue de París, cuando tuve ocasión de contemplar algunos campos de concentración y presenciar escenas que me llenaron de indignación y de tristeza.

Al calor del recuerdo, las imágenes cobraban su vida propia y desfilaron por mi pensamiento con sus siluetas derrotadas, titanes de la abnegación y del sacrificio, seres ignorados, suprimidos ya del censo de la vida, con el nombre deshecho en un temblor de

harapos, a merced de la mano brutal de algún gendarme; seres sin cédula, y aun sin número —garantía mínima de los presidiarios—, que realizan a diario el acto heroico de no pasar por héroes y de superar su voluntad, un poco más cada segundo, para no hundirse del todo en la negra charca del olvido intencionado, para vivir un poco más, con agonías de rescoldo, entre las nieves perpetuas del más cruel abandono.

El más torvo egoísmo y la más sucia crueldad han escrito, con siniestro lujo de detalles, seguramente el más sombrío capítulo en la historia de los tiempos modernos. Es imposible imaginar, en todo su doloroso contenido, ese culto a la inhumanidad que, implacablemente, sin escrúpulos de ninguna naturaleza, ha mantenido Francia —mejor dicho, la maquinaria oficial francesa—, en el preciso instante en que la gloriosa miseria de los refugiados españoles reclamaba profética solidaridad o, cuando menos, la más elemental comprensión.

Era como despeñarse del alma hacia dentro, observar el profundo desencanto de las multitudes republicanas que, a cambio de su fe y de su victoria moral, recibían de un Gobierno que juzgaban amigo, la marca infamante del deshonor y del desprecio. En nombre de su trilogía vital, esgrimían y esgrimen la técnica de complicada tortura; en nombre de la Libertad, encadenan a sus hermanos de ayer, haciéndoles sentir, con refinada crueldad, el innoble peso de una esclavitud que no merecen; en nombre de la Igualdad los encierran en los campos de concentración —dantescas cárceles con verdugos senegaleses—, y los señalan con diversos colores puestos sobre el pecho, acorralándolos como bestias “infestadas” de rebeldía y pundonor. En nombre de la Fraternidad, los dejan morir de dolor y de hambre, frente a un horizonte de púas y de mugre; se burlan de su desgracia deshonrando la ironía; martirizan a los niños prisioneros cuando los ven jugando; la bayoneta del negro rompe la pelota de goma policromada; escupen contra los sabios su enano desprecio; ultrajan a las mujeres con su chata lascivia y persiguen a las adolescentes con sus ojos de batracio y sus gestos fangosos.

Estos mezquinos sacristanes en esa “misa negra” de Francia, se empeñan en llenar de pesadumbre el corazón de los refugiados españoles; pero jamás podrán inocularles su cobardía. Quienes defendieron Madrid, escribiendo una heroica gesta que es un ancho respiro en esta cloaca de pasiones y de intereses bastardos, con sólo su presencia irritan a los que están dispuestos a pactar

con el enemigo, pensando únicamente en el precio de la deshonra. Por éso les molesta ver tanta miseria material, pero tanta riqueza de espíritu; por éso les indigna contemplar una serenidad, una fortaleza, un egregio coraje y una dignidad que ellos, los opresores, han olvidado en esta hora de prueba para el mundo.

Su venganza consiste en molestarlos, en crearles dificultades para todo, en exponerlos horas y horas a una mortal intemperie, negándoles calor para hacer soportable la temperatura del invierno en las inmundas barracas, contra cuyos tablonés desuñidos el viento lanza sus agudos mastines.

Los campos de concentración, ofrecidos como albergue a los luchadores hispanos, deshonran al Gobierno francés y hablan muy mal de un pueblo que creímos un positivo baluarte de solidaridad humana, de hospitalidad fecunda y limpia.

No exageramos al decir que esas prisiones, ni siquiera dignas de enemigos, constituyen claro exponente de almas retacadas de hollín, de cerebros enloquecidos por la ruindad y el miedo; son obra del desastre moral de Francia, del egoísmo, de la estulticia, de la falta de fe en el destino propio.

Nada, absolutamente nada, las justifica. Quien vió en los refugiados españoles un peligro para la tranquilidad, la economía y la política galas, olvidó mirar su propia conciencia; tuvo temor de exhibir su claudicación anticipada, o trató de justificar el rompimiento de una promesa hecha a los defensores de la República mártir, valioso campo de experimentación para las modernas armas de Berlín y de Roma.

Ningún antecedente existe de tan espesa ceguera colectiva. Ninguna prueba más condenatoria de una barbarie superior a la barbarie totalitaria. En ningún campo de concentración de los muchos que existen o que han existido sobre la tierra, pudo encontrarse mayor desprecio al infortunio humano, mayor disfrute de la desgracia ajena, mayor encanallamiento y lepra más profunda... ¡Y pensar que se trata de viejos amigos!

¿Qué delito, qué culpa, qué violación legal desean las autoridades francesas que purguen los excombatientes españoles, en los corralones de la muerte?

Grave, muy grave debe de ser la “falta” para que la sancionen de ese modo.

Nosotros sabemos que su único “error” fué haber confiado en antigua fraternidad, y en luchar por el destino de su pueblo, por sus intereses y sus derechos.

Y por éso los castigan sin piedad, brutalmente; por éso les dan los alimentos necesarios para que se mueran de hambre; por éso les escatiman médicos y medicinas, y les niegan ropas para cubrir sus desnudeces; por éso dejan que las mujeres vestidas de andrajos se congelen en la nieve; que los niños ateridos duerman sobre la arena húmeda; que sus hijos nazcan en la mayor desolación y en un deprimente escenario de podredumbre y de tristeza; por tan “enorme culpa” —defender su legítima causa— obligan a los ancianos y a los enfermos a trabajos agotantes; azotan a los que se quejan, roban el agua a los que tienen sed, maldicen a los que guardan silencio y condenan a los hombres maduros a la cerante ociosidad.

No hay nada en los campos de concentración, donde se desgaja esa infortunada gente, donde se oxida y se apaga, que no tenga como objetivo causar un daño, motivar una pena, provocar un disgusto. Agua caliente manchada de grasa, doscientos gramos de mal pan, verduras en estado de descomposición: he aquí el diario menú de la comida. El desayuno y la cena, por su mezquindad y pestilencia, casi siempre son rechazados entre inútiles protestas colectivas. Sin leña para amortiguar el frío rabioso; sin jabón para impedir o quitar la mugre; sin paja para descansar; sin libros para distraer el mortal aburrimiento; sin papel para tapar las rendijas del “hogar”, por donde pasan libremente el polvo y los viciados olores de una playa y un mar encogidos de hombros; desposeídos de todo, materialmente sin nada; sin luz, sin fuego, sin agua, sin aire sano, sin piedad que los haga sonreír, miles de seres, en asfixiante promiscuidad, privados del derecho a la vida; pero con la dignidad y la vergüenza en su sitio, esperan la hora de la justicia inexorable. ¡Ellos sí tienen fe!; y resignadamente, con brioso estoicismo, surgiendo de la sombra a que se les quiere condenar, enriquecen el martirologio de su causa.

—“Mejor me entregaría a un guardia senegalés” —gritó una chiquilla a un “funcionario de categoría” del campo, quien ebrio de lujuria trataba de asirla en sus brazos—. “Mejor de un negro que de un sucio perro” —insistía la pequeña implorando, con la palabra jadeante, el pobre vestido rasgado, el cabello de oro revuelto, los ojos con lágrimas.

Loca de espanto y de ira, corría sobre la nieve impávida, derecha a estrellarse contra las alambradas.

Una gruesa y potente voz de mil, dos mil, tres mil bocas, la detuvo. Un horizonte de puños en alto se extendió para defen-

derla. El “empleado” vencido, mientras se alejaba tambaleante de rencor a esconder su público fracaso, iba vomitando hacia dentro no sé qué palabrotas de venganza.

Esto me lo contaron a coro niños y mujeres que lloraban.

Cuando abandoné el campo, varias horas después, se aferraba a mi recuerdo ese estado de conciencia de diez mil hombres cautivos, en una simbólica imprecación:

“¡Mejor de un negro que de un sucio perro!”

\* \* \*

El entusiasmo inflamó mi espíritu y ensanchó mis pulmones, al pensar que estos seres tenían ya quien los amparase, y con qué júbilo, pasando lentamente de la desesperación al optimismo, recibirían la noticia de nuestros propósitos.

Ahora tendríamos posibilidad de visitarlos oficialmente, revestidos de la necesaria autoridad para que nuestra voz fuese eficazmente escuchada, deseo que hice patente al señor Mariscal Pétain, durante mi entrevista.

A las pocas horas, estando en mi hotel, tuve la satisfacción de recibir, en mano, por encargo del Jefe del Protocolo, señor Lozé, la autorización que con tan vehemente solicitud había recabado del Jefe del Gobierno.

Decía así:

“República Francesa.—Ministerio de Negocios Extranjeros.—El Ministro de Negocios Extranjeros ruega a las autoridades civiles y militares se sirvan otorgar todas las facilidades compatibles con los reglamentos al señor Luis I. Rodríguez, Ministro de México, quien, en virtud de un acuerdo concertado con el Gobierno de la República, debe visitar los campos de refugiados españoles en los departamentos de “Tarn-et-Garonne”, “Bouches-du-Rhone”, “Pirineos Orientales” y “Haute Geronne”. El Ministro de Negocios Extranjeros agradecerá, al propio tiempo, a las autoridades competentes, aseguren el suministro de gasolina al coche del señor Rodríguez; durante este viaje irá acompañado del señor Castro, Secretario de su Legación, utilizando los coches automóviles Buick C.D. 9181 R.K. 7 y Plymouth C.D. 424.—Vichy, 12 de julio de 1940.—El Jefe adjunto del Gabinete.

—Jean Le Roy”.





ARTES 9 DE JULIO.— El Gran Casino de la ciudad sirvió en este día de recinto memorable a la H. Cámara de Diputados para que efectuara la sesión extraordinaria, en la que habría de discutirse la necesidad de otorgarle al señor Mariscal Pétain facultades excepcionales para promulgar una nueva constitución, basada sobre los principios de autoridad, de jerarquía y de disciplina.

Todas las curules fueron ocupadas por los representantes del pueblo, reservándose los palcos de honor para el señor Presidente de la República, miembros del Gabinete y Cuerpo Diplomático. Llenaban las galerías elementos de todos los grupos sociales, deseosos de participar en este acto de tan señalada trascendencia.

A las 9 horas 30, M. Herriot, agitando la clásica campanilla, declaró abierta la sesión, teniendo a su lado a MM. Laval, Frossard, Pomaret, Chichéry, Chautemps y Février, que representaban al Gobierno. Y desde el sitial de la Presidencia, intensamente pálido y con pausado tono de voz, pronunció una brillante alocución, rin-

diendo homenaje a la memoria de Félix Crat, Paul Saintmartin y Emilio Laurent, diputados muertos en la guerra.

Remató sus palabras con esta admonición: —“Consumados los desastres, se buscan ahora las responsabilidades. La hora de la justicia vendrá. Francia la exige severa, estricta e imparcial. Todavía no ha llegado ese momento; apenas si comenzamos hoy la hora del duelo. Este debe traducirse por la reflexión y la prudencia. En torno al Mariscal Pétain, con la veneración que su nombre nos inspira a todos, el pueblo debe agruparse en su derrota. Tratemos de reformarnos, de hacer más austera una república que creímos demasiado placentera, a pesar de que sus principios guardan todas las virtudes. Empeñémonos en hacer de nuevo a Francia. El destino de esta obra depende del ejemplo de estoicismo que podamos ofrecer. Nuestra amada patria renacerá algún día. ¡Viva Francia!”

El público recogió con entusiasmo estas frases, y las aplaudió con largueza. La Secretaría de la Cámara participó, momentos después, que se turnaba a la Comisión del Sufragio Universal el proyecto enviado por el señor Mariscal Pétain, tendiente a revisar las leyes constitucionales. Sólo la voz de M. Tixier-Vignancourt fué la que se mostró inconforme con el trámite aprobado.

Transcurrido el tiempo indispensable, M. Mistler, designado para fundamentar el dictamen de la expresada Comisión, que aceptó por unanimidad de 23 miembros presentes el texto propuesto por el Mariscal de Francia, fué a la tribuna para expresar, entre otros conceptos, el siguiente, que arrancó el aplauso de su auditorio: “Hoy —dijo— se trata de empeñar nuestro esfuerzo para la reconstrucción del país en el orden y la legalidad republicana, para que Francia reviva y sea igual a su destino”.

Un hombre de color, el diputado por la isla de Guadalupe, expresó, con acento cálido, el fondo de su pensamiento:

—“Como francés, me resigno al armisticio; pero como hombre de color permitidme que siga luchando por la libertad”.

Verificado el escrutinio, 395 votos resultaron por la afirmativa, y tres en contra del dictamen. Estos correspondieron a los diputados MM. Margaine, Blondy y Roche.

A las 16 h. y con el mismo espectáculo de la mañana, se reunieron en el mismo edificio del Casino los integrantes del Senado, bajo la presidencia de M. Jeanneney, venerable figura de la política francesa, quien, profundamente emocionado, hizo notar que la Constitución vigente había resistido por mas de 65 años las pruebas más duras de la vida pública, pero que las circunstancias

actuales imponen una modificación substancial por la amarga experiencia recogida.

Cumplidos los mismos trámites de la Cámara colegisladora, la Comisión del Sufragio Universal correspondiente al Senado de la República, pronunció su dictamen, adoptando el texto gubernamental, considerando que con ésto no sería pagar demasiado caros la salvaguardia y el resurgimiento de la patria”.

Efectuado el escrutinio, se obtuvieron 229 votos por la afirmativa. Un solo senador, M. Chambrum, sufragó contra el proyecto.

\* \* \*

Y cuando asistíamos al crepúsculo de la Francia libre, humeante todavía el país en el más doloroso de sus infortunios, allá en Pylasur-Mer, teniendo por modesto escenario una villa hecha para el recogimiento y el olvido, se desarrollaba entre la penumbra de la noche una tragedia inesperada.

Cipriano Rivas Cherif, dramaturgo insigne, reputado escritor y diplomático circunstancial de la República Española, era víctima, lo mismo que sus familiares, del ultraje y la rapiña inspirados desde Madrid, en contra de los elementos más distinguidos pertenecientes al gobierno legítimo, recién usurpado con la complicidad de moros, italianos y teutones.

Rivas Cherif vivía alejado de compromisos sociales, consagrado a custodiar la pequeña finca adquirida en ese lugar por el ex-Presidente Azaña, con el fruto de la recompensa que la República le había acordado en el momento de su dimisión.

Fueron las autoridades alemanas, auxiliadas por agentes de la policía franquista, quienes se encargaron de romper la quietud reinante en aquel hogar. Indagando al principio respecto al paradero del estadista enfermo, que naturalmente no llegaron a precisar, dispusieron el arresto inmotivado de quienes no tenían otro delito que el haber merecido la confianza de Azaña durante toda la vida y hallarse vinculados con él por lazos de estrecha familiaridad.

Con innecesario alarde de fuerza, atentos al mandato de mezquina ambición, los alevosos requisadores encontraron la oportunidad de apropiarse, en el saqueo que emprendieron, de las modestas reservas pecuniarias y de los valores artísticos pertenecientes a los Azaña y Rivas Cherif, explicando su conducta como recuperadores de bienes que correspondían al tesoro de España.

Descontado está decir que el toisón de oro que le sirviera de símbolo al mandatario republicano en sus más señalados actos oficiales, mereció especial preferencia en este apoderamiento ilegal, reservándolo, según el parecer de sus confiscadores, para mejores pechos de España, en nuevas ocasiones de la Historia.

La cárcel de Pyla-sur-Mer hizo crujir sus hierros cerca de la media noche para dar paso a Cipriano Rivas Cherif, quien fué obligado a abordar un camión del servicio de investigación español, que partió después con destino a Madrid, dejando tras de la reja a una esposa desolada, a una hermana entristecida y a cuatro niños desvalidos.

\* \* \*

Los jóvenes etíopes, funcionarios y empleados que integraron la Legación del Negus en París, se mostraron jubilosos al enterarse de que las gestiones emprendidas cerca del Gobierno mexicano para facilitarles su regreso al Africa, habían tenido los mejores resultados.

En efecto, consultamos a nuestra Cancillería respecto a si autorizaba que se extendieran visados para los diplomáticos de Addis-Abeba, quienes se comprometían a utilizarlos simplemente para justificar su paso por España, puesto que al llegara Lisboa, en lugar de embarcarse para América, continuarían la ruta hacia su patria. El general Cárdenas, comprensivo como siempre, expresó desde luego su conformidad.

—“Como soldados que somos de Hailé Selassié —todos me dijeron conmovidos— le agradecemos infinitamente la merced que se nos ha dispensado, en nombre de nuestro imperio y de nuestra raza. No somos de los que buscan despavoridos ahuyentarse de Europa por no sufrir los horrores de la guerra. La hemos soportado sin cobardía y ahora que los dioses nos deparan la fortuna de dejarnos batir en nuestro propio suelo por la defensa de nuestro rey y nuestra estirpe, allí volvemos henchidos de alegría a cambiar con la muerte la satisfacción inmensa de devolverle a nuestro pueblo el divino regalo de su soberanía que los esclavistas de Roma se empeñan en estrangular”.

Fulguraron en sus pupilas ráfagas de iluminados; el marfil de sus dientes recorrió una esperanza y en su carne negra, musculosa y sufrida, sentí que florecían los retoños de una nueva libertad, ante el dolor de sus cicatrices abiertas apenas ayer por la furia del látigo conquistador.



IERCOLES 10 DE JULIO.—

Ante los dolorosos funerales de la Tercera República, surge hoy el advenimiento del Estado Francés. Las calles de Vichy se congestionan de público; todos reclaman lugares para el Casino; no existe ningún sitio en donde no se relaten episodios de la historia de Francia. Nosotros tuvimos ocasión de conocer a los auténticos representantes de este país en los centros más

concurridos de la ciudad: los modeladores de la palabra, los intérpretes consagrados del sentimiento colectivo, los líderes significados por las masas indígenas.

M. Jules Jeanneney inauguró, a las 14 h. investido del cargo de Presidente del Senado de la República, en el teatro del Casino de Vichy, la histórica sesión extraordinaria de la Asamblea Nacional, que habría de cambiar la fisonomía política y social de Francia.

Yo asistí a la reunión, de trascendencia tan dramática, en la misma platea en donde se encontraban los embajadores acredita-

dos: M. Bullit, de los Estados Unidos; Lequerica, de España; Carcano, de Argentina, y Souza Dantas, del Brasil.

Discutiendo la legitimidad del acuerdo parlamentario, por lo que se refiere a la emisión y el número de sufragios, tuvimos la oportunidad de escuchar a los diputados Laval, Buisson, Mireaux y Champeaux, disputando tesis opuestas que, al final, la Asamblea sancionó con su veredicto mayoritario.

Leído el proyecto fundamental, suscrito por el Mariscal de Francia, y que dejó consignado en mis apuntes de este día, las Cámaras entraron en receso, dando tiempo a que las dos comisiones de Sufragio Universal expusieran libremente su criterio.

Este fué favorable a la iniciativa gubernamental, con excepción de los votos de Dormoy, Giacobbi, Renoult y Trementin, delegando en esta forma la facultad de resolver lo que se estimara conveniente, respecto a la reforma presentada, a los representantes de ambas Cámaras, constituidos en Asamblea Nacional.

M. Champeaux, designado para sostener el criterio de la comisión, argumentó desde la tribuna: “Yo reclamo de manera inmediata que se realice la reforma, porque todos la sentimos indispensable para la salvación de los intereses de la patria”.

Efectuado el escrutinio, M. Jeanneney proclamó el resultado: 569 votos afirmativos contra 80 repudiando el proyecto, de 649 representantes políticos asistentes a la Asamblea.

Francia enmendaba su historia así, estrangulando a la República y alumbrando un Estado nuevo. El decreto respectivo es el siguiente:

“Artículo único.—La Asamblea Nacional concede todos los poderes al Gobierno de la República bajo la autoridad y firma del Mariscal Pétain, para que promulgue, por uno o varios actos, una nueva Constitución del Estado Francés”.

“Esta Constitución deberá garantizar los derechos del TRABAJO, de la FAMILIA y de la PATRIA”.

“Será ratificada por la nación y aplicada por las Asambleas que haya creado”.

M. Laval, consumado el hecho, sólo tuvo dos palabras para los representantes de su pueblo: “En nombre del Mariscal Pétain les rindo mi agradecimiento por Francia”.

\* \* \*

A la salida, el Embajador Bullit me dijo:

—“¡Pobre Francia!... ¡Todavía le ha quedado sangre para salpicar este cuadro!”

Lequerica agregó:

—“Después del armisticio, nada puede causarme sorpresa”.

Carcano, de Argentina, comentaba:

—“No les perdono a los mexicanos seguir divorciados de su madre patria”. Y González Videla, de Chile:

—“En nuestra tierra sabemos guardar con mayor decoro estas mojigangas”.

\* \* \*

Antes de iniciar la despedida sorprendimos a los granaderos, que tenían consigna de montar guardia de honor a la hora sagrada en que Francia cambiaba su destino, indiferentes a la agonía de su República, entretenidos en juegos de naipes sobre una deshojazón de primavera. Un fuetazo de vergüenza, de amargura y de conmiseración nos golpeó pecho adentro.

\* \* \*

Me encontraba ya en los jardines del hotel, departiendo con un grupo de diplomáticos mexicanos, a quienes confiaba mis impresiones de este día, cuando me interrumpió un “chasseur” con la misiva siguiente:

—“Alguien que está allá afuera, en un coche, le ruega tenga la bondad de verlo”.

—“Parece lo más natural que sea él quien venga”, contestamos casi a coro.

Momentos después el “garçon” regresó, dejando caer en mis oídos estas palabras de misterio:

—“Se trata de una persona, al parecer herida, que urgentemente lo reclama”.

Sin pérdida de tiempo llegué a la puerta y desde allí pude advertir un gran automóvil, semi-hundido entre la sombra de la arboleda vecina.

Cerca de él descubrí, con cierto asombro, a pesar de llevar vendada la cabeza y con algunas pinceladas rojas en la frente, a M. Paul Reynaud, quien, según noticias, se hallaba internado en una clínica de renombre, a consecuencia del accidente automovilístico

sufrido pocos días antes en las carreteras del Sur, donde encontró la muerte la que pronto debió haber sido la compañera de su vida.

Al estrecharnos con grata cordialidad las manos, recogí de sus labios esta sentida frase:

—“He querido venir a agradecerle personalmente su amable consideración por haberme ofrecido el asilo de su patria en estos momentos tan difíciles para mí”.

— “Sólo he cumplido — le dije— con las instrucciones de mi Gobierno, que sabe lo que significa el concepto de solidaridad”.

— “Solidaridad —repitió amargamente—; cómo emociona oír todavía esa palabra para quien ha derrumbado el futuro de un pueblo por sostenerla”. Y su pensamiento, pájaro herido, se perdió por las rutas de la meditación; y como si tratara de apoyarse en el erguido hombro del recuerdo, me habló de su vida política, en forma tan desvaída, tan gris, tan infinitamente dolorida, que más que acontecimientos registrados ayer parecían haberse sucedido en la noche de los tiempos.

Tal era su honda pesadumbre y su creciente desesperanza; con su vencida altivez vigilante, que parecía un solitario y brumoso peñascal plantado donde el mar teje sus coronas de tempestades opacas. Era Francia, con el espolón quebrado, pero con la cresta en erección de vida. Símbolo de un ideal saqueado por los vándalos, estriaba el mármol derruido de sus templos, con latido de venas indomadas.

Su silencio llovía sobre mí, como plomo encendido.

—“Usted no debe ser el juez de sus propios actos” —llegué a decirle con afán de estimularlo.

—“Y ¿quién tiene derecho a serlo entonces?; ¿los que están llamándome traidor?; ¿los que me sienten responsable del fracaso?; ¿los que no se ruborizan al lanzarme el anatema de su desprecio?”

—“No me refiero a ellos tampoco, señor Presidente. Yo hablo del concepto frío e inexorable de la Historia”.

—“La Historia —sonrió pesimista —escrita ¿cuándo, dónde y por cuál partido?”

Por fortuna, este nuevo tema sirvió de acicate a su espíritu, hasta desgranarlo en fecunda corriente de anécdotas donde contemplé a la dulce y confiada Francia en sus múltiples aspectos: asomándose con pupilas claras por el ventanal de la muerte; creyendo en una felicidad defendida por espigas y cántaros de leche, y no por tanques y cañones; soñando en una paz que no contaba

con la unidad de su pueblo, y por lo tanto habría de ser destruida por la hegemonía prusiana.

Su fatigado acento, como débil llama, lamía hasta el más íntimo rincón de su espíritu. Colocado en ese plano y, por lo mismo, absolutamente sincero, afirmó:

—“Yo he sido simplemente un francés enamorado de su patria y fanático de sus libertades, que tuvo el prestigio de entregarse por entero en aras de la más alta de nuestras virtudes: la Democracia. Lo demás nada me importa, porque tiene el valor de las circunstancias, y se cotiza con el oro corrompido de todas las mezquindades”.

—“Pero ¿está usted seguro, M. Reynaud, de haberle señalado a su Patria el único camino capaz de salvarla?”

—“Más seguro que de mí mismo —casi me arrebató la palabra a gritos—. Yo, al fin y al cabo, no soy más que un accidente. Mi país es y ha sido en todos los tiempos el baluarte incommovible de los derechos del hombre. Guárdese usted hasta la próxima primavera; analice los hechos que se sucedan sin prejuizarlos, que ya tendrá ocasión de comprobar, como lo he presentado yo mismo, que si Inglaterra resiste sin temores ni claudicaciones, de ella será la victoria”.

Y no dijo más. Clavó su mentón en los puños, como si en ellos quisiera hundirse para siempre.

¿Acaso fue un símbolo, o una normal coincidencia?

Yo respeté su silencio durante algunos minutos. Quizás lloraba o maldecía.

Después, una pregunta indiscreta: — “¿Y el Mariscal Pétain conoce su vaticinio?”

—“¡Qué sé yo! —me replicó— ¡tanto se lo he repetido! Hoy mismo, hace dos horas, me ha llamado a su despacho para ofrecerme el puesto de Embajador de Francia cerca de Roosevelt, en Wáshington”.

—“¿Y lo ha declinado usted?”

—“Sí, lo he rechazado porque pienso todavía que yo represento el coraje francés con su voluntad de lucha, cuando apenas si llega el Mariscal al triste deber de colaboración, ejecutando un armisticio dictado por nuestros adversarios”.

No quise prolongar por más tiempo nuestro diálogo, deseoso de evitarle nuevas congojas. Cuatro manos se anudaron para significar un ¡hasta luego! o una despedida sin límite.

Todavía, en el estribo del carro, ahogando su voz como si fuera su propia alma, balbuceó este ruego:

—“Diga usted en México, por favor, a los que llevan mi sangre, que yo no significo una vergüenza para ellos”.

\* \* \*

Hemos recogido en este momento crucial de la Historia de Francia, una visión de conjunto que surge, llameante aún, de las páginas de nuestro diario, mientras el aire dispersa algunos fragmentos de la Constitución Republicana, rasgada por manos trémulas —miedo, complicidad, imprevención—, y una racha de viento culpable las empuja hacia los últimos rescoldos del siniestro, sobre cuyas ascuas agonizantes el invasor modela el “niño-ario” del Nuevo Evangelio Nazi, persignando su frente con la cruz gamada.

Nace el Mariscalato. En torno a la contera del bastón que le sirve de símbolo —Polo Norte del nuevo orden francés—, miles de ondas concéntricas que dibuja el huracán desencadenado en todo el mundo, van concretando la forma de un gigantesco anillo de sombras. Y es fácil leer la inscripción que parpadea, como fuego fatuo, sobre el tul de una cinta. Dice así:

“Aquí yace el glorioso defensor de Verdún, que prefirió reclinarse su cabeza nevada sobre el cráter del volcán, guardando en sus ojos la visión quemante del humo, ceniza y lava, que sepultó a su patria, mejor que reposarla blandamente sobre su lecho de octogenario, entre las visiones acariciadoras de sus lejanos triunfos”.

Un relámpago sostenido —protesta de los antros en la tramoya espectral— ilumina el formidable escenario, múltiple y giratorio, que adquiere su lenta rotación, entre crujir de huesos y chirriar de cadenas de esclavitud, arrastrándose pesadamente.

Ante nuestros ojos van desfilando los diversos cuadros que, en su conjunto, componen el actual momento social, político y moral de Francia, abierto como una interrogación para el futuro.

\* \* \*

Es la llanura árida, incrustada en la sordidez de un paisaje de hastío, festín de las cepas y de los “sous”; economía del espíritu; tacañería del alma; ahorrar, ahorrar... ¡Ahorrarlo todo: la vida, la suerte, el dolor, el pan y la sal!

A lo lejos, la montaña inaccesible donde el sol cuaja las brasas de su crepúsculo dorado, como un fascinador de estrellas, narrándole a los vientos las gloriosas leyendas de los tiempos pasados, al són de infinitas trompetas áureas, que cantan en la luz de sus reflejos el himno inmortal de la vida.

Un inmenso altavoz sobre la montaña proyecta en la llanura su sombra proterva, como alas deformes de cuervos en bandada, llevando en sus garras la frase fatídica de Edgar Allan Poe: “¡Nunca más!”

Frente al altavoz —breve jirón de carne que tiembla como una espiga hecha a vivir en el llano— una silueta humana se perfila. Mísera, desvalida, desilusionada.

¿Por dónde llegó hasta la cumbre inaccesible?

Los riscos en talud guardan la respuesta, escrita con sangre inocente. Las rodillas llagadas conservan el secreto de la ascensión: es una madre, símbolo de las madres francesas, que en el año de 1918, sobre el dolor austero de las tumbas unánimes, concibieron el propósito de ahorrar vidas a la desesperanza del ayer, a los peligros del mañana, y crearon la voluntad indómita de inculcar en los hijos supervivientes este inexorable propósito.

Es una madre que ha querido subir a la cima, para saber la verdad, surgida de los labios metálicos del altavoz, entre cuyas membranas se oye latir aún, encogido de ciertos presentimientos, el corazón de Francia, como un eco múltiple, profundo y angustiado, del corazón de los franceses.

Y para una madre que quiere saber la verdad, no hay cumbres inaccesibles. Por éso llegó allí.

\* \* \*

La escena, ahora, es una síntesis de infinitas escenas semejantes, que se han desarrollado en todos los lugares de Francia, desde los suntuosos Campos Elíseos, hasta los más oscuros rincones de las aldeas, en ese interminable minuto de silencio en que las almas se inclinaron sobre las antenas, para escuchar el último capítulo del drama, como el peregrino se detiene ante la mole de granito que, tras una preparación de siglos, se desploma en un segundo, perdiéndose en el abismo.

El altavoz derrama como lava sonora por la llanura estéril, las palabras escuetas del armisticio. ¡Qué pocas líneas para anunciar el suicidio de un pueblo!

La madre responsable —imagen de muchas madres— clava sus ojos en la lejanía, donde el lucero de la tarde parpadea, burlón e inmovible; dos lágrimas temerosas resbalan por sus mejillas marchitas; dos lágrimas que el pudor de la agonía no supo contener; las manos cerradas, en una crispatura de sufrimiento, hasta clavar las uñas en la carne; y la muda confesión en el espíritu, como una oración incrédula, que desgrana el curso de toda una vida equivocada, de cuyos innumerables senderos ya no se puede volver, para comenzar de nuevo, acertadamente.

A la espalda, el pasado: un campo de cruces sobre las cuales se proyecta, con grises de fosa común, la silueta del soldado desconocido.

Al presente, ni el consuelo de una plegaria de rodillas, porque el cuerpo se ha hundido hasta la cintura en el fango del cansancio poblado con una floración de negaciones; y al futuro, el desierto inhóspito, sin un oasis, sin un árbol, sin el consuelo de un arroyo donde apagar la sed; el desierto saturado de desierto, donde la arena, ociosa hasta de tempestades —polvo de polvo—, finge una inmensa clepsidra que cuenta apremiante y severa, con avariento ritmo, los últimos instantes de la existencia ideal, en una agonía eterna.

Y otra vez Edgar Poe: las campanas de hierro lo llenan todo, en una orquestación de fantasmas.

Muchas madres como ésta han llorado sobre el páramo sombrío, con lágrimas de muerte, la ausencia del hijo caído ayer; y hoy, la ausencia del hijo que no nació; mañana, acaso, la presencia del hijo que ¡ay! ¿de quién será?

El índice dramático de los abortos lo llena todo. Abortos de la carne y de la imaginación, del cuerpo y del espíritu; marca infamante de la esclavitud; síntesis de la inmensa cobardía ante la vida que con su rugiente canto de libertad y de lucha inflama las arterias de los pueblos fuertes y heroicos.

Y los hijos que se desangraron, antes de nacer, en los vientres de sus madres, acusan con sus tenaces sombras de remordimiento.

Y las luces de la inteligencia, que al caer como estrellas de la mente universal, abortaron en gusanos de luz sobre la cima infame —inteligencia sometida que es razonamiento de gusano puesto en la cumbre—, encienden las llamas de la expiación, donde se queman los culpables y los inocentes, acusando con sus eternas sombras de soles fracasados.

La madre tierra, que curvó a sus hijos sobre los trigales, en una promesa de fecundidad, para darles de comer, desgarró sus entrañas profundas con simiente de obuses; en los surcos trillados recibe riego de plomo hirviente, y se torna, en este ultraje del intruso, bárbaramente violada por él, lodo y afrenta, prostituyendo sus cosechas legítimas en las manos groseras y en las bocas cínicas de los usurpadores. Y acusa inexorablemente, con su gran sombra de madre abandonada por sus hijos, perdida en los atajos del deshonor, derramando todavía flores y frutos, en su incansable generosidad de madre tierra.

La noche que se acerca con un lento cortejo de luces de presagio, habla en el trémolo de los pájaros sobrecogidos, con densos perfumes en su voz sideral. Y le dice a la madre:

—Clava tus pies a la tierra, y toma aquella luz con la mano.

—¡No puedo! ¡Está muy alta!

—Hunde tus pies en el surco, y coge esa rosa de ilusión que nace a flor de tierra.

—¡No puedo! ¡Está muy alta!

—Abre esa tumba. Bajo ella cayó la semilla gloriosa de un héroe anónimo, de un mártir o de un inocente. ¡Abrela y húndete en ella!

—¡No puedo; no puedo! ¡Está muy alta!

Y el altavoz protervo le roba los cálidos acentos a la noche, y en el metálico bostezo de sus membranas se traga a la madre desvalida, sumiéndola en el negro recinto de la nada, mientras las horas inútiles se escapan de la esfera de sus relojes oxidados, para bailar la danza del vacío.

\* \* \*

Por los flancos de la montaña solitaria van desfilando caravanas de todos los colores, cubiertas con el sudario de la desesperación.

\* \* \*

Es el éxodo de los pueblos libres. Mujeres, niños y hombres, huyendo de la tierra amantísima, que ya no puede ser hospitalaria.

Y sus rostros exangües, y sus carnes hundidas en un montón de harapos; y sus voces rotas en un coro doliente, acusan con lamento implacable.

Son las hormigas del mañana que no pueden arrastrar ni el desperdicio de la gratitud, ni la miga de pan de la solidaridad, en su triste marcha hasta los campos de concentración que les cierran el paso, con sus barreras de crueldad y oprobio.

Un malabarista acorazado, con articulaciones mecánicas y dedos de garfio, arroja sus puñales centelleantes sobre el escenario— suelo de Francia—, clavando en la superficie tres de ellos, que al caer, silban, y al clavarse, tiemblan y zumban:

Son las tres palabras del nuevo orden francés: “Familia, Patria, Trabajo”.

Danza de puñales asesinos, en el acribillado corazón del pueblo.

Los reflectores gigantes de la guerra iluminan, con deslumbramiento de apoteosis, el desolado paisaje, mientras las multitudes esclavizadas se arrastran, como topos, por las galerías subterráneas, sin una mísera llama vacilante que les alumbre.

Y cae lentamente el telón de boca, en este prolongado “Ballet de sangre”.

Es una humilde sábana blanca, que se desliza, como temerosa de ser descubierta, sobre el abandonado cuerpo yacente de la libertad, clavado en la llanura limpia, de cara a las estrellas.

Una legión de buhos ha ensartado la fosforescencia de sus ojos absortos, en las ramas desnudas de los árboles.

Los lobos de la reacción aúllan en la lejanía .



# Directorio

## Mesa Directiva

**Dip. José González Morfín**  
Presidente de la Cámara de Diputados

**Dip. Francisco Arroyo Vieyra**  
Vicepresidente

**Dip. Marcelo de Jesús Torres Cofiño**  
Vicepresidente

**Dip. Aleida Alavez Ruiz**  
Vicepresidenta

**Dip. Marcela Velázquez Sánchez**  
Vicepresidenta

**Dip. Merylyn Gómez Pozos**  
Secretaría

**Dip. Angelina Carreño Mijares**  
Secretaría

**Dip. Magdalena del Socorro Núñez Monreal**  
Secretaría

**Dip. Xavier Azuara Zúñiga**  
Secretario

**Dip. Ángel Cedillo Hernández**  
Secretario

**Dip. Fernando Bribiesca Sahagún**  
Secretario

## Junta de Coordinación Política

**Dip. Silvano Aureoles Conejo**  
Presidente de la Junta de Coordinación Política  
Coordinador del Grupo Parlamentario Partido de la Revolución Democrática

**Dip. Manlio Fabio Beltrones Rivera**  
Coordinador del Grupo Parlamentario Partido Revolucionario Institucional

**Dip. Luis Alberto Villarreal García**  
Coordinador del Grupo Parlamentario Partido Acción Nacional

**Dip. Arturo Escobar y Vega**  
Coordinador del Grupo Parlamentario Partido Verde Ecologista de México

**Dip. Alberto Anaya Gutiérrez**  
Coordinador del Grupo Parlamentario Partido del Trabajo

**Dip. Ricardo Monreal Ávila**  
Coordinador del Grupo Parlamentario Movimiento Ciudadano

**Dip. María Sanjuana Cerda Franco**  
Coordinadora del Grupo Parlamentario Partido Nueva Alianza

*Ballet de Sangre. La caída de Francia* de Luis I. Rodríguez,  
se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2014 en los talleres  
de Diseño 3 y/o León García Dávila, Super Avenida  
Lomas Verdes 2560-306, Lomas Verdes Primera Sección,  
Naucalpan, Estado de México, C.P. 53120.  
Se tiraron 1000 ejemplares en papel cultural de 75 g.